
EL
CAMINO
HACIA TI
D.D. GIANNI

EL CAMINO HACIA TI

D.D. GIANNI

«El coraje es estar muerto de miedo, pero aun así tener el valor de ensillar»
—John Wayne

: @ddgianni_books

: https://www.amazon.com/author/ddgianni

Los hechos y/o personajes de la historia son ficticios y producto de la imaginación de la autora, cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/4rYSLcyS1WXOmiDidSJ6je?si=21d1fd8d3a9546dc

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Índice

- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Epílogo



Prólogo

«La emoción que puede romper tu corazón es a veces la misma que lo sana.»
—Nicholas Sparks

Dillon



Unos meses atrás…

Miré los papeles del divorcio, ya firmados.

Eran el último lazo de mi matrimonio.

Un divorcio que no era más que algo protocolario sobre una situación que, de facto, se había producido casi al mismo tiempo que la boda, y que era irreversible.

Y no era ninguna tragedia, al contrario, por primera vez en mi vida me sentía completamente libre de los grilletes de mi matrimonio, invisibles para todos, pero que habían rodeados mis muñecas por varios años haciéndome una mujer infeliz y sombría.

Mi matrimonio se había terminado, pero era el inicio del resto de mi vida.

Por esa razón iba a celebrarlo sin ningún resquicio de culpa por lo que estaba haciendo. Celebraría con mi amiga Gertrudis, la única persona que comprendía lo que esos papeles significaban para mí y quien había estado a mi lado siempre, los demás, incluso mi propia familia, no habían mostrado compasión del dolor que había sentido y del daño que me había causado el matrimonio y el posterior proceso de divorcio.

Se preguntarán por qué un divorcio era motivo de celebración.

Pues bien…

Porque me había casado con un hombre frío, superficial, controlador y cruel, al que lo único que le importaba era el *status* social y el dinero.

¿Por qué lo había hecho?

Y aunque más difícil de explicar porque había muchas razones, sobre todo, psicológicas y emocionales, esta es mi historia y recién comienza y, de a poco, se las iré contando.

Comenzaré por Jairo De Alcalá, mi ex.

Si bien nos conocíamos desde mucho antes de la boda, Jairo no había revelado su verdadera personalidad hasta después de dar el «sí, quiero». Conmigo siempre había mostrado una imagen ideal que yo había comprado, imaginándome una vida «perfecta» a su lado.

Nada más alejado de la realidad.

Solo habíamos sido una pareja «socialmente perfecta».

Me había casado con veintidós años, separado a los veinticinco y divorciado a los veintiséis. Habían sido casi cuatro años en los que lo único que había recibido había sido un gran maltrato emocional, a la vez que experimentaba situaciones de rechazo y desaprobación continua. Si bien nunca me había agredido físicamente, sí lo había hecho con sus palabras, haciéndome sentir una

inútil en todos los aspectos.

Siendo la única hija de un matrimonio de alta alcurnia, había sido criada para hacer lo que se esperaba de mí, y el matrimonio con Jairo De Alcalá era lo que mi familia y la de él habían deseado desde que éramos niños. Ese enlace implicaba la unión de dos familias de gran linaje y una alianza familiar que consolidaría nuestras fortunas.

No me casé enamorada, pero sentía afecto por él y, para mí, eso estaba bien. Las grandes pasiones eran para la ficción, fuera en películas o novelas. Así era como me habían educado y yo lo había asumido y aceptado.

Ni siquiera estaba segura de que se pudiera sentir eso tan intenso que llamaban amor. Nunca había estado cerca de una pareja que se profesara realmente ese sentimiento. Por supuesto que mis padres no lo hacían. Solo presentaban un frente unido para su círculo social.

En serio, ¿quién se podía creer que un sentimiento pudiera tomar el control de todo nuestro ser?

¿Y qué el amor movía el mundo?

Por mi experiencia… el poder y el dinero lo movían.

El amor estaba sobrevalorado.

Por eso, cuando Jairo fijó la fecha de la boda, ni siquiera lo cuestioné, solo tenía claro que debía contentar a mis padres y a él.

Eso era lo que se esperaba de mí.

El matrimonio me había convertido en la esposa de un prestigioso empresario y, a partir de ese momento, había abandonado mi vida y comenzado a vivir la de él, desdibujándome de a poco. Con el pasar del tiempo, fue desapareciendo la verdadera Dillon para convertirse en la que Jairo quería.

Solo me había permitido, aunque a regañadientes, continuar con mis estudios, y lo había hecho porque mi padre quería que terminara la universidad y a Jairo no le convenía ponerse a mi padre en contra.

Mi Padre…

Armando Daurelli.

Un empresario exitoso al que el dinero, las posesiones y el *status*, le importaban más que su familia.

Entre las cosas que había dicho al enterarse de mi decisión de separarme, estaban: *¡¿Cómo puedes ser tan estúpida?! No solo has humillado a tu marido, también a nosotros. ¡Eres la deshonra de la familia y una malagradecida! ¡Vuelve inmediatamente con tu esposo y déjate de tonterías!*

Pero, no solo no había hecho lo que mis padres me ordenaron, también había perdido todo contacto con ellos. Los primeros días después de mi separación había intentado hablarles, pero los había dejado de llamar luego de que mis llamadas no fueran atendidas y sus empleados me pusieran torpes excusas para no pasarlas. Y ellos jamás habían intentado ponerse en contacto conmigo. Ni siquiera para saber cómo estaba.

A mi madre lo único que le importaba era su apariencia y lo que pensaban de ella, siendo muy estricta en lo que a eso se refería. Era una mujer florero por conveniencia propia. Lo mismo que había sido yo hasta mi separación y lo que ellos pretendían que siguiera siendo.

A pesar de eso, su desinterés dolía.

Pero había aprendido a aceptarlo.

Había entendido que, si ellos no me querían en sus vidas, yo no los obligaría ni haría nada por acortar la distancia que nos separaba. Por más que mis padres no me habían tratado bien,

eran mis padres, mi única familia, y esperaba que algún día me comprendieran.

Pero en absoluto echaba de menos a mi vida pasada.

Desde que me había separado vivía con Gertrudis.

Había llegado a su casa con mis maletas y un miedo atroz, en medio de la tormenta emocional.

Cuando todo me pesaba mucho más que las maletas que en ese momento eran mis únicas pertenencias.

Cuando la cabeza no paraba de cuestionarlo todo.

Cuando costaba hasta lo más simple.

Y su abrazo se había vuelto necesario.

Y ella había tironeado de mí, me había abrazado fuerte y había dicho exactamente lo que necesitaba: *«Todo irá bien, Dillon»*.

Y por primera vez en mucho, mucho tiempo, había sentido que podía respirar de verdad.

Después había llegado la etapa de abrazarme a mí misma.

De reconstruirme.

De recordarme que merecía cuidarme.

Y que el amor propio debía ser mi prioridad.

Y aunque hubo días en los que me costaba hasta mirarme en el espejo y respirar, comencé a andar MI camino.

Por primera vez comencé a vivir la vida que yo quería, no la que los demás me imponían.

Y comencé a caminar sola… porque había elegido seguir.

Seguir respetándome.

Seguir queriéndome.

Y estaba saliendo adelante a mi manera, cumpliendo MIS sueños.

A los pocas semanas de haberme mudado con Ger, había comenzado a trabajar en una clínica veterinaria.

Era Doctora en Medicina Veterinaria.

Cuando obtuve el diploma fue uno de los días más felices de mi vida. Lo más gratificante había sido conseguirlo a pesar de todos los obstáculos que me habían puesto. La falta de tiempo para estudiar había sido uno de ellos, porque Jairo me había exigido que mantuviera su frenética vida social, que organizara comidas benéficas y que acudiéramos a todos los soporíferos eventos a los que nos invitaban. El esfuerzo para estudiar había sido inmenso.

Pero lo había logrado.

Era veterinaria especializada en asistencia a equinos.

Me había inclinado por los caballos porque los amaba profundamente.

Mi relación con ellos había comenzado en la niñez porque mis padres eran propietarios de un rancho de ganado y de niña pasaba mucho tiempo allí. Con los caballos había entablado una relación natural, eran mis compañeros, mis amigos, mis confidentes. Hablaba con ellos más que con mi familia y descubríamos cosas juntos.

Eran mi refugio.

Con ellos no me sentía sola.

Aunque para mi padre el rancho solo era un negocio más, para mí era el paraíso y el mejor recuerdo de mi vida.

Era el único lugar en el que me había sentido libre y acompañada, porque siempre tenía la compañía de mis amigos cuadrúpedos.

Pero mi niñez se había terminado y con ella mis vacaciones y mi tiempo en el rancho. Mis

padres querían que fuera una chica de ciudad. Querían que me alejara de ese mundo que yo tanto amaba y triunfara en el suyo.

Y había dejado que sus creencias y juicios guiaran mi vida.

Pero a TODO eso había dicho: ¡BASTA!

Había llegado el momento de dejar de ser esa patética mujer sin opinión propia.

Había llegado el momento de olvidar que me habían inculcado que no debía soñar.

Había llegado el momento de tomar las riendas de mi vida y no aguantar más toda esa mierda.

Iba a decidir por mí misma y ser la dueña de mi propia vida.

Comenzaba MI vida.

Obviamente que me arrepentía de haber sido tan cobarde y pusilánime, permitiendo por tanto tiempo que me maltrataran, pero eso ya era pasado y me había prometido solo mirar hacia adelante.

El divorcio era un hecho.

Así que…

¡Salud!

Capítulo 1

«Tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio y coincidir.»
—Coincidir – Alberto Escobar

Tobías



Actualidad

Furioso.

Esa era la palabra que describía mi estado de ánimo.

Odiaba ir a la ciudad porque no me gustaba el ruido ensordecedor del tráfico ni abandonar mi rancho, pero más odiaba haber tenido que viajar en vano. Se suponía que iba a hacer negocios con un ricachón que quería comprar un par de mis sementales. El tipo me había citado en su empresa «*AD Corporation*», pero ni siquiera me había recibido. El hijo de puta me había despachado a través de su secretaria mandándome decir que «*ya no estaba interesado en el negocio*».

No me sorprendía, esos hombres poderosos eran así de desconsiderados y déspotas.

No me gustaban.

En realidad, decir eso era quedarse corto. Los despreciaba porque la mayoría se creían que estaban por encima de la ley y actuaban por puro egoísmo, sin moral ni escrúpulos.

Salí de esa empresa convertido en un tornado de furia, así que en vez de ir para el hotel decidí entrar en algún bar porque necesitaba tomar algo fuerte, algo que adormeciera mi cabreo monumental y me permitiera dormir algunas horas. A la mañana siguiente, lo más temprano posible, emprendería el viaje hacia mi rancho. No pensaba quedarme ni un minuto de más en esa maldita ciudad.

Cuando llegué al aparcamiento del bar solo quedaba un lugar libre y me dirigí hacia allí con rapidez, pero…

Descubrí que no había día tan malo que no pudiera empeorar.

—¡EEEh! —grité, cuando un coche aparcó allí y estuvo a punto de estrellarse contra mi camioneta—. ¡Maldito idiota!

Intenté mirar al conductor, pero fue imposible porque sus cristales eran oscuros. Ese día ya había tenido que aguantar a un imbécil que se creía dueño del mundo, no iba a dejarme pisotear por otro.

Puse mi camioneta detrás de su coche y apagué el motor.

No pensaba moverme de allí.

La puerta del coche se abrió y estaba abriendo la de mi camioneta para increpar al conductor

y… quedé paralizado y las palabras se me atascaron en la boca.

Un par de hermosas, sensuales y largas piernas hicieron aparición, rematadas con unos tacones llenos de tiras que deberían estar prohibidos fuera de la alcoba, y luego… ella.

Alucinado.

Idiotizado.

Esa mujer era de una belleza que no era comparable con nada que mis ojos hubieran visto antes.

La mujer más despampanante que había visto en mi vida.

Estaba tan impactado que no podía moverme ni dejar de mirarla.

No obstante, a pesar de que ella tenía que haber visto que mi camioneta estaba detrás de su coche, ni siquiera miró en mi dirección y comenzó a caminar hacia la salida del aparcamiento.

Al verla alejarse sin remordimiento ninguno, reaccioné.

—¡Muévete! ¡Ese lugar era mío! —bramé.

Noté que se sobresaltó y enseguida detuvo su andar, pero cuando volteó su rostro hacia mí no parecía alterada.

Yo, en cambio, al verle los ojos tuve que recordarme como se hacía para llevar aire a los pulmones porque fui incapaz de respirar.

No entendía mi reacción porque lo único que podía hacer era mirarla embobado, y a mí no me sucedían esas cosas.

No sabía si ella me podía ver porque decidí no salir de la camioneta, pero yo la veía perfectamente y podía asegurar que nunca había visto unos ojos tan hermosos, un rostro tan angelical y un cuerpo tan sensual. Aunque lo cierto era que, en ese momento, sus ojos, de un hermoso color celeste, refulgían con determinación y la expresión de su rostro, más que la de un ángel, era la de una hermosa guerrera.

—¿Acaso el lugar tiene tu nombre? Porque yo no veo nada escrito —replicó, con arrogancia.

—Yo había llegado primero —respondí, como un estúpido. ¿Esa mujer me había freído el cerebro? Mi réplica no solo era patética, era ¡una réplica de mierda!

—No lo creo, si así fuera, sería tu camioneta la que estaría aparcada allí y… ya ves que está mi coche.

Fruncí el ceño.

Y la furia volvió a hacer acto de presencia dentro de mí.

—Si no lo hice fue porque… —Me dio la espalda y siguió caminando, dejándome con la palabra en la boca—. ¡Maldita frívola y desconsiderada! —murmuré.

En ese momento un coche salió dejando un sitio libre y decidí ir hacia allí, lo que me faltaba era que la grúa terminara llevándose mi camioneta. Y con la suerte que tenía ese día no lo dudaba.

«¡Qué le den a todo!».

«¡Qué le den a ella!».

«¡Y qué le den a esta maldita ciudad!».

Entré en el bar con un humor de mil demonios y me dirigí hacia la barra porque noté que el lugar estaba abarrotado. Las distintas mesas que estaban repartidas por el bar, o bien estaban

ocupadas o con un cartel de «*Reservada*».

Mi humor solo mejoró un poco cuando el barman plantó una cerveza frente a mí.

—¿Mejor? —preguntó, que seguramente había notado mi malhumor.

—Lo estaré después de un par más y cuando ya no recuerde este maldito día.

—Voy por un par más —dijo, y se alejó.

Los siguientes diez minutos se hicieron más llevaderos, sobre todo a partir de la tercera cerveza y cuando empecé a olvidarme de todo lo vivido ese maldito día.

—Disculpa —murmuró, una voz sensual a mi espalda.

—¿Si? —Giré para sonreírle. Era una mujer bonita y sensual que me estaba haciendo un buen repaso visual, y fue su deliberada actitud lo que me indicó que no me costaría nada llevármela a la cama. ¿Sería lo que estaba necesitando para olvidar ese maldito día? Follar para olvidar. No era un mal plan, para nada.

—Dado que estoy sola y que… tú también lo estás…, me preguntaba si te apetece que te acompañe. —Batió las pestañas lentamente y luego dirigió su mirada a… «mi paquete».

«Siempre estoy por la labor, nena».

Sin embargo, en cuanto esa idea se formó en mi cabeza, se desvaneció con la misma rapidez porque alcé la vista y la vi sentada en el otro extremo de la barra del bar.

A ella.

A la mujer que me había aventajado en el aparcamiento.

Y…

«La madre que la parió».

Era aún más espectacular de lo que pensaba. No había otra forma de describirla salvo diciendo que era absolutamente deslumbrante.

—Discúlpame, acaba de llegar mi cita —le dije a la mujer que se me había acercado, y me miró con seriedad, volteó y se fue.

Me acabé lo que me quedaba de cerveza y le indiqué al barman que me pusiera otra mientras me concedía un instante para observarla mejor.

Era hermosa, y toda ella rezumaba sofisticación, distinción y clase. Se movía con la elegancia y gracia de una bailarina. Si bien estaba usando unos tacones muuuy sensuales, se notaba que era alta. Su cuerpo era de infarto y sus facciones perfectas quedaban enmarcadas en una larga y brillante melena dorada. Y sus labios… ¡maldición! Sus carnosos labios sugerían dulzura, pero presagiaban tormentas.

La prominente erección que se ocultaba bajo la mesa de la barra del bar era prueba suficiente de que esa mujer me resultaba irresistible.

Realmente hermosa y *sexy* a rabiar, pero me había demostrado en el aparcamiento que también era una *esnob*, estirada, superficial y desconsiderada, a la que solo le importaba ella. Una mujer de clase alta que no pertenecía a mi mundo y que, con solo mirarme, me recordaba cual era el mío.

Esas mujeres no iban conmigo en absoluto.

Pero…

No podía despegar los ojos de ella.

Estaba acostumbrado a recibir la atención femenina, incluso sin buscarla. En ese sentido no tenía que esforzarme, pero esa chica ni siquiera había reparado en mí, ni en ese momento ni anteriormente.

Inspiré profundamente.

Bueno, había llegado la hora dejar de divagar y retirarse.

Estaba por abandonar la butaca y noté que otros hombres del bar también se habían percatado de su belleza y, sobre todo, que uno se dirigía hacia ella con una sonrisa triunfal. Sentí algo que no pude ignorar, una fuerza como la de un imán que me atrajo y, sin pensar mucho lo que hacía, me puse de pie con un impulso y me interpuse en el camino del tipo que pretendía abordarla.

—La señorita está conmigo —dije, señalándola con la cabeza, ella seguía mirando su teléfono y estaba ajena a todo.

El tipo levantó las manos en señal de rendición y desvió su camino.

La volví a mirar.

Seguía leyendo algo en su teléfono y sonreía, y pensé que era la cosa más encantadora que había visto en toda mi vida, así que, sin pensarlo demasiado, me encaminé hacia ella. Seguro que me volvería a ignorar y hasta menospreciar, pero tenía que intentarlo, y al menos, divertirme en el proceso.

Me detuve a su lado.

—No lo hagas.

Volteó y su mirada se encontró con la mía.

Y la conexión nos hizo inhalar con fuerza a los dos.

Fue como si el mundo se hubiera detenido.

Estaba seguro de que en mis treinta y dos años de vida jamás me había pasado algo semejante.

Luego de unos segundos pestañeó y desvió la mirada hacia el barman.

Estaba claro que tenía pocas o ninguna posibilidad de éxito con ella, pero ya estaba allí y no me consideraba ningún cobarde. Una noche de desenfreno con una mujer hermosa era lo que necesitaba para aplacar la furia con la que había llegado al bar y, de paso, domar la altivez con la que me había tratado antes.

¿Exceso de ego? Sí.

¿Estúpido por mi parte? También.

Pero me encantaba la idea de bajarle los humos… y toda la ropa que llevaba puesta.

Después de todo, quizás el viaje a la ciudad no había sido en vano.

Cuando volvió a mirarme pude notar la atracción que nos envolvía, hasta incluso me pareció que eso la inquietaba, la ponía nerviosa, y no pude evitar una sonrisa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, y frunció el ceño.

Había llegado el momento de entrar en acción.

Capítulo 2

«A menudo encontramos nuestro destino por los caminos que tomamos para evitarlo.»
—Jean de La Fontaine

Dillon



Gertrudis me había avisado que estaba demorada porque el transito estaba fatal y que la iba a tener que esperar unos veinte minutos más. En otro momento la hubiera esperado en la puerta del bar porque no me gustaba entrar sola, si veían a una mujer sola en un bar, solían suponer que estaba en busca de una aventura amorosa. Y en mi caso, eso era algo muy alejado de la realidad. Pero dada la discusión que había tenido con ese desconocido en el aparcamiento, preferí entrar para evitar otro encuentro con él.

No estaba en búsqueda de una aventura ni de nada parecido.

Yo NO quería estar con NADIE.

Si algo me había quedado de mi matrimonio, eran inseguridades, o más bien, la seguridad de que yo… no funcionaba en la cama. Según Jairo era frígida y seguramente tenía razón.

Nunca había obtenido ningún placer del sexo.

Pero no era momento para pensar en eso. Aparté de mi mente ese amargo recuerdo, sobre todo, los gritos de Jairo insultándome.

No volvería a pasar por esa vergüenza y ese rechazo. Ya había vivido demasiado de las dos cosas, además de ansiedad, frustración y miedo.

El sexo solo me generaba una gran presión que ya no quería volver a sentir, por eso pensaba evitar cualquier contacto con el sexo opuesto.

Y ya que mencionaba el sexo opuesto… reconocía que el altercado tenido minutos antes con ese caradura me había alterado un poco. Los gritos siempre me ponían nerviosa, me paralizaban y hasta intimidaban. Así había sido toda mi vida y lo detestaba, pero me había prometido que no permitiría que volvieran a usar ese tono conmigo para intentar intimidarme, y si bien me había requerido de un gran esfuerzo, al desconocido del aparcamiento había logrado ponerlo en su sitio. Quizás había ayudado el hecho de que no lo había visto bien, solo había captado su fuerte antebrazo apoyado en el borde de la puerta y el destello de unos ojos oscuros y una mandíbula dura bajo la sombra del ala de un sombrero de *cowboy*, pero el sombrero había ensombrecido el resto de sus rasgos como si se quisiera esconder. A lo mejor había sido mejor así, porque estaba segura de que, si lo hubiera visto bien, no habría sido tan valiente.



Entré en el bar y fui derecho a la barra. La música era buena, sonaba «Where’s It Stays» por Charlotte OC y se escuchaba a un ritmo bastante bajo, y la iluminación era tenue y cálida.

Apenas había dado unos pasos cuando ya me resultó agobiante.

Por todos lados, gente coqueteando.

Gente socializando.

Gente relajándose tras un largo día de trabajo.

Y…, yo.

Yo, que no entraba en ninguna de esas categorías.

Me senté en un extremo de la barra y, sin prestar atención a nada, quedé a la espera del que el barman se acercara para poder pedirle una copa. Mi teléfono vibró en la barra y suspiré al ver que era Ger diciendo que demoraría unos minutos más.

—No lo hagas —dijo, alguien a mi derecha.

Volteé para mirarlo y… me encontré con unos ojos oscuros que me miraban intensamente y sin disimulo.

Y mis pulmones se quedaron sin aire.

El propietario de esos hermosos ojos desprendía un aura masculina y seductora que te hacía estremecer. Madre mía, era guapísimo, con un toque salvaje. Tenía el pelo oscuro alborotado y le caía sobre la frente, como rogando para que se lo apartara. Ese hombre era capaz de ocupar todo el espacio a su alrededor sin siquiera proponérselo. Y me estaba repasando entera con sus penetrantes ojos.

Nunca me había sucedido, pero las palmas de mis manos empezaron a sudar mientras lo observaba. Tenía un rostro perfectamente simétrico y los labios más besables que había visto en mi vida. Era de esos rostros que una podía volverse a mirarlos una y otra vez. Su cabello era tan negro como sus ojos, de aspecto sedoso, con unos rebeldes mechones revueltos que daban ganas de pasar los dedos por ellos, sobre todo porque lo llevaba más largo de lo habitual. Sus hombros eran anchos y atléticos, y era de estatura muy alta.

Hasta ese momento había creído que Jairo, mi ex, era un hombre muy guapo, pero no se podía comparar con el hombre que me estaba mirando… y lo hacía con una sonrisa seductora. ¡Maldita sea! Seguro que era porque me había quedado mirándole boquiabierta y con cara de tonta.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con el ceño fruncido, aunque él solo se limitó a arquear una ceja.

—Responderle —dijo, señalando el teléfono.

—Lo siento, pero no suelo seguir órdenes de… desconocidos.

—Un hombre que te dejó plantada o te hace esperar, no merece que le respondas.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Y un hombre que no conozco y se toma el atrevimiento de inmiscuirse en mi vida… tampoco —señalé, y le di la espalda, pero en realidad lo hice porque estaba sumamente nerviosa.

El barman se acercó y le pedí un Gin tonic, y cuando levanté la vista me encontré con el atractivo desconocido dándole un trago a su cerveza, pero sin dejar de mirarme a los ojos por encima de la botella. Puse los ojos en blanco y me concentré en el barman que volvía con mi trago.

—Aquí tienes, preciosa.

—Gracias —respondí, y le di un largo trago al cóctel con la esperanza de que aplacara mi inquietud. No lo hizo, o no surtió el efecto deseado porque el desconocido parecía no querer dejarme en paz.

—Bueno, «Gin», podemos charlar y divertirnos, o podemos beber en silencio. Verás, esta noche me conformo con deleitarme con tu presencia y tu hermosura.

¡Estaba coqueteando abiertamente conmigo!

Y me miraba con tanto interés que me sentía mareada e inquieta a partes iguales, pero no entraba en mis planes coquetear con él ni con nadie, es más, lo miré con seriedad con la esperanza de alejarlo. Recién salía de un divorcio tormentoso y una vida patética y me había prometido que no me acercaría a ningún hombre, por más atractivo que fuera. Así que, debía olvidarme de él y centrarme en lo que había ido a hacer, que no era otra cosa que divertirme con Gertrudis... ¡cuando se dignara a aparecer!

Sonreí con ironía.

—¿Te funciona esa frase?

—Te sorprendería —respondió.

—Sin ánimo de ofender, pero te equivocas de chica —dije, con frialdad, pero él… SONRIÓ. Sus labios carnosos se curvaron formando una mueca risueña y se le dibujaron unos preciosos hoyuelos a cada lado. ¡Maaadre mía!

—Nunca me equivoco, Gin —afirmó, llamándome nuevamente de esa forma por la bebida que yo había pedido.

—Además de atrevido y sordo, veo que eres arrogante y soberbio, pero te diré una cosa, lo que sea que estés buscando, te aseguro que no soy yo. —Me miró con tanta intensidad que el corazón se me disparó.

—¿Me estás desafiando, Gin? —preguntó, con una sonrisita arrogante.

—Solo te estoy advirtiendo de que no pierdas tu tiempo. Mira —dije, contemplando a las mujeres que estaban a nuestro alrededor—, deberías probar suerte con alguna de ellas.

—Siempre tengo suerte —dijo, y alzó la botella de cerveza haciendo un brindis, y me entró el pánico al ver que no lo convencía.

—No conmigo —afirmé, porque era muy consciente de que estaba emocionalmente inestable y lo último que me convenía era coquetear con él, además de que no sabía cómo hacerlo, pero mis palabras ni lo inmutaron.

—¿Por qué?

—Porque no tengo interés. ¿Es tan difícil de entender?

—¿Eres lesbiana?

¡Arrrg!

¡Ese hombre era IMPOSIBLE!

—No soy lesbiana. ¡Solo que TÚ no me interesas! ¿De verdad crees que estás tan bueno como para que el mero hecho de pararte aquí a coquetear conmigo hará que me meta en una cama contigo?

—No tiene que ser en una cama. Pero, sí. Así es como funciona. Y no estoy siendo arrogante, simplemente sincero.

—Ni siquiera te conozco.

—Te estoy invitando a conocerme —afirmó, y por segunda vez resoplé y puse los ojos en blanco.

—Pues te repito, no quiero escuchar ni tus arrogantes comentarios ni ver tus sonrisas arteras ni verme arrastrada en lo que, supongo, crees es una batalla de flirteo, pero en la que te advierto que no tengo ningún interés.

—Haces muchas suposiciones —dijo, y la diversión que resumía su mirada me cabreó, pero también me deslumbró. No podía negar que era guapísimo, cualquier mujer estaría encantada de que un hombre como él se fijara en ella, pero yo... no podía.

Nos quedamos mirando a los ojos, aguantándonos la mirada o, mejor dicho, midiéndonos con la mirada. Debería haber disfrutado de la forma en que sus ojos, brumosos e impregnados de lujuria, se posaban en los míos, pero la verdad era que, me intimidaban. No negaría que un poco disfrutaba de la sensación de sentirme atractiva y deseada, pero si ese hombre tuviera la mínima sospecha de lo bobalicona e inútil que era en la cama, seguro que no perdía ni un segundo más en mí.

—De verdad, no te conviene seguir perdiendo tu tiempo conmigo. Yo… solo vine a celebrar algo con una amiga a la que al parecer se le ha hecho muy tarde. Pero bueno, te deseo suerte en… tu búsqueda.

—¿Qué celebras? —preguntó, como si solo hubiera escuchado eso. No sabía si reír o gritar. Era tenaz, eso desde luego. Suspiré.

—Es complicado —respondí.

—Bueno, sea lo que sea, enhorabuena. —Chocó su botella de cerveza con mi copa.

—Gracias. Bueno, me voy a ir porque es evidente que mi amiga no ha podido venir. Suerte con… lo tuyo —dije, pero la verdad era que Ger venía en camino y le tenía que avisar que me iba. Pensaba enviarle un mensaje avisándole que fuera directo para el piso en el que vivíamos porque ya no estaba en el bar. Después le explicaría lo sucedido, pero no podía quedarme un segundo más.

—Para ti también, Gin.

Comencé a caminar hacia la salida y, tras salir por la puerta, agradecí el súbito aire fresco en la cara y la distancia que había puesto entre ese hombre y yo. Enseguida le envié el mensaje a Ger y, cuando levanté la vista, mi corazón comenzó a galopar con fuerza y el pulso se me disparó. Él caminaba hacia mí y lo hacía sin dejar de mirarme con esos hermosos e hipnóticos ojos.

¿Qué estaba haciendo?

¿Iba a seguir insistiendo con su flirteo?

Al verlo caminar pude notar que era más alto de lo que había imaginado e incluso más musculoso. Llevaba un pantalón de vestir oscuro y camisa celeste con los botones superiores abiertos y las mangas dobladas.

Era todo un espectáculo para la vista.

Pero, a medida que él acortaba la distancia entre nosotros, me inquietud crecía.

Y el pánico volvió a apoderarse de mí.

Era una cobarde, pero mi experiencia con el sexo opuesto era limitada y nefasta, y no me sentía preparada.

No estaba ni cerca de poder entrar en acción.

Tenía que salir de allí porque no quería volver a enfrentarme a él ni a nadie que tuviera

intensiones de flirteo, y menos un desconocido que había logrado alterarme de esa forma y que irradiaba seguridad por todos sus poros.

Un hombre que, seguramente, siempre obtenía lo que quería.

Con las cosas claras, en ese momento solo tenía un objetivo.

Alejarme, llegar a mi coche y huir.



—¡No me lo puedo creer! ¿Estás segura de que te quieres mudar tan lejos y a un rancho? —preguntó, Gertrudis, pronunciando «rancho» como si fuera una mala palabra, y mientras me observaba caminar de un lado a otro de la habitación guardando mi ropa en una maleta.

A su casa me había mudado con las pocas maletas que había llenado cuando me fui de la enorme casa que los padres de Jairo nos habían entregado como obsequio de boda, y eran esas mismas maletas las que en ese momento estaba preparando, aunque Ger me mirara como si hubiera enloquecido.

Si había adjetivos que definían a mi amiga esos eran, independiente, directa y un tanto descarada. Debido a los círculos sociales estrictos en los que nos movíamos, para Jairo y mi familia, e incluso para la de ella que era igual a la mía, eso la hacía una persona incorrecta, incómoda que, según Jairo, era una mala influencia.

Para mí, Gertrudis Delrio era mi AMIGA.

Ella vivía sola y me había recibido con los brazos abiertos, es más, no quería que me fuera de su casa e intentaba por todos los medios que me sintiera cómoda y apreciada. Y aunque vivir con ella era estar en lo más parecido a un hogar, tenía claro que no podía quedarme. Para terminar de sanar debía alejarme lo antes posible de todo lo que me recordara a mi pasado.

—Sí, estoy segura, Ger. Pero supongo que será solo por un tiempo. Necesito poner distancia, pensar qué hacer con mi vida y, por lo pronto, me voy a dedicar a algo que amo. —Suspiré—. Me va a venir bien estar alejada. Sé que soy una cobarde, pero…

—No lo eres. Eres la mujer más valiente y decidida que conozco. No cualquiera vive la mierda que tú has vivido y se anima a plantarle cara. —Se encogió de hombros—. Solo haces lo que hacemos todos… sobrevivir. —Suspiró—. Pero te voy a extrañar, Dillon, eres como mi hermana y vivir contigo ha sido fantástico —dijo, soltando un gemido lastimero.

Me acerqué y la abracé.

Gertrudis era la única persona cuya presencia significaba para mí algo parecido al hogar, así que la estreché con todas mis fuerzas.

Ella era esa persona que siempre había estado a mi lado desde el prescolar. Teníamos veintiséis años y nos conocíamos desde los cuatro. Con Gertrudis teníamos un lazo real. Siempre habíamos estado juntas, en las buenas y en las malas. Sabía que podía contar con ella sin importar las circunstancias, así como ella conmigo. A Gertrudis le daba lo que yo era, lo que estaba dentro de mí y a lo que pocas personas accedían. La gran mayoría solo accedía a mi periferia. A ella le daba lo íntimo, lo que era mío, esos datos que solo brindaba a las personas que llegaban a mi corazón. Con ella compartíamos nuestros sueños, alegrías, dolores y miedos. Por eso me dolía alejarme, sobre todo, por los motivos por los que lo hacía porque, por más que intentaba no demostrar lo aterrada que me sentía con tanto cambio en mi vida, ella me conocía y estaba preocupada. Odiaba esconder mis emociones porque eso era lo que hacía antes, sin

embargo, en este caso era para protegerla porque no soportaba que se preocupara por mí.

—Ese asqueroso rancho en el que vas a trabajar queda en la otra punta del país. Es demasiado lejos. Va a ser complicado que nos podamos ver en el corto plazo —bufó, indignada y afligida.

—Lo sé, pero cuanta más distancia haya entre Jairo, mi familia y yo, mejor será. Igualmente, nosotras vamos a estar en permanente contacto.

—Eso lo dices ahora, pero ya me veo que vas a estar todo el día con las vacas, los caballos, los cerdos y con todos los malditos bichos que haya en ese rancho y no vas a prestarle atención a tu teléfono —dijo, enfurruñada, y haciéndome reír.

—No creo que esté todo el día con «los bichos», pero te cuento algo… me encanta la idea de trabajar en un rancho, me hace mucha ilusión. Estoy segura de que va a ser terapéutico para mí.

Por más que después de separarme de Jairo trabajaba en una clínica veterinaria, había seguido buscando un trabajo más alejado, y la suerte había estado de mi lado porque, no solo había conseguido un trabajo bien alejado de la ciudad en la que vivía, sino también en un rancho.

Un lugar rodeado de naturaleza.

La vida me daba la posibilidad de volver a vivir en un rancho y cuidar de los caballos. Y aprovecharía esa oportunidad maravillosa al máximo.

—Si bien eres veterinaria… sigo sin comprender por qué te gusta tanto la idea de trabajar en un rancho alejado de la mano de Dios, donde no conoces a nadie y solo vas a estar rodeada de bichos de cuatro patas, además de que ya te advirtieron de que se trabaja día y noche. Será un trabajo agotador que te exigirá demasiado —señaló, Gertrudis, intentando hacerme cambiar de opinión.

—Puede ser, pero estoy segura de que puedo con eso. Además…, cuando vi el aviso del empleo tuve la certeza de que era lo que estaba necesitando. No sé… fue como una corazonada. Y me encanta el hecho de que trabajaré sintiendo el viento en el rostro, el sol, el aroma característico…

—¡A estiércol! —exclamó, haciéndome reír.

—Sí, y ganado, y heno…, pero también a flores silvestres —señalé, sin dejar de reír.

—Te admiro, amiga; de verdad, te admiro mucho. Y te voy a echar mucho de menos.

—Hay lazos que por mucho que los estires nunca se rompen. Y la distancia no separará una amistad como la nuestra.

No abrazamos sabiendo que mi decisión estaba tomada y nada ni nadie me harían cambiar de opinión.

Me habían contratado para el puesto de veterinaria en un rancho de caballos llamado «El Camino» que quedaba a más de siete horas de viaje desde donde vivía, pero, aunque me alejaba de todo lo que había sido mi vida hasta ese momento, estaba deseando comenzar con esa nueva etapa. Lo único que me entristecía era alejarme de Gertrudis.

Me habían contratado sin conocerme, solo por mi excelente currículo y realizándome algunas preguntas vía *email*. El contrato estipulaba que el primer mes estaría a prueba hasta que el dueño del rancho decidiera si era idónea para el puesto, y yo iba a poner todo de mi parte para convencerlo de que, no solo era idónea, sino que NO se había equivocado al contratarme.

Tenía entendido que el anterior veterinario se había jubilado y que por esa razón buscaban un remplazo joven, pero con experiencia.

Yo la tenía.

Había realizado mis prácticas en veterinaria equina y me había especializado en asistencia sanitaria a caballos y, al parecer, en la selección del profesional que estaban buscando, eso había inclinado la balanza a mi favor. No tenía idea de cómo era la familia para la que trabajaría porque el contacto siempre había sido por *email*, solo sabía que el dueño se llamaba Tobías Lexington y era muy serio, parco y formal a la hora de escribir y responder a mis preguntas, pero ni siquiera sabía su edad, aunque por su forma de expresarse asumía que sería un hombre cercano a los sesenta. Del rancho solo sabía el nombre, que era un rancho grande y que tenía casi mil cabezas de ganado.

El trabajo implicaba que viviera allí porque el señor Lexington quería que estuviera las veinticuatro horas del día por si me necesitaban en la noche, sobre todo cuando había que traer al mundo a un animal en la madrugada, cosa que era muy habitual. Esa condición me había facilitado las cosas porque ni siquiera había tenido que buscar un lugar donde vivir, aunque me preocupaba un poco el hecho de vivir en un lugar donde no conocía a nadie.

En principio mi día libre era el domingo, pero teniendo en cuenta que, si ese día se me necesitaba por alguna urgencia, debía cambiarlo. Aún recordaba lo que me había escrito Lexington en un *mail*: *«Los animales no tienen horario ni días libres, Daurelli»*. El hombre era concreto y serio, pero lo prefería así.

Estaba pasando una página de mi vida para descubrir una nueva.

Cerré el maletero de mi coche, lista para escribir esa nueva página de mi historia.

Abrí la puerta y me senté detrás del volante. Encendí el coche y emprendí el viaje que me llevaría a «El Camino», un lugar en el que sospechaba mi vida iba a cambiar, pero nunca había sentido un impulso tan grande por hacer algo.



Y cambió.

Llegué a lo que supuse era el centro del pueblo, un lugar tan pueblerino y tradicional como hacía mucho tiempo no visitaba, pero con encanto. Era bonito y pintoresco.

Estaba sedienta y se me había terminado el agua, así que aproveché que estaba en el centro y había negocios, para comprarme una botella de agua fresca porque aún me quedaban varios kilómetros antes de llegar a mi destino.

Entré en un bar llamado «Gran Molino». Era un lugar acogedor, rústico y con el típico ambiente *country*. Las paredes eran de madera envejecida, había carteles de marca de cerveza y fotos de caballos y de *cowboy* por donde mirara. El lugar tenía unas cuantas mesas y sillas con un estilo rústico y un diseño que reflejaba la sencillez y la comodidad propias del ambiente campestre. Era un ambiente relajado y que invitaba a sentarse y disfrutar de una buena charla entre amigos, por supuesto que con una cerveza en la mano. En ese momento había pocas personas, pero en cuanto entré pude notar todos los ojos fijos en mí. No me extrañó. Era una forastera en un pueblo chico.

Me acerqué a la barra en la que había un chico limpiando copas.

—Hola. Quisiera dos botellitas de agua, en lo posible, frías.

Me hizo un buen repaso con la mirada y luego sonrió. Era un chico que tendría mi edad, alto y con un rostro que trasmitía simpatía.

—Por supuesto, guapa. ¿Para llevar?

—Sí, para llevar —respondí, y evité fruncir el ceño.

—Aquí tienes. —La voz del chico que me atendía me hizo desviar la mirada hacia él.

—Gracias. ¿Podrías indicarme como llegar al rancho «El Camino»? —pregunté y le extendí un billete para que me cobrara.

Me dio algunas indicaciones y luego me quedó mirando sonriente.

—¿Eres familiar de los dueños?

¿En ese pueblo eran así de chismosos o sería simple curiosidad?

—No; no lo soy. —Fue mi escueta respuesta.

—Tampoco creo que seas la novia de alguno de los Lexington porque esos no se atarían de ese modo a ninguna mujer. —Volvió a darme un repaso con la mirada y agregó—: Por más buena que esté.

«Por más buena que esté» ¡Qué desubicado!, pensé, pero solo lo miré con el ceño fruncido.

Aunque fue lo otro que dijo lo que me dejó un tanto confusa. ¿«Los» Lexington? Yo solo había tratado con uno y me había parecido un señor mayor.

Bueno, ya me enteraría.

Traté de no darle más vueltas al asunto y me largué.

—Hasta luego.

—Nos vemos, guapa.



Me senté en mi coche y encendí la radio. Pasé de una estación a otra y lo único que se escuchaba era música *country*. Al final me detuve en la estación que pasaba la canción «World Spins Madly On» por la banda The Weepies. Una canción muy bonita, pero algo triste. «El mundo gira sin detenerse». Era así, el mundo seguía su curso sin importar lo que nos sucediera y el peso emocional que cargáramos.

El mundo seguía indiferente a todos.

Y mientras el mundo giraba yo ya había recorrido varios kilómetros por la carretera. En algún momento del trayecto me quedé sin señal y no tenía idea de hacia dónde dirigirme. El GPS murió y la señal del teléfono iba y venía, por lo que llegar hasta el rancho me iba a resultar más difícil de lo que suponía. Pero seguí avanzando, guiándome por las indicaciones que me había dado el cantinero del bar.

La tranquilidad regresó a mí cuando, un rato después de abandonar la carretera, visualicé un gran arco de madera situado a un lado del camino en el que se leían las letras grabadas a fuego: *Rancho El Camino.*

Atravesé la entrada sintiendo que me embargaba la emoción.

El Camino…

Mientras leía el nombre deseé, desde el fondo de mi corazón, que ese lugar fuera *el camino* a una nueva vida.

Que ese lugar fuera mi nuevo *camino*.

Después de atravesar el arco tuve que seguir recorriendo un largo sendero bordeado de

árboles. Fue uno de los viajes más satisfactorios que había hecho nunca. Todo estaba muy cuidado, desde los hermosos prados para pastar hasta las vallas. Apenas visualicé la propiedad quedé realmente impactada. Si bien el rancho de mi padre era grande y lujoso, éste era impresionante, majestuoso y estaba rodeado por la naturaleza en todo su esplendor, resultando en una exquisita combinación armoniosa de elegancia y belleza natural. Era como un paraíso ecuestre en donde el rancho se mimetizaba perfectamente con el paisaje. La hermosa casa tenía unas grandes chimeneas de piedras, amplias terrazas con coloridas flores y desde donde imaginaba se podían disfrutar de los amaneceres y atardeceres únicos del lugar, abundantes ventanales del piso al techo y un amplio *porche*.

Todo era de una gran belleza escénica.

Estacioné en un camino frente a la casa y, apenas salí del coche, me tomé unos minutos para observar todo. No fui capaz de hacer otra cosa que mirar arrobada cuanto me rodeaba. Allí los colores parecían más luminosos. Ni siquiera podía imaginar lo que sería levantarse todas las mañanas, abrir los ojos y ver ese paisaje.

Debería ser extraordinario.

Respiré hondo sintiendo que mis pulmones se llenaban de aire puro, hasta que unos sonoros ladridos me hicieron mirar en todas direcciones hasta divisar a dos perros de raza Golden corriendo rápidamente hacia mí. Esa raza se caracterizaba por ser amistosa, tranquila y equilibrada, pero la realidad era que para ellos solo era una extraña invadiendo su hogar. Me quedé quieta esperando a que se acercaran, pero el grito de una mujer los detuvo de inmediato.

—Nala, Otto, ¡quietos!

Giré el rostro hacia la propiedad y me encontré con una señora, de pie en la puerta principal de la casa. Era una señora que tendría unos setenta años y de aspecto amable, aunque en ese momento miraba a los perros con severidad. Si bien estos dejaron de correr, siguieron acercándose lentamente a mí. Al llegar a mi lado comenzaron a olfatearme mientras yo me quedaba quieta y los observaba con tranquilidad.

—Hola, linduras, ¿cómo están? Tú debes ser Nala y tú Otto —dije, señalándolos.

Inmediatamente comenzaron a competir entre ellos por llamar mi atención. Los acaricié mientras les hablaba, hasta que sentí que alguien se detenía a mi lado.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarte, cariño?

—Oh, discúlpeme —dije, enderezándome—. Mi nombre es Dillon Daurelli y me contrataron como la veterinaria del rancho. Mucho gusto. —Estiré la mano para saludarla, y si bien la señora correspondió a mi saludo, no pasé por alto el hecho de que lo que había dicho la impactó.

—¿Tú eres Dillon? —preguntó, y la sorpresa que reflejó su rostro hizo que le dedicara una mirada de preocupación, al punto que me cuestioné si no me habría equivocado en el día que tenía que presentarme allí.

—Sí, soy Dillon Daurelli. Me contrató el señor Tobías Lexington para ocupar el cargo de veterinaria del rancho —repetí, imaginando que sería la señora del tal Tobías.

Por unos segundos solo nos miramos mientras Nala y Otto jugueteaban a nuestro alrededor queriendo llamar nuestra atención.

—¿Sucede algo? —pregunté, ante su mutismo.

De repente una sonrisa asomó en sus labios y me abrazó. Un caluroso abrazo que me dejó totalmente perpleja, pero profundamente conmovida por esa muestra de afecto a la que tan poco acostumbrada estaba.

—En absoluto. Bienvenida, Dillon. Mi nombre es Antonia Lexington y, junto a mi esposo y mis nietos, nos hacemos cargo del rancho. Discúlpame mi torpeza, solo que no me imaginé que fueras tan joven y hermosa —señaló, con una gran sonrisa, aunque el hecho de que mi juventud la sorprendiera llamó mi atención porque mi edad estaba en el currículo—. Te estábamos esperando y te aseguro que va a ser una grata sorpresa para todos, eres la bocanada de aire fresco que tanto se necesitaba por aquí.

No entendía nada lo que quería decir, pero me pareció una mujer encantadora e inmediatamente me sentí bienvenida. Nada más verla y escucharla, estuve segura de que esa mujer era especial.

—Encantada, señora Antonia.
—Nada de señora, solo Antonia.
—Gracias, Antonia. ¡Qué bonito es este lugar!
—Muchas gracias, cariño. Me alegra saber que te gusta. Seguramente mañana lo podrás recorrer porque imagino que hoy estarás cansada y hambrienta. —Enlazó su brazo con el mío y comenzó a caminar hacia la puerta—. Entremos que, si bien ya todos almorzaron, yo te separé un plato para ti porque supuse que estarías al llegar.

La magnitud de su gesto me emocionó. Me estaba cuidando y mimando sin siquiera conocerme. Y tampoco estaba acostumbrada a eso.
Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en mi rostro.

—Muchas gracias, Antonia, no tenía por qué molestarse —agradecí, sin perder la sonrisa.
—Claro que sí, ahora eres parte del rancho «El Camino» y yo me ocupo de cuidar a todos los que formamos parte de él. Aunque de los animales te vas a ocupar tú —dijo, sonriendo.

Seguramente, ella no imaginaba lo que esas palabras significaron para mí.
Ser parte del rancho «El Camino».
Yo nunca me había sentido parte de nada. Nunca había sentido que pertenecía a algún lugar, y sentir que formaba parte de ese lugar me reconfortaba enormemente. Una calidez se extendió por mi pecho haciéndome sentir dichosa, en paz…, en casa.
¡Qué loco!, ¿no?

—Se lo agradezco mucho —respondí, intentando que mi voz no se quebrara por la emoción.
—Nada que agradecer, cariño —afirmó, tironeando de mí hacia el interior de la casa.

Y lo primero que vino a mi cabeza fue que haber aceptado ese trabajo en el rancho había sido la mejor decisión que podía haber tomado.

Capítulo 3

«Cuando soplan vientos de cambio, algunos construyen muros. Otros, molinos.»
—Proverbio chino

Dillon



El rancho por dentro era tan precioso como por fuera. Sus acabados interiores de madera de roble me resultaron tan acogedores que me quedé maravillada mirando todo a mi alrededor y absorbiendo el amplio espacio. Era una casa hermosa y meticulosamente mantenida. En la planta baja, una gran sala con un techo alto abovedado y una gran chimenea de piedra recibían mucha luz natural por los ventanales haciendo resaltar las vigas de madera a la vista y la amplia escalera de madera que llevaba al piso superior. Más tarde me enteraría que en la planta baja estaba la oficina desde donde Lexington administraba el rancho.

—Qué hermoso lugar —susurré.
—Gracias, cariño. Ahora vamos a la cocina para que puedas comer algo.
—¿Podría pasar al baño? —consulté.
—Por supuesto. Aquí tienes uno —dijo, abriéndome la puerta—. Allí está la cocina. Te voy a ir sirviendo el almuerzo y, a partir de hoy, me aseguraré de que te alimentes bien.
—Muchas gracias —respondí, asombrada por la amabilidad de esa mujer.

Cuando llegué a la cocina, Antonia me esperaba con un jugo de naranja. La amplia cocina estaba bien diseñada con asientos en la barra, encimeras de granito y una gran isla. Todo era espectacular, pero, sobre todo, se sentía como un hogar. Y lo extraño era que sentía que mi corazón pertenecía allí. No lo entendía, pero realmente sentía como un vínculo invisible con ese lugar.

—Toma asiento, Dillon —dijo, señalando uno de los taburetes de la barra—. El almuerzo es carne asada con verduras al horno. ¿Te parece bien? —consultó.
—Muchas gracias, Antonia, pero si no le molesta, solo voy a comer las verduras porque soy vegetariana —señalé, sintiendo un poco de remordimiento porque esa mujer era tan amable que no me gustaba negarme a comer su comida.
—¡¿Vegetariana?! —exclamó.
—Es una elección por respeto a los animales —aclaré, y Antonia quedó sin habla.
—Oh, mi Dios, eres una cajita de sorpresas —comentó, aunque la sorprendida era yo porque no sabía a qué se refería. ¿Con qué otra cosa la había sorprendido?
—Le pido disculpas y no quiero incomodarla, pero…
—No me incomodas para nada, respeto tu elección y es entendible, pero vas a ser la única vegetariana del rancho —dijo, sonriendo, y agregó—: Sí que se va a poner divertido por aquí.

Seguía sin entender sus comentarios, pero preferí no preguntar.

Me sirvió una buena porción de verduras al horno y se sentó a mi lado con una taza de té.

—Ahora, cuéntame de ti. ¿Por qué una chica de ciudad decide trabajar en un rancho ganadero?

—Amo los caballos, en realidad, amo a todos los animales, pero los caballos son especiales para mí y me especialicé en equinos para trabajar con ellos. Antes de aceptar el puesto trabajaba en una clínica veterinaria y me gustaba mucho, pero necesitaba un cambio en mi vida —expliqué, sin dar más detalles, y no era porque no quisiera hablar de mi divorcio ni de mi vida anterior, porque para mí no era un tema tabú, pero a la señora Antonia recién la conocía y no quería avasallarla con mis problemas.

—¿Solo eso? —preguntó, pero lo hizo con tanta dulzura que no me molestó.

—Me pasaron algunas cosas en los últimos años y necesitaba alejarme para dejar los recuerdos atrás —dije, sonrió y tomó una de mis manos envolviéndola entre las suyas.

—No lo pregunté por indiscreta, solo que… lo imaginé. No hay que ser muy genio para saber que una joven veterinaria hermosa y exitosa de la ciudad que se muda a un pueblo tan pequeño y alejado… debe escapar de algo. Y quiero que sepas que en mí tienes a una abuela que te ayudará en todo lo que necesites.

—Gracias —dije, con un nudo en la garganta—. Y solo para que lo sepa… no estoy escapando de la ley…, solo de los recuerdos de una vida que quiero olvidar —afirmé.

—Estoy segura de que tomaste la mejor decisión al venir aquí, Dillon —dijo, con una sonrisa luminosa.

Y mi corazón, le daba la razón.

La comida estaba deliciosa. Hacía mucho tiempo que no comía algo con tanto sabor a hogar.

—Bueno, imagino que querrás hablar con Tobías que fue con quien tuviste trato, aunque tengo entendido que solo fue por *mail*, así que supongo que no se conocen personalmente.

—Así es, no nos conocemos —confirmé.

—Ya lo conocerás, pero en este momento está recorriendo el rancho, así que, si te parece, te muestro el lugar en el que vas a vivir para que puedas llevar tus cosas y descansar un rato.

—Le agradecería mucho —dije, poniéndome de pie y llevando el plato y los cubiertos hasta el lavabo para lavarlos.

—Dillon, deja eso allí. Tenemos personas que se ocupan de la limpieza.

—No me cuesta nada.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. Ahora vamos que te voy a llevar a la casa de huéspedes que es donde vivirás.

—Muchas gracias, Antonia.

—Nada que agradecer, cariño.

Fui hasta mi coche y saqué las dos maletas que había llevado. Luego nos dirigimos hacia la casa de huéspedes que estaba a pocos pasos de la casa principal. Era sencilla, pero muy acogedora. Antonia la recorrió conmigo mostrándome las comodidades. Tenía un dormitorio, un baño, cocina y una pequeña sala. Lo único que llamó mi atención fue que parecía fría, como si le faltara el toque hogareño que se respiraba en la casa principal, pero eso no me molestaba en absoluto.

—Espero que sea de tu agrado. Era la vivienda del antiguo veterinario y puedes decorarla a tu gusto y tener aquí lo que quieras.

—Muchas gracias, me gusta mucho.

—Ahora me voy a ir para que puedas organizarte y descansar. Tobías debería regresar en una hora más o menos. Si te parece, le digo que pase por aquí así te da la bienvenida y dispone todo lo necesario para tu trabajo en el rancho.

—No es necesario que el señor Lexington venga hasta aquí, me reuniré con él en donde disponga —sugerí, porque me parecía más profesional.

—Déjalo que venga porque tú debes estar agotada —dijo, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—. Nos vemos más tarde, Dillon. Bienvenida a «El Camino» y avísame si necesitas algo —repitió, con una gran sonrisa, pero solo había dado dos pasos cuando volteó y me volvió a mirar—. A Tobías le cuesta confiar en la gente que no conoce y es bastante serio y poco dado a la charla, pero dale tiempo, te aseguro que es un buen hombre.

Asentí con la cabeza y tragué saliva.

Antonia siguió caminando y se alejó.

Si ella me advertía de la personalidad de su esposo era porque algo de eso debería ser verdad y no quería pensar en cómo sería el trato con ese hombre.

Suspiré.

En definitiva, yo estaba allí para trabajar. La salud de los animales era mi único interés y preocupación, y no dejaría que la desconfianza y seriedad de ese señor me perturbaran.

Ya sola en el apartamento volví a recorrerlo con lentitud y, a pesar de la advertencia de Antonia respecto a Lexington, me sentí feliz de poder comenzar una nueva etapa en ese lugar. Por lo que había visto al caminar hacia allí la propiedad era inmensa. En los alrededores había llegado a ver un corral redondo, un granero, grandes caballerizas y varios almacenes, además del personal trabajando en tareas varias, por lo que imaginaba que era una extensa propiedad.

Después de conducir tantas horas necesitaba una ducha reparadora y arreglarme un poco para la reunión con mi nuevo jefe, el señor Lexington.

Al momento de vestirme estaba un poco dudosa con lo que usar, y al final me decidí por unos *jeans* oscuros y una camisa blanca. Me dejé mi rubia melena suelta y me maquillé muy poco, solo para mejorar la cara de cansada y dar una buena primera impresión.

Estaba poniéndome las botas cuando escuché el sonido del teléfono de la casa. Era la primera vez que lo escuchaba y supuse que sería una llamada de la casa principal, así que me apresuré a ir a atender.

—¿Hola?

—Dillon, soy Antonia. Quería pedirte si puedes venir a la casa porque Tobías quiere recibirte aquí —informó, y por su voz supuse que ella no estaba de acuerdo con la decisión de su esposo, pero a mí me parecía mejor que la reunión fuera formal y en su oficina.

—Por supuesto, en un minuto estoy allí.

—Gracias, cariño.

—Gracias a usted.

Antes de salir me di una rápida mirada en el espejo, inhalé profundamente y salí a enfrentarme a Tobías Lexington.

Capítulo 4

«Dile a tu corazón que el miedo a sufrir es peor que el mismo sufrimiento. Y ningún corazón ha sufrido alguna vez cuando va en busca de su sueño.»
—Paulo Coelho

Dillon



No llegué a golpear la puerta porque esta se abrió cuando estaba subiendo el brazo para hacerlo. Un señor con una luminosa sonrisa se asomó en la puerta. Tendría la edad de Antonia y parecía tan amable como ella.

¿Ese era Tobías Lexington? No se parecía en nada a la idea que me había hecho de él. Ese hombre no parecía tener nada de serio y malhumorado.

—Tú debes ser Dillon. Adelante y bienvenida, querida —saludó, apartándose para que pudiera entrar.

—Muchas gracias. Un gusto conocerlo señor…

—Jaime Lexington, soy el esposo de Antonia. —Me dio un cálido apretón de manos—. Ella ya me habló mucho de ti y veo que no exageró en nada. Pero adelante, por favor.

Desconcierto total.

Si él era el esposo de Antonia y se llamaba Jaime… ¿quién era Tobías Lexington?

—¿Sucede algo? —preguntó, supuse que al notar mi confusión.

—No, discúlpeme. Es que pensé que usted era Tobías Lexington —me sinceré.

—Oh, no, no, no; ese es mi nieto mayor —afirmó, restándole importancia a mi error—. Y te está esperando en su oficina. Es esa puerta doble de madera. Antonia y yo vamos a estar en la cocina —dijo, me acompañó hasta la puerta de la oficina de su nieto, me sonrió tímidamente y añadió—: Suerte. —Y se largó.

¿Suerte?

¿La necesitaría?

¡Ay, Dios mío!

No sé por qué, pero un gran nerviosismo se apoderó de mí y me hizo estremecer de pies a cabeza. Volví a inhalar lentamente, cosa que hacía para tranquilizarme, y golpeé suavemente con los nudillos. Tenía una sensación extraña en la boca del estómago y no me gustaba. Durante un breve instante el miedo a lo desconocido me asaltó sin previo aviso y me arrepentí de lo que había hecho.

Pero fue solo un instante.

Porque, pese al miedo que me invadió, desde que había tomado la decisión de aceptar ese

trabajo mi vida se me antojaba toda una aventura, y estaba dispuesta a vivirla y no dejarme dominar por mis indecisiones ni por nadie.

—Adelante —respondió, una voz gruesa, fuerte y áspera, una voz que nada tenía que ver con la amable de su abuelo, pero me resultaba algo… familiar.

Abrí la puerta y, cuando levanté la vista y me topé con el rostro de ese hombre, las palabras se me atascaron en la garganta y me quedé boquiabierta.

Él parecía igual de desconcertado.

Los engranajes de mi cabeza se movieron a mil por hora.

Y entonces… mi cabeza comenzó a encajar todas las piezas y las imágenes de él en el bar vinieron a mi mente como un recuerdo vívido y poderoso.

Sus intensos ojos mirándome fijamente.

Su coqueteo.

Él caminando hacia mí.

¡Ay, señor!

Tenía delante al mismísimo Adonis con el que unas semanas atrás había hablado en el aquel bar en el que había planificado una noche de diversión con Ger.

¡Y, Madre del Amor hermoso!

De cerca y a la luz del día era aún más IMPONENTE.

Solo esperaba que no me recordara porque en ese momento solo podía pensar en el modo tan antisocial, y hasta desquiciado, en el que me había comportado delante de él, y tenía temor de que eso hiciera peligrar mi trabajo. Pero al observarlo, no podía descifrar si me recordaba. El hombre estaba de pie, apoyado en su escritorio y me examinaba lentamente de pies a cabeza.

En ese momento que lo podía mirar de cerca, noté que tendría treinta y pocos años. Sus hombros eran anchos, mediría un metro noventa y era puro músculo, sus muslos se notaban maravillosos bajo esos *jeans* gastados y llevaba una camisa a cuadros desprendida en los botones superiores y doblada en las mangas para deleitarse con unos antebrazos poderosos. Una camisa que no conseguía disimular ni la amplitud de sus hombros ni la estrechez de sus caderas. Cuando le vi en aquel bar iba vestido bastante formal, pero ahora vestía con ropa más informal, pero que le quedaba igual de espectacular.

Su rostro era… una obra de arte creada para ser disfrutada y no había otra posible definición. Piel bronceada por el sol, mandíbula fuerte recubierta de una barba de varios días, pómulos definidos, hermosos ojos color chocolate enmarcados con pestañas gruesas, largas y negras, nariz recta y labios sensuales, y el pelo oscuro bastante largo que hacía que suaves mechones se desparramaran por su maravilloso rostro.

No podía apartar los ojos de él y los suyos me seguían mirando fijo y, si yo no malinterpretaba esa mirada, estaba tan aturdido como yo, pero el suyo no parecía ser un aturdimiento bueno. No me miraba como lo había hecho en el bar, en ese momento parecía que mi presencia le era desagradable y molesta. Con semejante escrutinio esperaba más que esa mirada descortés.

—¿Y usted quién es? —dijo, al fin, con desdén.

Si su pregunta me desconcertó, la forma grosera y el tono que utilizó hicieron que me congelara. No había nada del hombre divertido y conquistador que recordaba. El que tenía adelante era un maleducado y bruto.

—¿Es sorda? Le hice una pregunta.

Al principio tuve el impulso de salir corriendo, pero mi dignidad me lo impidió.

De un momento a otro pasé de la incredulidad a la estupefacción y de ésta a una furia desbocada.

¿Yo había dicho que era un hombre imponente?

Pues ¡NO!

Ese hombre era un BRUTO.

Lo que tenía de guapo lo tenía de desubicado y descortés.

—No soy sorda, mi nombre es Dillon Daurelli y me contrataron para trabajar como veterinaria del rancho.

—¡¿QUÉ?! ¿Esto es una broma? —exclamó, y pude notar que se le contrajo un músculo de la mandíbula.

—No sé a qué se refiere.

—¡¿Es una mujer?! —exclamó, enderezándose y mirándome con desdén.

Tardé unos segundos en reaccionar. No creía haber entendido bien su pregunta, pero lo miré alzando una ceja, como si estuviese valorando si él hablaba en serio o no.

—Estoy bastante segura de serlo.

—Es una mujer —afirmó, y chasqueó la lengua haciendo un ruidito de desaprobación.

—¿Vamos a seguir hablando de obviedades? —repliqué, con veintiséis años de sarcasmo rezumado en mi voz.

En dos zancadas se paró frente a mí con toda su imponente dimensión, pero enseguida di un paso atrás poniendo más distancia e interrumpiendo cualquier posibilidad de que me tocara. Podía aguantar sus groserías, pero no su contacto.

Nos mirábamos a los ojos con las respiraciones entrecortadas y el corazón latiendo a mil por hora.

En realidad, a diez mil.

—¿Me está tomando el pelo? —Y su gesto encerraba una silenciosa amenaza.

—No, señor. Considero que es usted quién se está burlando de mí.

—Esto es inaudito, realmente inaudito —dijo, pasándose la mano por el pelo—. ¡¿Por qué no me dijo que era mujer?!

¿Qué le pasaba a ese hombre? Elevé el mentón y cuadré los hombros para mirarlo con seriedad. Pero debo reconocer que me costaba sostenerle la mirada.

—No pensé que tuviera que aclarárselo. Di por hecho que lo sabía.

—¿Y cómo podía saberlo? ¡Su nombre es masculino!

Bueno, eso era el colmo.

El colmo del absurdo.

Un completo y absoluto disparate.

—¿Esto es una especie de broma pueblerina? —ironicé, sin poder creer lo que escuchaba, y

me fulminó con la mirada—. Mi nombre no es masculino y… ¡¿me contrató porque creyó que era un hombre?!

—Por supuesto que lo hice por eso. No quiero a una mujer pululando alrededor de los hombres del rancho. El contrato se terminó, le voy a pagar…

—¡¿Qué dijo?! —exclamé, totalmente sorprendida. Era surrealista lo que estaba pasando y escuchando.

—Si lo quiere más simple… ESTÁ DESPEDIDA.

Traté de calmar la furia que seguía creciendo en mi interior, pero no lo logré. Llevé las manos a mis caderas mientras lo miraba echando chispas por los ojos. Ese hombre era un maleducado y un prepotente, pero estaba acostumbrada a adversarios admirables y ya no les tenía miedo ni me iba a dejar maltratar.

No sabría manejar la seducción, pero, de un tiempo a esa parte, a los prepotentes los podía poner en su sitio.

—No lo puedo creer. ¿Me despide por mi condición de mujer?

—Es sabido que las mujeres no están hechas para determinados trabajos y que…

—¡Usted es un machista prepotente y un misógino! —exclamé, y le dediqué una mirada asesina.

Clavó sus ojos en mí y en ellos había una clara advertencia, pero no me acobardé.

—Cuidado. Está acabando con mi paciencia, señorita, además de que está equivocada sobre mí. Yo lo único que hago es reconocer lo que es evidente, hay personas que no están hechas para un rancho y salta a la visa que usted es una de ellas. Debería estar posando para una revista de moda femenina o desfilando por una pasarela, y no caminando por un rancho. Y por el mío le aseguro que NO va a caminar.

—Yo soy excelente en mi trabajo y sumamente responsable, además de tener una carrera impecable. Usted mismo ha visto mi currículo y mis títulos avalan lo que le he dicho.

—Le repito…

—¡Estoy hablando! —exclamé, interrumpiéndolo, y sus ojos me miraron como si fueran dagas preparadas para ser lanzadas y acabar con mi vida, pero no me iba a dejar amilanar por ese maleducado y grosero—. Y no necesita despedirme porque le aseguro que no trabajaría para un hombre como usted, un cerdo machista, idiota y corto de miras. ¡RENUNCIO!

La puerta se abrió de golpe y Antonia y Jaime entraron en la oficina mirándonos a ambos con preocupación.

—¿Qué está sucediendo aquí? ¿Por qué los gritos? —preguntó, Jaime, y me avergoncé de que me hubieran escuchado y de comportarme así. Tobías Lexington apretó la mandíbula y se irguió en toda su estatura, mirándome con fijeza.

—Discúlpenme, por favor. Lamento muchísimo haber levantado la voz, no era mi intención. De verdad, lo lamento mucho. Yo ya me voy —señalé, dirigiéndome hacia la puerta.

—¿A dónde vas, cariño? —Y esa fue Antonia que se acercó a mí, interceptando mis pasos, mientras miraba a su nieto con seriedad.

—La señorita se va del rancho porque ya no la necesitamos.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué hiciste, Tobías? ¿Despediste a Dillon? —preguntó, Jaime, con tono

de reproche.

No quería generar un enfrentamiento familiar, así que decidí intervenir.

—Fui yo la que renuncié. No creo que pueda adaptarme a trabajar aquí —dije, y en eso no mentía porque jamás podría trabajar con ese hombre.

—Pero si solo has estado unas horas y ni siquiera conoces el rancho —señaló, Jaime.

—Ya conozco lo suficiente como para saber que no quiero hacerlo —dije, mirando al estúpido arrogante.

—No vamos a aceptar tu renuncia —afirmó, Jaime—. El trato era que estarías un tiempo a prueba, así que, tomarás la decisión luego de haber trabajado unos días y de conocer todo y a todos.

—La señorita ya tomó la decisión y yo también —afirmó, con tono autoritario.

—No sé qué le habrás hecho o dicho a esta muchacha para que quiera renunciar sin haber comenzado a trabajar, pero no eres el único que tomas las decisiones aquí, Tobías —afirmó, Jaime, con seriedad.

Miró a sus abuelos como si no los conociera. Luego sus ojos volvieron a mí y me asesinaron, aun así, no bajé la vista, aunque era harto difícil cuando sus rasgos eran duros como los de una estatua.

Una bellísima estatua, por cierto.

Pero eso no era lo importante.

—Será mejor que me vaya —dije, intentando alejarme, pero Antonia me tomó del brazo para impedírmelo.

—Tú no vas a ir a ningún lado.

—¿Desde cuándo intervienen en la contratación del personal? —preguntó, mirando a sus abuelos con asombro.

—Desde que entendemos que te estás equivocando —afirmó, Antonia, sin soltarme.

—De verdad, no creo que este sea el lugar para mí, les agradezco…

—Este es EL LUGAR para ti, no me cabe la menor duda. Nosotros te necesitamos —afirmó, Antonia, sin soltar mi brazo.

—Yo no confío la atención médica de los animales del rancho a cualquiera. —Miró a sus abuelos y agregó—: Y ustedes deberían saber que…

—¡Señor Lexington! ¡Señor Lexington! —gritó, un hombre, que supuse era un empleado del rancho y que se detuvo en la puerta de la oficina mientras todos lo mirábamos.

—¿Qué sucede, Miguel? —preguntó, Lexington, y el hombre nos miró y lo primero que hizo fue sacarse el sombrero de *cowboy* que llevaba en su cabeza. Era un hombre que tendría treinta años, alto y fuerte.

—Perdonen la interrupción. Es Luna, señor. Tal parece que a la yegua se le adelantó el parto —dijo, el tal Miguel.

—¿Ahora? Pero si aún no se cumplen los once meses —señaló, Lexington, y yo lo miré, pero preferí no opinar, porque tenía claro que podían darse unas variaciones de hasta incluso unos veinte días.

—Dillon, llegó el momento de trabajar —dijo, Antonia, dándome un pequeño empujoncito hacia la puerta, y Jaime asintió con la cabeza. A Lexington «el imbécil», ni lo miré.

—Lo lamento, pero no puedo. El señor —dije, mirando a Tobías Lexington—, no confía en

mí.

—Eres la veterinaria del rancho y no está en discusión. Luna y el potrillo te necesitan —insistió, Antonia.

Si bien el comportamiento y las palabras de ese energúmeno habían sido como un puñetazo a mi orgullo, la salud de los animales era mi mayor preocupación y no podía dejar que el comportamiento de una persona terminara perjudicando a la yegua y su cría.

Lo miré.

Me miraba a los ojos con una intensidad un poco inquietante, pero no aparté la mirada. Sin decir nada, se dio la vuelta, tomó un sombrero Stetson[1]que había sobre el escritorio, se lo puso y volvió a mirarme.

—Sígame. —Fue lo único que dijo y comenzó a caminar hacia la puerta sin molestarse en volver a mirarme y como si tuviera que seguirlo como un perro faldero.

Por supuesto que no lo hice.

Pero los que lo siguieron fueron mis ojos.

¡Y, Dios!

¡Su culo apretado dentro de ese *jeans* era perfecto! Musculoso, firme y…

¡Deja de divagar!, exclamó mi conciencia volviéndome a la realidad, y no solo ella, sino también el empujón que me dio Antonia.

—No creo que sea una buena id…

—Vamos, te necesitan, y te aseguro que no solo la yegua y su cría —me interrumpió, Jaime, y no supe a qué se refería, pero tampoco pregunté.

—Estoy de acuerdo contigo, querido —afirmó, Antonia, tan enigmática como él, y me miró con una sonrisa cómplice.

—Está bien, haré lo que esté en mis manos para ayudar al animal. Ellos son mi prioridad —dije, y ambos se miraron sin disimular una sonrisa—, pero tengo que ir por mi maletín.

—Acompáñala, Jaime —dijo, Antonia, y esa vez fue su esposo el destinatario de su empujón.

La compañía de Jaime era muy bien recibida y no dije nada porque, a la velocidad que había salido Tobías Lexington de la casa y sus amplias zancadas, era seguro que no lo iba a poder alcanzar y yo no tenía idea de hacia dónde dirigirme.

Apenas entré en las caballerizas el reconocido olor y el ruido que hacían los animales logró calmarme un poco.

—Por aquí, Dillon —dijo, Jaime, caminando rápidamente, y yo lo seguí tratando de mantener su marcha.

El lugar era grande y sumamente prolijo. Había algunos empleados trabajando y pude ver a Miguel, el empleado que había dado el aviso, junto a Lexington. Estaban de pie, conversando frente a uno de los *boxes* y miraban hacia adentro con mucha atención.

—Aquí estamos —dijo, Jaime, cuando llegamos al lugar y mirando a su nieto, luego me miró y señaló para dentro del *box*.

Lexington me miró y me pareció que sus facciones se habían suavizado, y también pude notar la preocupación en su rostro.

Miré hacia dentro del lugar y vi a la yegua acostada, y a partir de ese momento me olvidé de él.

Noté también que era un lugar especial, esos boxes-parideras[2], preparado para tal fin. Era amplio, limpio, con agua disponible, buena ventilación y protegido con todas las esquinas redondeadas.

Dejé el maletín en el piso, me puse guantes y entré al lugar muy despacio y dejando que Luna se acostumbrara a mi presencia. La yegua me miraba nerviosa, resollando y relinchando. Me acerqué con suavidad, posé una rodilla en el piso y comencé a acariciar su cabeza para tranquilizarla mientras le hablaba bajito. La yegua pareció relajarse un poco. Mis manos llegaron a su vientre y se lo pude palpar. Volví a acariciar su cabeza y, lentamente, me puse de pie.

Salí del lugar y me encontré con que solo estaba Tobías Lexington sentado en un banco largo de madera ubicado frente al *box*. Me acerqué silenciosamente y tomé asiento junto a él, pero a unos cuantos centímetros. Su mirada había cambiado totalmente y me miraba con… no sabría decirlo, pero seguro que no era la pedantería de rato antes, aunque tampoco era la mirada admirativa que me había dedicado aquella noche en el bar.

—Está entrando en la segunda fase del parto. Ya tiene contracciones uterinas fuertes para la expulsión del potrillo. No debería tardar en nacer, solo es cuestión de esperar —informé, y el asintió con la cabeza.

El desarrollo del parto se producía en tres fases, una primera fase de colocación del potrillo en el canal del parto; una segunda de expulsión y nacimiento; y la tercera, de expulsión de la placenta y anejos embrionarios.

—¿Está todo bien? —preguntó, con una voz calmada que no le conocía hasta el momento.

—Sí, el proceso natural. Por norma general, debemos dejarla parir sola. Solo voy a observarla desde la distancia. La vigilancia en esta segunda fase es importante y tenga en cuenta que esta fase puede durar hasta treinta minutos, así que, si no tiene inconvenientes, me quedaré con ella hasta que nazca el potrillo —señalé, y volvió a asentir con la cabeza.

Al minuto volví a escuchar su voz.

—Lamento la forma en que le hablé. Espero que acepte mis sinceras disculpas.

Muy sinceras no me parecieron, más bien un poco forzadas, como si no supiera como darlas porque nunca lo hacía. Se notaba que tenía poca experiencia en el arte de pedirlas y que no eran un plato de buen gusto para él. Pero no quise seguir con esa situación tan incómoda. La disculpa no siempre era eficaz a la hora de resolver un conflicto, y nosotros estábamos lejos de resolverlo, pero, por el momento, servía.

—Está bien —fue lo único que pude decir, pero lo hice sin mirarlo.

—Creo que hemos comenzado con mal pie, pero lo podemos solucionar.

En ese momento un gran relincho nos hizo poner de pie.

—¿Ella estará bien? —preguntó, preocupado.

—Lo estará —respondí, y el reaccionó soltando el aire despacio en un gesto de alivio.

Me gustó que se preocupara por sus animales y estuve más dispuesta a entenderlo, porque el que los amara y cuidara me decía mucho de él.

Me acerqué al *box* y seguí observando a la yegua.

La inspeccioné para asegurarme que el potrillo se presentaba correctamente y, como todo estaba bien, volví a alejarme. Minutos después vi aparecer las patas del potrillo y finalmente nació. Era un potrillo precioso, negro igual que la madre. El periodo de tiempo inmediatamente después del nacimiento marcaba el comienzo de la unión maternal-potrillo y era importante no interferir.

Recién cuando la fase tres hubo terminado y me aseguré de que yegua y potrillo estaban bien, me acerqué a Lexington y volví a dirigirle la palabra.

La sonrisa en su rostro hizo que mi corazón se acelerara.

—No hubo ninguna complicación y el potrillo llegó a término, no nació antes de tiempo como usted había sugerido, el embarazo fue normal. Ahora me voy a ir. Mañana debería asegurarse de que un veterinario los examine a ambos.

—¿No lo va a hacer usted?

Estaba recogiendo mis cosas y guardándolas en el maletín, pero dejé de hacerlo, levanté el rostro y lo miré con seriedad.

—¿Me está tomando el pelo? —dije, repitiendo sus palabras de rato antes.

—No; ya escuchó a mis abuelos. Usted es la veterinaria del rancho.

—También escuché todas las barbaridades que usted me dijo y no estoy dispuesta a trabajar con un hombre que piensa que soy una inepta solo por el hecho de ser mujer. Buenas noches, señor Lexington. Mi trabajo en el rancho ha terminado. Le deseo lo mejor. —Giré y emprendí la caminata hacia la salida, pero solo unos pasos después sentí su mano en mi brazo para detener mi andar. Miré su mano con el ceño fruncido y aparté el brazo bruscamente.

Las humillaciones que había vivido en mi matrimonio me habían hecho desarrollar una especie de rechazo al contacto de los hombres, por eso mi asombro fue inmenso cuando lo que sentí con su toque distaba mucho de serlo. Cuando su piel entró en contacto con la mía, una sacudida de electricidad me recorrió el cuerpo entero y no supe descifrar qué era. Eso me aturdió y hasta el último musculo de mi cuerpo entró en tensión, pero me obligué a mantener la calma y a permitirle que se explicara.

—Así que ha mentido —dijo.

—¿Mentir? No, esa es una de las cosas que nunca hago, pero usted no puede saberlo porque, aunque me ha juzgado, no me conoce en absoluto.

—Yo creo que mintió porque dijo aceptar mis disculpas, pero sigue enfadada y no quiere trabajar conmigo.

—Que usted haya pedido disculpas no significa que haya cambiado de opinión en cuanto a todo lo que me dijo, y le aseguro que no quiero trabajar para una persona con una mentalidad cerrada como la suya.

Nos batimos a duelo con la mirada durante varios segundos en los que me aseguré de trasmitirle que mi decisión era inamovible. Cuando el momento comenzó a rozar lo absurdo, fue él quien habló, pero sin romper el contacto visual.

—No será mentirosa, pero veo que es rencorosa.

—Yo diría que sensata.

—¿Por qué?

—Porque hasta hace unas horas atrás no quería verme «pululando» por su rancho, así que voy a cumplir su deseo, u orden para ser exacta.

—Me equivoqué, lo reconozco, y le vuelvo a pedir disculpas. Le aseguro que quiero que trabaje conmigo… quiero decir, en el rancho.

No me interesaba lo que él quisiera, pero su mirada era más preocupante. No sabía por qué me provocaba unas sensaciones extrañas en el estómago.

—Como usted les dijo a sus abuelos, mi decisión está tomada.

—Cámbiala. Siempre se puede cambiar de opinión —dijo, abandonando el formalismo y acercando su rostro al mío, y yo solo pude negar con la cabeza porque creo que había perdido la voz—. Te daré algo a cambio. ¿Qué te parece si te dejo elegir el nombre del potrillo? —propuso, dejándome totalmente perpleja. ¿De dónde había salido esa amabilidad?

—¿Yo? —Lo miré totalmente sorprendida y negué con la cabeza—. No creo que...

—Dillon, mis abuelos tienen razón, te necesitamos en el rancho. Ellos te necesitan —dijo, señalando a la yegua y su potrillo, luego carraspeó y susurró—: y… yo también. Lo que sucedió es que me sorprendiste. Solo quiero asegurarme de que sabes a lo que has venido. No es un trabajo fácil y trabajarás muchas horas.

—Lo sé, estoy preparada para hacerlo. No es el trabajo lo que me hace dudar —aseguré, un tanto aliviada con su cambio de opinión.

—Lo imagino. Solo te pido que no salgas huyendo como lo hiciste en el… —Negó con la cabeza—. Olvida lo que dije, te aseguro que… no muerdo —señaló, regalándome una espectacular sonrisa y fue patética la forma en que me afectó.

Pero lo preocupante era que estaba convencida de que lo que había dicho tenía que ver con nuestro encuentro en el bar y mi posterior huida.

Me recordaba.

Capítulo 5

«Y de repente llega alguien que te hace olvidar el ayer y soñar con un mañana.»
—Anónimo

Tobías



Me merecía esas rencorosas palabras.

Por supuesto que me las merecía.

Y por alguna jodida razón me sentía un verdadero idiota.

Y eso era de lo más extraño porque jamás sentía remordimientos por mi forma de actuar, ese era un sentimiento que había desterrado para siempre de mi corazón hacía muchos años.

Por eso, cuando recordaba lo cabrón que había sido con Dillon, me sorprendía mi recién estrenado remordimiento de conciencia, y que se acrecentaba cuando recordaba haber distinguido un tono dolido bajo su desdén.

No solo había sido un cabrón, sino también totalmente injusto con ella y, aunque mi comportamiento no se justificaba, tenía mis razones.

Estaba claro que Dillon Daurelli era una veterinaria sumamente calificada, pero el problema radicaba en que era una mujer hermosísima y mi atracción por ella había sido instantánea.

La recordaba perfectamente.

Ella era Gin, la mujer que me había deslumbrado en el bar de la ciudad.

Si mi mandíbula no hubiera estado fuertemente cerrada, se me hubiera descolgado debido a la sorpresa que me llevé cuando la vi entrar en mi oficina y me dijo su nombre. Yo esperaba que Dillon Daurelli fuera un hombre, pero resultó que era la hermosa mujer que me había robado el sitio en el aparcamiento y que luego yo había intentado seducir en aquel bar de la ciudad, pero fracasando rotundamente.

Y, muy a mi pesar, el maldito recuerdo de aquellos ojos celestes mirándome con anhelo, regresaba a menudo a mi mente. Una imagen que, por alguna extraña razón, se repetía en mi cabeza varias veces desde aquel encuentro.

Es que tenía una belleza arrebatadora.

Su larga cabellera dorada, sus grandes ojos celestes tan claros como un cielo despejado, su rostro angelical con esos labios carnosos que invitaban al pecado… todo era como un imán para mí. Parecía que cielo y el infierno se habían mezclado en esa mujer y era la combinación perfecta.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Era preciosa.

Y demasiado *sexy*.

Sus largas y torneadas piernas en ese *jeans* parecían kilométricas.

Y su culo…

¡Madre mía!

Mientras se ocupaba de Luna y el potrillo, con profesionalismo y dedicación, había contemplado ávidamente su espectacular anatomía y sus curvas de infarto. El pantalón se agarraba a su culo redondo y respingón de una forma tan sensual que la boca se me hacía agua. Había vuelto a quedar deslumbrado.

Por ese motivo, lo primero que había venido a mi mente era que, una mujer así, cuanto más lejos mejor.

Dillon «Gin» Daurelli era la mujer más impresionante que hubiera visto jamás.

Y no quería a ninguna mujer bonita cerca de mí, TODOS los días.

Y menos una que me atraía tanto.

No me iba a volver a enamorar.

NO.

Por eso, y aunque era sumamente calificada para el puesto, la había despedido sin contemplación ninguna. Sabía que había sido injusto y estaba avergonzado por haberla tratado de forma tan descortés y por mi actitud tan beligerante y machista, pero en cuanto la vi tuve la certeza de que la tenía que alejar de mí.

Una cosa era tontear en el bar, otra distinta tener que verla todos los días en el rancho.

Pero… esa mujer se merecía una oportunidad.

Y yo había terminado claudicando.

Su currículo y títulos la respaldaban porque eran más que sorprendentes, y esa noche había comprobado su capacidad al verla atender a Luna y el potrillo. Necesitaba una profesional eficiente en el rancho, y ella era una joven muy capaz y estaba convencido de que encajaría en el rancho a la perfección. Además de que mis abuelos eran capaces de colgarme de las pelotas si la dejaba ir.

Pero lo más sensato de mi parte sería mantenerme alejado de ella todo lo que fuera posible. Iba a ser difícil ignorarla, pero lo lograría. Al menos eso era lo que me decía a mí mismo.

También era consciente de que los hombres del rancho se la iban a comer con los ojos, porque estaba seguro de que iba a recibir miradas lujuriosas. Seguramente de todos. Y no quería pensar en mi hermano Graham. Cuando Graham volviera y la conociera no dudaría en flirtear con ella sin reservas. Estaba seguro de que no iba a perder oportunidad para intentar seducirla.

¿Lo lograría?

Meneé la cabeza.

Eso no debería importarme. Que la veterinaria hiciera con su vida lo que le viniera en gana mientras en el rancho se comportara y cuidara de la salud de mis animales.

Igualmente, ella aún no había decidido si se quedaba, pero por lo menos no había sido tajante en su negativa.

Después de salir de la caballeriza y como ya era muy tarde, Dillon me había dicho que esa noche la iba a pasar en el rancho y aprovecharía para pensar en mi propuesta.

Y eso me había dado cierta esperanza.

Recostado en el vano del portón de las caballerizas, con las manos en los bolsillos de mi *jeans*, me quedé observando la casita que ella estaba utilizando. La luz del dormitorio estaba encendida y no pude evitar imaginármela en la cama. Mi mente comenzó a fantasear con ella y, ofuscado conmigo, resoplé, me quité el sombrero, masajeándome el cuello con la otra mano, y me prometí que haría todo lo posible por evitarla y… sacármela de la cabeza.

Estaba seguro de que, si aceptaba quedarse, Dillon Daurelli iba a preocuparse por los animales, cuidándolos y atendiéndolos con dedicación y profesionalismo.

Todo iba a andar bien.
Menos… mi cabeza.

Capítulo 6

«Cuando no te lo esperas. Ese, es el momento perfecto.»
—Anónimo

Dillon



No había casi pegado ojo en toda la noche.

Afectada por todo lo sucedido con Tobías Lexington, dormir se había convertido en una misión imposible. A pesar del agotamiento físico, me había pasado las horas en vela sin ser capaz de descansar porque estaba tan inquieta que no habría logrado dormir ni contando todas las ovejas de ese rancho, que eran muchísimas.

Pero el insomnio había terminado siendo mi aliado a la hora de volver a analizar la posibilidad de aceptar trabajar en el rancho.

No entendía como se habían torcido las cosas en tan poco tiempo. Cuando llegué al rancho estaba feliz y convencida de que era lo mejor que me había sucedido en mucho tiempo. Sin embargo, después de conocer a «mi jefe», todo se había dado vuelta. Ese hombre insufrible desconocía totalmente las normas de cortesía.

Cuando me fui a la cama ni siquiera pasaba por mi cabeza considerar la opción de trabajar para él, la descartaba totalmente. Me había prejuzgado por mi aspecto y desestimado como profesional por el hecho de ser mujer.

¡Tobías Lexington era un idiota!

Mis ideas estaban claras.

Pero…

Con el correr de las horas mi negativa se había ido desvaneciendo y reconsideré el trabajo en el rancho como una de las mejores opciones para ese momento de mi vida. No quería volver a la ciudad, regresar era una decisión muy dura para mí. Mi nueva vida dependía del trabajo en el rancho. No concebía renunciar a todos mis planes. En el fondo de mi ser sabía que no deseaba estar en ningún otro lugar.

Era el momento de reevaluar mi renuncia y hacer listas mentales de los pros y contras de quedarme en el rancho «El Camino».

Puntos a favor de quedarme:

Lexington se había «disculpado», aunque no me había ofrecido ninguna explicación. Estaba claro que yo no le gustaba. Perfecto. No pretendía gustarle.

A mí en cambio, me encantaban los animales y no había satisfacción más grande que la de asistirlos y cuidar de ellos. Además, él no era el único que dirigía el rancho, también estaban Antonia, Jaime y, según me habían dicho también había otro nieto, así que podía evitar el trato directo con él y hacerlo con los demás. Y, si por alguna razón tenía que tratar con él, le pondría los puntos sobre las íes y le enseñaría a respetarme. No le permitiría ni una sola insolencia más.

Hacía tiempo que no sentía tanta ilusión, desde que había llegado al rancho me sentía más viva.

Pero…

Puntos a favor de la renuncia:

Tachen la «s» porque la lista tenía un solo punto.

Tobías Lexington.

Finalmente, a las cinco de la mañana y con una decisión tomada, cerré los ojos y me dormí.



El sonido incesante de la alarma de mi teléfono vibrando contra mi mesa de noche me hizo abrir un ojo, no pude abrir los dos.

Eran las seis de la mañana.

Estaba hecha polvo.

Mi mente estaba agotada de tanto pensar.

Todo en mí estaba agotado.

Suponía que en ese lugar la jornada comenzaba temprano, así que tenía que levantarme, pero sentía el cuerpo como si me hubiera atropellado uno de los grandes tractores que había en el rancho.

Me incorporé y me obligué a activarme porque debía informarles de mi decisión: trabajaría en el rancho.

Antes de abandonar la cama contemplé con ojos perezosos todo el espacio a mi alrededor familiarizándome con mi nuevo hogar.

Sonreí al decir hogar.

Quizás era la primera vez que tenía uno.

Me di una ducha y me vestí con ropa cómoda. Unos *jeans* y una blusa. Me recogí el pelo en una coleta alta y fui hacia la cocina para preparar el desayuno. Esa mañana iba a necesitar dos o tres tazas de café cargado para mantenerme medio-coherente.

Estaba encendiendo la cafetera cuando algo llamó mi atención. En el piso, a unos centímetros de la puerta había una nota, como si alguien la hubiera deslizado por debajo de la puerta. Fui hasta allí, la tomé y leí:

No te rindas

(Afuera hay algo para ti)

No tenía firma ni decía nada más.

Abrí la puerta y en el suelo encontré una caja que contenía una taza de café humeante y unos dulces.

Tomé la caja convencida de que había sido Antonia. Esa mujer pensaba en todo porque lo que me había traído era justamente lo que estaba necesitando. Me estaba dando su apoyo y ánimo y creía en mi capacidad. Me tenía confianza.

Emocionada, me llevé la nota al pecho y en ese momento el teléfono de la casa sonó.

—¿Hola?

—Buenos días, Dillon. Soy Antonia.

—Buenos días, Antonia. ¿Cómo está? —dije, esperando me dijera algo sobre su sorpresa.

—Muy bien, cariño. Y tú, ¿cómo dormiste? ¿Pudiste descansar? —preguntó, con su amable voz, y aunque apenas había logrado dormir una hora, le ofrecí una respuesta complaciente.

—Descansé muy bien, gracias. La cama es muy cómoda. —Y en eso no mentía. Era una

cama grande, de dos plazas y muy confortable—. Estaba por tomar el caf…

—Ven a la casa a desayunar con nosotros, cariño.

Eso me desconcertó.

¿Por qué me invitaba a desayunar si me había traído el desayuno?

—Justamente, estaba por desayunar lo que me trajo.

—No entiendo —dijo, desconcertándome aún más.

—Usted… ¿me dejó un café con dulces en la puerta?

Silencio.

—¿Te llevaron eso? —Nuevamente silencio—. ¡Maravilloso! Te aseguro que yo no fui. Debe haber sido Jaime o alguno de mis nietos. Un obsequio de bienvenida. ¡Qué gran idea!

—Yo pensé que…

—En realidad yo pensaba que vinieras a desayunar aquí, con nosotros.

¿Desayunar con ellos?

No me sentía capaz de estar en la mesa con Tobías Lexington, eso era como una actividad de riesgo para mí. Mirarlo a la cara durante todo el desayuno me pondría nerviosa y me iba a terminar delatando. Ni muerta le daría a entender que me alteraba. Ya bastante vergüenza había pasado en aquel bar huyendo como una cobarde, ahora tenía que mostrarme segura, imperturbable y valiente.

—Muchas gracias, Antonia, pero recién terminé de desayunar lo que me dejaron en la puerta —mentí.

—Espero que no hayas desayunado como un pajarito porque te advierto que para las jornadas del rancho vas a necesitar más que un café —advirtió, asumiendo que me quedaba a trabajar allí y como si fuera una abuela cuidando y reprendiendo a su nieta, y de nuevo, su preocupación me hizo sentir una opresión en el pecho.

—EEEh, desayuné más que eso.

—Eso espero, cariño; eso espero. A partir de mañana ven a desayunar a la casa así me aseguro de que comes como Dios manda.

—No es necesario que se moleste, Antonia. De verdad, no quiero incomodar a la familia.

—¿Incomodar, dices? Todos estaremos felices de que nos acompañes. Graham está deseando conocerte y Tobías… también estará contento de tenerte acá —dijo, aunque no me pasó desapercibido de que lo último no lo dijo muy convencida.

—Lo pensaré. ¿A qué hora le parece que su nieto me podrá recibir en su oficina?

—Mejor pregúntaselo a él —dijo, y escuché cuando lo llamaba—. Nos vemos, Dillon. El almuerzo se sirve a las doce del mediodía en punto.

—¿Se sirve? ¿Los empleados tienen un lugar para almorzar todos juntos?

—Así es, pero mi abuela se refería a que tú almuerces aquí, con nosotros —dijo, esa voz dura y varonil que hacía que mi corazón se acelerara sin remedio. El muy cretino le daba el punto exacto para que fuera totalmente seductora. Y estaba segura de que era muy consciente de ello—. ¿Cómo está, señorita Daurelli?

—Buenos días, Lexington. Siendo así, agradézcale a la señora Antonia la invitación para almorzar, pero no quiero molestar a la familia. Tengo todo lo necesario para almorzar aquí.

Además, alguien me dejó un café con dulces.

—No es molestia —afirmó, con voz seria—. Pero si va a rechazar la invitación, entonces dígaselo usted misma cuando venga por aquí porque la abuela no suele tomar a bien que le lleven la contraria —sugirió, y no pasé por alto que no hizo ningún comentario sobre el obsequio que yo había recibido. ¿Habría sido él? Lo dudaba.

—Por supuesto, me disculparé con ella. Respecto a nuestra reunión, ¿a qué hora sería?

—¿Puede adelantarme su decisión?

—Voy a quedarme. Trabajaré en el rancho, pero antes me gustaría dejar algunas cosas claras —afirmé, y me pareció que sentí un sonido parecido a una risa.

—Perfecto. La espero en una hora en mi oficina así… *aclaramos las cosas*, le explico el funcionamiento del rancho y lo que se espera de usted —respondió, y no pasé por alto el retintín que empleó al decir «*aclaramos las cosas*», pero no quería volver a discutir con él, ya fuera directa o indirectamente.

—Antes me gustaría pasar a examinar a Luna y el potrillo.

—Me gustaría estar allí cuando lo haga. Si le parece, primero conversamos y luego la acompaño a las caballerizas.

—De acuerdo. En una hora estoy en su oficina.

—Aquí estaré esperándola —dijo, y esa frase me sonó seductora. Evidentemente, ese hombre lograba que mis neuronas dejaran de funcionar, o quizás era que aún no había bebido el café mañanero y no se habían despabilado.



Llegué a la casa y antes de golpear la puerta principal, respiré profunda y lentamente por la nariz porque era lo que necesitaba para calmarme. Estaba nerviosa, pero no dejaría que él viera lo mucho que me intimidaba.

Cuando estuve lo suficientemente calmada, golpeé la puerta con los nudillos.

Unos segundos después se abrió y tuve frente a mí a un individuo que aún no conocía. Era un hombre que parecía un poco más joven que Tobías Lexington y, si bien tenía un parecido con él, su presencia no intimidaba, todo lo contrario, parecía amigable. También era alto, fuerte y ancho de hombros, y poseía un rostro atractivo. Sus bonitos ojos marrones trasmitían simpatía e inmediatamente me cayó bien y sentí algo de alivio.

—Buenos días, mi nombre es…

—Dillon y eres la nueva veterinaria. Bienvenida al rancho El Camino —saludó, sonriente y estirando su mano—. Yo soy Graham Lexington, el hermano de Tobías y el nieto preferido de Antonia y Jaime…, además del más guapo.

Le estreché la mano, pero al segundo la aparté. Si él se percató de lo rápido de mi saludo, no dijo nada ni hizo gesto alguno.

—Sí, soy Dillon Daurelli y, por ahora, soy «la aspirante» para cubrir el puesto de veterinaria del rancho, porque aún tengo pendiente una reunión con el señor Lexington.

—¿Señor Lexington? ¡No llames así al tozudo de mi hermano! No, no, Dillon; solo dile Tobías, porque si no, él se cree más que lo demás, ya sabes, su inconmensurable orgullo no tiene límites y no queremos más pedantería de la que ya hace alarde —dijo, con una gran sonrisa.

Enseguida comprendí que los hermanos eran como el día y la noche, y eso me tranquilizó

porque era seguro que no podría tratar con dos individuos con la personalidad del hermano mayor.

—Vine para tener una reunión con ustedes y…

La tosecita impertinente del idiota me interrumpió.

—La estaba esperando, señorita Daurelli.

Miré a Graham y éste hizo una mueca de disgusto, como si la actitud de su hermano le molestara, pero enseguida me miró y sonrió.

—Pasemos a mi oficina —dijo, Tobías Lexington.
—Yo voy…
—A trabajar —dijo, el Lexington mayor, interrumpiéndolo y mirando a su hermano con seriedad.

Evidentemente, de la personalidad autoritaria de ese hombre no se salvaba ni la familia. Aunque observé a Graham y parecía más divertido que molesto por la actitud de su hermano.

—Dillon, no permitas que te avasalle, plántale cara o llámame a mí y estaré encantado de ayudarte con eso. Nos vemos más tarde —dijo, y me hizo un guiño—. Hasta luego, hermanito, no permitas que esta belleza nos abandone porque te aseguro que…
—Vete a trabajar.

Graham volvió a reír, se puso el sombrero, me hizo un saludo tocando el ala de este con la punta de los dedos y se marchó.
Quedé frente a su hermano mayor que me miraba con seriedad.

—Pasemos a la oficina así hablamos más tranquilos —pidió, estirando la mano en un gesto caballeroso para que pasara primero, aunque el tono distaba mucho de ser un bálsamo de amabilidad.

Al entrar en la oficina me quedé de pie esperando a que él se sentara.

—Tome asiento —indicó, con su petulante formalidad.

Me senté en la silla de visita que había frente a su escritorio mientras él lo hacía en su silla, frente a mí.

—Usted dirá —dijo, y al parecer lo debo haber mirado confundida porque levantó sus cejas y añadió—: Me dijo que quería aclarar algunas cosas.

Y sus labios se curvaron en…
¡Una maldita sonrisa!
¡Ave María Purísima!, no debió haber hecho eso.
Porque esa sonrisa era… ¡letal!

—Así es —afirmé—. Quería decirle que, si bien acepté el trabajo en el rancho, quiero que me asegure que confía en mí como veterinaria o no me quedaré. A pesar de ser mujer, soy una profesional titulada y con experiencia —aclaré.

Ya está.

Lo había dicho.

Y él me quedó mirando a los ojos con tal intensidad que sentí que se disolvía el escritorio que nos separaba. Me resultaba abrumador, pero no aparté la mirada. Fue un instante de silencio y miradas entre ambos que tornaron el clima casi eléctrico.

—La confianza no se pide, se gana, señorita Daurelli. Le diría que se gana palmo a palmo.

—Estoy de acuerdo con eso y le aseguro que trabajaré duro para ganarme la confianza de todos, pero le recuerdo que usted me quería despedir sin darme la oportunidad de demostrarle mi capacidad como profesional.

—Y yo recuerdo que anoche le pedí disculpas por mi comportamiento y le aseguré que no volvería a suceder —afirmó, desafiante.

—¿Confía en mí, señor Lexington?

Lo observé levantarse y rodear el escritorio hasta llegar a mí. Al instante me puse rígida y las manos me empezaron a sudar.

—No le voy a mentir, señorita Daurelli, me cuesta confiar en la gente que no conozco, no otorgo mi confianza con mucha facilidad, pero voy a confiarle la salud de los animales del rancho y… espero que no me defraude.

—No lo haré —afirmé, con seguridad y sin dejar de mirarlo, aunque tuve que subir el rostro porque él estaba de pie.

—Como le dije anoche, no es un trabajo fácil, pero no dude en recurrir a nosotros ante cualquier dificultad o situación que lo requiera.

—Lo haré.

—Muy bien, entonces le voy a contar un poco más sobre los animales y lo que se espera de su trabajo. Luego, si está de acuerdo, haremos un recorrido por el rancho.



Casi una hora después me había explicado la mecánica del trabajo en el rancho y lo que se esperaba de mí. Si bien en nuestros intercambios por *email* me había hecho una idea, no era lo mismo que estar allí y verlo. A partir del momento en el que había comenzado con la explicación, la reunión había sido muy profesional. Aunque debo confesar que estar frente a él me distraía porque su belleza hipnótica era como una trampa para mí.

—Pues, si no tienes ninguna pregunta más, ¿qué te parece si te acompaño hasta la caballeriza para revisar a Luna y su potrillo? —sugirió.

—Me parece bien. Por ahora no tengo más preguntas —respondí, sabiendo que de a poco iría acostumbrándome a todo y todos.

En cuanto salimos por la puerta respiré aliviada. Parecía que lo peor había pasado, aunque sabía que no me podía fiar.

Por el momento mantendríamos el hacha de guerra guardada en la funda.

Si bien daba la sensación de que no había ido tan mal, sabía que debía mantener la guardia

alta porque ese hombre iba a controlar mi trabajo con lupa. Al trabajo no le tenía miedo porque estaba segura de poder con todo, es más, me gustaba mucho trabajar en ese ambiente y con esos animales, pero… Tobías Lexington era otro tema. Ese hombre me desestabilizaba e iba a tener que aprender a controlar mejor mis emociones cuando estaba frente a él, porque si de algo estaba segura, era que haría que esa oportunidad valiera la pena.

Iba a darlo todo.

¡Todo!

Ten cuidado con lo que prometes, me advirtió mi conciencia.

Pero no la escuché.



Después de estar un rato con Luna y el potrillo, y de hacerles una detallada revisión, pude asegurarle que todo estaba bien. El potrillo estaba activo y la yegua se ocupaba de él y lo alimentaba. Si bien en esos casos siempre había que manejarse con cautela porque la madre estaba atenta y se mostraba muy protectora, pude acariciarlos a ambos y disfrutar de ese momento que tanto me gustaba y me recordaba a mi infancia.

Y siempre bajo la atenta mirada de Lexington.

—Luna es majestuosa y el pequeño va a ser un gran semental —comenté, cuando salí del *box* y me acerqué a Lexington.

—¿Ya pensaste en el nombre para el pequeño? —me recordó, pero volví a sorprenderme—. Por cierto, voy a pedirte que dejemos de lado la formalidad en nuestro trato. Llámame por mi nombre.

—Muy bien, como usted… tú digas, pero no me parece que sea yo la que elija el nombre del potrillo.

—Tómalo como el obsequio de bienvenida.

A punto estuve de preguntarle si realmente para él era bienvenida, porque seguía teniendo mis dudas, pero no dije nada.

—Lo pensaré, entonces. —En ese momento lo miré y en sus ojos oscuros me pareció ver un fuego ardiente y, sin pensarlo, añadí—: ¿Qué te parece, Aedus? Es un término gaélico que significa fuego.

—Aedus…, me gusta. Buen nombre —dijo, y volvió a sonreír—. Ahora, vamos que quiero mostrarte el resto del rancho y presentarte a algunos trabajadores que pueden ayudarte —dijo, señalando la salida.

Salimos de la caballeriza e hicimos un pequeño recorrido. Saludé a mucho de los trabajadores que estaban haciendo sus labores y, si bien la mayoría me saludaron con amabilidad y simpatía, no pasé por alto que algunos pocos, sobre todo los de mayor edad, se mostraron desconfiados. No me preocupaba. Yo iba a hacer que esos gestos desconfiados se suavizaran hasta desaparecer.

Por el contrario, Tobías había sido cordial y en todo momento se había comportado como un caballero. Sin embargo, cuando mi mirada colisionaba con la intensa mirada suya, mi cuerpo se estremecía sin remedio.

Porque me afectaba.

Y cuando no se comportaba como un imbécil, no era extraño quedarse prendada de él porque

era demasiado atractivo y… una gran tentación.

—Simplemente… perfecto —afirmé, haciéndole saber lo que pensaba del lugar, aunque por su sonrisa satisfecha no me quedó claro si había entendido que me refería al rancho, y mi cara ardió en llamas cuando me di cuenta de que podía haber pensado que lo describía a él—. Me refiero al rancho, por supuesto.

Y sucedió algo extrañísimo.

Tobías bajó la cabeza y, por su sombrero, no podía verle el rostro. Parecía que lo había hecho a propósito para evitar que le viera. Solo notaba su cuerpo sacudirse. Tardé unos segundos en darme cuenta lo que sucedía en realidad.

Ese hombre tenía el descaro de reírse de mí.

Y reía sin reparos.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté, levantando una ceja.

Y en ese momento echó la cabeza hacia atrás y rio más fuerte.

Noté un cosquilleo en el estómago.

Hasta ese momento no lo había visto reír así y sentí por todo el cuerpo la electricidad que esa risa me provocaba.

Y quedé FASCINADA.

Tal vez debería haberme sentido ofendida por su reacción, pero me gustaba demasiado el sonido de su risa.

Mis mejillas se volvieron de un rojo intenso y entrecerré los ojos.

Después de la pausa más larga que se puedan imaginar, lo seguí observando. Estaba segura de que estaba intentando por todos los medios aguantarse la risa.

—¿Y bien? —insistí.

—No puedo decirlo —respondió, con un matiz de diversión en su voz

—¿Por qué no puedes?

—Muy bien, esta es la cuestión. Creo que sería mejor que lo dejáramos así y ambos nos fuéramos a trabajar… Gin. —Esbozó una sonrisa ladeada, y podría asegurar que, por primera vez desde que había llegado al rancho, me había mirado como esa noche en el bar.

Volteó y comenzó a caminar.

Yo quedé perpleja al entender lo que significaba que me llamara así.

Así me había llamado en el bar.

Me recordaba.

Era más fácil pensar que no lo hacía, pero si bien habían pasado unas semanas desde nuestro encuentro, era lógico que me recordara porque habíamos estado hablando un buen rato.

Eso complicaba las cosas.

Lo observé alejarse sin poder moverme.

Mi primer día de trabajo y ya podía asegurar que lo que me esperaba iba a ser… complicado.

Aunque para él parecía que era «divertido».

Capítulo 7

«La vida es como un rompecabezas, cada pieza tiene una razón, un lugar y un por qué, no insistas en colocar piezas donde no caben.»
—Anónimo

Tobías



Esto iba a ser divertido.

No sé el tiempo que hacía que no me reía como lo había hecho ese día. Ni siquiera solía sonreír demasiado. Pero lo extraño era que, no había podido evitar reír a carcajadas y lo más sorprendente era que la causante de mi risa había sido Dillon Daurelli. Me parecía increíble que lo hubiera logrado de una manera tan sencilla. Su comentario y su sonrojo me habían causado muchísima gracia. Y, aunque también extraño, su timidez me resultaba refrescante y era un rasgo de ella que me encantaba.

Sí, debo confesar que esa mujer tenía muchas cosas que me encantaban.

Pero yo no iba a caer en el embrujo de ninguna mujer…, NUNCA más.

Y eso, NO debía olvidarlo.

Haría lo que hiciera falta para cumplir mi propósito.

Admito que no siempre había sido así ni había evitado el amor.

Unos años atrás había conocido ese sentimiento. Me había enamorado y había confiado ciegamente en una mujer. Una mujer a la que le había propuesto matrimonio y entregado mi corazón. Y ella había aceptado mi propuesta prometiéndome amor eterno.

Una gran mentira.

Así fue como descubrí cómo la eternidad en boca de una mujer se tornaba limitada.

Porque más que amor, de Bárbara, así se llamaba, solo había obtenido una vil y miserable traición.

En ese entonces yo tenía veintidós años y Bárbara veinticinco, y estaba loco por ella, enamorado hasta los huesos. Me enloquecía con su ardor y pensaba que nunca me saciaría de ella.

Yo vivía en el rancho con mis abuelos y mi padre, porque mi mamá había fallecido unos años antes. A mi padre no le interesaba el rancho, por eso mis abuelos nos enseñaban todo lo relacionado con el mismo a mi hermano y a mí, querían que nosotros nos hiciéramos cargo. Mi padre estaba más interesado en las mujeres y el juego que en su familia, aunque nadie imaginaba hasta que extremo llegaba su libertinaje y maldad.

Una noche, buscando a mi prometida, entré en una de las caballerizas.

Y la encontré.

En los brazos de mi padre.

Me encontré con aquello que no quieres ver en la vida.

Estaban revolcándose en una montaña de forraje.

Sí.

Mi padre y mi prometida eran amantes.

Sorprendido como estaba al ver aquella escena, me llevó varios minutos reaccionar, pero cuando lo hice, me tragué el ácido que recubría mi garganta y sentí como si fuera poseído por un demonio.

Después… todo se volvió borroso para mí.

Solo tengo vagos recuerdos que preferiría no tener.

Sé que, con el cuerpo temblando de furia e incredulidad, me abalancé sobre mi padre y le propiné varios puñetazos. También que Bárbara gritaba, pero no recuerdo lo que decía. Yo estaba enceguecido por el dolor y la furia que se habían desencadenado en mí y no podía controlar. En algún momento alguien me tomó de la parte de atrás de mi camiseta tratando de separarme de mi padre, después supe que eran mi abuelo y Graham, y que les requirió de gran esfuerzo separarme. Estaba perdido en una neblina de ira sin control y solo escuchaba mi nombre una y otra vez.

«¡Tobías!».

Y luego recuerdo lo que dije antes de salir de la caballeriza, mirándolos con todo el desprecio que era capaz de sentir:

—Tú —grité, señalando a Bárbara que lloraba como si fuera la víctima—, ¡no eres más que una grandísima puta! No quiero saber nada más de ti, desgraciada. —Luego miré a mi padre y añadí—: Para mí, a partir de hoy estás muerto. ¡Ambos me dan asco y solo espero no volver a cruzarme con ustedes en toda mi vida porque les juro que no sé de lo que soy capaz! ¡Váyanse al infierno!

Salí de allí como un vendaval, escoltado por mi hermano y mi abuelo.

Mi padre y Bárbara dejaron el rancho esa misma noche y nunca más supe de ellos, o más bien, no quise saber. Tengo claro que mis abuelos no perdieron el contacto con él, después de todo era su hijo, pero le prohibieron que volviera por el rancho.

Así que, después de esa amarga y dolorosa experiencia, había decidido que no volvería a enamorarme ni a confiar en las mujeres. Mis relaciones eran un simple intercambio de placer y algo puramente físico.

Mi vida era complicada y no me podía permitir distracciones, y mucho menos afectivas. Lo mío solo era sexo ocasional. Disfrutaba de las mujeres y ellas disfrutaban conmigo, pero nada más. Tomaba lo que estuvieran dispuestas a darme, pero luego las despachaba sin demasiadas explicaciones. Sexo casual, sin compromisos ni complicaciones. En ese sentido siempre era muy franco con las mujeres con las que me acostaba.

Ah… y no solía repetir con la misma mujer.

No quería que se crearan expectativas que era incapaz de cumplir. Tenía claro que si una chica pasaba la noche conmigo solía quedarse satisfecha, pero si el número de noches aumentaba a dos o tres, daban por sentado que se transformarían en más. Así que era mejor evitar malentendidos.

Además, nadie me había hecho desear más de una noche.

Extrañamente, eso me hizo pensar en Dillon Daurelli, pero inmediatamente deseché ese pensamiento.

Ese día la había observado trabajar y no podía negar que era muy profesional y eficiente. Con la ayuda de algunos empleados había auxiliado a unos animales que se habían herido, y no solo

había podido comprobar su eficiencia, sino también su calidez con los animales.

No podíamos perderla como veterinaria, así que, por más que me atraía, debía mantenerme alejado de Dillon. Además, hacerlo me iba a venir bien para recuperar la calma porque había algo en ella que amenazaba mi tranquilidad. Tenía que concentrarme en el rancho y dejar de pensar en esa mujer porque no me gustaba verme afectado por ninguna. Esa mañana, por temor a que decidiera irse, hasta le había llevado el desayuno con una nota en la que le pedía que no se rindiera. Tenía claro que yo no era una persona fácil y se me había ocurrido la idea de motivarla, aunque desde el anonimato.

Obviamente, esa mujer me desordenaba la cabeza.

Y no debía olvidar que me gustaba la estabilidad y tenía la vida que quería.

Y a pesar de eso… me encontré en el balcón de mi dormitorio, mirando hacia la casita en la que ella estaba viviendo.

Unos golpes en la puerta de mi dormitorio me volvieron a la realidad.

—¿Quién?

—Graham.

—Pasa.

Mi hermano había estado todo el día fuera del rancho porque había ido a negociar unos sementales equinos, así que no hablábamos desde la mañana.

La puerta se abrió y entró en mi habitación con una gran sonrisa, cosa que era habitual en él, aunque sabía que ese día me iba a cabrear bastante porque sospechaba que esa sonrisa burlona implicaba que sería el blanco de sus bromas.

Y no me equivoqué…

—¡Vaya con la veterinaria que hemos contratado! —Le lancé una mirada asesina y me tragué unas cuantas blasfemias, además de ponerme en alerta.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté, mientras me apoyaba en la barandilla del balcón.

—¿En serio? ¿La viste bien?

—Por supuesto que la vi, estuve observándola trabajar todo el día, porque si en este mes en el que está a prueba no hace lo que esperam… —La carcajada de Graham interrumpió mi argumento, poco realista, por cierto—. ¿De qué te ríes, idiota?

—Sabes muy bien que no es lo que te pregunté, y el hecho de que no respondas ya me dice mucho —comentó, con expresión satisfecha.

—¿Te dice mucho? —dije, con indiferencia—. No sé qué es lo que esperabas por respuesta, pero te aclaro que ella vino aquí a trabajar y tú no debes olvidarlo. —Y otra carcajada de su parte.

—Te impresionó.

—Para impresionarme va a necesitar más de un día de trabajo porque solo me impresionará si cumple con todo lo que prometió en su currículo —dije, sabiendo que el metiche de mi hermano tenía razón, pero ni muerto se lo iba a confesar.

—Pero es hermosísima y sensual con S mayúscula, además de tener algo dulce —señaló, y eso sí que no me gustó.

—Conozco muchas mujeres hermosas y sensuales. Y ya que estamos hablando de Dillon Daurelli, vamos a aclarar algo, no te acerques a ella con intensiones sexuales, ella vino al rancho a TRABAJAR —afirmé, con los ojos entrecerrados y fijos en él.

—Impresionante.

—Ya deja de decir idioteces y empieza a contarme como te fue en la reunión de hoy.

—Y tú deja esa postura de *cowboy* duro porque la chica va a pegarte una buena y merecida patada en el culo y nos quedaremos sin veterinaria.

—Ya me disculpé con ella por mi trato... poco cordial.

—¿Lo hiciste? Y déjame adivinar…. no la has encandilado con tu encanto. —Volvió a carcajearse.

—Idiota.

—Vamos a cenar porque a los abuelos no les gusta que los hagamos esperar… además de que tienes un humor de perros y seguramente se debe a… —Lo miré con seriedad y él apretó los labios para no reír—, que tienes hambre. Con esa cara de amargado es seguro que tienes muuucha hambre.

—Idiota —repetí, y ya no se aguantó y volvió a reír mientras nos encaminábamos hacia la puerta.

—Te aclaro que la abuela invitó a Dillon a cenar y…

—Qué hizo, ¡¿QUÉ?! —pregunté, deteniendo mi andar.

—La invitó a cenar —respondió, con tranquilidad, mientras yo, sin pensar lo que hacía, me miraba la ropa que llevaba puesta para ver si estaba presentable, cosa que Graham notó y lo hizo volver a reír abiertamente.

—Tu cara es un puto poema, hermanito.

—¿Desde cuándo los empleados cenan con nosotros? —cuestioné, para no demostrar lo inquietud que me había provocado el saber que cenaría con ella.

—Puedes quedarte tranquilo porque Dillon declinó la invitación. Parece que estaba muy cansada —dijo, y si bien eso debió tranquilizarme, en realidad me hizo sentir una pequeña molestia—. ¿Querías que aceptara?

No respondí.

Solo le asesté un toque en la nuca que no hizo ni mella en su dura cabeza.

Seguimos caminando hacia el comedor mientras me preguntaba los motivos por los que Dillon no había aceptado cenar conmigo…, es decir, con mi familia.

Capítulo 8

«Si no has aprendido de la tristeza, no puedes apreciar la felicidad.»
—Nana Mouskouri

Dillon



Habían pasado diez días desde mi llegada al rancho.

Unos agotadores diez días de mucho trabajo.

Pero me sentía muy bien.

Me sentía mucho más satisfecha y en paz conmigo de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Y útil.

Me sentía útil y sentía que formaba parte de ese gran equipo que era el rancho El Camino, donde cada día traía nuevos desafíos, pero también la satisfacción de trabajar codo a codo con personas apasionadas por la tierra y los animales.

Y eso me motivaba cada día más.

Sentía que por fin había tomado las riendas de mi vida.

CASI todos en el rancho eran sumamente amables y considerados conmigo, incluso los empleados que al principio habían mostrado cierta resistencia dudando de mi capacidad como veterinaria del rancho, con el pasar de los días habían bajado sus barreras y borrado su desconfianza, salvo… Tobías Lexington.

Pero igual me sentía feliz.

Con él era con el único que no había tenido casi trato porque vigilaba mi trabajo sin descanso, pero sin acercarse. Seguramente lo hacía esperando a que cometiera el menor error porque seguía sin confiar en mí, pero yo no le había dado el gusto.

Podía seguir esperando por ello, pero que se sentara porque de pie se iba a cansar.



Pero a las dos semanas de mi llegada mi estado de ánimo se tambaleó.

Aunque mi profesión estaba llena de experiencias gratificantes, también tenía un lado duro, doloroso. Sin duda, la eutanasia animal formaba parte de esas asistencias difíciles de gestionar y a la que no querías enfrentarte nunca pues cada caso pesaba en el corazón.

Y este pesaba mucho más porque me había encariñado con todos los animales del rancho.

Después de revisar exhaustivamente el resultado de unos exámenes médicos de Chocolate, unos de los caballos del rancho, confirmé que tenía una enfermedad terminal y que estaba sufriendo demasiado. Tenía la vida y la muerte en mis manos, pero no alternativas. Si bien todos estaban al tanto de la deteriorada salud del animal, siempre estaba la esperanza de que se pudiera recuperar.

Tenía que enfrentarme a Tobías y comunicárselo, pero no quería que notara lo mucho que me costaba esa decisión. Seguro que pensaría que la eutanasia iba a ser demasiado para mí, y si bien iba a ser durísimo, tenía el deber de actuar con misericordia y proporcionarle a Chocolate una muerte sin dolor.

No podía dilatar más la reunión con Tobías.

Como cuando no estaba controlando mi trabajo solía estar en cualquier lugar del rancho, decidí enviarle un mensaje:

Yo:

«Buenas tardes. Necesitaría que habláramos sobre la salud de Chocolate. Avísame cuando tengas unos min. para reunirnos»

A los cinco minutos me llegó su respuesta:

Tobías Lexington:

«En 20 min en mi oficina»

Su mensaje era claro y concreto.

Y frío.

Y cortante.

Marcando su autoridad.

No me extrañó, porque conmigo siempre mantenía distancia, y aunque en cierto punto me molestaba, él no sabía que estaba más acostumbrada a ese trato que al afectuoso, y no me iba a quebrar.

Veinte minutos más tarde estaba frente a la puerta de su oficina y la golpeaba suavemente con mis nudillos a modo de anuncio.

—Adelante.

Abrí la puerta con decisión, pero como siempre a la hora de la verdad, desaparecían mis resquemores y toda mi atención se centraba en él. En la magnífica presencia que tenía ante mí. Él levantó la vista y me miró desde su silla detrás del escritorio. No pude evitar que una sonrisa teñida de tristeza apareciera en mi rostro al recordar los motivos que me habían llevado hasta allí. Inmediatamente cambió su seriedad por un gesto de preocupación.

—¿Está todo bien, Dillon? —Negué con la cabeza.

—Lamentablemente, no.

—Por favor, siéntate. —Me indicó, señalándome la silla frente al escritorio, y así lo hice.

—Como te dije, se trata de Chocolate.

—Los exámenes no salieron bien —afirmó, sin esconder su preocupación.

—Chocolate tiene una enfermedad terminal y está sufriendo mucho. Si bien puedo darle medicación para reducir el dolor, solo sería eso, reducir su agonía. Aunque yo solo te puedo aconsejar sobre lo que entiendo es lo mejor para él, y que, en este caso, lamentablemente sería la eutanasia, la decisión es tuya y de tu familia. Incluso, no me ofendería si quieres buscar una segunda opinión.

Por unos segundos solo me miró y luego volteó su rostro y se quedó mirando hacia la ventana. Cuando volvió a mirarme, se reclinó en su silla y me sostuvo la mirada por unos segundos. Era una mirada triste y el corazón se me estrujó. No era fácil para él y tampoco para mí. La eutanasia animal era una de las decisiones más duras que tomar, pero a veces necesaria para liberar de sufrimiento a un ser vivo y ofrecerle una muerte tranquila y rodeado de cariño.

Durante un momento estuve segura de que no me iba a responder.

—Tengo muchos buenos recuerdos de él —comentó, con una gran tristeza y yo tuve que luchar contra el nudo que sentía en la garganta—. Tengo el deber de actuar con compasión y sé que tú vas a hacer que no sea traumático para Chocolate y harás que se marche sin sufrimiento.

—Por supuesto, Tobías. Te lo prometo. Si puedes, sería bueno que estés con él —sugerí, y el asintió con la cabeza.

—Allí estaré. No lo voy a dejar solo… ni a ti tampoco. Ahora voy a ir a informárselo a mis abuelos y a Graham, y también a pedirles a algunos de mis empleados que preparen todo. Lo de la segunda opinión está descartado, Dillon. Confío en ti.



El último adiós siempre era duro, triste y emocionalmente devastador.

Tobías había decidido que solo estuviéramos él y yo con Chocolate, y pude ver el intenso dolor que sentía al despedirse, así como el cariño y la dulzura que había tenido con el caballo. También había notado que, a pesar de su dolor, siempre había estado atento a mí y no había dudado en acercase para apretarme la mano y darme su apoyo. En ese duro momento había tenido la extraña sensación de que aquella era la primera vez que nos veíamos de verdad.

Cuando todo terminó y salimos del establo, me sorprendí al sentir un gran anhelo de abrazarlo, de consolarlo, de tocarlo. La experiencia vivida con Jairo, desde sus desprecios y humillaciones hasta el maltrato, había quebrado algo en mí y no podía soportar el contacto de los hombres. Así que ese anhelo me había sorprendido muchísimo, aunque no intenté acercármele. Solo me detuve a su lado y lo miré a los ojos, esos ojos que trasmitían una gran tristeza.

—Lo siento mucho. —Solo me miró y asintió con la cabeza.

—Darte las gracias no expresa ni remotamente lo que siento, Dillon. De verdad, gracias por todo lo que hiciste por él. Gracias por tus cuidados y la dulzura con la que lo trataste. Gracias a ti se fue en paz y rodeado de cariño.

Me escocían los ojos y los cerré antes de que se diera cuenta. Por primera vez desde que lo conocía, percibía en él vulnerabilidad.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí; pero no voy a esconderte que me afectó… mucho. No importa cuantas veces pueda ocurrir, nunca deja de doler. En un rancho te puedes acostumbrar a la rutina, al esfuerzo físico, incluso a los imprevistos del clima, pero jamás al vacío que deja la pérdida de un animal. Pero aprendes que el duelo es parte de todo esto, parte de la vida. —Suspiré—. Tú ¿cómo estás?

—Con la tristeza que se siente al despedir a un compañero. Es triste ver caer a un caballo que alguna vez galopó con fuerza, uno que habíamos cuidado desde su nacimiento. Fuimos parte de su historia—. Por unos segundos cerró los ojos, cuando los abrió sus ojos brillaban, seguramente por las lágrimas contenidas—. Sé que soy un cabrón exigente, pero te aseguro que valoro mucho todo lo que haces con los animales del rancho y… aunque tienes razones para no creer en mí, te

aseguro que estoy preocupado por ti y quiero saber cómo estás. Tengo claro que este momento también ha sido muy duro para ti. Puedes tomarte el resto del día libre. —Lo miré y algo en mi interior se removió inquieto, algo que se parecía mucho a las mariposas y aleteaban con tanta fuerza que me resultó increíble haber dudado de que nunca habían estado allí.

—Tienes razón, lo fue, pero imagino que no tanto como lo fue para ti.

—Vete a descansar, Dillon, debes estar agotada.

Inspiré hondo para darme fuerza porque necesitaba decir algo que me costaba muchísimo.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero solo lo haré si tú también lo haces —dije, y su rostro reflejó perplejidad—. Me refiero a tomarte un descanso. Quizás hoy deberías trabajar un poco menos y descansar más. Hasta podrías salir de paseo, mirar televisión, dormir… no sé, lo que se te ocurra que te ayude a distraerte un poco.

Si bien me había parecido una buena idea planteárselo, en ese momento que me miraba en silencio ya no me lo parecía tanto.

Pasaron varios segundos en los que me dio la sensación de que parecía estar meditándolo, hasta que…

—Solo si vienes conmigo.

¡¿QUÉ?!

Me quedé mirándolo, perpleja. Totalmente desconcertada.

—¿Yo?

—Paso por ti en media hora. Ambos necesitamos alejarnos un poco de aquí y distraernos.

Quedé sin palabras porque no estaba preparada para esa propuesta.

—EEEh…

—Me gustaría enseñarte un lugar que estoy seguro te va a encantar. Lleva ropa cómoda porque hoy prescindiremos de los caballos, iremos caminando.

El día era caluroso y, si bien era de tarde, el cielo estaba despejado y hacía mucho calor. Tobías había pasado por mí y me había traído un sombrero de *cowboy* porque dijo que caminaríamos al rayo del sol. Si bien se le notaba cabizbajo, era atento y amigable, y en ese momento decidí disfrutar del momento sin cuestionarme nada.

Durante un rato caminamos despacio por un sendero que atravesaba una especie de bosque, hasta que llegamos a un pequeño claro rodeado de árboles. Hablábamos poco, sus pocas palabras se limitaban a explicarme lo que veíamos y a preguntarme si estaba bien. Yo prefería no presionarlo porque, además, tampoco sabía qué decir, así que me dediqué a admirar el paisaje que era precioso y a disfrutar de los sonidos de la naturaleza saboreando esa sensación de libertad.

Un rato después se detuvo y me miró.

—Mira —dijo, abriendo los brazos para instarme a que mirara a mi alrededor, y cuando lo hice, me quedé extasiada.

Un paisaje idílico nos rodeaba.

Un pequeño lago de aguas cristalinas se cernía a sus espaldas, enmarcado por espesa hierba y muchísimas flores blancas.

—Guauuu. Esto es precioso, Tobías. Gracias por enseñármelo —señalé, y algo maravilloso cruzó su rostro.

—Sabía que te gustaría. Es uno de mis sitios favoritos y a donde suelo venir cuando necesito alejarme.

Durante un momento quedamos mirándonos en silencio, un silencio mucho más revelador que las palabras.

No nos decíamos nada, pero nos decíamos todo.

De repente me sentí demasiado emocional y me inquieté.

—Es verdad, aquí se siente como si estuvieras alejado de todo. Da la sensación de que somos los únicos habitantes de la tierra —dije, para romper el hechizo del momento.

Tragó saliva y después apartó la mirada y la fijó en el lago.

—Es un buen lugar para alejarse de los problemas.

—Pues entonces te equivocaste al traerme porque pienso que yo soy un gran dolor de cabeza para ti —bromeé, pero me arrepentí al instante porque volteó y me miró con seriedad.

—No eres un dolor de cabeza para mí —afirmó, con tanta convicción que me hizo estremecer—. Yo… yo… creo que el rancho se ve mejor desde que tú llegaste.

¡Santa Madre de Dios!

Nunca, nadie, me había dicho algo tan bonito.

¿Qué se decía a eso?

—¿Sueles bañarte en el lago? —Lo sé, lo sé, era más cobarde que las gallinas del rancho, pero no podía responder a eso y no se me ocurrió nada más.

Me miró y noté que le temblaron las comisuras de la boca debido al irreprimible impulso de sonreír, y pensé que eso no auguraba nada bueno, así que me preparé para…

—Suelo bañarme… desnudo.

¡Santa Madre de Dios!

Tampoco estaba preparada para esa respuesta.

Abrí los ojos de par en par y no pude encontrar mi voz. Mi expresión de estupor hizo que su sonrisa apareciera sin reticencia ninguna y, peor aún, se ensanchara gradualmente hasta formar una exasperante mueca burlona.

—Podemos bañarnos, si quieres. Seguro que lo disfrutarías.

—No, nnno quiero —respondí, enseguida. Y, maldición, no me soné convincente ni a mí misma. Encima me encendí como un maldito semáforo. Estúpida, estúpida, estúpida.

—Como quieras, pero te aseguro que te pierdes una gran experiencia —comentó, disfrutando de mi bochorno—. Entonces preparémonos para la puesta de sol. Te aseguro que nunca has visto

nada igual.

Asentí con la cabeza y nos sentamos en la hierba, uno al lado del otro, pero sin tocarnos y en completo silencio. La luz del atardecer se reflejó en la superficie del lago y el cielo se vistió de naranja.

Tobías tenía razón.

Era espectacular.

En ese instante la paz me invadió y sentí que se expandía y lo envolvía a Tobías.

Y lo oí respirar profundamente y murmuró:

—Galopa alto, Chocolate. Que el viento te lleve al cielo, libre como siempre fuiste. —El corazón se me estrujó.

—Galopa alto, Chocolate —susurré.

Tobías me miró emocionado y solo asintió con la cabeza.

El sol fue desapareciendo del horizonte hasta que no lo vimos más, aunque aún gozábamos de la luz crepuscular de la tarde.

—Aquí puedes escuchar hasta los latidos de tu corazón —murmuré, y me miró como si quisiera decirme algo importante, pero solo exhaló y volvió a mirar el horizonte.

—Tenemos que volver al rancho para que no nos veamos envueltos por la oscuridad de la noche —sugirió, poniéndose de pie y extendiéndome la mano para ayudarme a mí, pero no se la pude tomar y me levanté por mi cuenta. Él me miró desconcertado, pero no hizo ningún comentario.

El trayecto de vuelta lo hicimos en menos tiempo. Me fue guiando por el sendero a paso cada vez más rápido, supuse que para llegar con algo de luz. Cuando llegamos a la puerta de mi casa, nos miramos y unas extrañas emociones me recorrieron el cuerpo encendiendo algo que no entendía qué era. Él me hacía sentir indefensa y eso, no solo me abrumaba, no me gustaba.

—Gracias. —Fue todo cuanto fui capaz de articular.

—Gracias a ti, por todo —respondió, y me pareció que me miraba aturdido.

Me saqué el sombrero que me había dado y alargué la mano para entregárselo.

—Quédatelo, es un obsequio —dijo, y me pareció notar un atisbo de timidez, cosa que me sorprendió muchísimo.

—Muchas gracias, es muy bonito.

—Noté que no usas y muchas veces trabajas al rayo del sol y debes cubrirte.

—Lo tendré en cuenta. Que descanses, Tobías —dije, y volteé para abrir la puerta sintiendo el corazón latir a toda velocidad.

—Dillon… —llamó y nuevamente volteé para mirarlo—, seguramente me vaya por varios días a la ciudad. Si necesitas algo pídeselo a Graham o a mis abuelos.

—Está bien. —¿Eso que sentía era decepción?

—O…llámame, siempre tengo el teléfono conmigo —comentó, y asentí con la cabeza.

—Que tengas buen viaje, entonces.

Nos miramos en silencio durante un momento, sin decirnos nada, respirando nuestros alientos y sintiendo nuestros corazones latiendo a toda velocidad.

Había vacilación y preocupación en sus ojos.

Tobías fue quien saludó tocando el ala de su sombrero y, sin decir nada más, se alejó a grandes pasos.

En cuanto lo perdí de vista me invadió una extraña inquietud, algo parecido a la sensación de vacío.

Negué con la cabeza y entré en la casa.

Maldición, no podía perder el equilibrio que había logrado después de tantos años.

No podía permitirme vaivenes emocionales.

NO podía… y punto.

Capítulo 9

«El pesimista se queja del viento; el optimista espera que cambie; el realista ajusta las velas.»
—William Arthur Ward

Dillon



Finalmente se había marchado a la ciudad y ya habían pasado varios días desde su partida. Debo reconocer que su ausencia me había dado cierta paz mental porque Tobías me inquietaba sobremanera, me alteraba cada terminación nerviosa.

Y odiaba sentirme así de insegura ante él.

No quería volver a sentirme de esa forma porque había tenido suficientes inseguridades en mi vida. Así que, el hecho de saber que no estaba cerca terminó ayudándome en lo referente a mi tranquilidad… mental.

Aunque, admito que siempre que salía a revisar los animales lo buscaba con la mirada con la esperanza de volverlo a ver.

Y odiaba eso.

Odiaba que mis ojos lo buscaran, que mi corazón latiera cuando lo tenía cerca, que no dejara de recordar su mirada...

Lo que me sucedía con él me resultaba desconcertante porque confesaré que, cuando Tobías estaba cerca, mi piel se tornaba más receptiva a los estímulos y me martillaba el corazón en el pecho, pero realmente no quería ponerme a analizar lo que eso podía significar.

Con el que había forjado una linda relación era con el hermano menor. Graham era simpático y sociable, y me había ayudado mucho a adaptarme a mi nueva vida. Él no me ponía nerviosa, al contrario, con Graham me divertía. Si bien no le había contado nada de mi vida personal porque solo me dejaba conocer con gente de plena confianza, nos llevábamos muy bien y para mí era bueno tener con quien charlar. Lo poco que le había contado me lo había tenido que sacar con calzador porque no me había abierto tanto como para contarle de mi matrimonio y posterior divorcio.

Justamente, como ese día era viernes, Graham me había invitado a cenar en una pizzería del centro del pueblo que era donde se iba a encontrar con unos amigos. Él insistía en que tenía que conocer gente de allí para hacer amistades y tener con quien compartir mis días libres. Aunque al principio había dudado un poco, Graham había resultado muy tenaz y esa noche salía con él.

A la hora de vestirme estaba indecisa, pero terminé eligiendo un vestido de finos breteles en color blanco y acompañé con botas vaqueras que eran las infaltables en ese lugar. Me dejé la melena rubia suelta y me maquillé ligeramente.

Hacía unos días que no hablaba con Gertrudis, así que me saqué una foto y se la envié acompañada del siguiente mensaje:

Yo:

«Voy a ir a una pizzería con Graham Lexington
y algunos amigos suyos. Estaré bien vestida así?
Consejooooo!   »

No habían pasado ni dos minutos cuando me llegó la respuesta:

Ger:

«QUÉÉÉ? Vas a ir a cenar con uno de tus jefes?
Qué libertina te ha vuelto el aire campestre!! Al
final resultó que no era solo un lugar con olor
a estiércol 
Fuera de broma, me parece genial que salgas
a divertirte. Te ves hermosa y sensual, seguro
q al tal Graham lo dejas babeando 
Mañana sin falta quiero toooodo un detalle de
lo acontecido.
Diviértete muuucho c ese semental. Te quiero
vaqueraaaa!!
  »

Sonreí.

Sin duda me iba a acosar a preguntas y no pararía hasta obtener un informe minucioso de mi salida con Graham. Gertrudis sabía que con él teníamos una relación amistosa y que con el otro hermano solo era una relación de trabajo, así que ella tenía todas sus fichas apostadas a Graham, aunque yo estaba segura de que Graham no tenía esas intenciones conmigo. Si así fuera, yo no habría aceptado su invitación. Seguramente, Gertrudis bromeaba para animarme porque ella me conocía bien y sabía que era poco proclive a salir con gente que no conocía, y mucho menos de sexo masculino.

Un rato después, llamaron a mi puerta.

Era Graham y estaba muy arreglado. Era un hombre muy guapo, muy parecido a su hermano, aunque su pelo no era tan oscuro y él lo llevaba muy corto. Tampoco era tan alto ni tan musculoso, aunque igualmente fuerte. Esa noche llevaba unos *jeans* azules, camisa blanca y su infaltable sombrero vaquero en color marrón.

Me miró sin disimulo y me sonrió ampliamente.

—Estás muy guapa, doc —dijo, llamándome como siempre lo hacía.

—Gracias. Tú también te ves muy bien, c*owboy*.

—¿Nos vamos? —preguntó, estirando su brazo para que se lo tomara.

—Sí, ya estoy lista. Vamos —dije, y con un poco de recelo tomé su brazo.

—No te vas a arrepentir, doc. Esta noche conocerás lo que significa divertirse a lo *cowboy* —señaló, risueño.

—¿Piensas que en la ciudad de la que vengo no hay pizzerías?

—Es que no solo vamos a ir a una pizzería, también vas a tener el gusto de conocer un baile pueblerino.

—¿Un baile? Me lo tenías que haber dicho porque no sé si estaré bien vestida —dije, señalando mi atuendo.

—Estás perfecta. Te lo garantizo. Además, la gente del pueblo va a divertirse, no a enjuiciar a las personas por su vestimenta —señaló, y me sonrojé por mi comentario porque él tenía toda la razón, pero, lamentablemente, yo me había acostumbrado a todo lo contrario y por muchos años lo había aceptado.

En el círculo social en el que me había movido no solo te juzgaban por tu vestimenta, sino también por tu cuerpo, tu aspecto, el peinado, el maquillaje, el comportamiento, etc. etc., aunque eso impactara en la autoestima y seguridad de quien recibía ese tipo de comentarios malintencionados. Y eso no definía a una persona en absoluto. A las personas debíamos juzgarlas únicamente por sus actos y, en lo posible, después de conocerlas y entender sus motivos.

—Lo siento, no fue mi intención decir eso y…
—Relájate, Dillon. Mi comentario no fue una crítica, solo quería que lo supieras —expresó, con una gran sonrisa y, no solo me tranquilizó, también reforzó mi idea de que estaba en el lugar en el que debía estar.

Agité la cabeza ahuyentando los malos recuerdos del pasado y sonreí. Desde que había llegado al rancho, era la primera vez que salía de allí y estaba emocionada por ello.

—¡Vamos a divertirnos, *cowboy*!
—¡Yee-haw! —gritó, emocionado y haciéndome reír—. Diversión, ¡allá vamos!

Apenas estuvimos en su camioneta encendió la radio.

—Para que te vayas ambientando, doc —dijo, riendo y comenzó a escucharse «Little Bitty» por Alan Jackson, una preciosa, movida y pegadiza canción de estilo *country* tradicional.

El ritmo invitaba a bailar y, sin darme cuenta, me encontré moviendo los pies al ritmo de la música porque la melodía me atrapó y, poco a poco, mi cuerpo comenzó a seguirla sin pensarlo. Cuando Graham lo notó, comenzó a reír.

—¡Yee-haw! Pero reserva energía para cuando estemos en el baile, doc.

Mientras escuchaba la letra de la canción me di cuenta de que la misma enfatizaba la idea de que las cosas pequeñas eran tan valiosas como las grandes, y que la felicidad se podía encontrar en los detalles más simples de la vida.
Comencé a mirar a mi alrededor maravillada con toda esa hermosa naturaleza, prestaba atención a los ruidos, los aromas y me sentí agradecida por lo que tenía en ese momento. Bajé el vidrio de la ventanilla y no me importó el polvo que levantaba la camioneta ni que el viento me despeinara, al contrario, era una sensación liberadora. Y disfruté de ese maravilloso momento. La vida debía ser medida por la calidad de los momentos vividos y, para mí, ese era increíble.

—Pareces emocionada —comentó, con esa sinceridad que lo caracterizaba.
—Lo estoy. Aprendí a darle verdadero valor a las cosas simples de la vida. Disfrutar de los amigos, conocer gente nueva... Gracias por la invitación, Graham.
—Cuando quieras, doc. Estoy seguro de que te lo vas a pasar muy bien, es más, es una promesa.



Llegamos al pueblo y Graham aparcó frente a una gran pizzería con fachada de ladrillo rojo y un gran cartel luminoso con el nombre «Pizzería Indomable». Al salir del coche inmediatamente se acercaron cuatro personas, tres hombres y una mujer.

—¡Justo a tiempo, Lexington! —exclamó, uno de ellos.

Nos acercamos a sus amigos y Graham hizo las presentaciones. Todos me observaban con notoria curiosidad, pero con simpatía.

—Les presento a Dillon Daurelli, es la veterinaria del rancho, pero, sobre todo, una amiga. Esta es Helen —dijo, señalando a la chica—, y estos son Justin, Allan y Román.

—Encantada de conocerlos —saludé, y todos me saludaron con una amplia sonrisa.

La chica era muy guapa, de pelo castaño con rulos y unos preciosos ojos verdes, los chicos eran todos como sacados de la portada de la revista *GQ*. Altos, fornidos y guapos. En ese momento pensé que sus imponentes físicos deberían ser consecuencia del arduo trabajo en el campo, y al pensar en eso me vino a la mente cierta persona en la que no debía pensar, así que deseché ese pensamiento.

Volví a observar al grupo de amigos de Graham.

No me pasó desapercibido que la mirada de los chicos hacía un barrido lento y deliberado por mi cuerpo, eso me tensó y enseguida miré a la chica.

—Estoy agradecida de que me permitan acompañarlos en la cena. —Por la forma en que me miraron, enseguida me di cuenta de que había sonado demasiado formal.

—¡Dillon, no seas estirada! —bromeó, Graham, y realmente no se sintió como una crítica, sino como una broma—. Les aseguro que no es ni esnob ni superficial, solo un poco tímida, pero nada que un par de cervezas no puedan solucionar.

—Disculpen, no quería…

—Ey, nada por lo que pedir disculpas. Vayamos por las cervezas, entonces —señaló, Román.

—¡Yee-haw! —exclamaron a la vez, Helen y Allan, haciendo que todos riéramos.

—¡Qué escondido lo tenías, Lexington! No nos habías dicho que la veterinaria era tan guapa —dijo, Allan, y yo lo miré y sonreí, aunque mi guardia se disparó unos metros hacia arriba porque no tenía intención de tontear con nadie, pero lo que dijo Graham a continuación me borró la sonrisa.

—No te pases porque no creo que a Tobías le guste que estés piropeando a nuestra veterinaria—. Al ver que su comentario les provocaba risas a todos, los miró con seriedad y añadió—: Lo digo en serio.

—¿Tobías? ¡No me jodas! Dillon no está trabajando ahora.

—Lo que dijo Allan es muy cierto, además, no digas «nuestra» porque no son mis propietarios, solo trabajo para ustedes —señalé.

—¡Así se habla, Dillon! —exclamó, Justin.

—Solo era una advertencia —dijo, Graham, mirando a sus amigos.

Me llamó la atención que todos rieran menos Graham, que negó con la cabeza antes de seguirnos para entrar en la pizzería.

El lugar era bastante más grande de lo que parecía por fuera y tenía la típica calidez de un

negocio de pueblo. Estaba bastante concurrido, pero Helen ubicó una mesa libre y todos nos dirigimos hacia allí. No sabía si solo servían pizza, pero llamó mi atención que todas las personas estuvieran comiendo eso y bebiendo cervezas.

—¿Y? —preguntó, Graham.
—Me encanta este sitio.

Graham se encargó de pedir una pizza gigante y cervezas. Mientras esperábamos por el pedido, sugirió que hiciéramos un brindis por la amistad y por mi llegada al grupo. Desde el primer momento me integraron y me trataron con amabilidad y simpatía. Eso hizo que extrañara menos a Gertrudis, que era mi compañera infaltable en las salidas, y me divirtiera como no pensé que lo fuera a hacer.

—Joder, esto tiene una pinta estupenda —dijo, Justin, mientras estiraba la mano para tomar una porción de pizza.
—¡Las damas primero! —exclamó, Helen, pegándole a Justin en la mano y haciéndolo soltar la porción de pizza que había tomado.
—¡Ey! Vivimos en una época de igualdad, así que las damas no deberían aprovecharse de su género —retrucó, Justin, y volvió a tomar la porción de pizza mientras Helen lo miraba con el ceño fruncido y los demás reíamos y lo imitábamos tomando una porción.
—Maleducado e idiota —dijo, Helen, y Justin solo la miró y le sonrió.
—Sí, sí, ya sé, soy un maleducado y un idiota y siempre me dices que voy a morir solo y arruinado. Lo sé, Helen, pero no te preocupes por mí —dijo, socarrón, haciendo que Helen gruñera.
—Tenía intenciones de llevar a Dillon a que bailara al ritmo de la música *country*. Aún no ha tenido el gusto de conocer nuestros bailes… y eso es un sacrilegio —comentó, Graham.
—Por supuesto —dijo, Allan y me miró—. Dillon, esta noche tienes que debutar con la música *country*, ¿vamos todos? —preguntó, y todos asintieron.
—¿Estás de acuerdo? —me preguntó, Graham.
—Sí, claro. Gracias.
—El primer baile de Dillon es para mí —dijo, Justin.
—Eso que lo decida ella —señaló, Román—, porque yo también tengo intenciones de invitarla a bailar.
—Aclaro que nunca bailé música *country*, así que no voy a ser buena pareja. Es seguro que se van a llevar más de un pisotón.
—Entonces, mejor dejo que le enseñen ustedes —dijo, Allan, haciéndome reír.
—¡Cobarde! Que es un pisotón de esta diosa —dijo, Graham.
—A mí puedes pisarme las veces que quieras —señaló, Justin, mientras atacaba otra porción de pizza.
—¿Puedes creer, Dillon, que esto es lo que tengo que aguantar siempre? La verdad, ¡no sé cómo los tolero!
—No podrías vivir sin nosotros. Somos lo mejor de tu vida, mujer —dijo, Justin, que se notaba que le encantaba hacerla rabiar—, y a partir de ahora de la de Dillon.

Pasé la siguiente hora bebiendo cerveza, saboreando la exquisita pizza, riendo y debatiendo con ellos sobre temas variados. Realmente podía acostumbrarme a todo eso. Me lo estaba pasando en grande. Y mi noche no había terminado, porque después pensaba disfrutar de mi

primer baile *country*.

¡Sería una noche de primeras veces!

Capítulo 10

«Si no escalas la montaña, jamás podrás disfrutar el paisaje.»
—Pablo Neruda

Tobías

Llegué al rancho después de estar una semana en la ciudad. Era de noche, estaba cansado, pero también emocionado. Había viajado para cerrar negocios y me había ido muy bien, pero estaba deseando llegar a mi hogar. Siempre que me iba por varios días quería volver a la tranquilidad del rancho, y esa vez esas ansias de volver eran más grandes.

Y sabía el motivo.

Un motivo con nombre y apellido.

Dillon Daurelli

Lo que no sabía era lo que me sucedía porque me había sido difícil hacer a un lado los pensamientos sobre ella. Por eso mismo también había decidido que era necesario alejarme unos días del rancho y de esa necesidad que sentía desde que la había conocido. Mientras estuve en la ciudad hablaba por teléfono a diario con mi familia y, aunque intentaba no hacerlo, siempre terminaba preguntando por ella. Disimulaba mi interés diciéndoles que quería saber cómo se estaba manejando como profesional, pero yo tenía claro que mi interés iba más allá de su condición de veterinaria del rancho. Las pocas veces que lograba contenerme y no realizaba ninguna pregunta, mis abuelos se empecinaban en hablarme de Dillon y en lo bien que se estaba llevando con Graham, y eso me ponía de un humor de mil diablos.

Pero debía calmarme, centrarme y olvidarme de esa chica.

Aunque la idea de Graham y ella me encabronaba sobremanera.

Yo sabía lo poco que duraba el entusiasmo de mi hermano por las mujeres con las que salía, y no quería que eso afectara el trabajo de Dillon en el rancho. Además, si después de mi actitud al conocerla y la pésima bienvenida que le di, Graham intentaba ligar con ella, seguramente pensaría que estábamos desvalorizando su trabajo, que éramos unos machistas libertinos y agregaría animosidad a la idea que ya tenía de nosotros, o por lo menos de mí. Solo debíamos ganarnos su confianza y limar asperezas para no perderla como veterinaria, y los avances de mi hermano no ayudarían en nada. El trato hacia ella solo debía ser profesional y se lo pensaba dejar bien claro a Graham.

¿De verdad, esos son tus motivos?, ironizó la voz de mi conciencia, y negué con la cabeza porque no quería ahondar en los verdaderos motivos de mi malestar, además de que todo eso era una locura. Después de todo yo no era un hombre solitario. Las mujeres no me faltaban. No era célibe. Y en esos días en la ciudad había aprovechado para tener alguna que otra cita. Lo mío con la veterinaria solo era la natural atracción que se siente por alguien tan hermosa y seductora.

Nada más.

Aunque debía reconocer que, en esos días, cuando había estado con esas mujeres en la ciudad, había cerrado los ojos y, sin demasiado esfuerzo, había evocado la imagen de Dillon mientras me hundía en ellas una y otra vez, a sabiendas de que algo semejante jamás podría tener lugar entre ella y yo.

Suspiré frustrado.

Antes de entrar en la casa miré hacia la casita dónde ella vivía. Me extrañó que estuviera todo oscuro porque eran poco más de las diez de la noche. Su coche estaba allí así que no había salido. Capaz que el trabajo en el rancho la agotaba y se acostaba temprano. Pensar en eso no me ayudó porque una de mis fantasías era esa mujer en mi cama.

¡Maldita sea! No podía dejar que me distrajera.

Me estaba volviendo loco, era algo primario, demasiado fuerte como para ignorarlo.

Me llevé los nudillos a los ojos y me los froté con fuerza.

Debía acallar la voz de mis pensamientos que se había propuesto joderme la noche.

Necesitaba quitarme cuanto antes esa maldita fascinación por esa mujer.

Entré en la casa en la casa con decisión.

—Hola. ¿Alguien en casa? —pregunté, dejando el sombrero en el perchero destinado para ello.

Enseguida mi abuela apareció ante mí con una gran y cálida sonrisa.

—Tobías, que bueno que ya estás en casa. —Me abrazó fuerte y cariñosamente, y yo hice lo mismo. Adoraba a mis abuelos y habían sido y seguían siendo un pilar en mi vida.

—¿Cómo está todo por aquí?

—Ya te hemos dicho que todo está estupendamente. Puedes delegar más tareas en Graham porque es muy responsable. No deberías cargar tantas cosas sobre tus hombros.

—Lo sé, lo sé, abuela, pero tampoco quiero presionarlo. De a poco le iré dando más trabajo.

Por ahora mi hermano me ayudaba con las facturas, las cuentas y todo lo relacionado a los números del rancho, además de encargarse de los arreglos de algún vallado o alguna restauración.

—Llegó el Lexington más serio de todos —dijo, el abuelo, saludándome con un abrazo con palmada en la espalda incluida.

—Imagino que vendrás con hambre y querrás un plato de verdadera comida —dijo, la abuela, encaminándose hacia la cocina.

—Ya me conoces, abuela. No hay nada como tu comida —respondí, siguiéndola—. ¿Dónde está Graham? Aunque no sé para qué pregunto. Es viernes a la noche y debe haber salido a divertirse.

—Tú lo has dicho —dijo, el abuelo—, salió a divertirse, pero no lo hizo solo.

Detuve mi andar y lo miré. Mi abuela giró para observarme, al igual que lo estaba haciendo mi abuelo. Estaba seguro de que analizaban mi reacción, y eso ya me hizo suponer que lo que escucharía no iba a ser de mi agrado.

—Graham pocas veces está solo —comenté, aunque me mantenía en alerta.

—Bueno, ya lo conoces, es muy «social» —bromeó, el abuelo, sonriendo.

—Pero esta vez… invitó a Dillon —señaló, mi abuela—, y aunque al principio ella no quería aceptar porque no quería irse del rancho, terminamos convenciéndola.

Un nudo del tamaño de mi rancho se instaló en mi garganta. Tragué con fuerza. Esa noticia me había caído como un jarro de agua helada, pero tenía que disimularlo porque a ellos pocas cosas se le pasaban por alto.

—Su día libre es el domingo —afirmé, con sequedad—, no el viernes.

—Y su horario de trabajo ya terminó, ¿o pretendes que la chica trabaje las veinticuatro horas? —señaló, mi abuelo, con razón, aunque yo solo lo había dicho como excusa para disimular mi malestar.

—Ya sé, tienes razón, pero ¿y si hay alguna emergencia?

—Está todo tranquilo, además, tenemos su número y está con Graham —afirmó, mi abuelo, recordándome ese detalle que tanto me molestaba.

¡Maldición!

NO soportaba imaginarlos juntos.

Y a duras penas impedí que mi pensamiento se articulara en palabras.

—Tú también deberías divertirte, no todo es trabajo en esta vida —señaló, mi abuela, y aunque sonó como si me estuviera regañando, en realidad me miraba con orgullo.

—No sé de dónde sacan que no me divierto. —Ambos se miraron y con el gesto que hicieron fue evidente que pensaban lo contrario.

—¿De dónde lo sacamos? Mientras los chicos de tu edad salían por ahí a divertirse, tú ayudabas a tu abuelo a hacerse cargo del rancho, y todos sabemos que llevar un rancho como el nuestro no es fácil. Pero la vida es más que este rancho, cariño. Es hora de que delegues trabajo, te diviertas y sonrías un poco más. Eres muy serio —dijo, sonriendo con melancolía y dándome unas palmaditas en la mejilla con la mano.

—¿Qué tiene eso de malo? Solo me ocupo de mis responsabilidades en el rancho.

—Y lo haces muy bien, pero es solo trabajo, cariño. ¿Cuándo vives? —Suspiró—. Mereces ser feliz, Tobías. Y solo para que lo sepas… Graham nos comentó que iban a ir al pueblo a encontrarse con unos amigos.

NO pensaba ir.

De ninguna manera.

Que hicieran lo que quisieran porque no era problema mío.

—Mientras te sirvo la cena podrías ir a ducharte y… alistarte —dijo, la abuela, con la clara intención de hacerme cambiar de opinión.

—Sí, voy a darme una buena ducha —afirmé, mientras me dirigía a la escalera para subir a mi habitación.

—Por si te interesa, Graham comentó que seguramente fueran a cenar y luego a bailar —señaló, obviamente, dándome todos los datos necesarios con la esperanza de que me uniera a mi hermano y su acompañante.

—¿Por qué me interesaría?

—No lo sé, imagino que porque tienes ganas de divertirte con tu hermano y sus amigos. Solo lo digo porque creo que te vendría bien después de tantos días lidiando con esas tediosas

reuniones de trabajo —explicó, poniendo cara de adorable e inocente abuelita, aunque mi abuela tenía de inocente lo que el Diablo de buenas intenciones. ¡Menuda tramposa y casamentera estaba hecha! Seguro que se había dado cuenta de que había vacilado al decidir si ir hasta el pueblo. Cada día me convencía más de que mi abuela, a pesar de ser un ángel, tenía algo de bruja o lo había sido en otra vida.

Pero, lo cierto es que, tenía mis dudas.
¿Me vendría bien ir a divertirme un rato?
Probablemente NO.
Pero…

Capítulo 11

«Y de pronto llegará alguien que baile contigo, aunque no le guste bailar y lo haga porque es contigo y nada más.»
—Jorge Luis Borges

Dillon

No tenía idea de que bailar en fila podía ser tan divertido. Según me habían explicado, estábamos bailando *Country Line Dance* lo que implicaba que todos en la pista de baile estuviéramos dispuestos en línea realizando una misma coreografía, en ese momento al ritmo de «Mr. Lonely» por la banda Midland. Incluso, Justin me había dado un sombrero de *cowboy* que tenía en su coche para que lo usara al igual que todos los que estábamos bailando. Me resultaba increíble que todos bailáramos dando vueltas y más vueltas, saltando y palmeando al compás de la música.

¡Me lo estaba pasando en grande!

—Oh, Dios, ¡esto es superdivertido! —exclamé, mirando a Graham y riendo como hacía mucho tiempo no lo hacía.

—Te dije que hoy ibas a conocer lo que era divertirse de verdad, doc.

—¡Tienes razón! ¡Tenemos que venir aquí siempre! Gracias, Graham.

—Nada que agradecer, vaquera. Solo diviértete —dijo, riendo, mientras girábamos tratando de seguir a los demás.

Después de esa canción comenzó «Achy Breaky Heart» por Billy Ray Cyrus y creo que no quedó nadie sentado y la pista de baile se vio invadida. Nunca había visto nada igual. No solo me asombraba el ver a todas las personas divertirse y disfrutar, sino el trato tan familiar que absolutamente todos se dispensaban. Se trataban como si se conocieran de toda la vida, incluso a mí que era una forastera citadina.

No estaba acostumbrada a eso, pero me fascinaba.

En las reuniones, discotecas o clubes exclusivos a los que había concurrido casi toda mi vida, todos se miraban por encima del hombro. Lugares en los que la frialdad, el egoísmo y el derroche eran lo más común, y las sonrisas fingidas y expresiones adustas eran moneda corriente. Lugares vacíos y superficiales.

Sacudí la cabeza para espantar esos recuerdos de un pasado que volvía a mí, pero que no quería me arruinara ese momento de diversión.

Cuando la canción terminó les avisé que iba a descansar un rato. Helen se ofreció a acompañarme y los chicos se quedaron bailando.

—Voy a ir hasta el baño. ¿Sabes dónde está? —pregunté, a Helen.

—Por aquel pasillo, al fondo —respondió, señalándomelo.

—Gracias. Vuelvo en unos minutos.

—Lo dudo, siempre hay una larga fila —dijo, encogiéndose de hombros.

Así tuviera que hacer fila no tenía más remedio que ir porque había bebido varias cervezas y mi vejiga no daba más. Me alejé de ella y empecé a avanzar rápidamente hacia el pasillo que me había señalado, pero unos pasos después me quedé congelada en mi sitio porque en mi campo de visión apareció un hombre alto y fuerte sentado en la barra del bar. Estaba de espaldas a mí, pero esa fuerte espalda y esa melena eran inconfundibles.

Tobías Lexington estaba allí.

Ya no escuchaba nada a mi alrededor porque mi atención estaba centrada en él.

Como si se hubiera percatado de que lo estaba observando, lo vi comenzar a girar en mi dirección, y a mí me pareció como si se estuviera moviendo en cámara lenta.

Entonces, finalmente su cara se volvió visible.

Después de tantos días...

Nuestras miradas chocaron y creo que dejé de respirar, aunque me pareció que él no parecía sorprendido de verme. Sin dejar de mirarme, se tocó con los dedos el ala de su sombrero de *cowboy*, a modo de saludo.

Ese sombrero que le quedaba… perfecto.

Todo en él era perfecto, excepto su carácter que lograba irritarme como nadie, porque toda esa perfección se echaba a perder cuando abría la boca u observaba seriamente mi trabajo midiéndome con su experiencia. Entonces, el príncipe azul se transformaba en un insoportable sapo.

Pero, a pesar de eso, no podía negar que era un hombre bellísimo y sensual como el infierno.

Esa noche vestido con una camisa oscura y ese sombrero… estaba arrebatador.

Bastaba ver como las mujeres babeaban a su alrededor y eso que él no hacía nada para llamar su atención, algo que le otorgaba un magnetismo mayor.

¡Reacciona y saluda!, la voz de mi conciencia me pegó un grito ensordecedor.

¡Oh, mierda!

¡Me había saludado y yo seguía plantada ahí mirándolo como una idiota!

Gruñí por dentro de pura frustración.

A modo de saludo solo moví la cabeza y él levantó la jarra de cerveza en un brindis silencioso mientras me seguía observando. Pensé que mi corazón no podía palpitar más rápido de lo que ya lo había hecho, pero algo en mi pecho volvió a estremecerse y comenzó un ritmo alarmante. Evidentemente, algo dentro de mí no estaba funcionando bien y debía solucionarlo con urgencia.

Lo primero era alejarme de allí y perderlo de vista.

Con piernas temblorosas me abrí paso entre la multitud para encaminarme rápidamente hacia los baños. Cuando logré entrar me encerré en uno de los servicios y aproveché el breve momento de soledad para intentar recomponerme.

¿Por qué ese hombre me alteraba de esa forma? No recordaba que alguna vez me hubiera sucedido algo así. No solo estaba en mis pensamientos —sí, lo admito, pensaba bastante en él—, sino que también estaba en el bar y me había arruinado la diversión de esa noche.

¡El muy maldito no me dejaba en paz!

Y… NO podía permitirlo.

Necesitaba tranquilizarme.

Había crecido en un mundo de hombres poderosos e irascibles, y no iba a consentir que un

maldito *cowboy* me pusiera nerviosa. Porque estaba segura de que eso era lo que Tobías Lexington pretendía.

No le iba a dar más importancia.

Cuando salí del baño lo hice envalentonada y decidida a no permitir que me afectara.

Pero… me afectó.

Porque me llevó un segundo darme cuenta de que ya no estaba solo. Una mujer lo tenía tomado del brazo, le acariciaba el pecho y lo miraba como si fuera lo más maravilloso que había visto nunca.

Algo en mi estómago se revolvió y no pude dejar de observarlos, sobre todo, observé la expresión de Tobías. Porque la miraba con algo que parecía… deseo.

Necesitaba beber algo, pero ni muerta iba hasta la barra porque ELLOS estaban allí.

Ya no sentía deseos de quedarme.

Quería irme lejos.

Lejos de allí.

Lejos de él.

Al otro lado del hemisferio.

Busqué a Graham, pero no lo encontré. A la única que divisé fue a Helen que estaba en la mesa que ocupábamos rato antes y, rápidamente, me encaminé hacia allí.

—Necesito beber algo fuerte —dije, mientras me sentaba a su lado.

—*OOOk*. ¿Una mala noche?

—Digamos que… quiero desinhibirme —mentí.

—Estás en el mejor lugar, forastera. Ve a pedir unos chupitos y te acompaño en eso de ponerse como una cuba.

—Eh, ¿no hay camarero? —pregunté, y Helen largó una sonora carcajada.

—¿Camarero? ¿Acá? Pues no, chica, acá cada uno tiene que ir por lo suyo, pero deja que yo me ocupo.

—Gracias, Helen. Tráeme varios —pedí, aunque nunca me había sentado bien el beber alcohol. Helen me miró entrecerrando los ojos como si intuyera que algo me sucedía, pero no dijo nada y se fue a por la bebida perdiéndose entre la gente.

¡Dios! ¿Por qué me sentía así? ¿Podría ser que Tobías Lexington me interesara como hombre? De solo pensarlo me entró una inmensa desazón que se fue mezclando con humillación cuando recordé la forma en la que él me trataba.

¡NO!

Era el último hombre sobre la faz de la tierra por el que debería sentirme atraída.

—Ya estoy aquí —dijo, Helen, dejando una bandeja con varios chupitos sobre la mesa—. ¿A qué no te imaginas con quién me encontré?

Pues sí que me lo imagino.

—Ni idea.

—Con Tobías, el hermano de Graham. —Intenté con todas mis fuerzas mantener el control de mi cuerpo, cosa difícil cuando la sola mención de su nombre hacía que mi corazón se acelerara—. Está en la barra con una de sus *amigas*. Me llamó la atención porque no suele venir. Graham siempre dice que hace lo imposible por sacar a su hermano del rancho, pero pocas veces

lo consigue. Aunque todos sabemos que sale y que tiene muuuchas *amigas*. No es ningún santo y sabe aprovechar que la mayoría de las mujeres que lo conocen se lo quieren tirar. Tobías se acuesta con muchas, pero no sale con ninguna.

—Yo no quiero tirármelo —afirmé, con el ceño fruncido y ella me miró desconfiada—. ¿Tú?

—Obvio que sí. ¡Si está como un tren! —admitió, dándome una palmadita de realidad.

Y sí, alguien como él podría estar con quien quisiera.

—¿Te acostaste con él? —pregunté, sintiendo una absurda punzada de celos.

—No, pero no porque yo no quiera. Supongo que el ser amiga de su hermano no me ayuda con ese tema… ya sabes… esas reglas de los hombres —repuso, haciendo un mohín de disgusto.

—Será muy… guapo, pero también es un idiota —respondí, un tanto ofuscada por tener que escuchar sobre la vida sexual de ese hombre, y Helen largó una carcajada.

—Si tú lo dices —comentó, encogiéndose de hombros, como si no me creyera—. Hacía bastante que no lo veía, pero… guauuu, ese hombre está cada vez más espectacular.

NO quería seguir escuchando alabanzas sobre Tobías Lexington.

Bajé la vista hacia uno de los vasos lleno de tequila y me lo bebí de un trago. El ardor en la garganta me dio un ataque de tos y me hizo cerrar los ojos. Helen volvió a largar una carcajada y me dio unos golpecitos en la espalda.

—¡Primero va la sal! —exclamó—. Toma el limón —indicó, tendiéndomelo y me lo llevé a la boca y chupé la rodaja mientras un escalofrío me recorría el cuerpo, pero era mejor que los estremecimientos que me provocaba el idiota y libertino de Lexington.

—Ya… estoy mejor.

—Vamos por el próximo. No te olvides de la sal. Sal, tequila, limón, en ese orden.

—Esta vez lo haré bien.

Y lo hice MUY bien.

Y varias veces.

Un rato después estaba muy contentilla. Digamos que, de una escala del uno al diez, donde uno era estar sobrio y diez como una cuba… estaba en un siete. Quizás… un siete y medio, al igual que Helen que se había ido a la pista e intentaba bailar la coreografía, pero no acertaba ni un paso.

Yo… ni siquiera había intentado levantarme de la silla.

Empezaba a ser absolutamente esencial que volviera al rancho.

—La fiesta se ha acabado.

Esa voz tan conocida hizo que mi estómago diera un vuelco y me puso los pelos de punta antes, incluso, de mirar para comprobar de quién procedía. Apreté los ojos con fuerza deseando que no fuera realidad. Volteé despacio, casi a cámara lenta, tratando de rehacerme tanto mental como físicamente. Alcé la mirada rogando por haberme equivocado.

Pero mis ruegos no fueron escuchados.

ÉL estaba allí.

Frente a mí tenía a… Tobías Lexington, y me miraba desde arriba con el ceño fruncido y una expresión de mala leche que… no sabría decir por qué, pero me causó mucha gracia.

¿Sería el tequila?

Quién sabe, pero… largué una sonora carcajada.

—Lexington, taaanto tiempo. ¿Eres el dueño del lugar como para asegurar que se acabó la fiesta?

—Soy el dueño del rancho en el que trabajas y creo necesario que vayas a dormir porque mañana no vas a poder distinguir una vaca de una gallina.

Y largué otra carcajada.

—¡Claro que sí! Solo tengo que contar sus patas. —Volví a reír—. No me voy a ir. Me estoy divirtiendo.

—Lo puedo ver. Te estás divirtiendo DEMASIADO. Y diría que es posible que hayas bebido suficiente alcohol por lo que queda de verano... que es bastante.

—Y yo puedo ver que tú solo mordiste el limón del tequila. ¿Por qué esa cara de amargado?

—Dillon, estás poniendo a prueba mi jodida paciencia —dijo, y volví a reír.

—¿Paciencia? Pero si no la tienes. —Miré hacia la barra del bar—. Quiero otra copa. Y te recuerdo que acá no eres mi jefe y no tengo que darte explicaciones de lo que hago en mi vida privada.

—¿Qué pasa aquí? —Y esa fue la voz de Graham.

—Está borracha.

—Solo se está divirtiendo. Tú también deberías relajarte, hermano.

—La voy a llevar de regreso al rancho —dijo, Tobías, y lo miré sin dar crédito.

—¿Es lo que Dillon quiere? —preguntó, Román, que en ese momento llegaba junto a nosotros, y noté que Tobías lo miró con una seriedad mortal.

—Yo me encargo de llevarla —repitió, volviendo a mirar a su hermano.

—No quiero irme, quiero seguir bailando. Me gusta esta canción y quiero bailarla —dije, y él resopló, y juro que aquello fue música para mis oídos. Molestarlo me producía más alegría que el tequila.

—Entonces yo bai… —Comenzó a decir Román, pero Tobías me tomó de la mano y me arrastró hacia la pista de baile. El calor del tequila no tenía nada que ver con el calor que sentí en ese momento. Sentí como si me hubiera marcado la palma de la mano a fuego. Evidentemente, la bebida no estaba funcionando tan bien como esperaba porque yo odiaba el contacto de los hombres, pero, sin embargo, el de él no me afectaba en absoluto, al contrario, me resultaba placentero.

—¿Qué haces? —pregunté, cuando encontré mi voz.

—Dijiste que quieres bailar, pues bailaremos y luego nos vamos —afirmó, mientras seguía tironeando de mí.

Tuve que parpadear rápidamente. ¿Lo estaba diciendo en serio?

—No es una buena idea —señalé, nerviosa, porque podría estar borracha, pero tenía claro que no le haría bien a mi salud mental bailar una canción romántica con ese hombre. En ese momento se escuchaba la preciosa canción «Nothing's Alright» por Hannah Miller.

Canción romántica.

Tenía que hacer algo URGENTE.

—¿Por qué mejor no bailas con tu *cita*? —Se detuvo y me miró.

—¿Cita? Vine solo.

—Pero no tardaste en buscarte *compañía*, así que ve a por ella y a mí déjame en paz —señalé, un poco molesta, y me arrepentí de no cerrar mi bocaza en el instante que vi asomar una sonrisa de suficiencia en su rostro.

—¿Estabas pendiente de lo que hacía? —preguntó, sin perder la sonrisa, y yo lo miré con mi mayor seriedad. ¡Menudo engreído!

—Estás delirando, Lexington —dije, e intenté irme de allí, pero volvió a tirar de mí y esa vez me pegó a su cuerpo.

¿Por qué le permitía tocarme?

¿Por qué soportaba su contacto?

Estábamos en el medio de la pista de baile envueltos por la hermosa canción. Las luces habían cambiado la intensidad y nos rodeaba una tenue luz que cambiaba de tonalidad. Tobías me tomó de la cintura para acercarme aún más a su poderoso cuerpo y yo no pude hacer otra cosa que apoyar las manos sobre su duro pecho. No estaba acostumbrada a las emociones que me recorrieron el cuerpo y que nada tenían que ver con el rechazo.

Al contrario.

No quería alejarme. Al menos, no en ese momento.

Quería quedarme allí.

Con él.

Sentía que encajábamos a la perfección.

Era abrumador.

El calor que ardía entre nosotros era tan abrasador como el infierno. Parecía que íbamos a estallar en llamas de un momento a otro. La música sonaba de fondo y de lo único que podía ser consciente era de la nueva intimidad que sentía al percibir su tacto sobre mi piel mientras nos mecíamos lentamente.

Y encima… olía de maravilla.

Su aroma, deliciosamente masculino, sumado a los tequilas que me había bebido, hicieron que mi cabeza comenzara a dar vueltas y el nudo de nervios que tenía en el estómago se expandiera a sus anchas por todo mi cuerpo.

Eso NO era bueno.

Eso NO era apropiado.

—No sé por qué estamos bailando. Tú no quieres hacer esto —murmuré—, porque me ves como a un inoportuno incordio que tienes que tolerar a diario «pululando» en tu rancho.

—Te equivocas. —Sus dedos se ciñeron con más fuerza a mi cintura y, sin pensar, subí mis brazos y le rodeé la nuca. Mis manos se movieron como si estuviesen poseídas. Seguramente eso era un efecto secundario del tequila, no había otra explicación.

Subí el rostro hacia él.

Sus ojos volvieron a encontrarse con los míos y sentí que me perdía en esos pozos oscuros. Era como si lo único que deseábamos ver, lo tuviéramos allí. Y permanecimos así, tan cerca uno del otro que su aliento me acariciaba las mejillas y los labios.

Era como si estuviera sumida en un trance.

Y en ese momento olvidé los motivos por los que lo detestaba y, sobre todo, por los que debía alejarme de él.

Y de repente… sentí unas enormes ganas de besarlo.

¿BESARLO?

¡¿Qué mierda me pasaba?!

Tenía que apartar la mirada.

Porque, además, en ese instante tuve la sensación de que mi estúpido corazón quedaba expuesto a cualquier tipo de peligro sin importarle que pudiera ser herido o roto, latiendo con más fuerza que nunca y exigiéndome que lo escuchara.

NO quería escucharlo.

Una sacudida de pánico me golpeó.

—Yo... —Comenzó a decir, pero algo lo detuvo, solo me quedó mirando a los ojos con confusión y como si buscara algo en mis ojos, algo que le dijera que…

Contuve el aliento.

No podía.

No podía demostrarle lo que deseaba.

Tomé aire y me aparté de golpe dando un paso hacia atrás.

—Hace un calor de morirse aquí dentro. Necesito aire fresco. —Parpadeó como si mis palabras lo hubieran vuelto a la realidad.

—Sí, tienes razón. Vamos, yo te llev...

—No es necesario.

Sin darle tiempo a nada salí de la pista de baile todo lo rápido que mis piernas me permitieron.

Cuando llegué a la mesa sentí el anhelo…, ¡ALIVIO!, eso es lo que sentí.

Sí. Definitivamente, alivio.

Allí me encontré con Graham y Román. El primero me miraba sonriente y Román con seriedad.

—Graham, ¿podríamos irnos? Es que estoy muy cansada —pedí, porque solo quería largarme de allí y volver al rancho.

—Sí, claro, pero Tobías se había ofrecido a…

—Prefiero que seas tú. Si no puedes le puedo pedir a…

—Yo te llevo —dijo, Román, poniéndose de pie.

—¿Eso está bien para ti? —consultó, Graham, como siempre hacía y mirándome atentamente. Sospechaba que Graham me cuidaba porque había notado algo en mí que le hacía sospechar de mis miedos y traumas, como si hubiera visto más allá de mis silencios y evasivas, como si hubiera visto la carga que llevaba dentro. No podía estar más agradecida con él por ello.

—Sí, Graham, muchas gracias —dije, sonriéndole con cariño para que se quedara tranquilo —. Y, gracias también a ti, Román, por tu ofrecimiento —dije, saludé a Graham y comencé a andar con rapidez hacia la salida.

Fue como un *déjà vu*.

Volvía a huir de él como lo había hecho la noche que lo conocí en aquel bar.

Siempre huía de Tobías.



En cuanto Román puso en marcha su coche, respiré ligeramente aliviada, pero ese alivio me duró poco.

—Tobías viene detrás nuestro. Creo que quiere asegurarse de que te deje en el rancho —bromeó, Román.

¿Nos estaba siguiendo?

No te sigue, estúpida, va para el mismo lugar que tú, me reprendió mi conciencia con toda la razón.

—Él también había dicho que quería volver al rancho —comenté, por decir algo.

—Puede ser, pero lo extraño es que le he intentado dar paso, pero insiste en seguir detrás nuestro. Creo que te está cuidando, o vigilando para ser exacto.

—Lo dudo. Es probable que esté esperando a que me equivoque en algo para despedirme —afirmé, y Román desvió un segundo la vista de la carretera para mirarme.

—¿Despedirte?

—No me hagas caso, no importa —dije, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia, porque tampoco quería hablar mal de Tobías Lexington como jefe.

—No creo que Graham permita que lo haga —dijo, y preferí no hacer ningún otro comentario, pero quedé atenta a la camioneta que se mantuvo durante todo el trayecto detrás nuestro.

Un rato después Román me dejó en el rancho y me despedí de él y entré enseguida a la casa. Pude escuchar cuando, unos minutos después, Tobías llegó y apagó el motor. A punto estuve de asomarme a la ventana para verlo, pero descarté esa idea con la misma rapidez con la que se me había ocurrido. En cambio, me dirigí a la habitación y me dejé caer sobre la cama tapándome el rostro con el brazo.

¡¿Qué me sucedía con Tobías Lexington?!

Me gustaba… pero era algo más.

Eran unas perturbadoras emociones que aún no terminaba de asimilar, pero que me advertían que debía mantener la guardia alta en todo momento.

Y lo más preocupante era que... algo me decía que detrás de esa aparente calma que teníamos, se ocultaba una tormenta a punto de desatarse.

Capítulo 12

«Todos somos viajeros en el desierto de este mundo, y lo mejor que podemos encontrar en nuestros viajes es un amigo honesto.»
—Robert Louis Stevenson

Dillon



A las seis de la mañana sonó mi despertador y juro por Dios que era como tener al maldito Big Ben dentro de la casa. Tenía que apagarlo antes de que me explotaran los tímpanos. Además, esa mañana me acompañaba un molesto y punzante dolor de cabeza.

El día se presentaba largo y debía recobrar fuerzas para enfrentarlo.

Y, encima, iba a tener que verle la cara de disgusto a Tobías Lexington. Porque seguro que me iba a mirar con desaprobación.

Sus palabras todavía resonaban en mi cabeza: *«La confianza no se pide, se gana, señorita Daurelli. Le diría que se gana palmo a palmo»*.

Suspiré.

Lo primero era levantarse.

Haciendo un gran esfuerzo, abandoné la cama. Me dio la sensación de que la habitación daba algunas vueltas, pero no quise pensar que era por el tequila, sino por haberme levantado de prisa. Aunque, al ponerme de pie, mi dolor de cabeza empeoró.

Seguí los pasos de mi rutina mañanera hasta que me encontré sentada en la barra de la cocina bebiendo una gran taza de café.

Mi teléfono vibró y, cuando leí el mensaje, supe que ese día iba a ser un tormento o, mejor dicho, ÉL iba a hacer de mi día un tormento.

Tobías Lexington:

«Se la necesita ahora en la caballeriza 1»

Aunque era un mensaje, lo primero que noté fue su frialdad y mal humor, además de que volvía al trato formal. Lo segundo, fue que ni siquiera había un «buenos días».

—¡Grosero! —murmuré, para mí misma, mientras me frotaba el rostro con gesto cansado, pero sin perder ni un segundo más le respondí su mensaje:

Yo:

«Buenos días. En unos minutos estoy allí»

Apuré mi café.

Estaba convencida de que iba a ser una jornada larga y difícil.



Y no me equivoqué.

Llegué a la caballeriza unos minutos después. Tobías Lexington me estaba esperando apoyado contra la puerta en una actitud despreocupada, pero a mí no me engañaba. El hombre estaba tenso.

Al igual que yo.

Los nervios subían arrastrándose por mi columna vertebral. No podía sacarme de la cabeza nuestro baile de la noche anterior y todo lo que me había hecho sentir.

Me detuve delante de él. Subió la cabeza y me miró a los ojos.

—Buenos días —saludé, y me miró desde arriba y enarcó una ceja.

Se inclinó hacia delante invadiendo mi espacio personal. Instintivamente retrocedí un paso haciendo que sonriera de medio lado como si estuviera muy seguro de sí mismo y me creyera una cobarde, así que alcé la barbilla, desafiante.

—¿Realmente son buenos para ti? —Y fue notorio el sarcasmo que se escondía en esa pregunta. Se estaba burlando de mí por la resaca.

—Por supuesto. Ayer de noche la pasé muy bien y conocí gente fantástica, así que me levanté de muy buen humor.

Volvió a acercar su rostro al mío e inmediatamente nos miramos la boca al mismo tiempo y luego volvimos a mirarnos a los ojos. Fue entonces cuando me percaté de lo demasiado cerca que estábamos el uno del otro y volví a retroceder, esa vez un poco más lejos.

Él se irguió para mirarme desde arriba.

—Es bueno saberlo porque hoy tienes mucho trabajo por delante —afirmó, con voz dura, haciéndome sentir el rechazo que no había expresado con palabras.

¡Idiota!

—Perfecto. No me preocupa porque me encanta mi trabajo y este lugar. Y también me gustó el pueblo, tanto que esta noche voy a ir nuevamente con Román —comenté, enfundándome un optimismo desenfadado que, por supuesto, no tenía. Y, si bien me había mostrado demasiado entusiasmada, no había mentido respecto a Román porque la noche anterior habíamos intercambiado nuestros números de teléfono y había quedado en llamarme para que nos volviéramos a ver esa noche.

Si mis ojos no vieron mal, escuchar mis palabras le provocó un tic en el ojo.

—Si es que de aquí a la noche te queda algo de energía como para salir —murmuró, entre dientes, aunque lo escuché, luego ordenó con voz alta y autoritaria—: Sígueme.

Y estuve segura de que eso había sido un pequeño adelanto de lo que me esperaba el resto del día.

Comenzó a caminar hacia donde estaban los caballos e hice lo que me había ordenado.

Lo seguí… en silencio.

No tenía ni ganas de discutir ni energía para hacerlo.

—Hoy tendrás que vacunar a los caballos, pero antes deberás examinarlos y revisar sus historias para determinar qué vacunas necesitan. Además, debes establecer el calendario de vacunación para este año. —Su tono fue cortante y su mirada se tornó insondable, como si hubiera cerrado la pequeña puerta que yo creí se había abierto entre nosotros antes de que se fuera por tantos días a la ciudad.

Aunque no se lo había dicho ni estaba en mis planes decírselo, estaba agotada y me seguía doliendo la cabeza, pero con todo el trabajo que me esperaba mi día no se presentaba alentador. Él tenía razón, antes de vacunarlos debía examinarlos y analizar cada historia porque la vacunación dependía de la edad, historial de salud, tipo y nivel de actividad. Por otro lado, después de suministrarles la vacuna debía vigilarnos porque, aunque no eran comunes las reacciones alérgicas, podían darse y poner en riesgo la vida del animal.

Para vacunarlos tuve la ayuda de varios empleados del rancho que no permitían que hiciera ningún esfuerzo ni que comprometiera mi seguridad. A esa altura ya me había ganado la confianza de todos, salvo la de Tobías Lexington, por supuesto.

Pero ya lo había aceptado.

Esa mañana solo se había dedicado a darme órdenes y a observar con la intensidad de un halcón TODO lo que hacía. Un movimiento en falso y sabía que terminaría despedida o reprendida porque me estaba midiendo y juzgando bajo el prisma de una parcialidad negativa.

Pero no pensaba darle esa satisfacción, así me estuviera cayendo de cansancio. Durante todo el día mi comportamiento y atención hacia los animales y los empleados fue intachable.

Al mediodía paramos para tomar un descanso y almorzar. El almuerzo se servía a las doce en punto. Los trabajadores comían en una cabaña dispuesta con todo lo necesario para las comidas del día. En la misma había largas mesas y bancos, además de una pequeña cocina para que se calentaran la comida sino podían almorzar a la hora que se servía. Todos adoraban la comida del rancho. Desde que estaba allí, más de la mitad de los días había almorzado en esa cabaña con todos, en dos oportunidades había aceptado la invitación de Antonia y Jaime y lo había hecho en la casa principal y el resto de los días había comido en la casa en la que vivía.

Ese día pensaba hacerlo en mi casa porque quería aprovechar para descansar un rato antes de seguir con el trabajo. Iba hacia allí ahogando un bostezo e imaginándome mi cómoda cama, pero Antonia se interpuso en mi camino.

—Justo a tiempo para el almuerzo, Dillon. Vamos a la casa y almuerzas con nosotros.

—Le agradezco mucho, Antonia, pero justamente estaba yendo hacia mi casa porque necesito descansar un rato. No lo tome a mal, por favor, le aseguro que es porque estoy demasiado cansada y prefiero aprovechar esta pausa en la jornada para poder recuperar energía —me excusé.

Antonia me miró entrecerrando los ojos, pero no pensaba cambiar de opinión. Bastante tenía con haberlo visto toda la mañana observándome y juzgándome mientras trabajaba, como para también tener que aguantármelo durante el almuerzo. Seguro que la comida me iba a caer mal.

—¿Descansar sin comer? Ni te atrevas, niña —amenazó, con una mano en la cadera y la otra

alzando un dedo, tal cual el típico adulto reprendiendo a un niño, lo que me hizo reír.

—No, no; le aseguro que voy a comer y luego a trataré de dormir, aunque sea, media hora.

—Eso les pasa por haber trasnochado —dijo, negando con la cabeza—. Bueno, si no almuerzas con nosotros, no te vas a librar de la cena porque hoy es el cumpleaños de Jaime y le organizamos una pequeña fiesta en el patio trasero de la casa. Y no quiero más excusas, señorita.

Y a eso no tenía escapatoria. Ya me había escaqueado del almuerzo y no podía seguir declinando sus invitaciones, sobre todo si era el cumpleaños de Jaime. Ellos no se lo merecían. Tendría que hablar con Román y decirle que esa noche no podría ir a cenar.

—Por supuesto, allí estaré. Muchas gracias.

—Nos vemos luego. —Estaba yéndose, detuvo su andar y volvió a mirarme—. Y ya es hora de que dejemos las formalidades y que me llames abuela. Aquí todos somos familia y ahora tú también formas parte de ella.

El corazón se me detuvo y la miré con los ojos como platos.

¿De verdad quería que la llamara así?

En mi vida había recibido tantas muestras de cariño y… en fin, no pude evitar emocionarme un poco.

—Está bien…, abuela. —Antonia sonrió y siguió su caminata.

Cuando llegué a la casa comí algo de fruta y me desplomé sobre la cama. En cuanto mi cuerpo quedó tendido sobre el mullido colchón, solté un suspiro de alivio y, durante varios segundos me quedé con la mirada perdida en las cortinas que ondeaban con la ligera brisa, pero los ojos comenzaron a pesarme. Todo rastro de energía vital se había evaporado de mi cuerpo. Estaba tan cómoda que, para no dormirme y ser regañada, programé el despertador para treinta minutos después. Necesitaba esa siesta con urgencia e, inevitablemente, acabé rindiéndome al cansancio.



Dormir un rato me había ayudado a recuperar algo de energía y había sido bueno porque, aunque en ese momento no lo sabía, el espectáculo estaba a punto de comenzar. Y cuando digo espectáculo me refiero a una guerra declarada con Tobías Lexington.

Crucé la puerta de la caballeriza cuestionándome si en las próximas horas tendría que seguir aguantando la vigilancia constante de ese energúmeno, pero un chaparrón de lo que supuse era agua, me dejó paralizada y… empapada.

—¡Pero ¿qué demon…?! —Levanté la vista y me encontré con Tobías sosteniendo un balde en la mano.

Lo miré azorada.

¡El muy cretino se estaba riendo!

En realidad, le estaba dando un ataque de risa.

Fue obvio que lo había hecho a conciencia y con alevosía. Seguro estaba esperando a que traspasara la puerta para lanzarme el baldazo de agua.

Levantó la cabeza y juro que vi lágrimas en sus ojos. Cuando por fin habló, se notó que hacía un esfuerzo inmenso para no largar la carcajada.

—Te aconsejo que la próxima vez avises antes de entrar.

La ira me invadió por completo.

Puse los brazos en jarra y sentí el rostro arrebolado por la furia.

—¡Deja de reírte de mí!

Recién en ese momento noté que no llevaba camiseta, además de comprobar que todo el ejercicio físico que hacía en el rancho lo había dotado de unos músculos perfectamente definidos. Sus abdominales eran dignos de admiración y tenía unos sugerentes oblicuos sobre la cintura de sus *jeans*.

Para mi desgracia, me quedé embobada ante aquel espectáculo. Creo que hasta el agua que chorreaba por mi cuerpo comenzó a evaporarse debido al calor que sentía.

—¿Decías? —preguntó, sonriendo de medio lado y cruzándose de brazos lo cual acentuó aún más sus poderosos bíceps.

¡Ay, Dios!

Pero la pregunta y la forma irónica en que la hizo logró sacarme de la nube en la que esa visión erótica me había sumergido.

—¡Si serás idiota! —exclamé, sin poder aguantarme—. ¡Lo hiciste a propósito!

Se irguió cual alto era y me miró fijamente. Nos retábamos con la mirada.

—Cuidado, señorita Daurelli. Se está dirigiendo a su jefe y no voy a permitir que me falte el respeto, y mucho menos delante de mis trabajadores.

—¡Por mí como si fueras el mismísimo presidente! No tienes derecho a hacer lo que hiciste. ¡Me empapaste!

—Yo solo estaba descartando el agua que Pinto no había bebido —dijo, como si nada y señalando al purasangre.

Bufé y me aparté el pelo de la cara que se me había pegado por el agua y goteaba constantemente. En ese momento noté que ya se había congregado un pequeño grupo de empleados a nuestro alrededor para ver qué ocurría. Nos miraban entre la sorpresa y la diversión. El muy maldito me había puesto en ridículo delante de todos y, lo peor, es que parecía estar disfrutándolo como un cerdo en su cochiquera.

Avancé hacia él, convertida en un huracán de furia e indignación.

—¡Esto no quedará así!

—¿Esto? No sé a qué te refieres, pero será mejor que vayas a cambiarte porque te queda mucho trabajo por delante y ya has perdido demasiado tiempo.

Con cada palabra suya mi furia crecía. Pero iba listo si creía que no iba a tomar represalias.

No me conocía.

Lo miré echando chispas por los ojos y con la promesa de que mi venganza no iba a tardar en llegar.

Él me miró y sonrió como si me hubiera leído el pensamiento.

—Odio tener que decírtelo, pero no va a pasar, Daurelli.

—Eso lo veremos —murmuré, para mí misma, pero segura de que me había escuchado. Giré y salí de la caballeriza a toda prisa y con la furia dominándome por completo.



El resto da la tarde estuvo tranquila, y eso porque a Tobías no lo volví a ver. Según escuché, había surgido un problema con una valla del rancho y él había ido con varios empleados a repararla.

Graham había pasado a saludarme, pero solo había estado unos minutos porque tenía que ir al pueblo a realizar algunas compras que su abuela le había pedido para la celebración del cumpleaños de Jaime.

Antonia había aparecido por las caballerizas para recordarme la invitación y asegurarse de que no faltaría. Y, aunque ese día no quería volver a cruzarme con su nieto mayor, se lo había prometido e iría, pero solo por ellos.

A las nueve de la noche debía estar en la casa. Lamentaba no haber tenido tiempo para comprarle un obsequio a Jaime, pero se lo daría en otra oportunidad.

También había hablado por teléfono con Román para cancelar los planes de esa noche, pero había insistido en que lo llamara apenas terminara la fiesta porque, si no era muy tarde, podía venir por mí, no para ir a cenar como había sido el plan original, sino para ir a bailar. Acepté la sugerencia porque al día siguiente era domingo y mi día libre, y no me pareció una mala idea salir un poco del rancho.

Después de una larga y reparadora ducha me dispuse a mirar lo que tenía en el armario y, pasando percha por percha y analizándolo todo, me decidí por un vestido azul oscuro que, según Gertrudis, resaltaba mis ojos y mi rubia cabellera. Era un vestido informal, pero elegante y por eso decidí dejar de lado las botas y usar unas sandalias de tacón.

¿Tu esmero al arreglarte es solo por ser el cumpleaños de Jaime?, ironizó, la voz de mi conciencia, pero decidí no escucharla porque tampoco tenía nada para decir.

Después de arreglarme el pelo y maquillarme un poco, salí para la casa principal.

Me sentía muy inquieta.

Y esa inquietud se debía a que iba a estar Tobías.

Ya era imposible negarlo.

Tobías Lexington me alteraba de todas las formas posibles.

Capítulo 13

«Siempre habrá labios que digan una cosa mientras el corazón piensa otra...»
—El conde de Montecristo – Alejandro Dumas

Tobías



Estaba seguro de que me esperaba una noche interesante.

Íbamos a cenar con Dillon, y eso me tenía intranquilo y ansioso porque a una pequeña parte de mí le gustaba la idea de tenerla en la mesa y compartir ese momento con ella. A esas alturas era estúpido negar que Dillon Daurelli me atraía... mucho, y que me gustaban muchas cosas de ella. Desde que la había conocido su imagen no se me quería ir de la cabeza y me perseguía constantemente. Hacía mucho tiempo que no me interesaba una mujer, así que me inquietaba un poco mi reacción ante ella.

La noche anterior había quedado furioso porque había preferido que fuera Román quien la trajera al rancho. Y también me había molestado enterarme de que había vuelto a hacer planes para verse en la noche con él. El simple hecho de imaginarla con Román me irritaba.

Por eso le había gastado una broma tirándole encima un baldazo de agua, y me había gustado mucho verla tan enfadada. No sé qué me había llevado a hacerlo, me jactaba de ser siempre un hombre racional, pero esa mujer me volvía loco. Incluso había intentado que trabajara hasta última hora porque quería impedir que saliera en la noche y terminara en los brazos de Román.

No, si al final iba a tener que darle la razón a ella en eso de que era un idiota.

ELLA me volvía un verdadero idiota.

Pero si bien yo, con todas mis artimañas, no creía haber logrado que desistiera de su cita, la abuela, con su invitación, había conseguido lo que yo no había podido.

La noche anterior cuando Román la trajo en su coche, no había podido evitar seguirlos para asegurarme de que vinieran para el rancho y que llegara bien, así como tampoco había podido evitar levantarme ese día con la intención de hacer imposible el suyo.

Si yo iba a enloquecer por su culpa, lo menos que podía hacer era sacarla de quicio. Se lo merecía porque por ella yo no había pegado ojo en lo que quedaba de la noche.

Pero admito que no tenía nada que decir de su trabajo. La había observado con ojo de lince, pero, no solo era excelente en lo suyo, además, con su simpatía y dulzura tenía a todos los trabajadores del rancho comiendo de su mano. Los muy malditos se desvivían por ayudarla.

Todos, ¡absolutamente TODOS!

Una extraña calidez se expandió por mi pecho al recordarla acariciando con suavidad y ternura a cada uno de los animales que había vacunado y atendido. Se les acercaba a los caballos, les acariciaba la cabeza y les susurraba algo al oído que yo no lograba escuchar. La gran mayoría restregaban la cabeza contra su mano o frotaban la nariz contra su hombro.

¡Si hasta los caballos parecían embobados con ella!

Y no me avergonzaba reconocerlo, yo estaba celoso, o envidioso más bien. Porque quería que me acariciara a mí con esa delicadeza y ternura.

Bailar con ella había sido toda una sorpresa. Había sentido una gran conexión. Incluso, había experimentado algo raro, como que se despertaba en mí una emoción inesperada, así como también su mirada sacudía cada fibra de mi cuerpo.

¡Y, maldita sea, había estado a punto de besarla!

Siempre tenía el control de la situación y con ella, se me iba a la mierda.

Sí, estaba volviéndome loco.

Y lo estaba porque mi realidad era que… no podía mantenerme alejado de Dillon, algo que yo mismo no entendía.

Y ahí estaba, arreglándome mi indomable pelo para tratar de verme lo mejor posible. Me miré una vez más en el espejo que tenía en mi dormitorio sintiéndome un estúpido. Ella me hacía sentir expuesto y vulnerable, y eso no me gustaba.

Me había jurado que ninguna mujer me afectaría, pero Dillon Daurelli lo estaba haciendo. Y por más que hacía todo lo posible por alejarme, siempre terminaba dirigiéndome hacia ella.

E íbamos a colisionar en cualquier momento.

No sabía cómo ni cuándo, pero no tenía dudas de que iba a suceder.



—Tobías, al fin bajas. Ve a la cocina y ayuda a Dillon a llevar las ensaladas a las mesas que dispusimos en el patio trasero —ordenó, la abuela apenas me vio bajar las escaleras, y no tuve dudas de que, nuevamente, estaba haciendo de casamentera—. Y hazme un favor, deja de fruncir el ceño, querido. Dale un respiro a tu entrecejo porque te va a salir una arruga gigantesca.

—Lo intentaré —dije, y le brindé una sonrisa más falsa que Judas, haciendo que mi abuela bufara.

Me dirigí hacia la cocina siguiendo el delicioso aroma. Esa noche olía a carne y especias.

A comida casera.

A hogar.

Y a medida que avanzaba se mezclaba con su perfume.

El perfume de Dillon.

Cuando llegué a la puerta de la cocina me detuve esforzándome por no ser descubierto. El culito *sexy* de Dillon me recibió.

Tortura.

Pura y absoluta TORTURA.

Estaba agachada acariciando las cabezas de Nala y Otto, nuestros perros. Todo lo que podía hacer era mirarla boquiabierto y fascinado. Sin dejar de observar el espectáculo, crucé los brazos y apoyé la cadera en el marco de la puerta. El poco ruido que hice debió indicarle que no estaba sola porque miró hacia atrás y enseguida se enderezó.

—Oh, hola —saludó, sorprendida de verme allí, y sus preciosos ojos celestes me miraron, ya no con la furia que me habían mirado en la tarde, sino con sorpresa.

—¿Cómo estás? ¿Muy cansada? —pregunté, porque tenía claro que ese día había sido de trabajo agotador.

—No, no; solo un poco, pero mañana es mi día de descanso y podré recuperarme. —Me miró y sonrió, y no solo me sorprendió su simpatía, nada me preparó para esa sonrisa, y sentí que algunas estúpidas mariposas levantaron vuelo en mi estómago—. La abuela me pidió que llevara

estas ensaladas. —Las señaló, pero yo me había quedado demasiado aturdido al escucharla llamar a mi abuela de esa forma. ¡Y me gustaba, maldición!

—A mí me pidió que te ayudara con eso —dije, cuando recobré la compostura, y volvió a sonreír y, por muy poco, no caí a sus pies.

—Llevémosla, entonces, porque yo me entretuve jugando con ellos —dijo, señalando a los perros que seguían a sus pies aguardando por sus mimos—, y debe estar esperándolas para terminar de disponer todo en la mesa.

—O venir a buscarnos y llevarnos a nosotros de las orejas —dije, sonriente, y me miró con sorpresa, seguramente al verme sonreír, porque reconocía que no lo hacía muy a menudo ni era amigable con ella.

—Puede que lo haga, ¿no?

—Te lo aseguro, pero tengo mucha suerte de tenerlos a todos.

—Te aseguro que sí —dijo, y me pareció vislumbrar algo de melancolía en sus ojos y no me gustó. La prefería enojada y respondona, pero no triste—. Será mejor que nos demos prisa.

Estiró la mano para tomar una de las ensaladas en el mismo momento que yo hacía lo mismo. Nuestros dedos se rozaron y la descarga eléctrica fue tal, que ambos nos quedamos inmóviles por unos segundos, atrapados en la mirada del otro. Dillon desvió la mirada y retiró su mano con tanta rapidez que la bandeja con la ensalada casi sale despedida.

—Tú lleva esa y yo llevaré aquella —dijo, señalándolas, y pude notar que estaba alterada, y me resultó placentero.

Apoyé las manos sobre la isla que había entre ambos y me incliné hacia delante, quedando más cerca de lo que tenía previsto.

Me gustaba verla alterada.

Me gustaba pensar que era yo quien la ponía nerviosa.

Me gustaba saber que no era inmune a mi presencia.

—Me das órdenes —afirmé, y curvé los labios—. Y yo que pensé que era el jefe —bromeé, y enrojeció encantadoramente.

—No, por supuesto que no fue una orden. Lleva la que quieras —dijo, enseguida y cada vez más nerviosa.

—Era una broma, Dillon. —Decidí no alterarla más porque verla tan sonrojada me estaba alterando a mí. De repente la cocina me parecía pequeña y el calor insoportable.

—Veo que hoy estás muy bromista —comentó, con seriedad, y probablemente refiriéndose a lo sucedido en la tarde, pero preferí no responder a eso porque era como si romper esta tregua silenciosa terminase con la magia del momento, y me gustaba la Dillon atenta conmigo.

—Vamos que nos esperan para celebrar el cumpleaños del abuelo.

Avanzamos uno junto al otro llevando las fuentes de ensalada y como si fuera nuestra rutina habitual. Y yo sentí como si esa barrera invisible que nos separaba, poco a poco fuera cediendo; como la incertidumbre, el miedo y la indecisión fueran dando paso a una seguridad que me llenaba de esperanza.

Capítulo 14

«Un beso es un secreto dicho en la boca y no en el oído.»
—Cyrano de Bergerac

Dillon



El patio trasero de la casa estaba encantador. De fondo se escuchaba música *country* y de los árboles colgaban guirnaldas y farolitos de colores. La invitación había sido para todos los empleados del rancho y estaba segura de que estaban presentes la mayoría de ellos. Las conversaciones y las risas se mezclaban con la música creando una atmósfera cálida donde cada instante parecía estar lleno de alegría. Todos parecían divertirse, las copas tintineaban en un brindis tras otro creando un ambiente de complicidad y felicidad compartida. Pero si bien yo estaba contenta de estar allí, me sentía intranquila. Estar cerca de Tobías no era bueno para mí. Todavía estaba furiosa con él, pero igualmente, estando él cerca, mi traicionero cuerpo se estremecía y mi corazón comenzaba a enloquecer.

Ayudé a la abuela a disponer todo en la mesa y eso logró tranquilizarme un poco, pero solo fue hasta que…

—Dillon, siéntate junto a Tobías —dijo, la abuela, justo cuando me encaminaba hacia la silla más alejada de él.

La miré con una súplica muda en mis ojos y la abuela negó imperceptiblemente con la cabeza y se acercó a mí.

—Cariño, Tobías es un buen hombre. No todos pueden verlo, él sabe muy bien cómo esconder sus sentimientos fuera de las paredes de esta casa y encerrarlos bajo fuertes murallas para hacerse intocable, pero hasta las murallas más sólidas se han derribado. —Suspiró—. Sé lo que sucedió hoy en las caballerizas y te aseguro que me hizo sentir una gran alegría.

—¿Qué? ¿Se alegró de que su nieto me empapara? —cuestioné, al no entender su «alegría».

—Sí, porque para ti fue una mojadura, pero en su caso… no te imaginas lo que eso significó —dijo, con un brillo en los ojos parecido a la emoción—. Hace muchos años que no veía al Tobías que gastaba bromas, reía a menudo, el que tenía ilusión por la vida y era capaz de pensar en algo más que en el trabajo. —Sonrió con una dulzura conmovedora—. Pero tal parece que ese Tobías está volviendo, y juraría que eso sucede desde que una preciosa rubia llegó al rancho y puso su vida patas arriba. En fin, eso es todo lo que te quería decir.

—Abuela, yo…

—A veces, atrás de la seriedad y la severidad, está solapada una gran tristeza. Ve a sentarte junto a él, Dillon, por favor.

—Sí, claro.

¿Debí haberme preocupado por emocionarme tanto ante esas palabras?

Sí, seguramente debí hacerlo.

Pero solo me preocupó saber que Tobías estaba triste y desilusionado de la vida.

Tomé asiento en la silla junto a él y permanecí en silencio. En ese momento no podía hablar.

Dios.

No me podía creer que hubiera llegado a pensar que él era así porque era una mala persona, evidentemente, Tobías eras así de parco e irritante porque había sido herido. Su corazón había sido herido. No tenía idea de quién lo había hecho, pero seguro que era alguien a quien amó mucho.

Levanté la vista y me encontré a Graham sentado frente a mí, y en ese momento conversaba con su abuelo que estaba en la cabecera de la mesa.

—No te lo dije antes, pero estás preciosa —susurró, Tobías, y su halago me causó tal sorpresa que giré el rostro hacia él con tanta rapidez que casi lo golpeo en el suyo.

Mis mejillas ardieron.

No solo mis mejillas, porque no ayudaba el que su firme muslo estuviera en permanente contacto con el mío. A pesar de que estábamos rodeados de gente, la sensación de intimidad entre nosotros era más que real.

—Gracias —dije, y él asintió con la cabeza.

Volví a mirar a Graham y en ese momento lo encontré mirando fijamente a su hermano con una expresión de asombro dibujada en su rostro, pero que en pocos segundos se transformó en una sonrisa divertida, aunque su hermano no lo miró.

Luego de eso nos unimos a la conversación general y distendida que se centró en anécdotas del abuelo, quien cumplía setenta y un años. La cena estaba riquísima y, nuevamente, me emocionó ver que Antonia había tenido en cuenta el que fuera vegetariana y me había preparado algo especialmente para mí.

—Parece que Román y tú congeniaron muy bien —dijo, Graham, y noté que Tobías me miró. ¿Eso le molestaba?

—Lo hicimos. Todos tus amigos son geniales, así que muchas gracias por presentármelos.

—Pero con Román te entendiste mejor —insistió, y no pasé por alto que al decirlo no me miró a mí, sino a su hermano.

—Fue con el que conversé más, sobre todo, porque tuvo la gentileza de traerme en su coche hasta aquí —señalé, queriendo terminar esa conversación.

—Me dijo que hoy van a volver a verse —afirmó, Graham, que parecía decidido a contarle toda mi vida a su hermano.

—Es que esta chica es sensación entre los vaqueros —acotó, la abuela, que en ese momento se había unido a nuestra conversación, y Tobías siguió mirándome sin disimulo.

—¿Y? —me preguntó, Tobías, y todos lo miramos.

—Y ¿qué?

—¿Vas a salir con Román esta noche?

Los abuelos y Graham nos miraban a uno y a otro con mucha atención y como si de un partido de tenis se tratase.

—Depende.

—¿De qué? —insistió, y tomó su copa de vino y la dejó suspendida en el aire esperando por mi respuesta, y en ese momento «se me prendió la lamparita» y tuve la respuesta a su desafío o, más bien, mi venganza por lo que me había hecho esa tarde. Mis labios esbozaron una media sonrisa que, si en ese momento él me hubiera mirado, se hubiera dado cuenta que no auguraba nada bueno.

—Depende de… ¡Ups! Perdón —dije, porque estiré el brazo para tomar mi copa, pero con tan «mala suerte», que mi brazo chocó con el suyo y el contenido de su copa cayó por completo sobre su camisa blanca y parte de su *jeans*.

—¡Mierda! —exclamó, levantándose de la silla como impulsado por un resorte y pasándose rápidamente la mano por la mancha, aunque ya no tenía arreglo.

—Ay, perdona. ¡Qué despistada soy! —dije, fingiendo de manera exagerada y mirándolo con la cara más inocente que fui capaz de poner, la cual, dicho sea de paso, no engañaba a nadie, pero en realidad, era lo que pretendía.

Tobías me miró alucinado, luego entornó los ojos y se cruzó de brazos. Si bien parecía tranquilo, se notaba que tenía ganas de matar a alguien, más precisamente, a MÍ.

—Querido, no te preocupes, yo puedo quitar esa mancha —dijo, la abuela, quitándole importancia a lo sucedido, aunque no pasé por alto que me miró con una sonrisa.

Cuando desvié la mirada noté que, no era solo la abuela la que estaba disfrutando, todos los que estaban alrededor nuestro nos miraban divertidos, aunque tratando de disimularlo.

—Yo ni siquiera la lavaría, la mancha parece una gran rosa roja y no te queda mal —dijo, Graham, riendo.

Tobías lo miró, pero no contestó. Estaba que echaba humo. Tenía la mandíbula apretada y el rostro serio. Volvió su rostro en mi dirección y su dura mirada me atravesó sin contemplaciones.

Se inclinó hacia mí.

—Y después dices que no eres rencorosa —susurró.

—Es que NO LO ERA, pero las cosas cambian, jefe. Debe ser el cambio de aire, creo que el aire de campo me ha animado —dije, sonriendo y encogiéndome de hombros—. ¿Te sirvo otra copa?

Creo que le dio un tic en el ojo…no, fue en los dos.

Tomé una servilleta y se la extendí.

—¿Necesitas ayuda para limpiarte?

No tomó la servilleta, solo siguió mirándome.

No estaba cabreado.

Estaba superhipermegacabreado.

Y yo estaba complacida de haberlo logrado.

—Tobías, ve a cambiarte así estás presentable para el momento en el que el abuelo sople las velitas de cumpleaños —pidió, la abuela.

Tobías la miró y comenzó a caminar hacia la escalera que llevaba a la planta alta de la casa dónde estaban los dormitorios. Miré a Graham que no disimulaba la risa y a la abuela que me giñaba un ojo.

—Echa tanto humo por las orejas que parece una locomotora a punto de explotar —señaló, Graham, sin dejar de reír.

—Es bueno que muestre algo más que indiferencia. Es muy bueno —dijo, la abuela, sonriente y luego me miró—. Ay, Dillon, Dillon… desde que llegaste es como si una brisa fresca hubiera invadido toda la casa.

—Fue divertidísimo —dijo, Graham, que se notaba lo había disfrutado y no paraba de reír.

Yo solo me encogí de hombros y, aunque satisfecha por mi revancha, temí que eso fuera el inicio de una guerra con un gran enemigo.

Pero… las guerras no las ganaban los más fuertes, sino los mejores estrategas.

¿Acaso no venció David a Goliat con una sola piedra bien dirigida?



Un rato más tarde varios empleados trajeron un gran pastel de cumpleaños. Antonia propuso un brindis por su esposo y enseguida comenzamos a corear la tradicional canción. Después de comer pastel, seguimos bebiendo y a partir de ese momento la conversación fue grupal y más que nada se centró en bromas típicas del rancho e historias y relatos que habían quedado en la memoria de todos. Sin darme cuenta me había integrado y estaba disfrutando.

¿Eso era estar en familia?

Probablemente sí, y también seguramente era lo más cercano que había estado de una. Tobías había vuelto con otra ropa, pero la misma cara de pocos amigos, por lo menos conmigo. Después del incidente no se me había acercado, y yo lo prefería así.

En ese momento algunos empleados estaban bailando y otros charlaban animadamente. Todos parecían pasarla bien. Jaime, Tobías y algunos trabajadores del rancho se encontraban a unos metros de mí y conversaban mientras bebían cerveza. Graham y Antonia estaban junto a mí y hablábamos sobre la gente del pueblo y los amigos que Graham me había presentado, sobre todo de Román, porque les había comentado que, esa noche, me iba a pasar a buscar para ir al pueblo a bailar.

—Yo creo que también voy a ir un rato —dijo, Graham.

—Hacen bien. Son jóvenes y trabajan mucho. Salgan a divertirse —dijo, la abuela.

—¿Quién va a salir a divertirse?

Se me erizó toda la piel.

Y era la única persona que lograba que eso me sucediera.

Antes de mirarlo traté de sonreír.

—Los chicos van a salir a bailar, aunque lo van a hacer por separado porque Dillon saldrá con Román —señaló, Antonia, y sonrió como si acabara de realizar una travesura—. Ese chico siempre me cayó bien, es muy educado y simpático.

Tobías me miró, apretó la mandíbula y sujetó la botella de cerveza con más fuerza.

¿Tanto le molestaba que saliera con Román?

¿Y si...?

No.

No podía ser.

Pero ¿y si...?

¿Podría ser que estuviera celoso?

¡Quítate esa idea de la cabeza!, gritó mi conciencia, bajándome a tierra.

—Por eso mismo voy a tener que irme. Muchas gracias por la invitación —dije, porque quería ir a cambiarme de ropa y lavarme los dientes—. Disfruté mucho.

—Nada que agradecer, cariño. Para nosotros es un placer tenerte aquí.

—Nos vemos más tarde, Dillon —dijo, Graham.

El único que no dijo nada fue Tobías, solo se limitó a observarme.

Mientras caminaba hacia la casita donde estaba viviendo, no pude evitar mirar hacia el cielo. Las noches allí eran increíbles, y esa en particular era preciosa. Por unos minutos me quedé contemplando el cielo negro cargado de estrellas. Luego respiré profundamente y seguí caminando. Me encantaban el apacible sonido de las cigarras, los relinchos de los caballos y las risas de los trabajadores. Escucharlos me hacía sentir que todo estaba en perfecta armonía. Sonreí y seguí caminando, pero cuando estaba abriendo la puerta el ruido de unos pasos detrás de mí me hizo detener y voltear.

Y me di de bruces contra un duro pecho.

—Pero que…

—¿Te fuiste del cumpleaños de mi abuelo para poder encontrarte con Román?

—¿Qué? No entiendo a que vien…

Tobías apoyó las manos sobre la puerta de entrada, a ambos lados de mi cabeza y me acorraló.

Mi pecho subía y bajaba con rapidez, al igual que el suyo. El corazón me iba a una velocidad alarmante y podía ver perfectamente cómo le palpitaba el pulso en su garganta. De pronto, no oía nada más que el sonido de mi corazón en los oídos y el de la respiración de Tobías. Era agudamente consciente de su cercanía, de su cuerpo firme y musculoso, del calor que irradiaba, del aroma a madera de su perfume, de todo él. Sus ojos oscuros brillaban a la luz de la luna y era un brillo que nunca había notado antes porque en ellos se reflejaba algo parecido a la pasión más absoluta.

Era hermoso.

—No entiendes… Yo tampoco…

Entonces se inclinó y posó sus labios sobre los míos. Y en ese preciso momento, sucedió algo extraño.

Sentí que ese beso era lo que había anhelado toda mi vida.

Sentí que él era el lugar donde quería estar.

Mi hogar.

Y yo nunca había tenido uno.

¿Por qué me sentía así?

Pero mientras estaba sucediendo, lo que supe con certeza fue que, ese beso iba a cambiarlo todo y que a partir de ese momento ya nada sería lo mismo para mí.

Y entonces algo maravilloso estalló dentro de mí e incapaz de pensar con coherencia, me abandoné al beso del hombre con el que llevaba semanas soñando. Dejé de pensar para entregarme por completo a él.

Y Tobías se apoderó de mi boca por completo.

Mis labios se movieron por voluntad propia y él se pegó tanto a mi cuerpo que mi espalda golpeó la puerta y quedé aplastada entre esta y el suyo.

Cuerpos que encajaban demasiado bien haciendo que hasta el último poro de mi piel reaccionara a él.

Sus labios, demandantes, tibios y húmedos, no se limitaron a rozar, lamieron y mordisquearon los míos con desesperación.

Devoraron mi boca.

Era el beso que llevaba deseando más tiempo del que quería reconocer.

Oleadas intermitentes de calor se desplegaron en mi interior. Su legua se deslizó dentro de mi boca y se enredó con la mía, haciendo que ambos gimiéramos. Con una de sus manos sostuvo mi nuca como si temiera que me apartara, cosa que estaba muy lejos de mi intención. Entonces, subí una de mis manos que, sin darme cuenta estaban agarradas fuertemente a su camisa, y acaricié su mejilla. Un gruñido grave y profundo salió de su garganta y reverberó hasta lo más hondo de mi alma haciendo vibrar todo mi cuerpo.

Nunca me había pasado que un beso me hiciera reaccionar así.

Jamás había sido besada de esa manera.

Pero lo necesitaba.

Necesitaba más.

Necesitaba esa pasión.

Mis pechos estaban aplastados contra el suyo y podía sentir el martilleo salvaje de su corazón.

Cuando su mano palpó mis senos y pellizcó uno de mis pezones, odié la ropa que llevaba puesta y me separaba de su cuerpo, pero también… reaccioné. Con un gemido de frustración, lentamente aparté mis labios de los suyos.

Ambos respirábamos con dificultad.

—¿Qué estamos haciendo, Tobías? Esto. Tú y yo. N-No sé qué pensar de todo esto —susurré, sacudiendo la cabeza.

Me miró como si tampoco lo entendiera. Inmediatamente bajó los brazos y retrocedió un par de pasos para alejarse de mí.

—Lo siento. Esto… no debió ocurrir, fue un error. No debimos…

¡¿QUÉ?!

¡¿En serio?!

Enseguida mi máscara de indiferencia se hizo presente.

—Estoy de acuerdo —lo interrumpí, alzando la barbilla y mirándolo de forma altiva para tratar de no demostrarle lo mucho que me habían herido sus palabras—. Y puedes estar tranquilo porque te aseguro que no volverá a ocurrir.

Sin poder mirarlo un segundo más, recogí toda mi humillación y mi frustración y, mi

adrenalina la canalicé hacia los músculos de mis piernas para darme media vuelta y salir de allí lo antes posible. Abrí la puerta y, con el corazón en la boca y a la vez aporreándome el pecho tan fuerte que parecía que se me fuera a escapar, me refugié en la que en ese momento consideraba mi casa. Sentía la necesidad de golpearme la frente contra la pared.

Oh, por el amor de Dios.

¡Qué estúpida había sido!

Pero…

¿Por qué me sentía así? ¿Por qué me molestaban tanto sus palabras?

¿Solo era el orgullo herido?

Sí, tenía que ser eso, además de deseo insatisfecho.

No podía ignorar la sorda molestia que se fue apoderando de mí y que escocía mucho.

Pero yo sabía fingir más que cualquier otra cosa en la vida. Me había pasado toda mi vida haciéndolo, así que no me sería difícil hacer como si nada hubiera sucedido.

Lo iba a lograr.

Me llevé los dedos a los labios y me los acaricié. El sabor de sus labios aún seguía en los míos.

«Me ha besado. Tobías Lexington me ha besado».

No podía creerlo.

Pero mis labios hinchados y sensibles daban prueba de ello.

Todo mi cuerpo se sentía sensible.

Nunca, nadie, me había besado con esa necesidad y pasión ni yo había sentido tanto deseo.

Quería repetirlo.

Pero no iba a volver a suceder. Tobías lo había dejado muy claro.

Y estaba enfadada, confusa y triste.

Enfadada conmigo por haber correspondido a su beso.

Confusa por lo que había sucedido y las emociones que me hacía sentir.

Triste porque lo anhelaba, pero él había sido claro y tajante.

Ojalá estuviera Gertrudis para hablarlo con ella, pensé.

Suspiré y me encogí de hombros con resignación. Ya no estaba tan animada como para salir con Román, pero me iba a venir bien distraerme y pensar en otra cosa que no fuera... Tobías.

Capítulo 15

«Lo más difícil de aprender en la vida es qué puente hay que cruzar y qué puente hay que quemar.»
—Bertrand Russell

Tobías



¡¿Pero en qué diablos estaba pensando?!

No estaba pensando, ese era el problema.

Había cometido un gran error con Dillon.

NO debí haberla besado.

Porque ella me desestabilizaba y yo no podía sentir el más mínimo interés por alguien, y menos por ella que trabajaba en el rancho. Ni Graham ni yo traíamos nuestras citas de turno a nuestro hogar. Era nuestra consigna y la respetábamos a rajatabla porque era el lugar de la familia. Nuestro lugar sagrado. Teníamos muchos sitios para llevarlas y por supuesto que el rancho no era una de ellas.

Y eso lo tenía claro… salvo cuando ELLA estaba cerca.

Maldije entre dientes y di un puñetazo al aire.

Mi respiración todavía era trabajosa y los latidos del corazón aún no se me habían normalizado.

¡Condenada mujer que me estaba volviendo loco!

Deseaba desesperadamente besarla.

Necesitaba probar su sabor, catar el fruto prohibido de aquella boca exquisita y, como un hambriento que llevaba días sin comer, me había abalanzado sobre ella en la puerta de su casa.

Y lo había confirmado.

Sus labios eran increíblemente suaves y dulces.

Me pasé una mano por el pelo, que era lo que hacía cuando sentía frustración.

Es que estaba acabado.

Porque ese beso lo había cambiado todo para mí.

Todavía me hervía la sangre cuando lo recordaba.

¿Pero a quién no?

La mayoría de los hombres perderían el juicio ante una belleza así, ¿no?

Y sin duda, yo lo había perdido.

Lo que no debía olvidar era que una mujer como ella, hermosa por fuera, me había roto el corazón sin miramientos y me había enseñado que, así como una roja y lustrosa manzana al morderla podía mostrarnos que estaba podrida, la belleza era superficial y podía ser la envoltura de un alma cruel y fría.

No me dejaría engañar nuevamente ni me equivocaría dejándome destrozar por alguien que

no lo merecía ni confiaría en nadie más. Después de lo que había vivido con Bárbara, no buscaba ni quería una relación seria, y Dillon no parecía ser mujer de relaciones esporádicas.

Negué con la cabeza.

Ni siquiera sabía por qué estaba pensando en eso.

En realidad…, lo sabía.

Dillon había hecho que mi corazón diera señales de vida y, justamente, esa era la señal que necesitaba para ponerle fin a esa locura que me estaba nublando la razón. Yo había levantado sólidos muros alrededor de mi corazón. Ellos me protegían. Aunque esa noche, hasta me había parecido oír el sonido que hacían al resquebrajarse.

Debía preocuparme.

Necesitaba alejarme de Dillon para recobrar la cordura.

A partir de esa noche mantendría la maldita distancia, aunque, cuanto más tiempo pasaba a su lado, cuanto más escuchaba su risa y más la observaba, más difícil me resultaba mantenerla. No sabía qué tenía esa mujer que conseguía que todo a mi alrededor desapareciera y solo tuviese ojos para ella.

Me pasé los dedos a través de mi cabello y soplé un frustrado suspiro. Comencé a caminar en dirección a…, a cualquier parte que me llevara lo más lejos posible de Dillon.

O por lo menos eso fue lo que debí haber hecho.

Nunca había estado tan celoso como cuando vi a Dillon subir al coche de Román y largarse del rancho. El ramalazo de celos que sentí fue tan grande que me sorprendió. Un absurdo sentimiento que me resultó irritante e incontrolable. El solo hecho de imaginarla con otro me hacía hervir la sangre a punto de ebullición. Era absurdo porque no tenía ningún derecho, sin embargo, pensar en ella, en ellos…

Sin poder contenerme me había acercado a la ventana apenas escuché el sonido de un motor, porque sabía que era Román que venía a por ella. Y allí me había quedado hasta que perdí el coche de vista.

Cuando volteé, mi abuela me estaba observando.

—Tobías, necesito que vayas a por Dillon —dijo, acercándose y dándome unas palmaditas en la mejilla.

—Dillon no está en el rancho, se acaba de ir con Román —respondí, sintiendo que con solo mencionarlo los celos volvían a retorcer mis entrañas. Celos, yo, ¡habrase visto! No recordaba haber sentido esos celos en mi vida y llega esta mujer y…

—¿Y?

—Abuela, no sé qué pretendes, pero no pienso llamarla. ¿Qué necesitas?

—¡Pamplinas! La necesitamos porque Nala no se siente bien. Debe haber comido algo que no debía y Dillon debe examinarla lo antes posible —afirmó, dedicándome una de esas miradas inocentes que me hacían sospechar de sus palabras.

Miré a la perra y la encontré durmiendo plácidamente a los pies de mi abuelo que estaba sentado en uno de los sillones del *living*.

¿Qué se traía mi abuela entre manos?

—Yo la veo bien.

—Jaime —llamó a mi abuelo, y este nos miró—, ¿verdad que Nala no se siente bien y se ha

estado quejando? Hasta la notamos un poco agitada.

—Así es. No está nada bien. —Sin disimulo ninguno mi abuelo le dio un pequeño puntapié a Nala que hizo que abriera los ojos y se quejara, para luego seguir durmiendo sobre sus pies.

—Ves que está quejosa. No discutas conmigo, Tobías. Si te digo que necesitamos a Dillon es porque la necesitamos. Ve a por ella.

—¿Estás segura de que la perra la necesita? —pregunté, mirando a Nala y luego a mi abuelo que me seguía mirando con gesto inofensivo, cuando yo sabía perfectamente que mis abuelos no tenían nada de inofensivos, sobre todo, cuando confabulaban.

La abuela suspiró, cansada.

—Me temo que es más complicado que eso —dijo, volviendo a acariciar mi mejilla—. Hazme caso y no preguntes más. Ve a por ella, cariño.

La miré y apoyé mi mano en la suya para que tuviera más contacto con mi mejilla. Esa mujer era una de las personas más importantes de mi vida, además de perspicaz, intuitiva y… celestina. Pero pedirle a mi abuela que no se entrometiera era como pedirle a un toro que ignorara el color rojo.

En fin…

La abuela me estaba dando el empujoncito que necesitaba para dar ese primer paso que tanto me costaba.

—Está bien. Si Nala la necesita deberé ir a buscarla y pedirle que vuelva al rancho.

—¡Ese es mi nieto! Vete ya, no pierdas más tiempo.

—Tobías, no olvides lo que decía el grande de John Wayne: «*El coraje es estar muerto de miedo, pero aun así tener el valor de ensillar*» —dijo, el abuelo, y probablemente fueron las palabras exactas—. ¡Suerte, campeón! —Y volvió a patear a Nala, esa vez, por accidente.

Abracé a mi abuela y salí de la casa como si una fuerza similar a la del canto de una sirena me empujara.

Dios, ¿qué estaba haciendo? Cualquier noche de sábado normal, estaría fuera, solo o con amigos, buscando alguna chica que estuviera dispuesta a divertirse un rato conmigo. En su lugar, estaba sentado en mi camioneta con un montón de pensamientos que chocaban en mi cabeza.

No tenía claro que iba a hacer. Es que todo era una locura. Habíamos compartido tan poco que me resultaba sorprendente todo lo que me provocaba y, por esa misma razón, me preguntaba si no habría perdido mi puta cabeza. Porque desde aquella noche que la vi en aquel bar de la ciudad, estaba siempre presente en mis pensamientos, torturándome todas las malditas horas del día y la noche.

Cada vez era más consciente de que lo que sentía por ella no era una simple atracción, y que la necesidad de tenerla cerca y de tocarla se había convertido en una adicción…

Tenía que remediarlo.

Graham había dicho que iban a ir a bailar, así que sabía a dónde debía dirigirme, aunque estaba más nervioso de lo que me gustaba admitir.

Encendí el motor de mi camioneta diciéndome a mí mismo que ya era oficial: había perdido la puta chaveta.

Sin embargo, no tuve dudas de que mi destino era el pueblo, más precisamente… Dillon.

La localicé apenas entré al *Country Line Dance*, el mejor baile del pueblo y donde la noche anterior habíamos bailado juntos.

Imposible no verla.

Estaba preciosa.

Era como si tuviera luz propia porque su sola presencia iluminaba el lugar. Se había cambiado el elegante vestido que había usado esa noche en el cumpleaños del abuelo y en ese momento se veía más informal, aunque igual de espectacular. Estaba usando una blusa azul y unos *jeans* blancos y llevaba botas vaqueras como la mayoría de los que estábamos allí. Su larga melena rubia brillaba en la penumbra y sus labios dibujaban una sonrisa luminosa que era capaz de llevarte al cielo. Y me molestaba enormemente que en ese momento se la estuviera dedicando a Román, porque sabía con certeza los devastadores efectos de esa sonrisa.

Por varios segundos me quedé observando la facilidad con la que se desarrollaba la conversación entre ellos. No se me pasó por alto la mirada de deseo y admiración que Román le dirigía y volví a sentir esa desagradable punzada.

Y entonces supe que estaba jodido.

Más que jodido.

Porque comprendí que era incapaz de dejarla allí con Román… ni con nadie.

Dillon volvió a sonreír por algo que Román le dijo y, en ese momento, levantó la vista y sus ojos se encontraron con los míos. Inmediatamente perdió la sonrisa, pero no apartó la mirada.

Había llegado el momento.

Sin ninguna vacilación, comencé a caminar hacia ella.

—Buenas noches —saludé.

—Tobías, ¡qué *casualidad* verte por aquí! —señaló, Román, y noté el sarcasmo en su voz, pero no me importó. No estaba allí por él.

—Hola, Tobías —saludó, Dillon, sin poder disimular la sorpresa y tensión que le provocó mi presencia.

—No les importa que me una, ¿verdad? Estoy muerto de sed —comenté.

Antes de que pudieran objetar había ocupado la silla vacía que estaba entre ellos y había tomado la cerveza de Dillon para darle un trago.

Ambos me miraban con desconcierto, pero en Dillon duró un segundo porque enseguida fue sustituido por enfado. Yo, por el contrario, dejé que mis ojos la devoraran de todas las formas posibles. Ni siquiera me importó que Román estuviera allí.

—¿Estás esperando que llegue tu cita? —preguntó, Román.

Dillon me miró con más seriedad y no le aparté la mirada. Durante un largo instante pareció que solo estábamos nosotros dos en ese lugar.

Apartamos la mirada al mismo tiempo.

—No; vine por Dillon —respondí, con seguridad.

—¿Por mí?

—Te necesitamos en el rancho —mentí.

—¿Ahora? ¿Pasó algo?

—Se presentó una emergencia y necesito que vuelvas.

—¿Qué puede ser tan urgente para que tengas que venir hasta acá a…—Miró su reloj y

añadió con sarcasmo—: casi las dos de la mañana y estando Dillon en… su tiempo libre?

Tuve que contenerme para no responderle toda una retahíla de calificativos nada agradables, porque en ese instante me recordé que tenía un plan y que para llevarlo a cabo debía parecer una persona indiferente a sus pullas..., pero otra cosa era que lo consiguiera.

—Si vine es porque es urgente —dije, y por varios segundos nos retamos con la mirada.

—Bien —dijo, Román, mirando a Dillon—, te llevo, entonces. En otro momento continuaremos con nuestra *cita*.

¡Sobre mi cadáver!

Ni loco iba a dejar que se saliera con la suya como la otra noche llevándola hasta el rancho… y mucho menos que tuvieran otra «cita».

—No —le corté con un tono que intimidaría a cualquier ser humano viviente—. Yo me encargo de llevarla a casa. Dillon se va conmigo —señalé, con firmeza y poniéndome de pie.

Me gané una mirada furiosa de Román. Entendible, estaba frustrado porque acababa de dar su noche por terminada, aunque esperaba que la mía recién comenzara.

Capítulo 16

«Tenemos que atrevernos más y pensarlo menos. Querernos sin miedo a repetir esas heridas. Y si no sale bien, pues no sale. Y la vida sigue.»
—Sergio Carrión

Dillon



Estaba desconcertada con la actitud de mi jefe.

Además de estar dividida entre la molestia y el alivio.

Molestia porque Tobías se hubiera presentado como si tuviera algún tipo de derecho o autoridad sobre mí. Si bien era mi jefe y el contrato de trabajo especificaba que tenía que asistir cualquier emergencia sin importar la hora, no me había gustado la forma en que lo había hecho y sospechaba que era una especie de venganza por mi revancha tirándole el vino encima.

¿Llegaría a tanto?

Quizás, sí. Parecía ser bastante vengativo.

Por otro lado, mi alivio se debía a que, esa noche, la actitud de Román había cambiado y había dejado claro con sus insinuaciones que quería más que una salida de amigos, y esa perspectiva me inquietaba. Yo no estaba preparada para una relación ni la quería, así que, si me volvía a invitar, lo más justo sería ser sincera y dejarle claro que aún no estaba lista para una relación que no fuera de amistad. No quería crearle falsas expectativas ni hacerle perder el tiempo. La honestidad, aunque incómoda, era necesaria.

Bueno…, en realidad…, esa misma noche me había besado con Tobías, pero eso no contaba porque para él había sido un error, algo olvidable y enseguida me había soltado el discurso de que NO debió haber sucedido.

Pero bien, si era lo que él quería, lo mantendríamos en el limbo de las cosas que nunca debieron pasar.

Me despedí de Román pidiéndole disculpas por tener que abandonarlo, pero a pesar de lo incómodo de la situación y, si bien se notaba molesto, no insistió en llevarme al rancho ni le dijo nada a Tobías por ser él quien lo hiciera.

Seguí los pasos de mi jefe por el local, aunque me resultaba difícil porque ese hombre sorteaba a la multitud con destreza y andaba con largas zancadas de camino a la salida. Apenas estuvimos en la calle el fresco de la noche me hizo estremecer. Me detuve y miré el cielo. También desde el pueblo la luna se veía espectacular y en todo su esplendor. Parecía una noche mágica.

Tobías también detuvo su andar y volteó para mirarme. Su mirada era tan intensa que el estómago se me llenó de revoltosas mariposas. No había estado en esa situación muchas veces en mi vida, tal vez un par de veces en la secundaria, pero sabía que eso sucedía cuando alguien me gustaba y cabía la posibilidad de que, quizás, yo le gustara.

—Bonita noche, ¿verdad? —comentó.

—Así es, una noche estrellada e increíblemente serena. —Suspiré, vencida—. ¿Puedes decirme que fue lo que sucedió en el rancho? ¿Qué sucedió que sea tan grave como para venir hasta aquí?

—En el camino lo hablamos —respondió, y pude notar un atisbo de inquietud en sus ojos que me confundió aún más, pero no insistí—. Vamos.

Estiró el brazo para tenderme una mano y me quedé congelada mirándola fijamente.

¿Quería que nos tomáramos de la mano?

Sin dejarme pensar demasiado, me la tomó suavemente. Mi pequeña mano quedó envuelta por la grande y fuerte de Tobías, desapareciendo en ella, como si ese fuera el mejor lugar para estar.

Y se me rompieron todos los esquemas.

¿Qué me sucedía con él?

¿Por qué no me molestaba su contacto?

¿Por qué no me producía rechazo?

Al contrario, en ese momento, nada me parecía más natural que mi mano en la suya.

Estaba volviéndome loca… o, nunca había estado más lúcida y consciente en mi vida.

Pero, más allá de lo que me sucedía, no debía olvidar que su comportamiento era contradictorio con lo que me había dicho después del beso. Y no iba a permitir que me confundiera.

—Esto no es correcto. No debemos —ironicé, repitiendo sus palabras y me solté con brusquedad, además de detener mi andar.

También de detuvo y me miró. Sus labios esbozaron una media sonrisa que no auguraba nada bueno.

—Sigues siendo rencorosa, Daurelli.

—Yo diría que sensata. —Volví a decir las palabras que le había dicho cuando él me había llamado así.

Sus ojos fijos en los míos hicieron que mi corazón empezara a latir más deprisa, de pronto sus ojos comenzaron a recorrer todas mis pecas y terminaron en mi boca.

—No tengo dudas de que eres rencorosa, mi camisa y mis *jeans* favoritos teñidos de rojo lo confirman. —Suspiró y se pasó una mano por el pelo—. Sé que nos debemos una charla y la tendremos, pero ahora es mejor que nos vayamos.

Tobías fue el primero en apartar la mirada y comenzar a caminar. Nos dirigimos en silencio hasta su camioneta sin que intentara volver a tocarme. Cuando llegamos me abrió la puerta del copiloto y yo me deslicé en el asiento. Bajo mi atenta mirada, caminó hasta el asiento del conductor, abrió la puerta y se sentó. No encendió la camioneta, nos quedamos en silencio, ambos mirando hacia adelante e ignorándonos mutuamente durante varios segundos. Necesitaba que me diera alguna señal de lo que estaba pasando porque a cada segundo me inquietaba más.

—Estás equivocada si crees que Román quiere ser tu amigo. He visto cómo te miraba y el interés que tiene en ti. Si yo no hubiera venido, se habría declarado al terminar la noche —dijo,

sin mirarme, y esas palabras mi cerebro las interpretó como una especie de reprimenda.

Decidida a enfrentarlo, giré mi cuerpo hacia él a la velocidad del rayo. Era el momento de dejar las cosas claras. No quería suponer porque si no terminaba inventando historias en mi cabeza que muchas veces no tenían nada que ver con la realidad. Si tenía que presionarlo lo haría, aunque no tenía ni idea de lo que saldría de eso. Quizás era la peor decisión, pero no pensaba quedarme callada.

—¿Y qué importa si lo hubiera hecho? No creo que eso sea asunto tuyo. Eres mi jefe, pero no tengo que darte explicaciones de lo que hago en mi vida privada. —En ese momento el también giró para mirarme. Sus ojos eran casi negros a la luz tenue de la noche, y la vulnerabilidad que vi en ellos me atravesó como un puñal. ¡Dios! No esperaba eso.

—¿Te gusta? ¿Román te gusta? —preguntó, con amargura y cierto reproche. Tragué saliva.

—No entiendo por qué estamos perdiendo el tiempo hablando de mi vida. ¿Acaso no viniste porque había una emergencia en el rancho?

Me observó con mirada salvaje y tragó saliva cuando se detuvo en mis labios. Ambos inhalamos con fuerza. La tensión que había en el ambiente estaba relacionada con algo que iba mucho más allá de nuestra conversación.

La volvía a sentir.

Era esa electricidad que crepitaba entre nosotros cada vez que estábamos cerca.

Mierda, quería que me besara.

NECESITABA que me volviera a besar.

—No exactamente —respondió, con voz ronca.

—¿Puedes ser más claro?

—Te lo puedo explicar o… —Acercó su rostro tanto que compartimos el aliento mientras me miraba con esos ojos oscuros que tanto me hechizaban.

—¿O?

—Te puedo besar —dijo, rozando mis labios con los suyos.

¡Ese hombre me quería volver loca!

¿Cómo podía decir algo así después de lanzarme a la cara que el beso compartido rato antes había sido un error?

Lo miré desafiante sin retroceder ni un milímetro.

NUNCA más retrocedería.

—Hace unas horas dejaste bien claro que no volvería a ocurrir y que había sido un error. Te arrepentiste del beso.

—No. No me arrepentí.

—Tobías, me pediste disculpas y dijiste que no debió ocurrir. —Se pasó las manos por su bonito pelo y se lo dejó todo alborotado. Madre mía, cómo me hubiera gustado hacer lo mismo.

—Y ¿qué pasaría si te digo que quiero besarte? ¿Qué pasaría si te dijera que lo que dije anteriormente no es lo que deseo? Lo dije porque estaba... —Cerró los ojos brevemente—… confundido.

Sus palabras me sorprendieron. En parte, al verlo llegar al bar, había esperado escuchar algo

que me indicara que el beso no había sido un error, pero «confundido» no era lo que esperaba. Cada hueso de mi cuerpo quería discutir…, pero, de alguna manera, el deseo era más fuerte. El anhelo era demasiado grande para poder controlarlo.

Algo totalmente nuevo para mí.

—Te deseo Dillon, eso es lo que me sucede. Te deseo con desesperación.

Y entonces comprendí que estaba perdida.

Totalmente perdida porque era incapaz de negarle nada.

De lo único que era capaz era de aceptarlo y de rendirme a lo que sea que me estuviera haciendo sentir y que no podía identificar porque eran sensaciones nuevas.

Sensaciones que se despertaban en mi mente y en mi cuerpo.

—Entonces…, depende.

—¿Depende? —preguntó, ciertamente confundido.

—Es la respuesta a tu pregunta.

Por unos segundos se quedó pensativo, y noté claramente el momento en el que comprendió lo que significaban mis palabras. Una pequeña sonrisa se asomó en su sensual boca.

—¿De qué? ¿De qué depende, Dillon?

—De como sea el beso. —Acerqué la mano para tocarle la mejilla y, no solo jadeó, sino que sus ojos me miraron con sorpresa. Estaba claro que no esperaba que aceptase el reto. Pero, una vez más, sus ojos se oscurecieron y me miraron con la confianza del que tiene claro su próximo paso.

—¿Y cómo te gustaría, Dillon? ¿Así? —Acercó sus labios a los míos y me besó en lo que fue un ligero roce, pero lo tomé de la camisa y tiré de él para acercarlo más.

—Así…, no —susurré, tratando de no parecer demasiado afectada, aunque el temblor de mi voz me traicionó.

—Pienso igual. —Antes de tener la oportunidad de decir algo más, llevó mi boca contra la suya y me besó con fuerza, con urgencia.

¡Ay, madre!

Quería besarlo durante el resto de mi vida.

El beso era tan sorprendentemente increíble como el primero. No, esta vez era mejor... y el listón ya estaba por las nubes.

¿Cómo hacía para superar esos besos?

Mi cuerpo estaba como envuelto en llamas y mis manos temblaban. Su lengua se escurrió sobre la mía y con un gemido, ladeé mi cabeza para que el beso fuera más profundo. Cuando su lengua se enredó con la mía, emitió un grave gruñido, fue un sonido que vibró en todo mi cuerpo. Tobías aprovechó al máximo mi movimiento y me besó más profundamente intentando explorar todos y cada uno de los rincones de mi boca. De pronto me vi embargada por la pasión que él desprendía. Me abrazó con fuerza e incliné la cabeza un poco más para disfrutar del apasionado beso. Fue como si se liberara algo que estaba atrapado en mí, algo que nunca había escapado y parecía demasiado peligroso como para dejarlo salir.

Tenía hambre de él.

Hambre de Tobías Lexington.

Sentí una humedad extendiéndose entre mis piernas y me sorprendí.

Sentía todo mi cuerpo vibrando de pasión.

Jairo había sido mi única experiencia sexual y… no había experimentado orgasmos con él. Él siempre terminaba rápido y eso hacía que todo fuese decepcionante.

Pero con Tobías… todo era diferente.

Seguramente él estaba acostumbrado a estar con mujeres que sabían cómo excitarlo, mujeres descaradas que sabían dominar la situación. Yo… no sabía cómo hacerlo. En ese sentido me sentía inexperta y comencé a sentir que no daría la talla. Comprendí que iba a ser una pésima amante para él y eso me tensó, y puede que Tobías lo haya notado.

—¿Tienes idea de cómo me pones? Me vuelves loco, Dillon —susurró, sobre mis labios—. Hay algo en ti… no sé lo que es, pero me resulta imposible mantenerme alejado de ti.

—Tobías, yo… —Quería contarle de mi poca experiencia, aunque me daba vergüenza confesarle todo. De repente comencé a sentirme abrumada.

—¿Qué sucede? —preguntó, preocupado.

—Creo que deberíamos saber de la vida del otro. Conocernos, ¿no te parece?

—¿Por qué?

—No solo para saber qué nos está sucediendo, sino para ver si realmente compartimos lo que buscamos. No sé… si vamos a… besarnos…

—Puede que hagamos más que besarnos… si tú también lo deseas, por supuesto —señaló, dejando en claro que él sí lo deseaba.

—Es que… no sé nada de ti ni tú de mí, y no acostumbro a… ya sabes… besarme con personas que no conozco. —Las palabras salieron de mi boca como una presa que acababa de estallar—. No es que quiera saber todos los detalles de tu vida, pero sí necesito saber en qué me estoy metiendo. Ni siquiera sé si estás saliendo con alguien y tú no sabes si yo tengo novio o estoy casada.

Se transformó en cuestión de segundos. Fue como si todo el calor del momento hubiera salido por la ventanilla de la camioneta y el aire se congelara. Pasó de ser un hombre apasionado a uno tenso. Se separó de mí y se irguió en el asiento.

—¿Lo tienes? ¿Tienes novio? ¿Esposo? ¿Amante? —preguntó.

—Estoy divorciada. —Me volvió a mirar con la sorpresa dibujada en su rostro.

—¿Estuviste casada?

—Me casé a los veintidós años, me separé tres años después y firmé el divorcio este año.

—¿Tienes hijos?

—No, no los tengo —respondí, y se volvió a pasar una mano por el pelo, cosa que ya había notado que hacía cuando estaba nervioso o sentía un mínimo de vulnerabilidad.

—¿Lo sigues amando? A tu ex.

—No.

—¿Ya lo superaste?

—Nunca lo amé ni lo echo de menos. —Me miró como si no entendiera nada, y era comprensible.

Exhaló y apoyó las manos en el volante de la camioneta.

—Quizás sea mejor que volvamos al rancho —sugirió, y encendió el motor.

—Lo entiendo —dije, un tanto desilusionada de que mi historia le hubiera hecho perder el interés, pero me puse el cinturón de seguridad y me quedé en silencio.

—No es que no quiera seguir hablando, Dillon. Es que no me parece que este sea el lugar. Podemos seguir charlando en la casa, vamos a estar más tranquilos.

—Por supuesto.

Fueron las últimas palabras que intercambiamos hasta que llegamos al rancho. El trayecto de regreso lo hicimos en un completo silencio. Ambos sumidos en nuestros pensamientos. Al llegar me ofreció su mano para ayudarme a bajar de la camioneta, pero yo la esquivé y salí sin tener contacto alguno con él. Me miró con seriedad y se guardó la mano en el bolsillo.

—Te acompaño —dijo, y me miró con cautela.

—No es necesario, de verdad. Buenas noches —me despedí, porque no le iba a obligar a hablar sobre su vida ni a que escuchara de la mía.

¿Qué me había hecho sentir diferente y especial? No lo negaba, pero se me pasaría igual de rápido, sin duda. En ese momento irme de su lado me parecía lo más sensato y prudente de mi parte. Pero era una de esas noches en las que sentí que la prudencia estaba sobrevalorada.

Volvió a pasarse la mano por el pelo y lo hizo con cierto nerviosismo. Antes de comenzar a caminar miré su perfil bañado por la luz de la luna y, no solo me pareció que estaba inquieto, a juzgar por su expresión, también preocupado.

—Dillon, quiero que continuemos con nuestra charla… es la verdad.

—Quizás otro día. Ya es tarde —dije, y exhaló.

—Quiero conocerte más allá de nuestra relación de trabajo —afirmó, y pareció que le costó mucho decirlo, como si estuviera librando una batalla interna.

—¿Realmente lo quieres? —pregunté, y asintió con la cabeza

—Te confieso que… no me gusta hablar de mí… pero contigo… quiero hacerlo —afirmó, y solo pude ver sinceridad en su rostro.

—Está bien, pero prefiero que nos quedemos aquí —sugerí, señalando los sillones que había en el *porche* de la casa, y él volvió a asentir.

En vez de sentarme en los sillones, decidí sentarme en los escalones del *porche*. Tobías no se opuso ni hizo ningún comentario, solo se sentó a mi lado.

—Discúlpame si no me comporté como debía. Es que… siempre tengo el control de la situación y contigo… Lo que intento decir es que… yo siempre sé a dónde encaminarme, a donde dirigir mis pasos, pero contigo me siento como un barco a la deriva, sin rumbo y en tormenta. Me siento como un crío de quince años o algo así.

—¿Por qué?

—Porque me gustas, Dillon. Y cuando estás cerca me pones nervioso.

Cada una de sus palabras eran a cuál más sorprendentes para mí porque yo me sentía igual que él, pero quería que se abriera y tenía que seguir preguntando.

—Siempre te ves muy seguro.

—Pues tú logras ponerme nervioso, y a pesar de ello, me gusta mucho que estés cerca.

—¿Y por qué te pongo nervioso?

—No lo sé, quizás es porque no sé qué decirte y la mayoría del tiempo, a tu lado, me siento inferior en muchos aspectos.

—No deberías sentirte así, en todo caso, soy yo la que debería sentirse de esa forma porque yo… no tengo mucha experiencia en esto de conocer gente… ya sabes… citas —dije, y él me miró con asombro, así que me di cuenta del error y enseguida intenté corregirme—. No quiero decir que estemos en una cita ni nada parecido, solo que…

—Aunque no haya habido una invitación formal, quizás lo estemos, ¿no crees? —dijo, con una leve sonrisa.

—¿Lo estamos?

—Y esto de desnudar el alma antes de desnudar el cuerpo hace que lo parezca bastante. Yo tengo bastante experiencia en lo segundo, pero casi nada en lo primero.

—Creo que yo soy novata en ambas —dije, sin pensar, y él me miró extrañado, así que suspiré y decidí que era momento de contarle parte de mi vida—. Me casé muy joven, como te dije, solo tenía veintidós años y Jairo, mi exesposo, fue mi único novio.

—Espera… ¿antes de casarte te habías acostado con otros? —preguntó, con bastante interés, y yo lo miré y negué con la cabeza.

—Ni antes ni después. Mi única experiencia sexual fue él. Jairo fue mi primera y última vez —dije, encogiéndome de hombros.

—Pero ¿cómo es posible que solo hayas estado con tu ex? Tienes veintipocos años. Eres una mujer hermosa y sensual.

—Tengo veintiséis y me casé muy joven —dije, un tanto avergonzada de mi penosa vida sexual, y eso no era lo peor, si le contaba que ni siquiera había sido satisfactoria seguro que no me creería—. Nos conocíamos desde niños porque nuestras familias eran cercanas y… digamos que ese matrimonio era lo que se esperaba de nosotros, casarnos era el paso lógico y una alianza familiar que convenía a todos… menos a mí. En el mejor de los casos, mi matrimonio comenzó como un acuerdo comercial y se fue deteriorando hasta convertirse en un infierno. Quizás debí haber huido en ese momento, pero solía hacer lo que se me decía sin cuestionarlo demasiado, solo intentaba complacer a todos, aunque yo no fuera feliz. En ese tiempo me desconecté de la vida y de mí misma.

Me encogí de hombros sintiendo un malestar en el pecho al recordar lo que había sucedido después de la boda. Cómo Jairo se había convertido en un hombre frío al que le gustaba humillarme, controlador y desalmado.

Me sorprendí al sentir su mano sobre la mía. Y, para mi mayor asombro, tuve que reprimir las enormes ganas de entrelazar nuestros dedos, pero no debía olvidar que su gesto tan solo era para brindarme consuelo.

—¿Tu ex te pegaba? —preguntó, apretando los labios con furia.

—No, el maltrato fue psicológico, emocional y verbal, pero nunca me levantó la mano, solo intentó quebrar mi espíritu.

—Eso es igual de malo —dijo, sin abandonar el gesto furioso.

—Pero quedó en el pasado.

—¿Y tu familia? ¿No te ayudaron? ¿No te protegieron?

Por varios segundos me quedé en silencio mirando las estrellas. Él apretó mi mano y ese gesto me hizo sentir reconfortada.

—Para mi familia soy una vergüenza por haberme divorciado. Desde ese día no quisieron saber nada más de mí. La separación y posterior divorcio fueron algo que en mi familia no podía permitirse —afirmé, y el negó con la cabeza.

—Lo siento, Dillon. Tu ex y tu familia no te merecen. No los conozco, pero puedo asegurar que son unos imbéciles —afirmó, y su enfado no me pareció falso y me hizo sentir reconfortada.

—Yo lo festejé. ¿Sabes? El día que nos conocimos, estaba en ese bar para festejar mi divorcio con mi amiga Gertrudis, pero tú arruinaste mis planes —confesé, y el rio fuerte.

—Así que lo recuerdas… Gin.

—¿Cómo olvidarlo? Insististe tanto que casi me hiciste claudicar, pero no quería enrollarme con nadie. Así que… hui de ti.

—¿Casi te hago claudicar? —preguntó, con asombro—. Eso es muy esperanzador, Gin, porque te aclaro que suelo ser una persona muy tenaz.

Ambos reímos y, sin poder evitarlo, lo miré y le acaricié la mejilla. Su barba incipiente raspó la punta de mis dedos y me gustó. Tobías cerró los ojos y luego apoyó su frente en la mía.

—Ahora es tu turno. Cuéntame algo de ti —pedí, y noté que todo su cuerpo se puso rígido, pero luego se separó y suspiró como si estuviera vencido.

—Te dije que en eso de desnudarse emocionalmente no tengo nada de experiencia, pero lo intentaré. Tienes que saber que no soy hombre que busque una relación seria —afirmó, y, a pesar de que lo imaginaba porque en los días que llevaba en el rancho había escuchado de sus aventuras, contra todo pronóstico, eso me hizo sentir una enorme desilusión—. Creo que sería bueno que te contara los motivos que me llevaron a tomar esa decisión. Es momento de que te hable de mi pasado.

Capítulo 17

«Somos una casualidad llena de intención.»
—Mario Benedetti

Tobías



No te sientas obligado —dijo, mirándome a los ojos con intensidad y preocupación, como si intuyera que hablar de eso me provocaba un profundo dolor. No era fácil hablar de mi pasado, pero si quería proponerle lo que tenía en mente, debía ser claro y sincero.

Sí, valía la pena arriesgarse.
Y por primera vez en mucho tiempo, me abrí por completo.

—Se llamaba Bárbara y le propuse matrimonio.
—¿También estuviste casado? —preguntó, tan sorprendida como lo había estado yo cuando me dijo que era divorciada.
—No; no llegamos a casarnos. —Me di cuenta de que tenía mil preguntas, pero solo hizo una afirmación.
—Ella te lastimó mucho —afirmó.
—Digamos que, a partir de Bárbara..., solo pongo en práctica mi instinto de conservación.
—La amas.
—La amaba. —Dillon asintió, pero algo parecido a la tristeza surcó su rostro—. Ahora, por ella, solo siento desprecio. —Inspiré lentamente—. Sí, por desgracia yo fui uno de esos ilusos que creyeron en el amor, la fidelidad y el matrimonio, en los malditos finales felices. Pero, ya he visto la luz en ese aspecto y no volveré a cometer ese error.
—¿Qué quieres decir? —Levantó la cabeza. Sus ojos celestes se mostraron indescifrables.
—Que ahora solo me interesan las relaciones temporales. Son mucho mejor y más placenteras, por lo menos no tienes riesgo de que te hagan trizas el corazón —afirmé, y en ese momento no ocultó la decepción que le causaron mis palabras, pero no pensaba engañarla.
—Directo y sincero —susurró.
—No voy a mentirte.
—¿Y por qué dijiste que cometiste un error?
—Bárbara me traicionó. —Me pasé una mano por el pelo y me armé de valor para seguir—. Me enamoré de ella a tal punto que estaba ciego, no supe ver el interés y la crueldad que había debajo de ese bonito exterior. Le propuse matrimonio a pesar de que todos me decían que yo era muy joven y que no debía apresurarme. Yo tenía veintidós años, ella tres más, pero estaba seguro de lo que quería. Lo que más anhelaba era pasar el resto de mi vida con ella. Pero… terminaron teniendo razón. Bárbara era una harpía, una oportunista que me traicionó… con mi padre.

Dillon me quedó mirando sin parpadear. Estaba perpleja.

—¿Tu padre? —preguntó, mirándome horrorizada, y yo asentí con la cabeza.

—Los encontré revolcándose en uno de los establos —respondí, sin emoción ninguna en la voz, si bien recordarlo me corroía las entrañas, también, con los años, había ido creando una gruesa coraza respecto a ese tema.

—¡Dios! ¿Cómo fueron capaces de hacerte algo así? Es cruel, asqueroso y repugnante —dijo, y yo me encogí de hombros.

—Hay personas así, Dillon. Mi padre… fue lo único bueno que hizo por mí. Por lo menos, evitó que cometiera el error más grande de mi jodida vida casándome con ella.

Por largos segundos solo nos miramos. Parecía que Dillon luchaba contra un gran nudo en su garganta, pero la dulzura que me trasmitían sus ojos me estaba desarmando.

—No sé si solo le interesaba el dinero o realmente se enamoró de mi padre, lo que tengo claro es que a mí nunca me amó. Quizás me utilizó para llegar a mi padre y ser dueña del rancho. —Miré el cielo estrellado—. Me rompieron el corazón, lo hicieron añicos, y no lo voy a entregar de nuevo.

—Lo siento tanto, Tobías.

—Después de eso mis abuelos los echaron de aquí. No sé si te había dicho que mi madre falleció hace unos años, antes de que eso sucediera —aclaré, y negó con la cabeza—. De ellos no supe nada más, aunque tengo claro que mis abuelos suelen tener contacto con mi padre, por lo menos telefónico. No puedo reprochárselos, es su hijo, pero yo no quiero volverlo a ver. A partir de ese momento mi abuelo comenzó a enseñarnos todo para que Graham y yo nos hiciéramos cargo del rancho.

»Después de la traición no volví a tener una relación seria con nadie. No quiero compromisos ni planes a largo plazo, no quiero decepciones. No voy a arriesgar mi corazón, tengo que protegerme, así que no voy a volver a enamorarme. Mis relaciones solo son intercambios de placer y no acepto que me exijan ningún tipo de compromiso, como también me aseguro de que no se hagan una idea equivocada. No me jacto de nada. Si me quieren poner en un caballo blanco, es su decisión.

Para mi sorpresa, Dillon no se horrorizó, sino que apoyó su cabeza en mi hombro y apretó mi mano.

—Lo siento muchísimo, Tobías. Nadie debería sufrir una traición así, sobre todo, de las personas que ama. —El corazón se me comprimió de una manera extraña ante sus palabras y su gesto—. Y puedo entender que no quieras arriesgarte porque temes sufrir de nuevo, pero, por experiencia sé que a veces las cargas son demasiado pesadas y la fortaleza interior no es suficiente para sostenerlas. En tu caso ya pasó mucho tiempo y, quizás, deberías alivianar tu carga y darte una oportunidad.

—¿Estuviste enamorada? —pregunté, porque antes había dicho que no había amado a su ex, pero quizás sí a otra persona.

—No, nunca me enamoré.

—¿Entonces? ¿Cómo lo sabes si no lo has sentido antes?

—Pienso que vale la pena correr el riesgo si la recompensa es mayor… y estoy segura de que debe serlo, y me gustaría conocer ese sentimiento. No ahora —aclaró—, primero tengo que

sanar. Sanar de todo lo que he pasado. Lo vivido me dejó algunas… secuelas y siento que no estoy mentalmente sana, que me he roto un poco. —Suspiró—. Verás… me cuesta acercarme a las personas y… muchas veces no tolero el contacto. Siento rechazo y temor cuando… un hombre me toca.

Sus palabras me sorprendieron, pero, sobre todo, tuve una especie de revelación que me golpeó con fuerza: a mí me permitía acercarme, tocarla, besarla. Tener ese privilegio me hizo sentir algo parecido a la emoción, pero también un gran pánico. Llevaba muerto por dentro tantos años que no estaba familiarizado con esas emociones que me comenzaron a recorrer el cuerpo.

—¿Me tienes miedo? —pregunté, maldiciéndome por haberla presionado de la forma en que lo había hecho las veces que la besé.

Me miró y noté como se ruborizó, pero no apartó la mirada.

—Por alguna extraña razón, contigo no lo siento, como tampoco siento rechazo con tu contacto. Es extraño… aún estoy intentando descubrir los motivos.

Y algo explotó en mi interior, algo más poderoso que cualquier emoción que haya sentido jamás. Tragué saliva, intentando bajar el nudo que se había alojado en mi garganta.

—Nunca te haría daño, Dillon. Sé que contigo he sido un completo imbécil, pero te aseguro que nunca te haría daño… y te prometo que no permitiré que alguien te lo vuelva a hacer.

No dijo nada, solo me miró. La luz de su mirada era tan brillante que me sentí deslumbrado, y más cuando tomó una de mis manos y la apretó entre las suyas.

El blindaje de mi corazón comenzó a desquebrajarse.

Tenía que decir algo, pero en ese momento se me hacía difícil encontrar la voz.

—Es bueno que no hayas perdido la esperanza en el amor. Eso es bueno para ti —dije, al fin y sin pensarlo demasiado.

—Creo que es lo único que mantiene vivos los sueños, pero ahora mismo, ahora mismo eso es imposible para mí.

La entendía.

En algún momento yo también había tenido sueños y creía en el «felices para siempre», pero la traición me había hecho perder toda esperanza.

Ya no creía en ese absurdo sentimiento.

Aunque con ella…

Tomé aire con fuerza y traté de convencerme de que lo que me hacía sentir Dillon era consecuencia de haberle abierto mi corazón, cosa que no había hecho antes con nadie, y solo porque quería llevármela a la cama.

Pero lo extraño era que me molestaba enormemente saber de antemano que solo podría acostarme con ella un par de veces.

Esas eran mis reglas y no las rompía jamás.

—¿Para qué fuiste a buscarme, Tobías? Perdona que lo pregunte en este momento, pero

necesito tener las cosas claras.

Era lógico. Nos habíamos besado y ambos sabíamos que, si no hubiera sido porque ella había querido que habláramos, en ese momento estaríamos juntos en una cama dando rienda suelta a la pasión.

—No quería que salieras con Román.
—¿Por qué?

Había llegado el momento... deseado y temido.

—Quiero proponerte un acuerdo.
—¿De trabajo? —preguntó, levantando la cabeza de mi hombro para mirarme a los ojos.
—No, ese ya lo tenemos —dije, con una suave sonrisa—. Es un acuerdo distinto… quería hablar contigo sobre… lo que podemos llegar a ser.
—¿Puedes ser más claro?
—Es lo que pretendo porque quiero que sepas lo que puedes esperar de mí y lo que no. Vives y trabajas aquí y no quiero que haya malentendidos entre nosotros.

Noté que se ruborizó y me pareció encantadora.

—Si es por lo del beso, puedes estar tranquilo porque me quedó claro que no… —No la dejé continuar, le puse un dedo en sus labios y comencé a acariciárselos. Parecía tan sorprendida por mi arrebato como yo lo estaba por lo que me hacía sentir con solo rozarle los labios.
—Al contrario, no solo quiero seguir besándote esta boca pecaminosa… quiero besarte todo tu cuerpo. Quiero acostarme contigo.

Abrió mucho los ojos, sorprendida por mis palabras. Luego pestañeó una vez… y pestañeó de nuevo. Estaba a punto de preocuparme y preguntarle si se encontraba bien.

—¿Y eso significaría que…? —preguntó, con la intención de que yo terminara la frase, pero lo hizo sin reproche en su voz, tan solo incredulidad y sorpresa.
—Solo eso, Dillon. Sexo, pasión, diversión y, si quieres, amistad. Puede que no sea capaz de darte todo, pero sé que puedo ser un buen amante y, si quieres, un buen amigo. Si me lo permites, nos daríamos placer mutuamente sin reclamos. Ambos nos gustamos y creo que es lo que deseamos.

Dillon me miró y estuve seguro de que no iba a aceptar mi trato. Una sensación que no supe reconocer si fue pánico, se apoderó de mí.

—Probablemente no sea una buena idea… trabajamos juntos, eres mi jefe, y pienso que eso puede ser un problema. No es un cliché. Además, no quiero que las cosas se compliquen entre nosotros. —Sonó ligeramente insegura, y eso fue todo lo que necesitaba.
—No se complicarán. No se trata de trabajo y lo sabes bien, como también sabes que seríamos perfectos juntos. Tú también lo sientes, ¿verdad? Hay una energía entre nosotros que es indisimulable. Nos atraemos… mucho —dije, esperando su confirmación, pero me miraba sin decir nada, así que continué—: Podemos hacer que nuestros días aquí sean más placenteros, y te aseguro que no te arrepentirás, pero no deberás olvidar todo lo que te dije. No vendo futuros.

—Yo también he tenido una relación desastrosa, pero a diferencia de ti nunca me he enamorado y no me gustaría hacerlo de alguien que está cerrado al amor.

Si bien su razonamiento era muy sensato, sentí una absurda puntada en el pecho. La idea de besarla de nuevo y tocarla me tenía abrumado de deseo.

—Pero… en este momento tampoco quiero una relación porque, como te dije, hace poco que pude salir de un matrimonio asfixiante que me destruyó en muchos aspectos, sobre todo, emocionalmente, y pretendo disfrutar de mi vida sin que me digan lo que debo o no debo hacer. Así que, no está en mis planes enamorarme. Estoy y, por mucho tiempo estaré protegiendo mi corazón con una gran armadura, *cowboy* —dijo, y me pegó con su hombro en el mío.

—Entonces… ¿qué hay de malo en mi propuesta? —señalé, y los segundos que pasaron se me hicieron una eternidad.

—¿Todo? —sugirió, con una sonrisa.

—¿Qué podemos perder?

—¿Todo? —repitió, y amplió su sonrisa.

—Quizás eso lo haga más irresistible… ¿no te parece?

—Irresistible… sin duda una palabra peligrosa, pero… debo estar loca —dijo, negando con la cabeza y enseguida agregó—: Estoy de acuerdo en tener la relación que me propones. —Ambos sonreímos y, sin pensarlo, apoyé mi frente en la suya—. ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó, y sonó tan inocente que algo de culpa se extendió en mi cuerpo, pero no tanto como el deseo que sentía por ella. Igualmente, no debía olvidar que ella solo había estado con su esposo, y eso era una gran responsabilidad para mí.

—Se me ocurren varias cosas —respondí, con una sonrisa canalla, y noté que volvió a sonrojarse—. Vayamos a tu casa, Dillon. Ya desnudamos el alma, ahora toca desnudar nuestros cuerpos. Me muero por tenerte desnuda entre mis brazos.

Sin perder el rubor de sus mejillas, se apartó para mirarme con una sonrisa que aceleró los latidos de mi corazón, tanto que estuve a punto de arrepentirme del trato porque en ese mismo instante supe que estaba jodido, aunque en realidad, ya no hubiera podido echarme a atrás porque estar con Dillon era lo que más deseaba en mi puta vida.

Sin perder su hermosa sonrisa, enmarcó mi rostro entre sus manos.

—Hagámoslo, *cowboy*.

Entonces, sonrió de oreja a oreja… y el corazón me dio un vuelco.

Confirmado.

Estaba muy jodido.

No iba a acabar bien.

Capítulo 18

«La única manera de librarse de la tentación es ceder ante ella.»
—El retrato de Dorian Gray – Oscar Wilde

Dillon



Toda la sensación de seguridad que había sentido minutos antes se evaporó en cuanto estuvimos frente a la puerta de la casa en la que yo vivía y puse la llave en la cerradura, pero me negué a mostrarme nerviosa. Si bien lo estaba, no quería que notara lo insegura que me sentía. Es que él era un hombre con una gran experiencia sexual y yo una inexperta. Desde que me había separado y, en condiciones normales, era una mujer segura de mí misma, fuerte, orgullosa y con carácter, capaz de plantarle cara a Tobías Lexington o a cualquiera, pero el sexo… nunca se me había dado bien y me convertía en otra persona, en una vulnerable e insegura. Jairo solía decirme que no lo excitaba, que era frígida, fría y hasta cosas peores. Nuestra insípida vida sexual era, según él, consecuencia de que yo era una inútil en la cama. La inseguridad volvió a adueñarse de mí cortándome la respiración y en mi mente se formaron cientos de preguntas.

¿Y si Jairo tenía razón?

¿Y si desilusionaba a Tobías?

¿Y si hacía el ridículo?

La noche que lo había conocido esos mismos miedos me habían paralizado y por eso había salido corriendo del bar, pero en ese momento no tenía escapatoria. Y, si bien su contacto no me incomodaba, me era inevitable sentir esa inseguridad y miedos como una incómoda carga. No podía evitar preguntarme si acostarme con él no abriría una puerta a más frustración y decepción en mi vida. No me ayudaba saber que salía con muchas mujeres, que era un conquistador y que tenía fama de excelente amante. Yo siempre pasaba de los cotilleos del pueblo o de los que mantenían los trabajadores del rancho, pero cuando se trataba de él… no podía ignorarlos. Y había escuchado sobre su fama de conquistador y su agitada vida sexual, y ahora sabía los motivos. No era monógamo ni propenso a las relaciones duraderas.

¿Cómo podía no parecerle inexperta y aburrida comparada con el tipo de mujeres que seguro se acostaban con él?

—Te deseo tanto, Dillon —dijo, tan pronto entramos en la casa y mirándome con el brillo de la pasión en sus ojos, y no pude evitar tensarme. Él lo notó—. ¿Qué pasa? —preguntó, arrugando la frente.

A pesar de que la vergüenza me estrujaba el estómago, estaba decidida a ser sincera.

—Yo solo… —La frustración me golpeó—. Yo solo quiero que sepas que…, no tengo

mucha experiencia en… el sexo.

—Quieres decir en… algo en particular —afirmó.

—Quiero decir en el sexo en general —lo interrumpí.

Al principio me miró confuso, pero luego hizo un gesto que me llevó a pensar que creía que le estaba haciendo una broma. Era entendible, un rato antes le había dicho que había estado casada varios años y ese dato no cerraba con lo que acababa de decir.

Una inmensa tristeza se asentó en mi garganta.

—No estoy bromeando, Tobías.

Su expresión pasó de la incredulidad a la perplejidad. Después de varios segundos en los que nos miramos en silencio, acercó su mano y me acarició la mejilla con una gran ternura.

Algo dentro de mí se abrió de par en par.

—¿Cómo puede ser? Estuviste casada.

—Sí, pero mi experiencia en el sexo es limitada porque soy… muy mala en la cama. Nunca pude satisfacer a mi ex ni él a mí… y fue por mi culpa. En realidad, soy un triste caso perdido.

—¿QUÉ? Nada de caso perdido. No es tu culpa, no tengo dudas de que tu ex es el mayor imbécil que existe sobre la tierra. Te aseguro que…

—Nunca tuve un orgasmo… sentí algunas cosas, pero nunca llegué al clímax. —Su cuerpo se puso rígido. En esos segundos pude ver cómo su mandíbula se tensó y la ira se reflejó en sus ojos. Apreté los labios tratando de aplacar la humillación que subía por mi garganta—. Lo sé, lo sé, soy un desastre. Solo mírame, tengo veintiséis años y soy una estúpida y…

Me tomó de los hombros y me hizo mirarlo a los ojos.

—Te estoy mirando… y solo veo una mujer preciosa y sensual. Eres realmente preciosa, inteligente, valiente y auténtica. Me tienes totalmente loco, eres la mujer que deseo con desesperación. —Extendió los brazos y me apretó contra su cuerpo. Una extraña energía me recorrió entera, era nerviosismo y emoción que se mezclaron hasta que no pude distinguirlos—. Lo confirmo. Tu ex, no solo es el mayor imbécil, necio e inútil sobre la faz de la Tierra, también es el mayor hijo de puta. Seguramente no tiene ni idea de cómo hacer disfrutar del sexo a una mujer y por eso te culpaba.

—Soy yo… creo… que soy frígida. —Me separó de su pecho para mirarme y en sus ojos solo vi sinceridad.

—No eres frígida, te lo prometo.

—Tengo miedo de decepcionarte.

—¿Decepcionarme, tú? ¡Ni aunque quisieras! —aseguró, con vehemencia—. Te prometo que te vas a correr tantas veces que ya no vas a recordar tu nefasta experiencia anterior. Déjame ser el primero en darte un orgasmo —dijo, y en su rostro pude ver, no solo súplica, sino también un gran deseo—. Me vuelves loco. Te aseguro que no recuerdo haber estado tan excitado. Te deseo… como nunca deseé a nadie.

—Y si no soy lo que esperas, si no te gusta...

—Eso no va a pasar, y si a ti no te gusta... repetiremos hasta que ambos aprendamos a hacerlo bien.

Se inclinó un poco más y sus labios rozaron los míos. Olía tan bien que no podía pensar con claridad.

Olía a jabón y a aire fresco.

Olía a seguridad, a estar a salvo, a confianza y libertad.

¡A la mierda las dudas!

¡A la mierda los miedos!

En ese momento Tobías era mi única devoción.

Me miraba con expectación y yo me incliné un poco más y le di un suave beso para luego mirarlo a los ojos.

—Sí —dije.

Sonrió.

Y en su mirada vi un hambre cruda y desesperada.

Sin apartar sus ojos de los míos, me levantó y caminó hasta la habitación llevándome en sus brazos. Me bajó despacio, se sentó en la cama y me acomodó a horcajadas sobre sus muslos. Podía sentir su dura erección presionando en mi centro. Sin dejar de mirarme, se inclinó hacia adelante y atrapó mi boca en un largo beso. Solo se apartó un poco para tomar el bajo de mi blusa y quitármela despacio. Parecía que estaba por conocer su premio y quería alargar el momento todo lo posible. Me recreé en esa mirada que me hacía sentir como si fuera lo más hermoso que había visto en su vida.

Nadie. Nunca. Jamás. Antes. Me había mirado así.

—Quiero probarte —susurró, sobre mis labios y mi corazón saltó a mi garganta y algo en mis ojos debe haberle advertido de mi inquietud—. Probarte, nena, porque estoy seguro de que debes ser el dulce más delicioso que he probado nunca. Te prometo que en solo dos minutos voy a hacer que te corras. Te voy a comer…

—¿C-C-Cómo? —repetí, como una boba, y tragué saliva, momento en el que Tobías me miró confuso.

—¿No te gusta practicar el sexo oral o tampoco te dio resultado? —preguntó, con su descarada naturalidad, pero con cierto asombro.

—No es eso. —Mis mejillas se volvieron rosa y bajé la mirada, pero él me tomó del mentón y me obligó a mirarlo.

—¿Qué sucede, Dillon? ¿Tampoco llegaste al orgasmo de esa forma? Puedes confiar en mí —dijo, con voz suave y comenzó a acariciar mis mejillas con sus pulgares y con una gran dulzura.

Dios, debí haber bebido más alcohol para poder hablar de esto, pensé.

Apreté los párpados un instante. Inspiré profundamente varias veces y...

—No tengo ni idea —gemí y escondí mi cara en su hombro, pero él me hizo volver a mirarlo a los ojos.

—No tienes ni idea… ¿de qué? —Me contemplaba absorto y mi rostro ardió con vergüenza. Volvía a comportarme como una estúpida. Obvio que sabía de lo que hablaba, pero nunca lo había lo practicado.

—De lo que propusiste —respondí, bajando la voz.

—¿Del sexo oral? ¿El hijo de puta de tu ex no lo intentó? —inquirió, desconcertado.

—No me puedo creer que estemos hablando de esto. Es que mi matrimonio… No siempre se trata de sexo, ¿no? —dije, negando con la cabeza.

—¿Qué? No lo puedo creer. ¿Nunca…

—Nunca lo intentamos —afirmé, interrumpiéndolo, y él me miró estupefacto—. No me mires así, de todas formas, no creo que sea para tanto. Seguramente ni siquiera me funcione. Yo…

—Espera un minuto. ¿Por qué no lo intentaron? ¿No querías?

—No, simplemente no lo intentamos. Él no lo propuso y yo no fui lo suficientemente valiente para pedirlo —respondí, y una mirada de incredulidad y asombro cruzó sus hermosos rasgos.

Se tomó unos segundos antes de volver a hablar, segundos que se me hicieron eternos.

—Te aseguro que funcionará, Dillon. Lo que pasó contigo es que te topaste con un idiota inservible —afirmó, y su voz fue un murmullo ronco que dejó bien claro que me lo iba a demostrar, logrando que otro estremecimiento me recorriera entera, esa vez, más intenso—. Voy a hacer que te corras, te lo prometo. Déjame ser el primero… tu primero. Sabes que no haría nada que te lastimara o molestara, ¿verdad?

Lo sabía, por supuesto que lo sabía.

Confiaba en él.

Pero se me encogió el estómago y no pude dejar de imaginármelo entre mis piernas, mientras me apartaba los muslos y su incipiente barba me raspaba la piel.

Y… no podía negarme. Lo deseaba.

Afirmé con la cabeza mientras su mirada cargada de deseo no se perdía ni un detalle de mí.

Me levantó y me acomodó en la cama, sacándome los pantalones con rapidez.

Me miró a los ojos y luego su mirada fue descendiendo, con tal intensidad que casi parecía una caricia física.

—Eres preciosa, Dillon.

Sin dejar de mirarme, bajó su boca a la mía y me besó suavemente, despacio, muy despacio, haciéndome sentir la calidez de su respiración sobre mis labios. Mi nerviosismo se aplacó un poco y comenzó a ser reemplazado por algo diferente y más agradable. Era obvio lo que estaba haciendo e interiormente se lo agradecí. Estaba tratando de tomar las cosas con calma, de cuidarme y asegurarse de que estuviera cómoda. Me sentí aliviada con su consideración, pero también avergonzada de que fuera necesaria.

Su lengua se movió sobre mis labios como pidiendo permiso y abrí la boca para él. El beso se fue tornando ardiente, y a medida que la pasión crecía, su lengua se hundía más hondo y lo exploraba todo. Su boca descendió a mi barbilla y luego a mi cuello. Sus manos se deslizaron por mi cuerpo dejando a su paso un hormiguero que me quemaba la piel. Cuando llegaron a mis pechos se ocuparon de mis pezones.

—Dios mío —jadeé, aferrándome a las sábanas porque nuevas sensaciones cosquillearon por mi columna.

Dondequiera que sus labios me tocaban, una energía estremecedora penetraba y se extendía

por mi cuerpo, haciendo estallar todas las terminaciones nerviosas a su paso. Trataba de respirar, pero parecía que el aire no llegaba a mis pulmones. Tobías notó que el sostén se abrochaba por delante y lo soltó liberando mis pechos. Su gemido ahogado me erizó la piel.

—Dios, son hermosos —dijo, con un gruñido, y su boca llegó a mis pechos y los honró tomando un pezón en su boca y luego el otro.

De repente, necesitaba más.

Nunca me había sucedido, pero en ese momento necesitaba TODO. Lo necesitaba a él como nunca había necesitado a nadie.

Sus manos siguieron acariciándome hasta que me separaron los muslos y luego se posaron en mis bragas, en ese momento se me cortó la respiración. Cuando sus dedos tocaron mi punto más sensible sobre la ropa interior, gemí como nunca lo había hecho.

—¿Quieres que me detenga?

—¡No! Sigue haciéndolo —exclamé, con más efusividad de la que quería y una risa ronca salió de su boca.

—Tú mandas.

Sus dedos se metieron debajo del elástico y llegaron a mi sexo para acariciarlo con destreza. Y otro estallido de necesidad se desencadenó en mí. No esperaba eso, pero necesitaba más. Deslizó mis bragas lentamente por mis piernas hasta quitármelas. Nunca me había sentido tan expuesta, pero ya no me importaba. Su dedo índice presionó directamente sobre ese botoncito hinchado que rogaba por atención y lo frotó, haciendo pequeños y suaves círculos. Añadió otro dedo y no pude evitar gemir mientras él jadeaba fuerte. Me mordí el labio con fuerza para amortiguar otro grito, pero Tobías pareció notar que trataba de reprimirlos.

—No te reprimas. Grita todo lo que quieras que nadie nos escuchará. No pienses, Dillon. Esta noche ninguno de los dos vamos a pensar en absoluto. Libérate —murmuró, dándome un beso en el interior de mi muslo, y mis caderas se dispararon hacia arriba pidiendo más—. Oh, Dios. Estás tan empapada.

Deslizó los dedos a lo largo de mi sexo poniendo la cantidad exacta de presión y después introdujo uno en mi interior. Volví a gemir alto mientras lo escuchaba jadear. Cuando dobló aquel dedo dentro de mí, me sorprendí muchísimo al sentir los signos reveladores de eso que necesitaba, pero nunca había experimentado. Y fue en ese momento que noté esa sensación, una que comenzó a unificarse en mi vientre bajo, por lo que no pude evitar emocionarme al notar que se acercaba el anhelado orgasmo. Con su vasta experiencia con el sexo femenino, Tobías notó los primeros signos de mi orgasmo y su lengua comenzó a moverse alrededor de mi parte más sensible lamiéndome con avidez, repitiendo el movimiento una y otra vez hasta que empecé a jadear y arquearme contra él.

No se parecía a nada de lo que había sentido antes.

En realidad, nunca había sentido NADA.

Y en ese momento estaba agonizantemente cerca.

Sin poder evitarlo, mis manos volaron a su pelo y comencé a tirar de él.

La cabeza comenzó a darme vueltas y los músculos de mi abdomen se tensaron. Una sucesión de temblores estremeció todo mi cuerpo.

Y entonces ocurrió.

Y… me dejé ir en un éxtasis de paro cardíaco, tan potente que creí perder el sentido.

Y grité su nombre.

—¡Tobíaaas!

Sentí que explotaba en ese punto que nunca había alcanzado, y fue una detonación tan grande e intensa que los cimientos de la casa deben haber temblado. Pareció que me desvanecía por el placer que recorrió todo mi cuerpo en oleadas que rugían con violencia.

Cuando pude volver al planeta tierra, miré a Tobías que me observaba extasiado y parecía que se consumía en su propio fuego. Tenía los labios abiertos, la mirada oscura y su respiración se había vuelto superficial.

—Dios mío. Me he corrido —dije, sin poder evitar que notara mi asombro y felicidad.

—¿Frígida? ¡Por Dios, que estupidez! Eres la mujer más *sexy* y ardiente que conozco. Y esto recién empieza, nena —susurró, con posesiva satisfacción.

Se levantó con rapidez y se desnudó en tiempo récord. Si antes había pensado que era hermoso, en ese momento se me cortó la respiración. Era una obra de arte, su cuerpo era pura perfección y grande, todo él era… enorme. Antes de acercarse rebuscó en sus pantalones y sacó un paquete de la cartera.

—Condón —dijo, mostrándomelo, rompió el envoltorio con los dientes y se lo colocó.

Un pequeño gemido salió de mi boca.

Tobías inmediatamente se acercó quedando suspendido sobre mí y bajó su rostro para sumergirse en mi boca. Le devolví el beso con fuerza y pasión. Mis muslos se abrieron, invitándolo a acercarse aún más. Enseguida se acomodó entre mis piernas hasta que su erección se encontró con mi sexo. Ese roce me atravesó como una descarga eléctrica.

Me sentía lista.

Lista para para él.

Su boca volvió a la mía y me besó ardientemente. En ese momento lo sentí comenzar a introducirse en mi interior.

Contuve la respiración.

Al principio me resultó incómodo. Era muy grande y yo hacía mucho tiempo que no lo hacía, así que sentí algo de molestia, pero poco a poco y con delicadeza se fue deslizando dentro de mi cuerpo. Cuando estuvo completamente hundido en mí, la sensación de plenitud fue impresionante. Me sentí llena, increíblemente llena.

—¿Estás bien? —preguntó, con voz tensa—. Eres muy estrecha, nena.

—Estoy bien —respondí, observando lo increíblemente *sexy* que se veía posicionado sobre mí, con sus labios separados y esas venas sobresaliendo en sus tensos antebrazos. Subí mis piernas y abracé con ellas sus caderas.

Comenzó a retirarse y luego empujó dentro de nuevo, tan lentamente como antes.

—Más fuerte —murmuré, al borde del delirio, y sus ojos se iluminaron y perdió todo su férreo control.

—Hecho. Me gusta que me lo pidas —dijo, jadeante.

Lanzó sus caderas hacia adelante y comenzó a golpear dentro una y otra vez con desenfreno, llegando más profundo y justo en el lugar adecuado.

Guauuu.

La fricción.

La presión.

Era increíble.

El placer se estrellaba a través de mí con cada fuerte y profunda embestida. Una emoción en estado puro brotó a medida que mi cuerpo se estremecía. Era tan intenso que casi no podía respirar, solo gemir cada vez más alto. Sin dejar de moverse, tomó un pezón en su boca, succionándolo y haciéndome gritar de placer lo que lo hizo gritar a él.

—Aaah… joder… te sientes increíble —gruñó—. Quiero escucharte gritar mi nombre. —Su voz ronca me hizo estremecer, pero no me dio tregua y aplastó sus labios con los míos y hundió su lengua, arrasando con todo.

Sentí que aquella abrumadora tensión volvía a crecer en mi interior. Gemí desesperadamente en su boca sintiendo las ondas del clímax arrastrar todo a su paso y crecer en mis entrañas, más y más altas. La tensión de mi interior se volvió insoportable hasta que otro orgasmo alcanzó la cumbre y los espasmos recorrieron todo mi cuerpo como una corriente cálida, extendiéndose lentamente desde la punta de los dedos hasta el centro de mi ser.

Eché la cabeza hacia atrás arqueando la espalda.

Y grité mi liberación, grité como nunca lo había hecho.

Grité su nombre como me lo había pedido.

—¡TOBÍAS!

—¡Joder, joder, joder! Voy… —Dio un par de embestidas fuertes, estremeciéndose de pies a cabeza y emitiendo un gruñido de puro placer. El sonido más increíblemente erótico que había escuchado en mi vida.

De a poco sus movimientos se fueron desacelerando y finalmente se detuvo para caer luego sobre mí. Por unos minutos solo nos aferramos al otro, jadeando por tratar de llevar aire a los pulmones mientras nos deleitábamos con las últimas réplicas del orgasmo demoledor que habíamos experimentado.

Dios mío. Y pensar que casi sigo con mi vida sin haber experimentado esto, pensé.

Había experimentado la pasión real, ese placer desatado que él me había hecho sentir y que era el balance perfecto de rendición y éxtasis.

Nunca había entendido por qué tanto alboroto por el sexo, pero en ese momento lo supe.

Entendí a qué se referían cuando hablaban sobre la sensación casi mágica en la que el tiempo parece detenerse y el mundo exterior se desvanece.

Sí, estaba segura de que el mundo se detenía.

El mío lo había hecho, y estaba segura de que a partir de ese momento giraría distinto.

Capítulo 19

«Todo tiene una moraleja, solo falta saber encontrarla.»
—Alicia en el país de las maravillas – Lewis Carroll

Dillon



Como todos los días desde que vivía en el rancho, la luz del sol de la mañana entraba en mi habitación a través de cortinas de la ventana, bañándolo todo con su calidez.

Pero esa mañana era diferente.

Porque me había acostado con Tobías Lexington.

Aunque en ese momento estaba sola como siempre, y lo sabía, incluso antes de girarme hacia el lado en el que Tobías se había quedado dormido.

Pero él había estado allí.

Y las sábanas de la cama todas revueltas me confirmaban la increíble noche de sexo que habíamos compartido.

Y no lo habíamos hecho una vez, habíamos repetido una, y otra, y otra y otra vez, hasta que nuestros cuerpos habían sido incapaces de resistir un solo asalto más.

Giré en la cama para colocarme bocarriba.

Y recordé.

Y sonreí.

Sonreí como una niña chica a la que le habían regalado lo que tanto tiempo llevaba ansiando.

Sexo grandioso y muchos orgasmos.

Sí; lo nuestro sería solo sexo.

No era nada y a la vez lo era todo.

Aceptar su tentadora propuesta no había sido difícil, lo difícil sería no confundirme.

Sí; iba a tener que andar con cuidado porque con Tobías Lexington la lógica y la razón dejaban de tener sentido para mí.

Pero a pesar de ello, quería disfrutar de él y de todo ese mundo de placer que me ofrecía y que acababa de descubrir. Si bien Gertrudis me decía que el sexo podía llegar a ser grandioso, nunca hubiera imaginado lo que se podía llegar a sentir. Tobías me había llevado al límite numerosas veces en la noche y, literalmente, había perdido la cuenta de los orgasmos que había alcanzado. Era irónico que en todos los años que había estado con Jairo, nunca había sentido nada parecido a lo que Tobías me había hecho sentir en una sola noche.

Suspiré.

Y les aseguro que fue el suspiro de una mujer plenamente satisfecha.

Nunca me había sentido tan viva.

Era una sensación embriagadora.

Gracias a Tobías Lexington había sustituido los recuerdos de una vida sexual desastrosa por

imágenes de gran pasión y sensaciones de un placer inigualables.

Me desperecé estirando todos mis músculos con verdadero placer y sentí molestias en partes de mi cuerpo que jamás se habían quejado, pero era una dulce molestia. Una molestia que me recordaba los besos, los suspiros, las caricias…, el placer.

Volví a sonreír.

Me sentía como anestesiada, pero debía volver a la realidad.

Al ser domingo y, si no surgía ninguna emergencia, podía tener el día entero para mí, y nada me hubiera gustado más que dedicárselo a él. Pero tenía claro que, más allá de la relación que me había planteado, ese hombre trabajaba hasta los domingos porque llevar un rancho de esa envergadura suponía mucho trabajo. Siempre se le veía ocupado, así que era poco probable que nos encontráramos.

Abandoné la cama y me dirigí al baño. Luego de una reparadora ducha caliente me encaminé a la cocina con la intención de desayunar y me sorprendí al ver una nota sobre la barra de desayuno que separaba la cocina y el comedor.

Buenos días, dormilona.
Espero que hayas descansado bien. Me fui antes del alba y no te quise despertar porque es tu día libre y porque supuse que deberías estar cansada. Yo tengo que ponerme al día con algunos temas del rancho, pero, en la noche tengo planes para nosotros. Si aceptas, te invito a cenar y luego… veremos… tenemos muchas cosas pendientes y soy un hombre de numerosos talentos.
Paso por ti a las 20 h.
Tobías.

Sonreí con el entusiasmo a tope.

Su invitación me hizo anhelar que llegara la noche con un frenesí que no era bueno, pero seguramente se debía a las desenfrenadas sensaciones que me recorrían la piel cada vez que recordaba lo que habíamos hecho.

Porque el *«luego… veremos…»* me hacía fantasear con… fantástico, estupendo y extenuante sexo.

Si Gertrudis supiera todo lo que estaba viviendo seguramente dejaría escapar un grito de alegría y daría unos saltitos de festejo antes de someterme a un detallado interrogatorio que yo tendría que responder con lujo de detalles. Y, probablemente, también se preocuparía por mí y me diría que ese tipo de relación llevaba escrito «complicación» con grandes letras luminosas. Sí, la conocía lo suficiente como para estar segura de que me daría todo un sermón sobre los peligros de terminar enamorada de Tobías. Es que no había que ser muy lista para darse cuenta de que la relación podía complicarse más de lo que él y yo preveíamos, pero en ese momento ambos teníamos las cosas claras. Yo no pensaba arriesgar mi deseada libertad por alguien que había perdido totalmente su fe en las mujeres. Solo me dedicaría a disfrutar de todo el placer que me brindaba y que me había hecho purgar mi pasado sexual. Seguramente, esta cosa que había entre nosotros se apagaría pronto, pero, por el momento, ardía como el infierno.



Me miré una vez más en el espejo del dormitorio y me arreglé mi larga melena rubia que caía sobre mis hombros. Si bien no quería que notara que le había dedicado mucha atención a mi aspecto, me permití maquillarme un poco y perfumarme mucho.

La verdad era que le había dedicado bastante tiempo a pensar qué ponerme esa noche, y me había terminado decidiendo por un vestido veraniego de tirantes en color blanco con unas pequeñas flores en azul, era sencillo, pero me quedaba muy bien.

A las ocho llamaron a la puerta y, al contrario de lo que quería, fui a paso lento, aunque mi

corazón comenzó a bailar Rumba, con maracas y todo, tal cual lo hizo el actor Jim Carrey en la película The Mask. De repente, me di cuenta de lo contenta que estaba de pasar ese rato con él, pero eso no me preocupó en absoluto.

Abrí la puerta y me quedé perpleja ante la imagen que tenía delante.

Tobías estaba allí, hermoso como siempre y sonriendo como nunca.

Llevaba una camisa azul marino con el cuello desabotonado y con las mangas dobladas dejándome ver sus brazos musculosos. La camisa le quedaba tan bien ajustándose a su torso esculpido que tuve que hacer un gran esfuerzo para no tirar de él y llevarlo directamente al dormitorio porque, por un momento, volví a imaginarme todo su cuerpo firme y bien formado, desnudo en mi cama.

Él no me ayudaba porque me recorría con la mirada deteniéndose en cada una de las curvas que se insinuaban bajo mi vestido.

—Estás preciosa. —Y perdí el control de la maldita bandada de mariposas que había tenido todo ese día alojada en mi estómago.

—Aquí te lo acepto porque no hay nadie, pero trata de no actuar como un pervertido en público —bromeé, enarcando una ceja y sacándole una gran sonrisa. La broma era una forma de disimular lo mucho que me había afectado esa mirada de admiración. Era lo único que me sentía capaz de hacer para no agarrarle del cuello de la camisa y aplastar mi boca contra la suya.

—Por lo general, no suelo actuar como un pervertido, pero... —Volvió a sonreír, pero esa vez lo hizo lentamente, como si le diera pereza hacerlo, se acercó, enterró una de sus manos en mi cabello y me besó.

Me apoyé en sus fuertes y anchos hombros sintiendo que mis pulmones se llenaban con su exquisito aroma. Sus manos bajaron y me sujetaron las caderas apretándome contra él hasta que nuestros cuerpos se adaptaron el uno al otro. Mis dedos se deslizaron por su suave pelo y él me sujetó con más fuerza. Cuando noté que el beso se nos estaba yendo de las manos, tomé aire y me aparté, no sin oír una profunda inhalación de deseo. Sus ojos brillaban por la pasión que acabábamos de compartir.

Si no nos íbamos en ese instante seguro que no salíamos de la casa, y quería salir con él y conocerlo mejor. Su invitación se me presentaba como una gran oportunidad para ello.

—¿Listo para irnos? —pregunté.

—JO-DER… podríamos cambiar los planes —sugirió, casi suplicante.

—No. De ninguna manera —dije, y lo vi reprimir una risa.

—Como desees. Tú mandas… por esta noche.

—¿De qué te ríes? —pregunté, mientras cerraba la puerta.

—Tengo que confesar que es la primera vez que una mujer se niega a que la lleve a la cama.

—Yo no me negué, *cowboy*… solo lo pospuse —afirmé, y esa vez dejó escapar la risa.



Nos montamos en su camioneta y emprendimos el viaje hacia el lugar que él había elegido y del cual yo, aún, no sabía nada. Era una noche preciosa y el camino que transitábamos era mágico, pero algo me decía que era mi acompañante lo que hacía que todo fuera tan especial. Y por mucho que me gustaba disfrutar de las preciosas vistas, la que tenía dentro del coche era aún más hermosa. Con disimulo giré hacia él y lo miré. Su perfil era precioso, nariz perfecta, la mandíbula cubierta por una fina sombra de barba oscura y tremendamente masculina, y unos

labios que hasta mirándolos de perfil se veían tan besables que…

—¿Qué estás mirando? —preguntó, con una expresión divertida.

—Nad… —resoplé—. En realidad, te estaba mirando a ti. —Para que lo iba a negar si él me había pillado haciéndolo.

—Me he dado cuenta, pero si me sigues mirando así no voy a poder controlarme, y no sé si eres consciente de ello, pero estamos en el coche y en la carretera.

Ay, Dios.

Por supuesto que sabía lo que estaba pensando en ese momento. O más bien, lo que estaba pensando hacer.

Hacerme.

Y yo estaba pensando exactamente lo mismo.

—Está bien, lo entendí. Voy a mirar hacia adelante —dije, y él largó una carcajada.

—Si quieres puedo detenerme, pero nos arriesgaríamos a que alguien pasara por aquí, incluso una patrulla de la policía del pueblo y, a propósito, los conozco a todos. Ya sabes… pueblo chico… —dijo, sin dejar de reír.

—Lo entendí —repetí, y volvió a reír.

En ese momento el sonido de un teléfono interrumpió nuestra conversación.

—Es el tuyo —dije.

Tobías abrió la guantera y lo sacó de allí, pero pude llegar a ver que dentro había una tira de condones. Él miró el teléfono, frunció el ceño y lo apagó. Cuando lo volvió a poner en la guantera, lo miré.

—¿En serio? —pregunté, sin poder contenerme.

—¿Qué?

—¿Guardas condones en tu camioneta?

—Claro. Resulta muy útil tenerlos allí. Nunca se sabe —dijo, encogiéndose de hombros, pero de repente se puso serio y añadió—: La llamada era de una amiga.

Amiga…

Lo admito.

Me molestó.

Pero debía estar agradecida porque era mejor dejar que la realidad se entrometiera cuanto antes para que yo no me hiciera una idea errónea de lo que éramos o podíamos llegar a ser.

No hice ningún comentario.

Sentía una sensación amarga que experimentaba por primera vez.

Seguramente era decepción.

¿O eran celos?

No sé por qué sentía eso cuando tenía claros los términos de nuestra relación, pero fuera lo que fuera, no debía sentirlo.

Él podía salir con su amiga de turno y yo con quien quisiera. Desde el principio sabía que estaba acostándome con un hombre por el que suspiraban todas las mujeres del pueblo y con el que se acostaban la mayoría, entre ellas, yo. Y eso no me daba derecho a entrometerme en su

vida ni a exigirle nada.

Era solo una más y Tobías había sido claro: teníamos una relación SIN RECLAMOS y yo sabía dónde me estaba metiendo, así que no había quejas.

No quería ni debía crearme expectativas poco realistas y había decidido que tomaría lo que sea que obtuviera de él sin arrepentimientos. Solo me dedicaría a disfrutar de cada minuto porque el sexo increíblemente fantástico no hacía daño.

Entonces, ¿qué más daba que fuera así?

—Dillon, ¿me estás escuchando?

—Perdona, me entretuve mirando el paisaje. ¿Qué me decías?

—Que no la atendí ni voy a hacerlo. Ni a ella ni a ninguna. Voy a poner fin a todas mis salidas con *amigas*… salvo contigo.

OLVÍDENSE de todo lo que dije anteriormente.

Mi corazón despegó como una cometa en un viento huracanado.

—¿Y eso? Pensé que habías dicho que lo nuestro solo es sexo y diversión. —Lo presioné intentando mostrarme impasible porque ni muerta le demostraba la alegría que me provocaron sus palabras, porque en el fondo, lo que pensaba hacer, era lo que mi corazón esperaba.

—Y lo es. Pero ¿qué tan malo sería una relación exclusiva entre nosotros? No creo que haya una sola forma de tener una relación.

Mi cabeza se giró con brusquedad hacia él.

¿Había escuchado bien?

—¿Siempre lo haces?

—¿La exclusividad? —preguntó, y asentí con la cabeza—. No, solo tengo escarceos amorosos, simple entretenimiento.

—¿Y qué diferencia hay con lo nuestro?

En ese momento aparcó la camioneta y dejé de mirarlo para mirar el paisaje.

—En la noche, este es mi lugar favorito para mirar el cielo. He notado que tú también sueles observarlo con admiración, por eso quería que conocieras este lugar. No vas a encontrar otro desde donde el cielo se vea tan espectacular. Acá, puedes conectarte contigo. Salgamos y compruébalo por ti misma —dijo, abriendo la puerta de la camioneta y saliendo.

Mirar la noche desde allí, cortaba la respiración. En ese lugar estabas en paz contigo y el mundo.

Todo era serenidad.

Te envolvía una profunda calma.

Y, sin duda, el mejor lugar para mirar las estrellas.

Para creer en lo imposible.

Para desafiar a la locura.

—Guauuu, es precioso.

—Imaginé que te gustaría. En la parte de atrás de la camioneta tenemos todo lo necesario para la cena —comentó, y dejé de mirar el cielo para mirarlo a él con asombro.

—¿Cenaremos aquí?

—¿No quieres? ¿Preferirías ir a un *restaurante*? —preguntó, con cierta preocupación.

—¡Nooo! Esta es la mejor cita que he tenido en mi vida —dije, pero me arrepentí al instante de mi arrebato porque era evidente que no era una «cita»—. No quise dec…

—Un picnic bajo las estrellas es una buena *cita* ¿verdad? —señaló, interrumpiéndome, y poniendo énfasis en la palabra «cita»—. Vamos a la parte de atrás de la camioneta porque allí tenemos todo.

Tomé la mano que me estaba ofreciendo para ayudarme a subir al maletero. Allí colocó una manta y en el medio una cesta de picnic de la que sacó unos *sándwiches* y unas cervezas.

—¿No te molesta que la cena sea sencilla? Me pareció lo mejor para comer aquí. Ah, y es todo vegetariano.

—Es perfecta, realmente perfecta. Muchas gracias por todo.

Giró para buscar algo dentro de la cesta y sacó un pequeño ramo de flores silvestres que me extendió con cierta indecisión o, quizás, timidez.

—Son para ti.

—Muchas gracias. Son preciosas. —Sacó una del ramo y me la colocó detrás de la oreja deteniéndose algunos segundos de más en esa suave caricia.

—Tú eres preciosa. —Me miró de una manera especial, como si fuera algo que merecía cuidar. Y nunca, NADIE, me había apreciado de esa forma.

—Es una noche perfecta —dije, y él sonrió y se alejó.

—¿Cenamos? —preguntó.

—Por supuesto. Deleitémonos con esta cena espectacular.

—Y te propongo que después nos recostemos a admirar el cielo. Te aseguro que la experiencia es increíble.

Dudaba mucho que fuera más increíble que mirarlo a él, pero eso no iba a decirlo, como tampoco le iba a decir que mi corazón estaba dando volteretas de alegría en mi pecho.

Capítulo 20

«Yo hablo como puedo, no sé decir lo que siento.»
—Julio Cortázar

Dillon



No te quiero compartir, esa es la diferencia. —Su mirada me perforó desde el borde de su botella de cerveza.

—¿Qué?

—La respuesta a tu pregunta. Me preguntaste cual era la diferencia de nuestra relación con las otras que he tenido.

Tardé un segundo en comprender lo que había dicho.

Es que había encendido la radio de la camioneta y se escuchaba «Who I Am with You» por Chris Young y, esa canción y lo que acababa de decir eran un combo demasiado romántico y peligroso.

Me sentía muy confundida y no tenía a quién recurrir para contarle lo que me sucedía y pedirle consejo.

Ojalá hubiera podido compartir lo que me acababa de decir Tobías con Gertrudis y preguntarle su opinión.

Ojalá hubiera podido contarle la forma en que Tobías me hacía sentir y que tenía más que ver con algo primario, demasiado fuerte como para ignorarlo.

Pero no tenía a nadie… y debía responderle, pero, sobre todo, tenía que saber a qué me enfrentaba.

—¿Qué quieres, exactamente? Porque déjame decirte que esto que dices lo encuentro contradictorio con todo lo que me planteaste anoche. Exclusividad suena… bastante serio. —Y serio fue su semblante cuando me escuchó.

—Lo que te planté anteriormente no ha cambiado. Nada de sentimientos románticos, pero quiero que seamos exclusivos. No quiero que otro te toque, ¿qué tiene de malo? ¿A ti te parecería bien que siga acostándome con otras?

No tuve ni que pensarlo.

Por supuesto que NO quería que se viera con otras.

Aunque estaba segura de que ambos sabíamos que esa propuesta era mucho más peliaguda de lo que parecía.

Entonces…

—A mí tampoco me gusta compartir —afirmé, sorprendida por lo tranquila que sonó mi voz cuando había una bandada de frenéticas mariposas revoloteando en mi estómago gritando «¡Olé, olé, olé!» a todo volumen.

—Bien. —Fue lo único que dijo, pero, de repente, su seriedad se disolvió y en su semblante se reflejó una profunda alegría.

—Bien.

¡Por Dios!

Estaba a punto de complicar mi vida… o, quizás, ya estaba complicada, pero Tobías Lexington me parecía lo mejor que me había pasado en mis veintiséis años.

—Brindemos, entonces, que hemos perdido del todo la cordura —propuse, levantando la botella de cerveza, y Tobías rio y chocó su botella con la mía.

—Quien sabe, Daurelli… quien sabe…

Un rato después habíamos terminado de cenar y nos habíamos recostado sobre la manta en la parte de atrás de la camioneta, contemplando el cielo de verano que parecía un hermoso manto negro iluminado por los toques de luz que le daban las estrellas.

Estábamos abrazados y, por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba donde tenía que estar. Tobías me envolvía con su brazo y me tenía pegada a su cuerpo mientras yo apoyaba mi cabeza en su pecho y lo abrazaba por la cintura.

Nos quedamos un rato así, quietos, en silencio, mirando el cielo y escuchando los sonidos de la naturaleza que se me hacían algo casi musical.

—Tan hermoso y tranquilo —susurré.

—Mirarlo pone las cosas en perspectiva —musitó.

—¿Por qué lo dices?

—Porque mirando esa inmensidad comprendes lo insignificante que somos.

—En realidad… yo pienso que nosotros somos los que valoramos las cosas. Por ejemplo, este momento, más que insignificante, me parece grandioso.

Con un movimiento rápido Tobías se colocó encima de mí y yo me aferré a sus hombros. Nos mirábamos con la respiración agitada.

—A mí también me lo parece. —Apoyó su frente en la mía y yo deseé prolongar ese instante todo lo que se pudiera, pero unos segundos después apartó su rostro y me miró—. No necesito mirar el cielo si tengo el mejor brillo de todo el universo en tus hermosos ojos.

¡Oh, Diooos!

Era el piropo más bonito que me habían dicho nunca.

Y me quedé sin habla y el corazón me comenzó a palpitar como loco.

Sin pensarlo más, rodeé su cuello con los brazos y lo besé. Tobías soltó una especie de gruñido que le surgió de lo más hondo del pecho y cuya vibración pude notar en el mío, y respondió a mi beso con la misma pasión.

Mis dedos treparon hasta su nuca y se hundieron en su suave pelo.

Y entonces me di cuenta de que lo que estaba sucediendo era inevitable. Era como una fuerza de la naturaleza que me hacía sentir un deseo desconocido. Me aferré a su cuerpo mientras él

seguía con la lengua en mi boca, dándome lo que tanto había anhelado. Nos tocábamos por encima de la ropa mientras nuestras manos comenzaban a explorar cada vez más. Sentí que comenzaba a acariciar el interior de mi muslo con sus nudillos y me tensé.

—Puede venir alguien.

—Por acá nunca viene nadie, y menos hasta ahora. —Me miró vacilante—. ¿Voy por lo que tengo guardado en la guantera de la camioneta? ¿Qué dices? —susurró, refiriéndose a los condones que yo había visto allí.

—Ahora entiendo que hacían allí, y me limitaré a estar agradecida —bromeé, y Tobías rio, pero también comprendió que esas palabras significaban mi aceptación y salió disparado.

Me provocó una risa ver lo rápido que se subió a la camioneta en busca de los condones. Unos segundos después se me unió en la parte de atrás. Cuando vi todos los que traía en la mano lo miré entrecerrando los ojos.

—Te dije que eran útiles. —Me miró, divertido.

—¿Haces esto muy a menudo? ¿Siempre traes a tus citas aquí? —pregunté, porque pensé que por eso siempre tenía su arsenal de condones en la guantera de la camioneta.

—Nunca traje a nadie, tú eres la primera —respondió, me miró con sus ojos oscuros y brillantes, me tumbó y cubrió mi cuerpo con el suyo apoyando sus codos a cada lado.

—Entonces… supongo que debería sentirme halagada —dije, mientras todo mi cuerpo se agitaba al sentir el suyo pegado al mío.

—Creo que la mayoría de las mujeres lo estarían, pero hace mucho que me di cuenta de que no eres como la mayoría de las mujeres. —Enterró su cara en mi cuello y acarició mi piel con la nariz.

—No sé si eso será bueno o malo.

—Es bueno, Daurelli, es bueno... —Sonreí y lo tomé del rostro para besarlo.

Y dejamos de hablar.

Me subió el vestido y tiró de sus pantalones para luego quitarme las bragas.

Con rapidez se puso el condón con una mano y llevó el miembro a mi sexo.

Empujó.

Gemí en cuanto entró y tiré la cabeza hacia atrás.

—Ahora sí estoy viendo la luna y las putas estrellas —dijo, y comenzó a moverse mientras mis brazos lo rodeaban.

Subí las caderas para ir a su encuentro sin poder dejar de gemir. Sentía que aquel placer inigualable comenzaba a crecer. Parecía que estábamos hechos el uno para el otro, como si fuera imposible encontrar un hombre que se ajustara tan perfectamente a mi cuerpo como él.

—Eres tan hermosa —murmuró, sin apartar sus ojos de mí.

Metió una mano entre nuestros cuerpos y su pulgar comenzó a frotar suavemente mi clítoris mientras empujaba con más fuerza.

El placer se intensificó.

No podía hacer nada contra lo que conseguía provocar en mí. Estaba completamente a su merced.

—Dámelo, Dillon. Tus orgasmos son solo míos y quiero sentirlos en mi cuerpo. No te guardes nada. Déjate ir.

Vi que cerraba sus ojos y respiraba con fuerza. Cuando los abrió, sus hermosos y oscuros ojos se veían dilatados y pesados. Me estremecí al notar el impacto que yo provocaba en él.

Era hermoso justo así.

Parecía que se moría por mí, y darme cuenta de que podía provocar todas esas emociones en él me produjo una nueva sensación en el pecho. Lo abracé más fuerte y subí las caderas para ir al encuentro de sus frenéticos movimientos. Sus caderas se flexionaron y su respiración se aceleró, empujando más fuerte.

Y me ahogué en un grito de alivio.

Grité de placer sintiendo que me rompía en mil pedazos por el impacto del salvaje orgasmo que sacudió todo mi cuerpo.

—Tobías…

—Eso es lo que me gusta oír. —En ese momento se abandonó al orgasmo y gritó con posesiva satisfacción mientras se corría con una profunda embestida. Verlo deshacerse fue tan erótico que casi vuelvo a tener otro orgasmo.

Se dejó caer sobre mí y, cuando el impresionante placer por fin remitió y ambos nos recuperamos, giró para ponerse de espaldas y me abrazó atrayéndome hacia él. Dejé que mi cabeza se apoyara en la parte donde estaba su corazón.

Un corazón que latía freneticamente, pero que estaba cerrado al amor y no quería abrirse.

Capítulo 21

« -Hay dos tipos de personas: los que son capaces de abrir su corazón a los demás y los que no. Tú te cuentas entre los primeros. Puedes abrir tu corazón siempre y cuando quieras hacerlo.
-¿Y qué sucede cuando lo abres?
-Que te curas.»
—Haruki Murakami

Tobías



A mi familia no les había contado de mi relación con Dillon. No quería que se ilusionaran y se crearan una historia que no sucedería. Sobre todo, mis abuelos.

¿Para qué?

Sabíamos que el final feliz que esperaban mis abuelos no sucedería. Por más placentera que estuviera siendo la relación que manteníamos, ambos teníamos claro que no nos iba a llevar a ningún lado.

Sin embargo y, aunque éramos muy cuidadosos, mi abuela era muy perspicaz e intuitiva y tenía la capacidad de ir más allá de lo que veía para comprender lo que estaba sucediendo. Mis abuelos no tenían un pelo de tontos y era seguro que habían notado que algo había cambiado entre nosotros, pero no preguntaban, aunque sus miradas chispeantes lo decían todo y solían sonreírme con complicidad.

Con Dillon ya llevábamos varias semanas juntos y puedo decir que me sentía muy bien, y eso era suficiente para mí. Dillon me gustaba mucho y estar con ella había logrado que me relajara un poco y disfrutara más. Quizás por eso mi hermano decía que me veía más sonriente, incluso hasta se burlaba de mí cuando me escuchaba silbar. Graham decía que hacía años que no me escuchaba haciéndolo y que, si hacía memoria, solo me recordaba dando órdenes. No sé si era tan así, pero quizás, y solo quizás, hacía tiempo que no me sentía con tanta energía. Y eso que con Dillon gastábamos muuucha energía. El sexo con ella era increíblemente fantástico. En cuanto su cuerpo estaba contra el mío, me sentía completo. No tenía ni puta idea de lo que eso significaba, pero suponía que era por lo bien que nos llevábamos en la cama.

Y pensar que el hijo de puta del ex le había hecho creer que era frígida.

¡Maldito hijo de la gran puta!

Me hervía la sangre en las venas cada vez que recordaba lo que Dillon me había contado sobre su relación con ese miserable inútil. Un cretino frustrado y egoísta que, por no saber cómo hacer disfrutar del sexo a una mujer, la culpaba a ella.

¡A ella!

Dillon era fuego puro.

Una mujer apasionada y ardiente que solo estaba esperando a despertar. Además, era sumamente receptiva y sensual. Me dejaba sin aliento, me volvía loco. Con ella estaba

experimentado el mayor placer de mi vida. Nunca había deseado a una mujer como la deseaba a ella. Mil y una emociones me atravesaban cuando estábamos juntos. Y no era algo solo hormonal; era algo más emocional, una química que no había sentido con nadie, una necesidad intrínseca de estar con ella, de demostrarle de lo que era en realidad capaz con el hombre adecuado.

Y ese hombre era YO.

Tenerla en el rancho sanaba algo dentro de mí, algo que no sabía que estaba tan roto. Dillon estaba abriendo algo que estaba totalmente cerrado y… no había forma de detenerlo.

Dillon era magia…, aunque ella no lo sabía.



La puerta de mi oficina se abrió y mi abuela entró con la sonrisa pícara que la acompañaba desde días atrás, más precisamente, desde que sospechaba que entre Dillon y yo había algo más que una relación de trabajo.

—Hola, abuela. ¿Todo bien? ¿Necesitas algo?

—Ver a mi nieto. ¿Acaso no puedo venir a verte? Ni que estuvieras trabajando en algún secreto de estado.

—Lo siento, abuela. No lo dije por eso, discúlpame si se sintió así. Sabes que puedes venir las veces que quieras, sobre todo si… me traes alguna de esas exquisiteces que preparas.

—Adulador —dijo, sonriendo—. Ahora no te traje nada, pero luego te traigo. Ya sabes que cuando se trata de alimentarlos soy la primera en hacerlo.

—Y nosotros agradecidos. Siéntate abuela —dije, porque era evidente que algo tenía en mente, la conocía muy bien y sabía que tramaba alguna cosa.

—No es necesario, cariño. Solo venía a recordarte que esta noche es la boda de Ted y Carlota, y estamos todos invitados.

Ted era empleado del racho. Hacía casi diez años que trabajaba con nosotros y ya era parte de esa gran familia que era nuestro rancho. Ted tenía treinta y seis años y llevaba unos cuantos años en pareja con Carlota a quien también conocíamos porque vivía en el pueblo desde pequeña.

Si bien tenía presente la invitación a la boda, no pensaba ir. Pocas veces iba a celebraciones y mucho menos iba a «ese» tipo de celebración. Detestaba las bodas. Odiaba el revuelo que se generaba para hacer una promesa que, probablemente, uno de los novios o los dos, no cumpliría. Como disculpa por mi ausencia les había obsequiado la estadía en el precioso hotel que habían elegido para su noche de boda y siguiente luna de miel, además de una generosa suma de dinero para los gastos.

—La recordaba, abuela; pero no voy a poder ir. Ya se lo dije a Ted y le pedí disculpas. Sabes muy bien que las bodas me aburren y que nunca asisto —señalé, y la abuela me miró enarcando una ceja.

—Pensé que esta vez harías una excepción y cambiarías esa actitud… negativa.

—¿Por qué? ¿Qué te hizo pensar que cambiaría de opinión? —pregunté, apoyando la espalda en la silla del escritorio y cruzándome de brazos, porque mi abuela no se daba por vencida conmigo y yo apostaba a que aún mantenía la esperanza de que me contagiara un poco de todos esos corazones y flores que pululaban en las bodas. ¡Ni muerto ponía un pie allí!

—No lo sé… quizás el hecho de que Dillon vendrá con nosotros y…

—¿Dillon irá a la boda? ¿Está invitada? —pregunté, sorprendido con la noticia.

—Por supuesto que está invitada. Dillon tiene muy buena relación con Ted, en realidad con todos en el rancho, y con algunos… un poco más que con otros —dijo, haciéndome un guiño y yo suspiré.

—Abuela, no empieces porque…

—No te pongas a la defensiva, cariño. Fue un comentario sin más. Simplemente comenté lo que todos saben. Dillon se lleva bien con todos aquí pero, como cualquier persona, con algunos tiene mejor relación y hasta más complicidad que con otros —afirmó, mirándome con la inocencia reflejada en su rostro. ¡Pura actuación!

—¿Ella te dijo que pensaba ir?

—Sí, lo confirmó. —Sonrió y se dirigió hacia la puerta—. Si cambias de opinión respecto a la boda, tienes que estar listo a las ocho de la noche. —Abrió la puerta y salió de la oficina dejándome un tanto molesto con lo que me acababa de decir.

¿Por qué no me había dicho que iría?

En realidad, no me había mencionado la boda.

Sería que… ¿no quería que yo estuviera allí?

Dillon también estaba de acuerdo en mantener nuestra relación en secreto, así que, no era descabellado pensar que no me quería en la boda.

Esa idea no me agradó. Como tampoco me gustó pensar en ella bailando con otros.

Tal parecía que debíamos mantener una conversación.

A diario la buscaba en mis ratos libres y, por supuesto, todas las noches, así que, en cuanto terminara con el correo que estaba escribiendo, le enviaría un mensaje para encontrarnos en su casa.

La puerta de la oficina se volvió a abrir. Esa vez era Graham.

—Hola, hermanito.

—Graham.

—¿Podrías demostrar un poco más de emoción al verme? —Con solo mirarlo supe que tenía la intención de encabronarme.

—Y tú podrías estar ayudando a Sancho como te pedí —dije, recordándole que le había pedido esa mañana que le diera una mano al capataz del rancho.

—Y lo hice y ya terminamos con la reparación, jefe. Ahora voy a ir hasta el pueblo porque tengo que llevar a la abuela. Creo que va a la peluquería y a comprar algunas cosas que necesita para la boda de Ted —dijo, y luego se acercó a la ventana para mirar hacia afuera, dándome la espalda.

—Bien. ¿Querías decirme algo? —pregunté, y él giró para mirarme.

—Solo quería avisarte que había terminado con la ardua tarea que me pediste —bromeó—. Ahora me voy porque la abuela y Dillon me están esperando —comentó, y en ese momento comprendí que su visita a la oficina, más que avisarme de que había terminado el trabajo, cosa que nunca hacía, tenía la intención de hablarme de Dillon. El muy idiota estaba esperando mi reacción.

—¿Dillon? ¿Para qué te espera? —Graham me observó con una amplia sonrisa y la expresión satisfecha. Había logrado lo que quería. Ya tenía mi interés. ¡Cabrón!

—¿Por qué te interesa?

—Será porque Dillon está en su horario de trabajo —ironicé.

—¿Solo por eso?

—No me jodas, Graham. ¿Qué mierda tienes que hacer con Dillon? —pregunté, y sonrió más ampliamente.

—Llevarla al pueblo. La abuela quiere que la acompañe a la peluquería y esas otras vueltas. Ya sabes… cosas de mujeres. Yo me limitaré a llevarlas e irlas a buscar, puedes estar tranquilo.

—¿Tranquilo? ¿Por qué no lo estaría? Solo lo pregunté porque si se va del rancho a la hora de trabajo tiene que avisarm…

—Fue la abuela quien le pidió que fuera. Ella no quería, pero no tenía que hacer nada urgente y la abuela casi que la sacó a rastras de las caballerizas. Y me voy porque ambas me están esperando en la camioneta. Nos vemos luego, hermanito.

Lo que habían empezado siendo simples celos, se habían convertido en una necesidad de demostrar que ella era mía.

Desde el primer momento que nuestros ojos se encontraron.

Desde que sentí el roce de su piel contra la mía.

Desde que probé sus labios.

Desde ese segundo me perteneció.

Con ella me sentía… posesivo, protector, irrazonable.

Y no sabía que hacer al respecto, sobre todo, porque sentía unas enormes ganas de mandar a la mierda a mis prejuicios, desconfianzas, miedos y preocupaciones y lanzarme de cabeza.

Y que pasara lo que tuviera que pasar.

Capítulo 22

«Una sonrisa es la llave secreta que abre muchos corazones.»
—Robert Baden-Powell

Dillon



No había visto a Tobías en todo el día. En la mañana se había pasado en su oficina y, cuando llegué del pueblo, había escuchado a Jaime decirle a Antonia que Tobías había tenido que salir. Tampoco le había avisado de mi ida al pueblo con la abuela porque Graham me había dicho que él se encargaba de avisarle, además de que la abuela me había sacado del rancho a toda carrera porque no quería que nada arruinara «nuestro ratito de *relax*».

Como nos veíamos casi todas las noches, le había enviado un mensaje comentándole que esa noche estaba invitada a la boda de Ted y pensaba ir a acompañarlos. Su respuesta había llegado varias horas después y había sido breve y clara:

Tobías Lexington:

«Que te diviertas en la boda»

Si bien él no me había comentado nada de la boda, sabía que también había sido invitado, pero la abuela me había comentado que él nunca iba a celebraciones. Y su mensaje también lo dejaba claro.

En el fondo me hubiera gustado que fuera, aunque sabía que en ese ambiente distendido iba a ser aún más difícil de disimular lo mucho que me gustaba. Cada vez se me hacía más engorroso disimular la dicha que me causaba verlo. Cuando estaba trabajando y él entraba en mi campo de visión, el corazón se me disparaba. Intentaba ser discreta, mirarlo de reojo, disimular como podía, fingir que no lo miraba cuando era evidente que lo hacía…, pero era inevitable que mis ojos volvieran a él.

Sí, me gustaba mucho.

Lo deseaba con una urgencia que era incapaz de controlar y mi mente se quedaba en blanco cuando nos besábamos y nos rendíamos al placer.

Pero… no era solo eso.

Había mucho más.

Me encantaban nuestras charlas.

Nuestros *picnics* a la luz de la luna.

Nuestros paseos a caballo.

La forma en que me cuidaba.

Nuestros abrazos.

Nuestras miradas cómplices.

Nuestras noches.

Nuestros amaneceres.

Su sonrisa…

En ese momento estaba terminando de alistarme para la boda, me miré en el espejo y al ver el brillo de mis ojos me tuve que sentar en la cama porque sentí como si el piso se tambaleara haciéndome perder el equilibrio. La atracción física era poderosa y estaba bien, pero… había algo más. Algo mucho más grande y potente. Y no podía ponerle nombre porque era totalmente nuevo para mí.

¿Sería que… me estaba enamorando de Tobías Lexington?

Nunca me había sucedido, pero lo que sentía no podía definirse de otra forma.

Estaba más desorientada que nunca y necesitaba consejo.

Tomé mi teléfono y llamé a Gertrudis.

—¡Al fin te acuerdas de mí! —exclamó, dos tonos después.

—Tienes razón, soy de lo peor. Discúlpame.

—Ya decía yo que todos esos sementales te iban a tener muy ocupada, y para que conste, no lo estoy diciendo por los caballos, ¡sino por los dueños!

—Estoy confundida, Ger. Necesito tu ayuda —pedí, porque mi amiga estaba al tanto de mis encuentros con Tobías y, si bien al principio me había alentado, cada vez la notaba más reticente. El suspiro que escuché lo confirmó.

—Eso significa que…

—No lo digas.

Lo dijo de todas formas.

—Te enamoraste del *cowboy* petulante —afirmó, sin duda alguna en su voz y refiriéndose a Tobías, porque para ella, Graham era el simpático y Tobías el odioso.

Y allí, sentada en la cama de la casita del rancho «El Camino», finalmente lo entendí. Realmente había pasado.

—Creo que sí, Ger. —Y la volví a escuchar suspirar.

—¡Dilo! ¡Reconócelo! ¡Haz catarsis! —gritó.

—Eres una demente, ¿lo sabes?

—¡Dilo!

—Lo amo.

—¡Más alto y claro!

—¡Amo a Tobías Lexington! —Era verdad. Lo amaba. Hasta ese momento me había dado auténtico pánico reconocer lo que sentía, pero ya no podía seguir engañándome.

—¿Y él que siente por ti? —preguntó, y pude notar la preocupación en su voz.

—Le gusto y me desea, de eso no tengo dudas, pero no existe ningún sentimiento. Si bien en el pasado fue alguien capaz de confiar en otro ser humano y comprometerse, ahora ya no está abierto al amor. Nuestra relación es sexual con exclusividad. Ambos estuvimos de acuerdo en que fuera en esos términos.

—Siempre se puede cambiar.

—Te aseguro que en su caso no sucederá, lo dejó bien claro, y actúa conforme a lo que ha

dicho. Ya ves que nadie sabe de lo nuestro, nuestros encuentros son a escondidas. Eso ya dice mucho —señalé.

—Dillon, te recuerdo que tú pensabas lo mismo y… ya ves, cambiaste.

—Es distinto. Si bien lo que viví fue duro, no creo que sea tanto como ver a tu padre teniendo sexo con la persona que amas y te pensabas casar. No te imaginas la humillación que vi en su cara cuando me habló de aquel día fatídico. La humillación del engaño, de haber estado tan equivocado, de que lo destrozaran personas que debían amarlo y cuidarlo. Él confió… ya no lo hace, y puedo entenderlo.

—Si bien él tuvo una mala experiencia, tú también la tuviste y… sin embargo…

—Creo que, lo que le sucedió, lo cambió para siempre.

—Sigo pensando que también lo que viviste te podía haber hecho cerrar el corazón para siempre, pero bueno… dejemos al *cowboy* petulante de lado y hablemos de ti. Entonces ¿qué piensas hacer? ¿No vas a pelear? ¿No le vas a confesar tus sentimientos?

—No; no creo que sea conveniente. No tengo ni tendré su amor, y confesándoselo solo voy a tener su compasión. Eso no lo quiero, prefiero tener su pasión, aunque sea por un tiempo.

—¿Y ya está, Dillon? ¿Rendirse sin luchar? —Y esa vez fui yo la que suspiré.

—No puedo, Ger. De verdad, no puedo.

—Está bien, amiga. Puedo entenderte. Entonces, disfrútalo mientras dure, en una de esas logras lo imposible y se enamora de ti. En realidad, estaría loco si no lo hiciera.

—Gracias por ser mi apoyo incondicional.

—Siempre estaré aquí para ti, cariño.

—Te quiero. —Me limpié una lágrima que resbaló por mi mejilla.

—Y yo a ti, Dillon, y quiero que seas feliz porque nadie lo merece más que tú. Un alma bonita como la tuya merece solo cosas bonitas. —Por unos segundos hizo silencio, luego agregó —: Piensa muy bien antes de tomar ninguna decisión, ¿de acuerdo? Y, por favor, no supongas, capaz que a ese *cowboy* le pasan cosas contigo, nunca se sabe.

Nos despedimos prometiéndonos hablar pronto. Sabía que, después de lo que le había confesado, Ger iba a estar más atenta que nunca. Y yo se lo agradecía.

Por otro lado, haber reconocido lo que sentía no cambiaba la situación entre nosotros. Yo… solo debía acallar y disimularlo. Mi única preocupación debía ser poder ser capaz de ocultarle que estaba enamorada de él.

A la boda fuimos todos en la camioneta de Graham, y todas esas atenciones y el cariño que me brindaban hicieron que mi sentimiento de pertenencia a esa familia se afianzara.

Los abuelos y Graham estaban sumamente elegantes, así que me alegré de haber elegido ese vestido midi *strapless* en color negro. Era precioso, clásico y elegante. En la peluquería me habían peinado con una coleta alta, elegante, pero con efecto despeinado. Me gustaba, y resaltaba mis hombros descubiertos.

La boda se realizaba en el granero de una granja cercana y me maravilló lo encantador que se veía. Era un lugar rústico, pero habían logrado crear un ambiente cálido, acogedor y lleno de romanticismo. El granero que era de madera envejecida y tejado a dos aguas había sido decorado con luces de hadas colgando del techo y guirnaldas de flores silvestres. El olor a madera y a tierra fresca llenaba el aire, envolviendo todo en una sensación sumamente romántica y emotiva.

Al llegar saludamos a los conocidos, que eran la gran mayoría porque la familia Lexington conocía a todo el pueblo, y luego nos sentamos en las sillas plegables dispuestas para presenciar

la boda. Casi todos preguntaban por Tobías y la respuesta de la familia siempre era la misma: «*Le hubiera encantado poder estar aquí, pero las obligaciones del rancho se lo impidieron*».

Si el nunca asistía, suponía que la pregunta era realizada como una consideración hacia la familia.

Un rato después las puertas del granero se abrieron de par en par y los novios entraron. Caminaron de la mano acompañados por la romántica canción de Brad Paisley, «Then» mientras sus miradas se cruzaban con complicidad. Se les veía radiantes y felices. Recorrieron el pasillo hasta el altar improvisado mientras saludaban y reían con todos los presentes que seguían sus movimientos con emoción. En ese momento no pude evitar comparar esa hermosa y emotiva boda donde el amor flotaba en el aire, con las pomposas y frías a las que había concurrido toda mi vida, incluso la mía.

Eso que estaba presenciando era amor verdadero.

Y compartían ese momento importante con las personas que querían.

Eso era REAL.

El ambiente era tan romántico que no pude evitar pensar en Tobías y en lo que sentía por él. Completamente desbordada por los sentimientos sentí que los ojos se me nublaban, parte por la emoción del momento y parte por la tristeza de no tenerlo a mi lado.

—Cariño, ¿estás bien? —me preguntó la abuela, apretándome una mano.

—Sí, abuela —respondí, con una sonrisa—, si bien no los conozco mucho, igual me emociona verlos tan felices.

Me miró y apretó más fuerte mi mano, seguramente recordando lo que le había contado de mi desastrosa boda, matrimonio y divorcio, y aunque con ese gesto intentaba darme su apoyo y consuelo, yo no lograba sentirme mejor, pensaba en Tobías y me iba rompiendo un poquito más cada vez.

La ceremonia fue muy emotiva y romántica, y luego de finalizada se apartaron todas las sillas hacia los laterales y se dispusieron mesas, dejando el centro libre para bailar.

Los primeros valientes se dirigieron a la pista y, unos segundos después, Graham me arrastró hacia la pista improvisada contando con el apoyo y la risa de Antonia y Jaime. Obviamente que se bailaba al ritmo de movidas canciones *country*, esas de la que me había convertido en *fan*. Y me dejé llevar por la música y por las vibraciones que provocaba por todo mi cuerpo mientras intentaba seguir los pasos de todos. Había descubierto que Graham era un gran bailarín al que me costaba seguirle el ritmo, pero era muy divertido. Perdí la noción del tiempo a medida que saltábamos de una canción a otra, y hasta me olvidé de que en algún momento de la noche el dolor de los pies había comenzado a matarme, hasta que ya no me resistieron más. Era hora de volver a la mesa con los abuelos.

—¿Quieres otra cerveza?

La pregunta la hizo Tom, otro de los empleados del rancho que siempre me ayudaba con los animales. Era un chico que tendría mi edad, alto, rubio y muy simpático. Siempre tenía una sonrisa que hasta resultaba contagiosa.

—En realidad, lo que necesito es una silla. Mis pies ya no resisten un baile más.

—Es lo que tiene el baile *country*, doc —dijo, sonriendo—. Te deja extenuado, pero te hace más feliz.

—Sin duda, Tom —dije, y le palmeé un hombro—, pero ahora mismo necesito sentarme y te diría que hasta sacarme los zapatos y masajearme los pies, pero como es una boda, va a ser imposible —dije, haciéndole un guiño—. Me voy a ir a sentar un rato con Antonia y Jaime.

—Y con el jefe.

—¿Qué? —pregunté, sin entenderlo.

—El jefe llegó hace un rato y está sentado con sus abuelos.

Inmediatamente volteé.

Sí; el que estaba sentado allí era Tobías y me estaba dedicando una mirada salvaje, pero también era dulce. Era como si en sus ojos ardiera un fuego indomable, pero envuelto en la calma de la complicidad que teníamos. No había palabras, solo una mirada profunda que parecía decirlo todo.

—Nos vemos más tarde, doc —dijo, Tom, pero yo seguí paralizada, observando a ese maldito hombre que se había adueñado de mi corazón por completo.

Si de por sí Tobías siempre estaba imponente, en aquella ocasión lo estaba aún más. Estaba guapísimo con su camisa blanca arremangada mostrando sus fuertes antebrazos y un par de botones desabrochados insinuando su magnífico pecho. Pocas veces lo había visto tan… formal, solo lo recordaba vestido de esa forma en aquella noche que, sin saber quién era, había conversado con él en aquel bar de la ciudad.

De repente hizo un amago de sonrisa, y tras posar en la mesa la botella de cerveza que estaba bebiendo, se puso de pie y caminó hacia mí con la calma de un depredador.

—Hola. —Besó mi mejilla, dejándome a cada minuto más sorprendida con su actitud.

—Hola —respondí, y sus ojos se deslizaron por todo mi cuerpo.

—Estás hermosísima. ¿Te estás divirtiendo?

—Tanto que pensaba ir a sentarme para descansar un poco. —Por unos segundos solo nos miramos fijamente, esa noche en su mirada había algo distinto, algo nuevo, un brillo muy vivo que no recordaba haberle visto—. No creí que te fuera a ver aquí.

Y en ese momento hizo algo que me dejó perpleja. No porque no lo hubiera hecho antes, sino porque lo hizo frente a la mirada de todos. Alzó una mano y me retiró el pelo que caía sobre uno de mis hombros, dejando que sus dedos acariciasen mi piel expuesta. Sus ojos se oscurecieron aún más y yo tuve que hacer un gran esfuerzo para disimular lo que esa caricia me provocaba porque la sentí por todo mi cuerpo. Todo era mucho más fácil cuando engañaba a mi corazón respecto a lo que sentía por él. No pude evitar cerrar los ojos.

—Dillon, abre los ojos. —Puso ambas manos en mi cintura antes de dejar que su boca cayera hasta mi oído.

—¿Qué haces, Tobías? Todos nos miran —señalé, porque pese a esa pequeña burbuja de complicidad y anhelo en la que nos encontrábamos, no podía pasar por alto la poca privacidad, aunque él me siguió mirando y el brillo de sus ojos se intensificó.

—Olvídate de todos. No son ellos, somos nosotros.

—¿Nosotros? ¿Ante toda esta gente?

—Nosotros. Dillon y Tobías. Esta noche he venido hasta aquí sabiendo a lo que venía. Vine a por ti. — Jadeé por toda respuesta y mis rodillas flaquearon ante todo lo que sentí al escuchar

esas palabras—. Vine porque es lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres? —consulté, porque no quería precipitarme al sacar conclusiones.

—Estar contigo. Sin escondernos, Dillon. ¿Estás de acuerdo con eso?

—Estás cambiando los términos de nuestra relación —afirmé, y él asintió con la cabeza.

—Es lo que me gustaría y por eso te lo estoy consultando. Sé que no es lugar, así que podemos hablarlo en otro momento. ¿Quieres que me quede o prefieres que me vaya?

Esos hermosos ojos oscuros tenían una promesa en su mirada, una que sabía reconocer perfectamente.

Y no tenía ni una sola duda.

Quería que se quedara.

Quería todo lo que me proponía.

Lo quería a él.

—Quédate.

Su sonrisa espontánea y luminosa aceleró mi corazón. Sin decir nada más entrelazó mi mano con la suya haciendo que le siguiera. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Estaba declarándole a todos y, sobre todo a su familia, que éramos pareja.

Apenas llegamos junto a ellos pude ver que los tres lo miraban atónitos, pero con la alegría bailando en sus ojos.

—Has vuelto —dijo, la abuela, mirándolo con ese brillo en los ojos que podría asegurar que era emoción.

—Nunca me fui, abuela. Estaba charlando con Dillon —dijo, apartando la mirada de su abuela para mirarme con esa dulzura que, hasta ese momento, solo reservaba para cuando estábamos solos.

—No me refiero a esta fiesta, cariño. Me refiero a que regresó mi nieto, el que se había perdido junto con su fe.

Tobías volvió a mirar a su abuela y sonrió, para luego ofrecerme una silla y tomar asiento a mi lado. Las palabras de la abuela me hicieron cuestionarme si una pareja de verdad todavía seguía siendo una posibilidad para él.

Lo miré conversar tranquilamente con su abuelo y su hermano, y pensé que esa noche estaba relajado, sonriente, con el cuerpo reposado tranquilamente en la silla y su mano… ¡Oh, Dios! En ese momento me di cuenta de que seguíamos tomados de la mano. Disimuladamente lo solté.

La voz de la abuela me sacó de mis cavilaciones.

—Gracias, cariño. Gracias por devolverme a mi nieto. Por primera vez en mucho tiempo, se le ve… feliz.

¿De verdad yo lo hacía feliz? ¿Podía hacerlo tener fe en el amor y ser feliz?

Por un breve instante me sentí abrumada por mi propio deseo de hacer exactamente eso, pero enseguida mis inseguridades se hicieron presentes.

Abrí los labios sin saber qué decir.

—Yo, eh, yo…

—Abuela, ¿qué tal estás? ¿Te diviertes? —preguntó, Tobías, y creo que lo hizo al escucharme titubear, aunque estaba segura de que no había oído lo dicho por Antonia.

—Nos estamos divirtiendo mucho y estamos muy felices por los novios y… por todos —respondió, mirando a su nieto y luego a mí.

—Si no la invitas a bailar esta canción, lo hago yo —escuché decir a Graham y en ese momento Tobías me miró y estiró su mano para que se la tomara.

—¿Bailarías conmigo, Dillon?

—Por supuesto que bailará contigo —dijo, la abuela, y ambos sonreímos.

—Sabes que a la abuela no le podemos llevar la contraria, así que… bailaré contigo.

—Veo que todos tenemos las cosas claras, mi señora siempre tiene la razón —dijo, Jaime, sonriente.

—Muy cierto, abuelo.

—Dejen la cháchara y a bailar, jóvenes —dijo, la abuela, dándome un empujoncito para que abandonara la silla.

Ambos nos pusimos de pie y, sin soltar mi mano, nos dirigimos nuevamente hacia la pista. Mientras caminábamos pude escuchar claramente a la abuela decir:

—Me recuerdan a nosotros cuando éramos jóvenes, Jaime.

—Estoy de acuerdo, y les deseo lo mismo que nosotros tenemos, así me aseguraré de que serán felices.

En ese momento mi garganta se secó y los ojos se me nublaron. Tuve ganas de voltear y mirarlos, pero no lo hice. No sé si Tobías los escuchó, pero no hizo ningún comentario.

Nos detuvimos en mitad de la pista de baile, muy cerca de los novios que también bailaban absortos el uno en el otro, y me tomó de la cintura para acercarme a él. Subí mis manos para apoyarlas en su nuca y levanté el rostro para mirarlo porque lo único que quería ver lo tenía frente a mí. Hablábamos en silencio con miradas, caricias y gestos que decían todo. La canción que se escuchaba era lenta y muuuy romántica. Sonaba «She's Everything» de Brad Paisley. Seguramente, por eso los abuelos y Graham habían insistido en que la bailáramos. No era de extrañar porque eran unos casamenteros.

Y comenzamos a mecernos al compás de la hermosa canción, dejándonos llevar por la romántica melodía, sintiendo en la piel la certeza de que aquel instante sería eterno, aunque supiéramos que, tarde o temprano, la canción tendría que acabar.

Pero en ese instante dejó de existir todo lo que no fuéramos nosotros.

Como había dicho Tobías, solo éramos nosotros.

Dillon y Tobías.

Capítulo 23

«Cuánto más abiertos estemos a nuestros propios sentimientos, mejor podremos leer los de los demás.»
—Daniel Goleman

Tobías



Entramos en la casa en la que vivía Dillon comiéndonos a besos. Sin separar nuestras bocas, cerré la puerta con el pie y ella dejó caer su bolso sin demasiada precaución. Era un beso intenso, sin pausa, desesperado, lleno de esa pasión que ambos necesitábamos. Escuchaba los latidos de mi corazón latir en mis oídos mientras mi excitación comenzaba a tomar el control.

Con Dillon era tan jodidamente intenso.

Nunca me había sentido tan atraído físicamente por una mujer, aunque con ella ya había asumido que era algo más que físico.

Y crecía exponencialmente.

Mordí su cuello y ella jadeó. Mis labios continuaron recorriendo su cuello hacia arriba y hacia abajo, pero me tomó del rostro y volvió a besarme. Su lengua exploraba mi boca y yo sentía que iba a arder de deseo y pasión.

Dillon nublaba mi mente.

Necesitaba hacerla mía cuanto antes.

Mi respiración era irregular, la de ella también.

Mis manos vagaron por su vestido hasta posarse en su pecho y apretarlo con fuerza.

—Te necesito desnuda, ahora —susurré, en su oreja, y con un movimiento rápido, la giré, bajé la cremallera del vestido que cayó al suelo en un susurro y acaricié su espalda lentamente hasta llegar a sus perfectas nalgas. Masajeé ese cuerpo de infarto, lo acaricié a mi antojo hasta que la sentí jadear descontroladamente—. ¿No tienes idea de lo hermosa que eres, verdad? —La volví a girar y estiré la mano para acariciar sus senos, pero cuando ella cerró los ojos y su cabeza cayó atrás, sin perder tiempo me incliné y llevé uno a mi boca.

Eran perfectos.

Perfectos para mí.

Parpadeé excitado y perdí totalmente el control.

Dillon no lograba quedarse quieta y sus gemidos eran cada vez más fuertes. Yo no estaba mejor, así que la tomé en mis brazos y me dirigí al dormitorio. Abrí la puerta de un puntapié y, sin dejar de besarnos y de tocarnos, ambos caímos sobre la cama. Deslicé sus bragas por las piernas, quitándolas de sus pies y dejándola totalmente desnuda. Me tomé unos segundos para observar la obra de arte que era esa mujer.

Dillon era bellísima.

Absolutamente perfecta.

Acerqué mi rostro y la besé posesivamente. Cuando rompí el beso abandoné la cama y estiré mi mano para que se pusiera de pie. Me miró levantando una ceja.

—¿No quieres…?

—Por supuesto que sí —respondí, enseguida porque tenía claro el tema de sus inseguridades por culpa de su ex, aunque había avanzado muchísimo, seguía siendo insegura en el sexo—, solo que ahora te quiero de pie. Ven y pon tu pierna aquí.

Levanté una de sus piernas para que descansara en la cama. Sin dejarla pensar, me arrodillé frente a ella y presioné mi rostro contra su sexo inhalando profundamente.

¡Santo infierno!

Mi boca buscó su sexo y comencé a lamerlo. Los ojos se me cerraban de tanto placer. Era indescriptible y quería más. Necesitaba más. Volví a levantar su pierna y la puse sobre mi hombro. Dillon se apoyó en mi cabeza mientras gemía cada vez más alto. Mis dedos encontraron ese punto entre sus piernas y lo froté suavemente antes de empujar uno en su interior.

Gritó fuerte.

Yo también.

Dos voces que gritaron juntas en extasiada liberación.

Dillon ya no tenía dominio de su cuerpo, era todo mío, y yo había perdido totalmente el de mi cuerpo y ya no podía aguantar más. Me puse de pie y me desnudé lo más rápido que pude. Mientras lo hacía, Dillon me observaba con esos hermosos ojos como siempre lo hacía, como si me estuviera viendo por primera vez. Su respiración era trabajosa y su cuerpo temblaba. No sabía si podría seguir aguantándose de pie.

—Acuéstate bocarriba —pedí, mientras la ayudaba a hacerlo.

Verla tendida en la cama, desnuda, despeinada, rendida al placer y esperándome, fue demasiado. Me subí a la cama y me coloqué entre sus piernas, abriéndoselas con delicadeza. Froté su sexo un poco más y luego me coloqué sobre ella para besarla con toda esa necesidad que me hacía sentir.

Ya estaba húmeda y relajada, más que lista para mí.

Me coloqué un condón, me situé sobre su cuerpo y, sin dejar de mirarla, empujé.

Gemimos al unísono.

Subió sus sensuales y largas piernas y envolvió mis caderas con ellas. Por unos minutos me quedé quieto permitiendo que se acostumbrara a mi tamaño porque Dillon era muy estrecha y yo muy grande. Me deslicé fuera y la volví a besar para luego empujar más fuerte.

Y perdimos el control de todo.

Mis embestidas comenzaron a ser brutales y el placer inigualable.

—Aaah. —El calor se apoderó de mi cuerpo y comencé a sentir que los músculos se me contraían.

—Tobías, voy a… —Se aferró a mí y echó la cabeza hacia atrás. Su espalda se arqueó y gritó mi nombre mientras su cuerpo se convulsionaba violentamente.

Miré su rostro.

¡Joder!... Su rostro.

No existían palabras para describir lo hermoso que era su rostro cuando se corría.

Y me dejé ir.

Alcancé un potente orgasmo con espasmos que me recorrieron el cuerpo entero y me dominaron por completo.

—Joder, joder, Dillon —siseé, mientras continué con embestidas fuertes—. Joder, joder, joder. Esto es tan…

Nos movíamos juntos, lentamente, mientras comenzaba a bajar la intensidad del orgasmo. Caí sobre ella con mi cuerpo saciado y totalmente laxo. Me quedé quieto, respirando con dificultad y sintiendo sus manos recorrer suavemente mi espalda. Cuando abrí los ojos y la miré, volví a experimentar eso que solo me pasaba con ella, sentía una emoción que me estremecía el cuerpo y me aturdía, y tenía claro que no era por el brutal orgasmo que acababa de experimentar.

Era otra cosa.

Y era distinto a todo lo sentido y vivido alguna vez.

Sin decir nada, busqué sus labios y la besé. Salí de su cuerpo con delicadeza, me deshice del condón y me dejé caer a su lado. La abracé fuerte, atrayéndola hacia mí para que apoyara su cabeza en mi pecho.

—Escucho los fuertes latidos de tu corazón —susurró, y me dio un tierno beso en el pecho, y creo que ese beso traspasó todas mis corazas.

Si mi corazón latía fuerte, en ese momento se agitó desbocado a punto de salírseme del pecho. Y me inundó una calidez desconocida y algo parecido a la esperanza. Como si ese delicado beso y sus caricias hubieran liberado algo que estaba profundamente atrapado. Como si se hubiera encendido algo que estaba apagado iluminándolo todo.

—Dillon..., yo…

Nada.

—Estás muy callada. —Esperé unos segundos en silencio y solo escuché el ronroneo de su respiración—. Dillon…

Tomé su mentón y levanté su rostro con delicadeza.

Se había quedado dormida.

Y parecía un ángel.

Mi ángel.

Suspiré y volví a apoyar su rostro en mi pecho abrazándola más fuerte.

Dillon suspiró quedamente.

Cerré los ojos y dejé que la paz me invadiera.



Me desperté y aún seguía oscuro. Con mirada somnolienta noté que la habitación solo estaba iluminada tenuemente por la luz de la luna. No tenía ni idea de la hora ni de cuánto había dormido. Las veces que habíamos estado juntos me iba antes del amanecer porque no quería que nadie me viera salir de su casa. En el rancho la jornada comenzaba muy temprano y tenía que ser

muy cuidadoso.

Pero…

No quería que nos escondiéramos más.

Giré el rostro para el lado de la cama que ella ocupaba y… estaba vacío. Por un momento el pánico me invadió, el temor a que se hubiera ido… que me hubiera dejado, pero enseguida sentí su presencia.

Siempre la sentía.

Era como un cosquilleo en todo mi cuerpo.

Miré hacia la ventana donde se perfilaba su silueta esbelta y grácil, y fue como si el alma volviera a mi cuerpo. Su largo cabello rubio brillaba con la luz de la luna y las estrellas.

Era un regalo para la vista.

Era un regalo para MI vista.

Abandoné la cama en completo silencio y me acerqué a ella. Se había puesto mi camisa y apostaba lo que fuera a que solo llevaba eso sobre su piel. De solo pensarlo volví a tener una erección palpitante.

Me situé tras ella y la abracé desde atrás, envolviéndola con mis brazos por la cintura mientras apoyaba el mentón en su hombro y me pegaba a su espalda. Al principio se sobresaltó, pero enseguida cubrió mis manos con las suyas y apoyó su cuerpo en el mío.

—Te gusta mucho observar el cielo por la noche. Lo he notado —susurré, en su oreja, y luego le di un beso en la mejilla.

Se tomó varios segundos para responder. Solo se escuchaban los sonidos típicos del rancho en la noche, un relincho a lo lejos, la sinfonía de las ranas, todos tan típicos y conocidos por mí.

—Este cielo me recuerda a mi niñez. Me sumerjo en ese maravilloso cielo que despierta mis recuerdos, mis reflexiones más profundas y hasta los fantasmas que revolotean en mis pensamientos —respondió, aunque no entendí por qué lo decía.

—¿Por qué te lo recuerda? ¿Por qué te provoca todas esas cosas?

—Porque pasé mucho de los veranos en el rancho de mis padres. Un rancho que, para ellos, solo era equivalente a negocios, pero para mí era la vida misma —dijo, sorprendiéndome, porque no sabía que ella había vivido en un rancho y, por lo que me había dicho de su familia, no me los imaginaba en uno.

—¿Viviste en un rancho?

—No viví de forma permanente, solo pasaba los veranos. Cuando terminaba las clases mis padres me dejaban allí. Contrataban a una niñera y quedaba a cargo de ella y de los empleados. Ellos solo venían de vez en cuando, pero yo… era feliz. Fue la época más feliz de mi vida. De allí viene mi amor por los animales y, sobre todo, por los caballos —confesó, sin voltear, seguía abrazándola por detrás, y lo hacía cada vez más fuerte, como si mis brazos le pudieran demostrar que ya no estaba ni estaría sola.

—No lo sabía, Dillon, no lo habías mencionado —señalé, sorprendido ante esa información.

—Cuando llegaba la noche siempre miraba el cielo y hablaba con las estrellas. Les pedía que no permitieran que mis padres me llevaran a la ciudad, les imploraba que cumplieran mi deseo de quedarme para siempre en el rancho. —Su voz era casi un susurro y en ese momento comprendí que haría cualquier cosa por esa mujer. No quería verla triste nunca más.

—Pero…, volviste a la ciudad.

—Lamentablemente, sí; y cuando crecí no me permitieron volver más porque no querían que

fuera una chica de campo, debía ser una chica glamorosa de ciudad. Eso decía mi madre… yo no pensaba ni pienso como ella, pero debía obedecerla. Y luego me casé y… bueno, ya sabes. —Negó con la cabeza, seguramente para olvidar esos malos recuerdos—. Ya ves, las estrellas no me cumplieron el deseo… pero las sigo admirando porque me parecen hermosas y me relajan el alma.

—Quizás, sí te lo cumplieron, porque ahora estás aquí y yo... no quiero que te vayas. —Creo que el comentario la sorprendió a ella tanto como a mí.

Dillon giró entre mis brazos y me miró. Sus ojos brillaban como nunca.

—¿Qué es lo que pretendes, Tobías? En la boda me dijiste que no querías que nos escondiéramos, pero no aclaraste lo que eso significa. Y ahora dices esto… No quiero que me confundas. —Bajó la mirada y yo levanté su mentón con un dedo para obligarla a que me mirara con sus espectaculares ojos.

Sentí que el corazón se me aceleró ante mi confesión inminente, estaba asustado, pero más seguro que nunca.

—Quiero que tengamos una relación de verdad. No quiero esconderme más. Quiero poder besarte, abrazarte y tomarte de la mano sin importar quien esté. Quiero compartir contigo paseos a la luz del día y ante los ojos de todos. Tus besos siempre me saben a poco y el sexo… bueno, siempre quiero más —conseguí decir, decir por fin en palabras lo que sentía, y Dillon me siguió mirando intensamente, pero no dijo nada. Finalmente, y ante su silencio, pregunté—: ¿Puedes decir algo?

—A mí me pasa igual, Tobías, pero ambos sabemos que tú no quieres una relación a largo plazo y yo lo acepté. —Me miró con algo que interpreté como dolor—. Por muy satisfactoria que ahora sea, dejaste en claro que no nos llevará a ningún lado y que lo nuestro es efímero, entonces… para qué hacer algo que nos puede hacer mucho daño.

Tenía razón.

Le había dicho que solo se trataba de atracción y que cuando ya no quisiéramos estar juntos, que antes pensaba que sería más temprano que tarde, cada uno continuaría con su vida como si nada.

Pero lo que ella no sabía era que en ese momento distaba mucho de pensar así.

Yo… no quería perderla y estaba dispuesto a lo que fuera para que siguiera junto a mí. Antes de que Dillon llegara al rancho, me sentía sumido en la oscuridad, y su llegada lo iluminó todo poniendo cada cosa en su sitio.

Tenía que saber que pensaba porque recordaba muy bien que ella tampoco estaba dispuesta a tener una relación de verdad.

Mi corazón comenzó a bombear sangre con más fuerza.

—¿Y si ya no quiero eso? ¿Estarías dispuesta a tener una relación seria?

—¿A qué te refieres? —preguntó, aunque yo sabía que lo tenía claro, simplemente quería que se lo dijera de forma precisa.

—Noviazgo.

Me miró y pude ver la duda en sus hermosos ojos celestes.

—Tobías —dijo, poniendo sus manos en mi pecho—, no estoy segura de que sea una buena idea. Yo…

—¿Por qué? —la interrumpí, sintiendo que me invadía la desesperación.

—Voy a ser sincera contigo. —Suspiró—. Acepté nuestra relación porque pensé que se trataría solo de sexo, y aunque tenía muchas inseguridades con ese tema, sabía que sería algo que podría manejar, pero después de conocerte mejor, yo… no estoy segura de querer arriesgarme.

—Dillon, ya nos estamos arriesgando —afirmé, porque la realidad era que ella había movido los cimientos de mi vida desde el primer día.

—Puede…, pero llegué al rancho con mi corazón malherido y no quiero aferrarme ni a una mínima esperanza, no me lo puedo permitir.

Si bien pueden pensar que eso me desilusionó o, incluso, que me dolió o molestó, les aseguro que lo único que hizo fue darme esperanza. Si Dillon no quería arriesgarse era porque no solo sentía atracción por mí, sentía algo más.

Algo más profundo que la atracción y el deseo.

Las señales estaban ahí, más claras que nunca.

Ninguno de los dos quería vivir otra desilusión, y pensar en lo que nos estaba sucediendo asustaba. Las sombras del pasado aún nos susurraban advertencias y nos recordaban las heridas que nos habían llevado a ser desconfiados y blindar el corazón. Pero no podíamos desconocer que eso que nos unía, y a lo que no sabíamos cómo nombrar, crecía con cada minuto que pasábamos juntos.

Solo era cuestión de demostrarle que podía confiar en mí.

Sus ojos se agrandaron confusos cuando me vio sonreír.

—Puedo esperar, Dillon. Te aseguro que te voy a convencer de que, no solo es una buena idea, es la mejor.

Y la besé.

Mis labios ansiosos y febriles, alcanzaron los suyos. Me complació sentir que ella se entregaba a mí con la misma voracidad. Nuestras lenguas danzaron juntas como si llevasen toda la vida haciéndolo. La abracé posesivamente y ella se agitó contra mi cuerpo.

—Sabes a puto cielo. A ese cielo que te gusta tanto. —La volví a besar mientras llevaba mis manos a su trasero desnudo, guiándola para que se moviera contra mi sexo.

La tomé en brazos y la llevé a la cama, acostándola allí para luego cernirme sobre ella. Dillon me tomó de la nuca y me atrajo para besarme con la misma necesidad y hambre que la había besado yo. Para mi sorpresa, porque seguía siendo tímida a la hora de tomar la iniciativa en el sexo, llevó su mano a mi miembro y comenzó a acariciarlo con movimientos lentos y firmes.

Gruñí de placer.

Le mordí esos pechos que me volvían loco. Tan loco que de solo pensar en que alguien más lo pudiera hacer, me ponía de un humor de mil infiernos. Lo que Dillon me hacía era demencial.

No aguantaba más.

Con delicadeza aparté su mano y me incorporé para colocarme un condón. Me situé de nuevo sobre ella y la tomé de las caderas para elevarla y penetrarla de un solo impulso.

—Oh, Dios… —gimió, cerrando los ojos y arqueando la espalda.

Le tomé las rodillas, las levanté para poder llegar más profundo y comencé a moverme con embestidas rápidas, exigentes y contundentes, mientras sus caderas iban a mi encuentro acomodándose a mi ritmo.

—Córrete para mí, no lo retengas. Déjame verte, necesito verte.

Y lo hizo.
Se liberó con mi nombre en sus labios.
Música celestial para mis oídos.

—Joder, sí. —La seguí, gruñendo mi intensa liberación.

Ambos sonreímos mientras nos mirábamos con los ojos vidriosos por la pasión. Me incliné sobre ella y la besé sintiendo las últimas sacudidas del potente orgasmo. Cuando alcé la cabeza para mirarla nuevamente, ella estaba con los ojos cerrados.

—Abre los ojos, cariño —pedí, y al volver a ver esos claros zafiros que me miraban con lujuria y embeleso, susurré contra sus labios—: Te voy a convencer, es una promesa.

Capítulo 24

«Donde no pidas nada y te den todo, ahí es.»
—Anónimo

Dillon

Tobías se había ido antes del amanecer, pero bastante más tarde de lo que siempre lo hacía. Al quedarme sola, mi mente no dejaba de pensar en su propuesta y la ansiedad se había apoderado de mí, no pudiendo volver a dormir. Había vuelto a mirar por la ventana como siempre hacía cuando me desvelaba y las estrellas cubrían el cielo. Su propuesta me había tomado por sorpresa y, si bien me había enamorado de él, no quería sufrir lo indecible cuando me dejara, porque con su postura ante el amor y su gran desconfianza, eso sucedería tarde o temprano. No me sentía capaz de dar ese paso, era como si estuviera al borde de un precipicio y tuviera que saltar sin ninguna protección. La sensación de vértigo era enorme y sentía que el mantenerme firme en mi postura era la única barrera que me quedaba. Sin ella, estaba perdida.

Estaba sumida en mis reflexiones cuando el teléfono sonó. Eran un poco más de las seis de la mañana de un domingo, así que lo primero que pensé fue que era Tobías que llamaba para decirme algunos de esos comentarios con ribetes sexuales que solía hacerme y que sabía que me ponían a mil, aunque también me hacían reír por su descaro.

Tomé el teléfono con una sonrisa y preparada para responder a sus pullas, pero mi sorpresa fue grande cuando vi en la pantalla el nombre: Antonia.

—Buenos días, abuela.

—Dillon, tienes que venir a la casa para evitar una desgracia. Tiene que ser ahora, por favor —pidió, y su tono alarmado, no solo me desconcertó, me generó una gran preocupación.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—Es Tobías —dijo, y palidecí de inmediato y sentí como si todo el aire abandonara mis pulmones—. Tienes que venir a ayudarlo. Ven cuanto antes.

—¡¿Qué le sucede a Tobías?! —pregunté, desesperada, ya sin ningún tipo de compostura.

—Mi hijo, el padre de Tobías, está aquí y vino con esa maldita mujer, con Bárbara, la ex de Tobías. No sé si sabes lo que pasó…

—Lo sé, lo sé, abuela —respondí, y pese a que esa información debería haberme tranquilizado porque no era un accidente o algo grave, lo único que sentí fue un gran frío en el cuerpo al comprender lo que esa visita significaba para él.

—Tú eres la única que puedes ayudarlo. Ven, cariño, ven a ayudar a mi nieto… por favor te lo pido.

Antonia cortó la llamada y me quedé mirando el teléfono tratando de pensar rápidamente en cómo yo podía servir de ayuda en esa situación.

Su padre estaba en el rancho acompañado de su «pareja» que no era otra que la ex prometida de Tobías. Además de toda la terrible historia que pesaba sobre ellos tres.

¡¿Cómo rayos era posible que se presentaran después de lo que le habían hecho?!

Tenía que ayudarlo.

Pero… ¿cómo?

Piensa, piensa, Dillon, me dije.

Y enseguida lo entendí.

Me vestí a toda carrera y salí de la casa a paso rápido en dirección a la casa principal. Cuando llegué a la puerta no me sentía tan valiente como minutos antes. No estaba segura de haberlo pensado bien, pero no podía perder tiempo.

Lo iba a hacer.

Abrí la puerta con determinación.

Y la tranquila escena que me recibió me desconcertó un poco y, por unos segundos, no supe qué hacer. Respiré un tanto aliviada, porque debo reconocer que me esperaba una situación más hostil. Enseguida, mis ojos hicieron un escaneo rápido del lugar, pero Tobías no estaba por ningún lado. Había una pareja, que supuse eran el padre y la tal Bárbara, sentada en el sillón grande y se veían rígidos y me miraban a la cara como si esperaran una explicación por mi inesperada entrada. Frente a ellos, en los sillones individuales, estaban sentados los abuelos, y en su semblante solo se notaba la preocupación. Nadie hablaba y el ambiente era tan tenso que se podía cortar con un cuchillo. No me importó ser el centro de atención, aunque me repugnaba la mirada de esos dos perversos.

La abuela se puso de pie y me hizo un gesto señalándome la escalera con la cabeza, y en ese momento sentí un portazo en la planta alta de la casa, seguramente proveniente de uno de los dormitorios, y ambas miramos hacia allí. Tobías bajaba por la escalera a toda carrera y en su rostro contraído solo se podía vislumbrar auténtica furia e indignación. Sus ojos centellaban, como si estuviera viendo todo en color rojo.

Verlo así me rompió el corazón.

No podía ni imaginar lo que esa visita significaba para él.

¡Reacciona!, gritó mi conciencia.

Eso parecía más fácil en las películas, pero no me acobardaría.

Había llegado el momento de poner todas mis cartas sobre la mesa.

Corrí hacia la escalera y llegué cuando Tobías estaba alcanzando al último escalón. Me detuve delante de él para impedirle el paso.

Me miró desconcertado y se detuvo en seco. En realidad, no tuvo otra opción que detenerse porque si no hubiera impactado conmigo y, con la rapidez y energía que traía, su empujón me hubiera hecho golpear contra el piso.

No lo dejé pensar demasiado.

—Mi amor, estaba yendo a buscarte. —Lo rodeé con mis brazos, abrazándolo fuerte por la cintura y apoyando mi cabeza en su pecho.

—Dillon… —dijo, desconcertado, y levanté el rostro hacia él y lo miré. Su sorpresa era evidente, pero sus facciones se habían suavizado... un poco.

—Te amo —susurré, sin apartar mis ojos de los suyos—. Sí, quiero ser tu novia. Es lo que más quiero en el mundo. Olvídate de ellos. Somos NOSOTROS. Tobías y Dillon —repetí lo que él me había dicho en la boda, me puse de puntillas y le pasé las manos por el pelo. Sus ojos se cerraron por un segundo, luego volvió a mirarme embelesado.

—¿Me… amas? —preguntó, un poco aturdido, mirándome con sus preciosos ojos marrones

y llevando sus manos a mis caderas, y supe que yo tenía toda su atención. Era el momento de confesarle mis sentimientos. Era inútil intentar huir de ellos. Jamás hubiera imaginado que sería así, pero ya no importaba. Le iba a abrir mi corazón para salvar el suyo.

—No necesito mirar hacia el cielo para ver las estrellas porque tú me haces ver el universo entero cuando estás conmigo. Me enamoré de ti… desde el primer día, creo que me enamoré de ti cuando me miraste en aquél bar de la ciudad. Tienes mi corazón, Tobías Lexington, quizás esté un poco maltrecho, pero es todo tuyo.

Permaneció en silencio por unos segundos, hasta que elevó una de las comisuras de su boca y, ese casi imperceptible gesto me supo a victoria y felicidad, devolviéndome el alma al cuerpo.

—Yo voy a arreglarlo.

—¿Qué? —pregunté, desconcertada, porque en ese momento no supe a qué se refería y temí que fuera al conflicto con su padre.

—A tu corazón maltrecho. —Y me besó.

La voz de la abuela nos sacó de nuestra burbuja, obligándonos a volver a la realidad. Una realidad que para nada se parecía a la que acabábamos de vivir que, si bien podía llegar a ser la declaración de amor más atípica del mundo, sin embargo, era lo más bonito que me había pasado en la vida.

—El amor… el amor —dijo, entre suspiros y una gran sonrisa—. Queridos, lamento interrumpirlos, pero tenemos visita, aunque no son bienvenidos —dijo esto último por la bajo, pero lo suficientemente alto para que ellos la escucharan.

Miré a Tobías y, por primera vez, vislumbré algo de inseguridad en sus ojos, lo tomé fuertemente de una mano y pude sentir que temblaba. Volví a sentir una gran opresión en el pecho. Él estrechó mi mano con fuerza y su pulgar comenzó a acariciar el mío.

—Es nuestro momento, no de ellos. Podemos con esto, cariño. Juntos podemos —afirmé, me miró y asintió con la cabeza.

Comenzamos a caminar hacia el *living* y, aunque parecía tranquilo, yo sabía que era más apariencia que realidad. Lo que no ocultaba era su enfado, que parecía crecer en intensidad con cada paso que dábamos. Todos se pusieron de pie en el instante que entramos en el *living*. Al mirarlos mejor sentí que me empezaban a hervir las entrañas. ¡Los odiaba! Los odiaba aún más que a Jairo que me había hecho tanto daño. Los odiaba porque habían lastimado el corazón del hombre que tenía a mi lado. Del hombre que amaba.

—¡¿Qué diablos están haciendo aquí?! ¿No les quedó claro que no debían poner un pie más en el rancho? —increpó, Tobías, dando un intenso tono glaciar a sus palabras, tan frío que lo envolvió todo.

—¿Cómo estás, hijo?

—Te pregunté qué hacen aquí. Y no me llames hijo.

Su padre negó con la cabeza.

—Es el rancho de la familia ¿no? —dijo, con cierta ironía, y yo no podía creer su

desvergüenza.

—Ya veo… quieren más dinero. Seguro que apostaste y perdiste todo el dinero que te dimos. Pues, están perdiendo su tiempo porque no nos van a sacar ni un puto peso más. Ya te pagamos bastante más de lo que te corresponde de tu parte del rancho —señaló, mirando a su padre con desprecio y con un tono casi despiadado—, así que lárguense de una maldita vez porque no van a obtener nada más. No sé qué mierda quieren, pero les aseguro que no van a obtener nada.

—Ay, hijo, siempre tan prepotente —dijo, negando con la cabeza y planteándolo como una clara burla. Y juro que sentí unas enormes ganas de ponerlo en su lugar y plegar ese estirado rostro con un buen derechazo—. Vinimos porque necesitamos hablar con toda la familia —declaró, mientras ella se mantenía en silencio, pero no le sacaba los ojos de encima a Tobías. ¡Maldita zorra! La fulminé con la mirada, aunque ella ni me miró.

—¡Yo no tengo nada que hablar con ustedes ni los quiero tener frente a mí!

En ese momento el padre clavó sus ojos en mí y sentí que Tobías se tensó. Inmediatamente pasó su brazo por mi cintura y me atrajo aún más hacia él.

—Perdón, parece que a mi familia se les han olvidado las normas de educación y cortesía —dijo, como si lo que acabara de decir su hijo no lo hubiera afectado en lo más mínimo, y escuché bufidos por parte de los abuelos y la risa irónica de Tobías—, no nos han presentado, señorita. Soy Giuliano Lexington, el padre de Tobías y su hijo —dijo mirando a los abuelos—. Pero no creo que te hayan hablado de mí porque soy «la oveja negra de la familia». Encantado de conocerte. —Esbozó una sonrisa perversa y estiró su mano para saludarme, pero no se la tomé, así que volvió a la seriedad, bajó la mano y miró a su mujer—. Y ella es…

—Sé quiénes son. Y, lamentablemente, lo que escuché de ustedes no hizo que lo imaginara como una oveja porque esos animales son inofensivos, más bien como a buitres o zorras o algún otro animal traicionero —señalé, y escuché el ruido que hacían Tobías y los abuelos intentando contener la risa—. Soy Dillon Daurelli, la novia de Tobías.

Levantó las cejas y forzó una sonrisa tan falsa que parecía una mueca siniestra.

—¿Daurelli? —cuestionó, sorprendido—. ¿Eres familiar de…

—¿Qué quieren? ¿Para que vinieron? —insistió, Tobías, interrumpiéndolo, pero yo me quedé pensando en lo que no había terminado de decir y me cuestioné si conocería a mi familia.

—Me alegra saber que mi hijo… —Comenzó a decir, pero Tobías no lo dejó terminar.

—¿Te alegra? ¿Qué mierda es lo que te alegra? Dime de una maldita vez qué es lo que están haciendo aquí y lárguense.

—¿Dónde está Graham? —preguntó, mirando a su alrededor como si lo buscara—. Me gustaría que él nos acompañara en esta reunión «familiar» —expresó, con actitud arrogante.

Tobías irguió su cuerpo y dio un paso hacia su padre con ojos asesinos. Tiré de la mano que tenía tomada para acercarlo nuevamente a mí y evitar el enfrentamiento. Me miró a los ojos y los míos suplicantes parecieron hacerlo volver en sí.

—Quizás sea mejor que nos sentemos y nos tranquilicemos un poco —propuso, el abuelo.

Volví a mirar a Tobías porque yo estaba dispuesta a hacer lo que él quisiera, no me importaba lo que dijeran los demás. Noté el esfuerzo que hacía para contener su furia.

—Si ustedes desean hablar con ellos —dijo, mirando a sus abuelos—, no se los voy a reprochar. Yo no pienso gastar un segundo más de mi vida en gente que no vale la pena. Avísenme cuando estas personas se hayan ido y…

—Vas a tener un hermano o, quizás, hermana, aún no sabemos el sexo —lo interrumpió «la zorra».

Se hizo un silencio colectivo.

Un silencio profundo y atronador.

Ese silencio que penetraba hasta lo más profundo de nuestro cuerpo.

Un silencio doloroso.

Los abuelos miraron a Tobías con la angustia reflejada en sus ojos.

Yo no me atrevía a mirarlo, pero mi corazón lloraba por él.

Iba a tener un hermano o hermana de la mujer que había amado y con la que pensaba formar una familia, y ella se lo había dicho como esperando a que la felicitara. ¡Era repugnante!

Después de unos segundos, Tobías rio por lo bajo, apretando su agarre y estrechándome más contra su cuerpo, parecía que tenerme a su lado le daba el coraje que necesitaba.

—Pobre criatura… —dijo, negando con la cabeza—. Lo único que diré es que ese bebé, que es inocente, podrá contar conmigo…, pero respecto a ustedes nada ha cambiado, sigo manteniendo lo que les dije aquella nefasta noche y lo repito para que les quede claro de una maldita vez: ¡No-los-quiero-volver-a-ver! Buenos días. —Sin soltar mi mano, giró para salir de la sala y alejarnos de ellos, y yo sentí un gran orgullo al escucharlo decir esas palabras porque aceptaba al bebé sin tener en cuenta los errores o, mejor dicho, horrores cometidos por sus padres.

—Tobías —llamó, su padre y él se detuvo y volteó para confrontarlo—. Tu nuevo hermano tiene tanto derecho como Graham y tú a los ingresos que genera este rancho. No voy a permitir que…

—¡Eres un desgraciado chantajista! —gritó, Tobías con furia despectiva—. ¿Gastaste toda la fortuna que te dimos? ¡Eres un parásito! —Soltó mi mano y se dirigió hacia el padre sin poder apaciguar la ira que sentía, y yo lo seguí y me detuve junto a él porque parecía enceguecido—. Vienes aquí a exigir dinero cuando NUNCA hiciste NADA por el rancho, lo único que hiciste fue gastar el dinero que los abuelos ganaban con el sudor de su frente.

—No seas melodramático.

—¡Maldito desgraciado!

Su padre lo miró sin alterarse.

—Soy todo eso que me has dicho y mucho más, pero no quita que a este niño —dijo, y llevó una mano al vientre de Bárbara—, le corresponde tanto como a ustedes.

—Me avergüenzas Giuliano —dijo, Jaime, acercándose a nosotros—. Aún me cuesta creer que te hayas convertido en esta persona despreciable. A partir de este momento quiero que dejes el rancho y no te comuniques más con nosotros.

—Eso siempre y cuando me den el dinero que le corresponde a tu futuro nieto.

—Ya escuchaste a tu padre, vete, Giuliano —dijo, la abuela, con tristeza—. Mis nietos son Tobías y Graham. A partir de ahora no te vas a comunicar más con nosotros.

—Usted no puede ignorar a nuestro hijo —dijo, Bárbara, haciéndose la ofendida.

—¡Cállate, zorra! —exclamó, la abuela y le propinó una sonora bofetada mientras la miraba

con un gesto despectivo que jamás le había visto.

—¿Cómo te atreves, mamá? —reclamó, su hijo, abrazando a Bárbara que se tomaba la mejilla con la mano haciéndose la víctima.

—Yo debí hacer esto mucho antes. Debí haber defendido a mi nieto mucho más de lo que lo hice —dijo, negando con la cabeza—, pero aquella noche estaba tan angustiada y sorprendida que no fui capaz de decirles todo lo que se merecían y luego… luego me dejé llevar como madre y seguí en contacto contigo —señaló, mirando a Giuliano con desilusión—, pero se terminó. A partir de este momento los quiero fuera del rancho y de nuestras vidas. Y si vuelven a poner un pie aquí…

—Queremos quinientos mil dólares y no nos ven más —dijo, Giuliano, dejándonos a todos más perplejos aún.

Definitivamente, ese hombre había perdido el juicio.

Tobías se adelantó como si fuera a golpearlo, pero alguien lo detuvo tomándolo del brazo, miré hacia atrás y vi el rostro desencajado de Graham.

—No vale la pena, hermano. Estos dos… no valen la pena. Nada va a cambiar, así que ni siquiera deberíamos estar perdiendo el tiempo con ellos. Ya escucharon a los abuelos y a Tobías, lárguense de una maldita vez del rancho. Nadie quiere verlos aquí. Desaparezcan de una vez de nuestras vidas.

—Con que esas tenemos… —dijo, el padre, mirándolos a ambos hijos con rencor.

—Vámonos, Giuliano —dijo, Bárbara, tironeando de él.

—Sí, vámonos, cariño. —Miró a todos, incluyéndome—. Volverán a saber de mí, se los aseguro —afirmó, con tono amenazante, y esa vez me miró directo a los ojos—. Un gusto en conocerte, chica Daurelli, muy bonita, por cierto, les doy mi bendición y te prometo que tú también sabr… —Noté que la tensión se apoderó de Tobías y me di cuenta de que era el momento de intervenir poniéndome delante de él para protegerlo de ese hombre.

—¡¿Puede callarse de una maldita vez?! —rugí, mirándolo furiosa—. NO necesitamos su bendición. ¿Cómo se atreve a decir algo así? Ni siquiera sé cómo expresarme para decirles lo mucho que los aborrezco. Y sepa señor Giuliano Lexington que, Tobías, los abuelos y Graham son MI familia y no permitiré que nadie, absolutamente nadie, les haga daño.

—¿Tu familia? —dijo, con sarcasmo, Bárbara. Y al escuchar su voz mi mirada furiosa se centró en ella, aunque en ese momento comprendí que ella era la que había perdido. Sentí la mano de Tobías apretar la mía, pero la seguí mirando a ella.

—¿Qué es peor, *señora*? ¿Saber que perdió, que es una total fracasada, o saber que todo el mundo aquí presente piensa que Tobías salió ganando? —Mi mirada se encontró con la de Tobías y el estómago se me llenó de enloquecidas mariposas cuando vi el brillo en sus ojos y la tímida sonrisa que me dedicaba.

Sí, el mundo era perfecto cuando Tobías me sonreía.

—¡Lárguense! —exigió el abuelo.



Tobías no dijo nada, los siguió con la mirada cargada de furia hasta que pasaron la puerta principal. Después tironeó de mí y salimos hacia donde yo vivía, pero por el patio trasero. Caminó y no se detuvo hasta que llegamos. Su mirada era intensa.

—¿Es verdad, Dillon? Lo que dijiste en la casa, ¿es verdad? —Sus ojos no se apartaban de los míos, me miraban con urgencia, como si nada en el mundo importara más que mi respuesta.

—Te amo, Tobías. Te quiero más de lo que nunca he querido a nadie —afirmé, porque seguramente él había creído que mi confesión había sido para ayudarlo con la incómoda situación vivida un momento antes, pero era mi verdad. Y, aunque sabía que probablemente él no me amaba, la esperanza era testaruda e insistía en seguir creciendo, por mucho que yo insistiera en que no lo hiciera.

Me preparé para lo que fuera que viniera porque ya no tenía dudas respecto a lo que quería en mi vida e iba a aceptar lo poco que me diera. Había estado varios años casada con un hombre que no amaba ni él a mí. Un hombre que no me había respetado y solo me había ofrecido humillaciones, rechazos y desplantes. A Tobías lo amaba y, si bien él nunca me había hablado de amor, me cuidaba, me protegía y me hacía sentir valorada y escuchada. Me daba la posibilidad de perderme en el calor de sus brazos que estaban dispuestos a venerarme sin esperar nada más que no fuera mi entrega total y absoluta.

Tobías era un hombre honrado.

Tenía un corazón herido, pero ese corazón seguía latiendo y amaba incondicionalmente a sus abuelos y a su hermano. Era un hombre justo con sus trabajadores y se preocupaba por todos.

Tobías era un buen hombre.

Aceptaría lo que él quisiera darme y por el tiempo que fuera, y lo atesoraría por siempre.

Desde que lo conocía cada paso que daba con él era cuidadoso porque quería evitar el dolor, pero al fin había entendido que no se trataba de eso ni de si podía confiar en él o no. Al fin sabía lo que era amar a alguien y entendía que no entregabas tu corazón solo si te lo devolvían en la misma medida. Lo entregabas sin esperar nada a cambio. Y lo hacías porque amabas a esa persona más que a ti misma.

Y esa vez fui yo quien me acerqué, lo tomé del cuello de la camisa y aplasté mi boca contra la suya.

Y ese beso también fue mi declaración.

De amor y de lealtad.

El odio podía cerrar corazones y hasta rodearlo de fuertes muros, pero el amor… el amor podía abrirlos de par en par y hacer que esos muros se tambaleasen hasta ser derribados.

Cuando nos separamos, nuestras miradas se encontraron. Sus ojos brillaban, y yo lo único que quería era que me siguiera mirando de esa manera. Me miraba como si nunca quisiera mirar otra cosa.

—Te amo y te ofrezco mi corazón, pero quiero que sepas que no voy a reclamar el tuyo ni a exigirte nada porque tengo claro lo que piensas de… —Me puso un dedo sobre los labios para silenciarme y luego me acarició la mejilla con los nudillos.

—Yo también te amo, Dillon «Gin» Daurelli —soltó, finalmente—. Joder, te amo tanto.

Me tomó la cara entre las manos y me besó con hambre, la misma que sentía yo por él. Esa necesidad que parecía que nunca nos dejaría satisfechos. Nunca en mi vida me había sentido tan feliz.

¡Me amaba!

En ese momento todas las emociones de esa mañana explotaron y rompí a llorar.

—Ey —dijo, tomándome del mentón para mirarme a los ojos—. Esperaba que mi confesión te pusiera contenta.

Sonreí y me limpié la nariz sin mucha delicadeza.

—Pensé que nunca te escucharía decirme esas palabras… —Me limpió las lágrimas con delicadeza, luego me estrechó con más fuerza y me besó.

—Te amo —dijo, apoyando su frente en la mía—. Gracias por lo que hiciste por mí. —Y no fue necesario que explicara nada más.

—No tienes que dármelas. —El pelo le caía por la frente y levanté la mano y se lo aparté a un lado.

—Si no hubiera sido por ti, no sé qué habría sucedido en la casa.

—Estoy muy orgullosa de ti —expresé, y le di un suave beso en los labios.

—No deberías, te aseguro que, si no hubiera sido por ti. —Negó con la cabeza—. Fuiste tú la que, estando a mi lado, lograste tranquilizar mis demonios.

—¿Piensas que eres el único que habría enloquecido ante una situación así? Tobías —dije, tomándole el rostro entre mis manos—, la situación que tuviste que vivir fue muy dolorosa. La actitud de ellos es totalmente despreciable y tú demostraste que estás por encima de ellos, por encima de todo. Eres un hombre honorable —afirmé, orgullosa, y él sonrió tímidamente y su dedo índice recorrió el contorno de mi labio superior.

—No deberías decir eso. En este momento no tengo intenciones honorables contigo —susurró, en mi oreja, haciéndome sonreír.

—Mmm, yo tengo otros planes para ti. Creo que es el momento ideal para ir juntos a ese lugar hermoso que me mostraste hace unos cuantos días atrás. Ese lugar al que me contaste que ibas cuando necesitabas alejarte. Vamos a disfrutar de los pequeños placeres de la vida, *cowboy*.

—Placeres… Por supuesto que me parece una buena idea... contigo. —Y desplegó una sonrisa franca, luminosa, de alegría, y mi corazón dio un salto mortal.

Todo lo sucedido antes se había desvanecido.

Mi *cowboy* había vuelto.

Porque juntos, siempre encontraríamos el camino de regreso.

Capítulo 25

«El amor es una condición en la que la felicidad de otra persona es esencial para la tuya.»
—Robert A. Heinlein

Tobías



Ver todo el paisaje verde que me rodeaba era siempre relajante, pero la estampa de ella, de la mujer que amaba, era lo más hermoso que había visto en mi vida. Dillon estaba de pie, frente a mí, mirándome con los ojos resplandecientes de emoción.

—¡Qué lugar tan idílico! —dijo, abriendo los brazos como instándome a que mirara a mi alrededor, pero a pesar de la hermosura y la paz del lugar, era ELLA la que me dejaba totalmente extasiado. Dillon lo miraba todo con verdadera admiración y pensé que, a pesar de lo que había vivido rato antes, jamás me había sentido tan en paz y feliz.

Lo de esa mañana con mi padre y Bárbara quedaría en el pasado.

Gracias a ella.

Dillon me hacía sentir que todo lo malo que me había tocado vivir, después de todo no había sido tan malo, porque me había llevado hasta ella. Juntos reconstruiríamos nuestros mundos.

Estábamos muy cerca de la orilla del lago, rodeados por la naturaleza en todo su esplendor, además de multitud de colores debido a las muchas flores que había allí.

Todos mis pensamientos se vieron interrumpidos, cuando, de pronto, sin dejar de mirarme, sonrió y se sacó la blusa.

¡Santo cielo!

La dejó caer al suelo y empezó a desabrocharse los *jeans*. Una fuerza desconocida me calentó toda la sangre del cuerpo y tuve que esforzarme para no apartar su mano y ser yo quien terminara de arrancarle los pantalones.

—¿Cuáles eran tus intenciones NO honorables conmigo, *cowboy*? —preguntó, haciéndome sonreír de forma lasciva.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé, pero yo tengo intenciones de bañarme en ropa interior —respondió, y se quedó frente a mí solo con un sensual sostén y unas minúsculas bragas, ambos de color blanco. Me quedé totalmente embobado y ella largó una carcajada—. Levanta esa mandíbula, *cowboy*.

No podía.

Su piel perfecta y resplandeciente me hipnotizaba y su cuerpo esbelto y tonificado me llevaba a la locura. Quería arrodillarme frente a ella y no dejar nada por besar.

—¿Alguna vez te bañaste desnuda en un lugar así? —pregunté, señalándole el lago.

—No, ni siquiera cuando niña.

—No te puedes perder esa experiencia —dije, mientras comenzaba a sacarme la ropa.

Me miró con determinación, sonrió y terminó de desnudarse.

¡Joooder!

Era una visión de belleza incomparable.

Su rubio pelo caía desordenado sobre sus senos y yo no podía dejar de pensar que esa hermosa mujer era mía.

Sin decir nada, miró mi erección, sonrió, se dio media vuelta y caminó sensualmente hacia la orilla.

Mi corazón latía desbocado.

Justo cuando su pie tocó el agua, se paró en seco. Giró su rostro y me miró por encima del hombro. Yo seguía de pie, admirando su exuberante figura.

—He cambiado de idea. El agua está muy fría. —Sonreí y negué con la cabeza.

—La creía más valiente, Daurelli. Nada de echarse para atrás. —Caminé y me situé tras ella, abrazándola desde atrás por la cintura. Mi miembro presionando su trasero, pero me obligué a serenarme.

—Creo que a ti te vendría bien el agua fría —señaló, riendo.

—No, a mí me viene bien otra cosa. —Me la eché al hombro y me metí en el agua. Realmente estaba fría, pero caminé hasta que me llegó a la cintura con Dillon protestando y golpeando la parte baja de mi espalda y mi trasero.

—¡Suéltame!

—Que conste que tú lo pediste. —Lo hice y observé cuando su hermoso cuerpo se sumergía y el agua se tragaba sus protestas.

Cuando salió a la superficie, tosía, escupía agua, pero ya no protestaba, sino que reía.

—Tienes la mala costumbre de empaparme —dijo, seguramente haciendo alusión al baldazo que le había echado encima en las caballerizas, y agitó los brazos chapoteando con fuerza para mojarme el rostro.

—Si lo vuelves a hacer… —No me dejó terminar, otra gran cantidad de agua cayó sobre mi cabeza mientras escuchaba su risa.

Cuando abrí los ojos, me miró con una expresión de horror y comenzó a nadar rápidamente lago adentro. Unos metros después la pude tomar de un tobillo y tironeé de ella hacia mí.

—No puedes escapar de mí, cariño. —Le di la vuelta y la aprisioné con mis brazos contra mi torso acoplando nuestros cuerpos a la perfección, mientras ella se dejaba hacer y reía a carcajadas, contagiándome su risa.

¿Eso era la felicidad?

Me di cuenta de que nunca había conocido lo que era sentirse así de feliz con alguien.

Eso era la felicidad.

Estaba loco por Dillon Daurelli.

Y la quería en mi vida.

La necesitaba en mi vida.

Dillon había llegado a mi vida para enseñarme el verdadero significado de la palabra amor. Yo no creía que se pudiera amar tanto a una persona y desear estar a su lado cada segundo de tu tiempo. Después de lo sucedido con Bárbara, los apegos no me gustaban y les temía. Pero ahora, resultaba que nunca me había sentido tan feliz.

Cuando la risa comenzó a remitir, Dillon pasó sus brazos por mi cuello y rodeó mi cintura con sus piernas por debajo del agua. Y allí estábamos, solos, mirándonos intensamente, desnudos y con nuestros sexos rozándose. Mis manos apretaron sus glúteos y no pude evitar gruñir, haciendo que ella emitiera un sutil gemido.

Con delicadeza le retiré un mechón de pelo mojado de su rostro y la besé dulcemente, pero cuando me estaba retirando, me atrajo nuevamente hacia su boca y me besó con voracidad. Sumergí un poco más nuestros cuerpos en el agua y me dediqué a sentir. A sentirla a ella y todo lo que me provocaba. Mi cuerpo vibraba con una necesidad tan profunda que tenía que repetirme que debía serenarme. Pero mi empeño se fue a la mierda cuando sus brazos y sus piernas me apretaron con más fuerza.

—Dillon, aquí no tengo condones.

—Tomo la píldora y… confío en ti. —Y con esa simple palabra: «confío», me sentí malditamente emocional.

—Yo también confío en ti —afirmé, expresando mucho más de lo que quería decir en ese momento, porque confiaba en Dillon en todo sentido y como no había confiado nunca en nadie.

Acomodé mi miembro en su entrada y empujé con suavidad. Nadie me había preparado para eso.

—Joder, Dillon —gruñí, con los dientes apretados y cerrando los ojos con fuerza.

Dillon era muy estrecha, así que siempre intentaba ser delicado. Di otra embestida y ella se agarró a mis hombros con fuerza mientras yo intentaba hacer llegar aire a mis pulmones debido a la sensación demoledora que estaba sintiendo.

Salí y volví a entrar.

Miré su rostro para ver si notaba algún signo de molestia, pero lo que vi me dejó sin respiración. Su pelo alborotado, la mirada salvaje y esos labios tan carnosos, era tan jodidamente *sexy* que tuve que concentrarme para no correrme en ese instante.

Y comencé a moverme más duro y fuerte.

—¡Oh, Dios! —susurró, echando la cabeza hacia atrás mientras se sostenía de mis hombros. La observaba fascinado.

—Jodeeerrr —rugí, perdiendo el control por completo.

Sus músculos se contrajeron alrededor de mi miembro cuando alcanzó un fuerte e intenso orgasmo. Se aferró fuertemente a mí y me besó. Absorbí todos sus gemidos y gritos mientras yo también me sacudía por el potente orgasmo que atravesaba todo mi cuerpo.

Me corrí dentro de ella.

Sin barrera alguna.

Y fue el placer más intenso y maravilloso experimentado jamás.

Salimos del agua y nos tumbamos sobre una manta que habíamos llevado y que Dillon había extendido sobre el pasto. Nos habíamos vestido y estábamos acostados de lado, apoyando la cabeza sobre una mano y mirándonos a los ojos. Una mirada que hablaba tanto como las palabras.

—¿Estás asustado? Digo, por la relación —preguntó, y me acarició la mejilla con la punta de sus delicados dedos.

—No, en absoluto. Los dos la hemos pasado mal y esa experiencia nos jodió un poco, pero estoy seguro de que, juntos, superaremos lo que sea. Vamos a cometer errores, no somos perfectos, pero aprenderemos de ellos. Los errores son inevitables y el primer error sería no aceptarlo.

—Yo soy perfecta —bromeó.

—Lo eres; perfecta para mí.

Me siguió acariciando y me di cuenta de que quería preguntar algo más, pero no se animaba.

—No te guardes nada —pedí.

—¿Cómo te sientes respecto a la noticia que te dieron hoy?

Me giré, poniéndome bocarriba con las manos detrás de la cabeza.

—Un hermano siempre será bienvenido en mi vida, aunque sea un incordio como Graham —bromeé—. No sé cómo será la relación con ese niño o niña, pero intentaré que tengamos una. No dudo que Graham también lo hará. —Dillon se acercó y apoyó su cabeza en mi pecho, rodeándome con su brazo.

—Todo va a estar bien. —Me dio un beso en el pecho y mi corazón se aceleró de emoción porque no tenía dudas respecto a eso. Si ella estaba a mi lado, todo estaría bien. Este era un nuevo comienzo y estaba lleno de esperanza.

—Te amo, Dillon —dije, apretándola fuerte contra mí.

—Yo también te amo, *cowboy*. —Suspiró—. ¿Sabes?, este es mi lugar favorito.

—Te dije que te ibas a enamorar de este lugar.

—Por más que es precioso, no lo dije por el lugar. —Levantó la cabeza y me miró. Sus ojos brillaban—. Me refería a tus brazos. Mi lugar favorito es estar entre tus brazos. Todo lo que deseo está aquí… porque todo lo que deseo, eres tú.

Ella lo había cambiado todo.

Simplemente, era mi mejor sueño.

Capítulo 26

«Amar es cuidar…
Así de simple.
Así de profundo.»
—Anónimo

Tobías



Aún no podía creer como se habían torcido las cosas.

Había viajado a la ciudad con la esperanza de cerrar un buen negocio, uno que equivalía al ingreso de una muy buena suma de dinero para el rancho, pero había terminado de la peor manera. El interesado en mis caballos no era otro que el padre de Dillon, pero yo no me había percatado de semejante detalle hasta que lo había tenido frente a mí y se había presentado.

Era la segunda vez que coordinaba una reunión en la empresa «*AD Corporation*». La primera había sido infructuosa porque ni siquiera me habían recibido. Cuando me volvieron a contactar, mi orgullo se antepuso y decliné la oferta, pero insistieron bastante demostrando mucho interés en mis caballos y ofreciéndome una suma de dinero por encima del precio, así que me tragué mi orgullo y escogí lo que beneficiaba al rancho y a mi familia.

No supe hasta ese día que la empresa interesada pertenecía a Armando Daurelli y, cuando lo comprendí, ya estaba en su despacho. Las veces que se habían puesto en contacto conmigo siempre lo habían hecho a través del nombre de la empresa sin mencionar a las personas que estaban por detrás, y jamás se me había ocurrido relacionarla con el padre de Dillon. La secretaria de Daurelli, una estirada que me miraba con aires de superioridad, siempre se había referido a él como «el señor presidente», sin mencionar su apellido. Reconocía que el error había sido mío por no haber investigado sobre el posible comprador, pero siempre esperaba a tener una primera reunión para sacar alguna conclusión y luego buscar información.

Pero ya no la necesitaba.

En cuanto me dijo su apellido, supe que no estaba allí para venderle mis caballos pura sangre, estaba allí por mi relación con su hija.

Y no me equivoqué.

Si bien Dillon aún no había ahondado mucho en la relación que tenía actualmente con sus padres y yo respetaba sus tiempos, sabía que no era buena, que había conflictos, y que ellos jamás la habían defendido ni protegido cuando su ex la destruyó por completo. Al contrario. Habían hecho todo lo posible para que siguiera unida a ese grandísimo hijo de puta con tal de no perjudicar su imagen social. Gente egoísta que solo pensaban en ellos, su riqueza y bienestar. Gente que detestaba.

Y en cuanto puse un pie en aquel despacho, supe que había sido una mala idea, incluso antes de que me dijera su nombre. El solo hecho de mirar a ese hombre a la cara me hizo tener un mal

presentimiento.

—Buenas tardes, Lexington —saludó, estirando su mano, y correspondí su saludo.
—Buenas tardes, señor…
—Daurelli. Armando Daurelli. Tome asiento —indicó, señalando una de las sillas de la mesa de reuniones de su oficina.

En ese preciso momento comprendí todo. No estaba allí para venderle caballos. Ese hombre era…

—Usted es el padre de Dillon —afirmé, y me miró con seriedad y se cruzó de brazos.
—Así es, y tengo entendido que usted es su… jefe.
—Su novio —aclaré, y enseguida enderezó los hombros con un gesto tenso y sus labios se fruncieron. ¿Malas noticias, suegro?

Con lo poco que sabía sobre él, no estaba seguro de poder sentarme en una mesa con ese hombre sin sentir unas enormes ganas de cagarlo a trompadas, pero por respeto a su hija, lo hice.

—Tenemos que hablar, señor Lexington —señaló, con el tono de voz más frío que había escuchado en mi vida.
—Y sospecho que no hablaremos de negocios —afirmé, y no pude evitar que mis fosas nasales si dilataran.
—Depende de cómo defina la palabra «negocios» —dijo, y no supe si esa frase era alentadora o una gran amenaza.
—Yo solo estoy interesado en negociar una posible venta de mis pura sangre. Ese es el único «negocio» que estoy dispuesto a tratar con usted —afirmé, mirándolo con dureza.
—Apuesto a que estás muy satisfecho contigo mismo —dijo, con sarcasmo, y fruncí el ceño.
—¿De qué está hablando?
—Conozco a los de tu clase, Lexington. ¿Crees que no sé lo que buscas? Solo dime cuánto dinero quieres por alejarte de mi hija y terminemos con esto.

Lo miré incrédulo y me puse de pie como impulsado por un resorte. Mi furia e indignación habían escalado a dimensiones épicas y me estaba costando muchísimo contenerme, pero era el padre de Dillon y debía hacerlo por ella. El odio me invadía y me acerqué a él, casi pegando mi cara contra la suya.

—Cuidado con lo que dice o le aseguro que me voy a olvidar de que es el padre de mi mujer.

Daurelli sonrió con suficiencia y se puso en pie, despacio, como tomándose todo el tiempo del mundo.

—¿Tu mujer? Supongo que querrás decir «tu puta».

¡A la mierda la contención! Lo tomé por la solapa del saco de su impecable traje y lo estampé contra la pared.

—¡No se atreva a hablar así de MI MUJER! Le aseguro que si le vuelve a faltar el respeto soy capaz…

—¿Eres capaz de qué? Solo eres un miserable ranchero que lo único que busca es el dinero de la estúpida e inútil de mi hija.

Un maldito enorme error por su parte.

Mi puño se disparó.

Y lo estampé contra la pared del puñetazo.

Daurelli se acomodó el traje y se llevó la mano a la nariz, pero si bien había sido un fuerte golpe, no estaba sangrando.

—NO vuelva a faltarle el respeto a Dillon. ¡Usted es el que no merece ser su padre, maldito hijo de puta! —exclamé, señalándolo con el dedo.

—¿O qué? ¿Tienes claro a quién te enfrentas?

—¡Me importa una mierda quién sea usted!

—¿En serio? Ah… es verdad… solo te importa mi dinero y prestigio —dijo, sin reprimir una sonrisa irónica—, por eso mismo vas a alejarte de mi hija hoy mismo. —Y en ese momento fui yo quien no reprimió una sonrisa de incredulidad.

—Esa NO es su decisión.

—En eso tienes razón, va a ser tuya porque NUNCA vas a ser parte de mi familia.

—¡Ni quiero! La que va a ser parte de la mía será Dillon. Yo amo a su hija, y le aseguro que no voy a permitir que le vuelvan a hacer daño. Dillon va a ser una Lexington, y no necesitamos ni su permiso ni su opinión, es más, ni siquiera nos importa —aseguré.

—¿Y crees que mi hija va a renunciar a todo lo que yo le ofrezco?

—No tengo la menor duda de que lo hará porque usted no le ofrece nada que a ella le importe. —Daurelli rio.

—Iluso. Podrá decirte que sí solo para llevarme la contraria, pero ella tiene claro que no pertenece a ese lugar. Tarde o temprano terminará lamentando haber elegido esa penosa vida —dijo, y tuve que apretar los puños para no volver a darle un puñetazo—. Y cuando lo haga, estará de vuelta con otro divorcio a cuestas y suplicándonos a su madre y a mí que la dejemos volver a casa. Y te aseguro que eso sucederá antes de lo que imaginas.

Lo miré y esa vez fui yo quien sonreí negando con la cabeza.

—Ni siquiera conoce a su hija —dije, y comencé a caminar hacia la puerta.

—Aún estás a tiempo de aceptar mi trato.

Mi única respuesta fue un gran y sonoro portazo.



Salí del edificio de la empresa «*AD Corporation*» con todo mi cuerpo temblando de furia apenas contenida.

A media calle de allí me detuve para calmarme.

Respiré hondo.

No me calmé.

Para nada.

La sangre rugía en mis oídos.

Era como si estuviera viendo el mundo a través de una niebla roja.

De repente caí en la gravedad de lo que acababa de suceder dentro de esa empresa.

Nadie me iba a separar de Dillon.

¡NADIE!

Comencé a caminar rápidamente, pero sin saber hacia dónde me dirigía.

Ni sé cuántas calles llevaba caminado cuando pasé por una plaza y decidí sentarme en unos de sus bancos. Me tomé la cabeza con ambas manos apoyando los codos en las rodillas. Comenzaba a dolerme la cabeza. No podía recordar la última vez que había llegado a ese nivel de agotamiento.

Comencé a cuestionarme qué decirle a Dillon. No quería mentirle ni ocultarle cosas, pero no podía contarle lo sucedido con su padre.

NO podía romperle el corazón.

Yo la protegería de todo y de TODOS.

Solo quería su felicidad y bienestar.

Y ambas estaban a mi lado.

Sabía lo que tenía que hacer.

Nos amábamos y la quería para siempre a mi lado. Si no se lo había pedido antes había sido porque ella recién salía de un divorcio y había querido esperar a que se sintiera segura, a que no tuviera ninguna duda.

Por mi parte NO había dudas.

Lo sabía.

Creo que, en el fondo, siempre lo había tenido claro.

Dillon era la definitiva.

Siempre lo había sido.

Con ella mis noches se habían llenado de sueños compartidos, los días de miradas cómplices y pequeños gestos que hablaban más que mil palabras.

Con Dillon habíamos aprendido a comprendernos sin explicaciones, a ser refugio el uno para el otro.

Tenía la certeza de que lo que sentía no era un amor pasajero, sino una conexión profunda, un lazo indestructible que ni el tiempo ni la distancia podrían borrar.

Estábamos escribiendo nuestro amor.

Y con ella quería escribir TODA mi historia.

NUESTRA historia.

Pero retrasaría un poco el viaje de retorno porque quería estar tranquilo cuando llegara al rancho. Para no preocuparla le envié un mensaje avisándole que llegaría más tarde y pidiéndole que no me esperara despierta.

Teníamos toda una vida para estar juntos.

Nada ni nadie podría interponerse entre nosotros.

Construiríamos un mundo solo nuestro, fuerte, inquebrantable e infinito.

Un mundo de amor.

Capítulo 27

«No es quien te roba el corazón, sino quien te hace sentir que lo tienes de vuelta.»
—Mario Benedetti

Dillon



Los días pasaban y con Tobías afianzábamos nuestra relación y estrechábamos nuestro vínculo. Nos llevábamos muy bien y hasta nos complementábamos. Ya no escondíamos nuestro amor entre la soledad y la penumbra. Todos en el rancho estaban al tanto de nuestra relación sentimental. Los abuelos y Graham estaban encantados, tanto así que los abuelos no perdían oportunidad para abrazarme y agradecerme el haberle devuelto a su nieto. Con Graham éramos grandes amigos, en una de nuestras charlas me había confesado que, si bien antes tenía una buena relación con su hermano, nunca se había sentido tan unido a él, y que eso había sucedido desde que yo estaba en la vida de Tobías.

Ya no dudaba de que yo era importante para Tobías.

Y él era muy importante para mí.

El rancho se había convertido en mi hogar.

Al pensar en eso cerré mis ojos e inhalé profundamente el aroma tan característico del lugar que ya me resultaba familiar. El olor terroso de la tierra húmeda combinado con el de la hierba y las flores silvestres, el suave olor a heno y al de los animales, y no podía olvidar el delicioso olor de la comida casera de la abuela. Todo eso se entrelazaba para crear un aroma que era a hogar, un hogar lleno de vida.

Y ese sentimiento iba más allá de mi relación con Tobías.

En ese lugar me sentía unida a todos y todo.

Me sentía libre y en paz.

Me sentía viva.

Y era justo donde quería estar.

Y por todo eso sentía una profunda desconexión con mi historia anterior y mis raíces.

Gertrudis, si bien no conocía personalmente a Tobías, también estaba muy contenta de ver que yo era dichosa. Me decía que no importaba si estaba lejos de ella, siempre que fuera feliz. También me pedía cautela y cuidado porque no quería que terminara con el corazón roto. Si eso pasaba, Ger ya había amenazado con «*castrar a Tobías y meterle un palo por el culo en el proceso*». Mi amiga podía llegar a ser muy intimidante. Yo creo que, por esa razón, Tobías en vez de llamarla Gertrudis, la llamaba «Jodertrudis», aunque ella no lo sabía. Yo estaba tranquila porque sabía que el día que se conocieran se iban a llevar bien. Ger me había prometido que me visitaría lo antes posible y yo estaba desando tenerla a mi lado, abrazarla y charlar por horas con ella.

Con Tobías seguíamos trabajando muy duro en el rancho, aunque después de declararnos

nuestro amor y formalizar la pareja, la complicidad era nuestra compañera día y noche. Durante el día ambos nos dedicábamos a nuestro trabajo, pero no faltaban las risas, las conversaciones profundas, las bromas, los besos, las caricias, los abrazos y el sexo. Sexo del que nunca nos saciábamos.

Los paseos al lago o a mirar las estrellas eran algo habitual, y siempre terminábamos la noche en mi cama. Se podía decir que con Tobías casi convivíamos, porque eran pocas las noches que él había dormido en su dormitorio de la casa principal. Nala y Otto también se habían «mudado» a mi casita y no se separaban de mí.

Juntos estábamos muy bien y conociéndonos cada día un poco más.

Me resultaba maravilloso ser cuidada por él. Por supuesto que era perfectamente capaz de cuidar de mí, toda la vida lo había hecho, pero… sí, era sumamente agradable y seductor sentir que se preocupaba por mí. Y yo permitía que esa sensación me envolviera.

Me encantaba despertar junto a él por las mañanas y ver su rostro relajado mientras se removía entre las sábanas, sentir su respiración en mi cuello y sus brazos rodeando mi cintura. Si nos despertábamos muy temprano, me hacía el amor lenta y dulcemente, y en ese momento nuestros gemidos se mezclaban con el trino de los pájaros que anunciaban el amanecer.

Y la noche… adoraba dormirme entre sus brazos, sobre todo, después de quedar extenuados por una maratón de sexo intenso.

Aquella mañana se había levantado muy temprano, bastante antes que de costumbre porque debía ir a la ciudad por negocios y quería volver en el día. Por lo general, cuando se iba del rancho para concretar alguna venta de sementales, se quedaba todo el día e incluso hasta varios, pero esa vez se había despedido de mí prometiéndome hacer todo lo posible para volver en la noche.

Eran las siete de la mañana cuando salí para las caballerizas seguida por Nala y Otto. Quería pasar a ver a Luna y Aedus. Me había encariñado mucho con esos dos y siempre que podía me quedaba un rato con ellos, mimándolos y hablándoles.

—Buenos días para todos —saludé a los empleados que se encontraban allí y todos me respondieron con inmensa amabilidad.

Dentro de la caballeriza me dirigí hacia el *box* de la yegua y su potrillo. Aún permanecían juntos porque Aedus tenía poco más de tres meses y Luna lo seguía amamantando. En general, el destete se realizaba gradual y entre el cuarto y el sexto mes cuando la leche dejaba de ser su alimento principal.

—Hola, Luna. Hola, Aedus. ¿Cómo se encuentras hoy?

Al verme, Luna emitió un sonoro relincho, como si me reclamara por mi ausencia. Ambos se acercaron, pero Aedus lo hizo primero porque era un caballito muy impaciente. Le acaricié el cuello y conversé con él hasta que tuve que hacer lo propio con su madre. Ambos me escuchaban con gran atención.

—Buenos días, cuñada —saludó, Graham, interrumpiendo mi entusiasta conversación con mis amigos cuadrúpedos.

—Hola, Graham. ¿Te caíste de la cama? —bromeé, porque él pocas veces se levantaba tan temprano.

—Muy graciosa —dijo, acercándose para acariciar a Aedus—. Ya sabes, cuando el jefe

mayor no está en el rancho porque anda haciendo negocios para cuidar nuestra fortuna, yo debo hacerme cargo de todo —protestó—. Y también debo cuidar de ti.

Lo miré enarcando una ceja, aunque no me sorprendía que Tobías le hubiera dado esas indicaciones porque siempre se mostraba muy protector conmigo.

—No necesito que me cuides.

—No fueron las órdenes que recibí. Mi hermano ya ha demostrado que le despertaste su instinto protector. —Rio y me dio un suave codazo en las costillas, yo negué con la cabeza.

—Le caes bien —señalé, viendo que el potrillo se mostraba muy dócil con él.

—Es natural, si soy un encanto. ¿Verdad, precioso? —dijo, mirando a Aedus.

—Lo que eres, es un creído.

—Indudablemente, me creo los halagos que recibo porque son todos verdad —sonrió y yo volví a negar con la cabeza.

—Me voy a trabajar —dije, acaricié por última vez a los caballos y comencé a caminar—. Ya que tienes que hacerle un informe al jefe, no te olvides de comentarle que mi jornada la comencé en hora, no sea que me haga algún descuento en el salario.

—No te preocupes, tú sabes cómo convertir al lobo en un tierno cachorrito. No vas a tener problemas para convencerlo —bromeó, largando una carcajada, y yo no pude evitar sonrojarme, siempre me pasaba cuando hacía ese tipo de bromas.

Poco después de las ocho de la noche salía de la ducha. Había sido un día agotador. Como todas las noches, los abuelos me esperaban a cenar en la casa, pero me había disculpado y había decidido quedarme en mi casa porque tenía que llenar historias médicas de varios equinos. Cené algo liviano y luego me senté frente a mi ordenador.

Un rato más tarde estaba a punto de quedarme dormida sentada. Apreté los puños contra mis ojos hasta que vi puntitos blancos. Era hora de irme a dormir.

El último mensaje de Tobías decía que los negocios habían ido bien y que iba a llegar más tarde de lo previsto, por eso me animaba a que no lo esperara despierta.

Cuando me dejé caer en la cama el cansancio era inmenso. Antes de apagar la luz y cerrar los ojos, tomé el teléfono y le envié un mensaje:

Yo:

«Buenas noches, mi cowboy. Ya estoy en la cama porque hoy estoy cansadísima, se me cierran los ojos.
Que tengas un buen viaje de retorno.

Te amo  »

Dejé el teléfono en la mesa de noche sintiendo que los parpados me pesaban. Apagué la luz y me quedé dormida al instante.

Me despertó el movimiento de la cama a mi espalda, con dificultad abrí los ojos, pero no me moví. La luna bañaba la habitación con su luz plateada.

Tobías había llegado.

Reconocí su aroma, su particular fragancia varonil que me envolvió por completo. Reconocía tanto esa fragancia que podía seguir a Tobías como un sabueso si alguna vez lo tuviera que buscar.

Sus brazos me rodearon la cintura para apretarme fuerte contra su pecho y acurrucarse junto a mí. Su contacto, su pecho contra mi espalda, su brazo alrededor de mi cintura, siempre me hacían sentir reconfortada y segura.

—¿Amor? —susurró.

Tuve ganas de pellizcarme para ver si estaba despierta. Un hombre como Tobías me amaba y me deseaba, y no podía entenderlo. Me seguía costando mucho creerme merecedora de amor. Me habían repetido tantas veces que era una inútil como mujer que aún no me podía creer que fuera digna del amor de Tobías. Creía en el amor porque me había enamorado de él, pero había una diferencia entre creer en el amor y creer merecer amor. Lo último tenía que ver con el amor propio, y aún no había conseguido que mi autoestima subiera mucho.

Giré en la cama hacia él para poder mirarlo a los ojos. Quedamos cara a cara. Y nuestros ojos se encontraron. Los suyos se veían cansados como si cargaran con una gran preocupación y eso me llamó la atención, pero quise pensar que se debía al largo viaje, porque a mí me seguían mirando con ese brillo que siempre lo hacían.

—Lo siento. No pretendía despertarte. Para no molestarte estuve a punto de irme a dormir a mi dormitorio, pero cambié de opinión porque necesitaba dormir a tu lado, tenerte en mis brazos, sentir tu calor.

—No te disculpes por algo tan hermoso, yo también te necesitaba. Te echaba de menos…

Esbozó una hermosa sonrisa, tironeó de mí y, antes de besarme, me miró y dijo:

—Sabes que no te dejaré volver a dormir si te beso, ¿verdad?

—Yo digo que dormir está sobrevalorado —musité, haciendo que su sonrisa se ampliara. Y lo besé yo. Lo seduje con la lengua al tiempo que acariciaba su rostro y jugaba con su pelo.

—Móntame.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Me incorporé, coloqué las manos en su pecho y lo empujé contra la cama viendo cómo me miraba con los ojos turbios de deseo, pero también con fascinación. Me miraba de esa forma… como nadie me había mirado jamás, como si yo fuera todo lo que necesitaba en su vida.

Sin demora, me subí a horcajadas encima de él.

—Vale —dijo, riendo—. Veo que te apuntas.

—Tú lo pediste —señalé, y le di un beso en el pecho. Tobías contuvo el aliento cuando me saqué la camiseta que estaba usando, que era de él, y quedé solo con una sensual braguita.

Mi sexo estaba posicionado sobre el suyo y lo sentía crecer a la velocidad de la luz. Sin dejar de mirarlo, bajé una mano y atrapé su erección. Tobías gimió fuerte y arqueó la espalda.

—Vas a tomar las riendas… —musitó, perdiendo el control.

—Siempre hay que hacerlo cuando se pretende cabalgar. —Me levanté un poco y dejé caer algo de peso sobre él.

—¡Jo-der! —gruñó, apretando los dientes, y verlo así, tan descontrolado sabiendo que era yo la que le provocaba todas esas sensaciones y emociones… hizo explotar algo en mí.

Me tomé unos segundos para adaptarme al tamaño de Tobías, bajando lentamente. Ninguno de los dos perdía detalles del rostro del otro. Lo vi morder su labio y cerrar los ojos con fuerza y, entonces, bajé de golpe haciendo que se hundiera hasta el fondo y me llenara por completo.

Tobías dejó de respirar.

Yo también.

Al principio, me resultó impactante. Tobías no era pequeño precisamente. Sus dedos se clavaron en mis muslos y dejé caer la cabeza hacia atrás. No me podía quedar quieta un segundo más, así que hice rodar mis caderas haciéndonos gemir.

Y ya no hubo contemplaciones.

Perdimos el control y nos entregamos a esta pasión que empezaba a superarnos. Comencé a moverme adelante y atrás mientras él movía sus caderas para ir a mi encuentro realizando una larga embestida tras otra. Solo nosotros moviéndonos al unísono y con frenesí. Noté que él estaba cerca del orgasmo cuando sus músculos se tensaron y clavó sus dedos en mis muslos. Aquella abrumadora tensión crecía en mi interior como una mezcla de anhelo y lujuria.

Y eso fue mi perdición.

Nos miramos y ambos gritamos cuando el placer del orgasmo nos atravesó por completo.

—¡Sí! Oh, Dillon, ¡sí!

—Tobíaaas.

Me dejé caer sobre su cuerpo quedándome flácida en sus brazos, con la mejilla apoyada en su pecho. Tobías me abrazó con fuerza y sentí su corazón latir aceleradamente al compás del mío.

Y comprendí que no había en el mundo nada comparable a estar con él.

Para mí, eso era la felicidad.

Permanecimos así un rato, sin hablar. Solo se oían nuestras respiraciones que, de a poco, se iban ralentizando. Unos segundos después, me tomó del rostro para que lo mirara.

—Te he echado de menos —dijo, con voz ronca y entrecortada—. Joder, te he echado tanto de menos. He echado todo esto de menos. —Una emoción en estado puro brotó a medida que mi cuerpo se estremecía.

—Vale, te gustó la cabalgata —bromeé, sonriendo y dándole un suave beso en los labios.

—Lo digo en serio —dijo, mientras su mano ascendía por mi costado y yo solo lo miraba a los ojos—. Dillon, ¿entiendes lo que eso significa? —Lo seguí mirando, esperando por su explicación—. Quiero… pasar todo el tiempo contigo. Demos un paso más.

Me quedé sin habla, casi esperando a que rematara la broma o corrigiera lo dicho, pero no ocurrió nada de eso. Me quedó mirando con expectación y nerviosismo.

Y me tensé.

No por lo que él me proponía, sino por mis malditas dudas, inseguridades y miedos. Después de todo lo que había vivido, era inevitable que la ilusión fuera tenue y el miedo creciera. Sus palabras hicieron que las viejas inseguridades volvieran a toda velocidad, convirtiendo mis temores en realidad.

—Sé que vamos a cometer errores, no somos perfectos, y también sé que tendremos algunas

peleas y… muchas reconciliaciones, pero…

—Lo sé, no lo dije por eso, es que… no sé lo que pueda pasar y me asusta un poco todo lo que siento por ti porque tengo miedo a que con el tiempo te decepciones de mí y...

—Dillon, siento por ti todo lo bueno que hay en este mundo. —Me sujetó el rostro entre sus manos y pegó su frente a la mía—. Amor infinito, ternura, gratitud, admiración, felicidad y una pasión que me doblega. Cuando estamos juntos, no hay nada malo en el mundo entero. Y, óyeme bien, NUNCA, JAMÁS, me decepcionarías.

Nadie me había dicho nunca nada parecido. Era lo más bonito que había escuchado en mi vida, y era lo que necesitaba.

Era perfecto.

Antes de conocerlo me había hecho a la idea de que no era buena para nadie ni digna de amor. Había estado casada con un hombre que me había denigrado y menospreciado de todas las formas posibles, y ni siquiera había contado con el amor de mis padres.

Pero ahoralo tenía a él.

Tobías era el amor en mi vida.

Parpadeé varias veces para no llorar, aunque la boca me temblaba.

—Yo me siento igual —susurré, superada por la emoción—. Te amo; te amo tanto, mi *cowboy*. Eres el amor que siempre soñé, mi refugio, mi hogar.

—No te voy a lastimar, créeme. Voy a cuidar de ti y de tu corazón, y siempre estaré a tu lado —dijo, apoyando una mano abierta sobre mi pecho.

—Y yo cuidaré del tuyo y nunca te dejaré solo —afirmé, llevando mi mano a su pecho.

—Solo necesito saber una cosa —dijo, y me llamó la atención su gesto preocupado—. ¿Estás segura de querer renunciar a la ciudad y a todas las comodidades a las que estabas acostumbrada y vivir en el rancho?

—Este rancho es el lugar más bonito en el que podría vivir. Este rancho y ustedes son mi hogar.

—Eso es bueno, porque ya no podría vivir en él si tú no estás.

La seguridad con que lo dijo hizo que la alegría me obligara a asirme a él como si temiera que, si pestañeaba, fuera a desaparecer como un sueño al despertar.

—Entonces ¿damos ese paso? —preguntó, inquieto, pero yo sonreí con mi corazón desbordado de emociones.

—Más que un paso creo que me propones que corramos una maratón —dije, sonriendo.

—¿Qué hay de malo? Creo que ambos hemos tenido tantas piedras en el camino, que nos hemos hecho atletas… del corazón. Podemos hacerlo, Dillon. Lo haremos de la mano.

Lo miré y tomé su mano entrelazando nuestros dedos.

—Sí. Entonces ¿te vienes a vivir conmigo aquí o viviremos en la casa principal? —pregunté, porque supuse que era eso lo que me estaba proponiendo, y por unos segundos me quedó mirando.

—Me dijiste que el rancho te parece maravilloso —afirmó.

—Desde que puse un pie en él y, sobre todo, cuando conocí a todos los que viven aquí.

—¿Incluso un lugar tan maravilloso como para que me declare?

Sofoqué un gemido.

Y creo que hasta dejé de respirar.

Me aparté un poco para mirarlo a los ojos y comprobar que hablaba en serio.

Sus ojos, que no se apartaban de los míos, me miraban con cierta inquietud.

—Estoy un poco…, mejor dicho, muy nervioso. Sé que mereces una pedida de mano mucho más romántica. Llena de flores, corazones y un anillo que represente todo el amor que siento por ti. Pero, no quiero esperar, me niego a perder un día más. Quiero pedírtelo ahora en este lugar maravilloso que tanto representa para nosotros y que es el lugar en el que he sido más feliz.

Lo miré y al fin entendí todo.

Estaba a punto de volver a casarme cuando en realidad había dicho que jamás lo volvería a hacer, y por alguna extraña razón, me parecía perfecto.

Sonreí.

Levanté una mano y le aparté un mechón de pelo de la frente.

—No deberías estar nervioso. Y este momento es perfecto. La forma es lo de menos porque todo se reduce a nosotros y nuestro amor.

Me incliné sobre su boca y lo besé. Nuestros labios se reencontraron y sentí que todas las estrellas nos iluminaban como miles de fuegos artificiales sobre nuestras cabezas. Tobías puso fin a nuestro beso con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Eso es un sí?

—Es un gran SÍ. Estaría loca si no aceptara.

—Dillon, joder, no te vas a arrepentir, te lo prometo. Sé que soy cabezota, malhumorado y un poco intransigente a veces, pero prometo amarte con toda mi alma por el resto de mi vida. —Y con esas hermosas palabras me regaló una inmensa y luminosa sonrisa—. Dímelo —pidió, sabiendo que lo entendería.

—Puede que tengas que besarme hasta arrancármelo.

—Dalo por hecho —musitó, un segundo antes de reclamar mi boca. Sus labios me sedujeron exigiéndome lo que él quería escuchar y la pasión estalló. Nuestras bocas se amoldaron como si estuviesen hechas la una para la otra.

—Vale, lo reconozco —dije, rompiendo el beso para tomar aire y empujándolo con suavidad —. Te amo Tobías Lexington y voy a casarme contigo. ¿Contento?

—No te imaginas hasta qué punto.

Capítulo 28

«La decepción no es algo que buscas, pero tiene una maravillosa manera de despejar la mente.»
—Stephen King

Dillon

Cuando llegué hasta uno de los corrales, Aedus me saludó con un relincho. Parecía que se había encariñado conmigo, tal como yo con él. Me acerqué hasta la valla para saludarlo.

—Hola, pequeño.

Trotó hacia mí balanceando su preciosa cabecita con entusiasmo. En cuanto se acercó, le rodeé la cabeza con las manos, acaricié su cuello y le rasqué bajo las crines. Eso le encantaba y lo disfrutaba. Sus belfos se acercaron a mi rostro, y si bien siempre había que tener cuidado de no ser mordida, sabía que él no lo haría. Ya estábamos acostumbrados a nuestro saludo. Si bien Aedus no era el único potrillo del que había supervisado el nacimiento, con él tenía una relación especial porque había sido el primero.

—Me voy a poner celoso. No es agradable enfrentarme a esta escena —bromeó, Tobías.
—Es tu ego el que habla. No puedes permitirte que alguien como Aedus ocupe mi corazón.
—Es tuyo.
—¿De qué hablas?
—Aedus, es tuyo. Es un obsequio. Aunque me provoque celos, no puedo negar que tienen un gran vínculo —afirmó, sonriendo y, como si lo hubiera entendido, el potrillo relinchó.
—Es un pura sangre. No… no puedo aceptarlo —dije, con un nudo en la garganta. Nunca había recibido un obsequio que expresara tanto sentimiento. Rara vez había recibido obsequios que no fueran finas alhajas, perfumes importados, ropa de marcas famosas y cosas similares, pero siempre había tenido la certeza de que el valor económico no era lo importante porque nunca me habían trasmitido nada. Sabía que detrás de esos regalos no había esfuerzo ni pienso. Lo que importaba era como el obsequio se relacionaba con mi vida. Aedus representaba un acontecimiento particular y privado de nuestra historia. Si él no hubiera nacido esa noche, quizás yo no me hubiera quedado en el rancho y no hubiera conocido al verdadero Tobías. Por esa razón era tan importante y expresaba tanto para nosotros.
—Debes aceptarlo. Mira esa carita —dijo, señalando al potrillo y abrazándome por detrás—. No hay duda de que te ama, aunque no tanto como yo.

Giré en sus brazos para poder mirarlo y me perdí en la calidez de sus ojos de ese color marrón tan seductor. Ese color que hacía un precioso contraste con todo el verde que nos

rodeaba. Él sonrió y me guiñó un ojo, tan engreído y bromista como siempre que notaba que yo me lo quedaba mirando embelesada.

—Tobías, es que…

—Tu faceta protectora de los animales y el ver cómo les brindas amor a todos por igual, hacen que mi amor por ti sea más grande y te admire mucho más. Tienes buena mano, Dillon, con los caballos y con la gente. Es difícil no amarte. Sino… míranos a nosotros —dijo, señalando primero al potrillo y luego a él mismo—. Aedus es tuyo, no hay discusión.

—Gracias —dije, con torpeza, pero emoción.

Tobías me tomó del mentón y me hizo mirarlo a los ojos.

—Dímelo.

—Te amo, *cowboy*. —Sonrió, y me besó. El relincho de Aedus hizo que la risa nos obligara a separar nuestros labios, aunque mantuvimos nuestras frentes unidas.

—Es tan celoso como yo. —Ambos volvimos a reír, cuando nos separamos para mirarnos, añadió—: Quería avisarte que voy a ir hasta el pueblo a hacer unos recados, ¿quieres venir?

—No puedo, amor. Debo hacer mi revisión diaria a los caballos.

—¿No puedes hacerlo más tarde?

—Este es el momento perfecto del día —respondí, y Tobías resopló.

—Confirmado. Tengo motivos para estar celoso de los caballos.

—Puedo compensarte más tarde. —Le mordisqueé el labio y él gimió.

—Eres muy malvada, y te aseguro que tendrás que compensármelo.

—Será todo un placer. Ahora, vete a hacer tu trabajo, *cowboy*.

—He hecho cosas peores por una recompensa menor —dijo, me soltó y comenzó a caminar. No pude evitar seguirle con los ojos. Su andar derrochaba seguridad y parecía tener todo bajo control. ¡Y, Dios! ¡Tenía un culo perfecto! Musculoso y firme; era uno de esos culos que te daban ganas de… mejor me ponía a trabajar y dejaba de babear.

—No quiero saber todo lo que has hecho —dije, lo suficientemente alto para que escuchara, y largó una carcajada. Ese sonido fue música para mis oídos.

—No olvides que esta noche le daremos la noticia de nuestro compromiso a la familia —me recordó.

—Eso siempre y cuando no me arrepienta antes y salga corriendo para esconderme de ti —bromeé, y Tobías detuvo su andar y volteó para mirarme.

—Siempre te encontraría, Dillon, así tuviera que ir a buscarte a la luna. —Y siguió caminando como si tal cosa.

Miré a Aedus que me miraba con atención.

—Lo siento, Aedus, pero estoy enamorada de ese *cowboy* presuntuoso y esta noche nos vamos a comprometer delante de la familia. Lo entiendes, ¿verdad?

Aedus relinchó y yo reí.



Me encontraba saliendo de una de las caballerizas y mi teléfono sonó. Lo saqué del bolsillo de mis pantalones y miré la pantalla.

El corazón me dio un vuelco.

La llamada era de mi madre.

No sabía nada de mi familia desde que me había separado de Jairo y, aunque era una estúpida por sentirme así, la emoción me atenazó la garganta al saber que escucharía su voz y por el hecho de que quisiera hablar conmigo después de tanto tiempo. Mis padres, por más que no habían sido buenos, eran mi única familia y siempre me afectaban de formas peculiares.

Detuve mi andar y me senté en un fardo de heno. Nala venía a mi lado y comenzó a dar vueltas a mi alrededor con inquietud, parecía que intuía que yo estaba nerviosa. La llamé y, antes de atender la llamada, le rasqué detrás de las orejas como sabía que le gustaba, para dejarla tranquila.

Me armé de valor.

—Hola, mamá —saludé, pero sin demasiada efusividad, con mi madre nunca se sabía y no quería alegrarme antes de tiempo.

—¿Cómo estás, Dillon? —preguntó, con la frialdad que la caracterizaba.

—Estoy muy bien. ¿Tú? ¿Papá?

—¿De verdad te interesa? —contestó, con ironía, y no pude evitar suspirar.

—¿Para qué me llamaste, mamá?

—Necesitamos hablar contigo. Es sobre un tema importante y delicado.

—¿Están bien? ¿Es algo relacionado a la salud? —consulté, preocupada, porque en ese momento no imaginaba otro tema «delicado» que los llevara a querer comunicarse conmigo.

—Claro que no. Solo necesitamos hablarte de un asunto... y es urgente.

—¿Necesitamos? —pregunté, temiendo que Jairo estuviera involucrado.

—Tu padre y yo. Y tiene que ser hoy —ordenó, como siempre lo hacía.

—¿Qué es lo que necesitan? Yo no estoy en la ciudad, así que no…

—Tenemos claro que no estás en la ciudad. Vives en un pueblucho de mala muerte y en un rancho que es una pocilga.

—¿Qué dijiste? —La sangre se me heló en las venas.

—La verdad, Dillon. Dije solo la verdad. No entendemos cómo puedes trabajar y vivir en ese rancho y, encima, vives en una asquerosa casita para empleados. ¡Una vergüenza!

¡¡Arg!! Grité para mis adentros, tratando de mantener la calma, pero enseguida me invadió la preocupación. ¿Cómo sabían tanto de mi vida?

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Sabes que a tu padre le gusta tener todo bajo control.

Por supuesto que lo sabía, lo tenía clarísimo, como también intuía que ese «control» era para asegurarse de que no manchara la reputación del apellido «Daurelli».

—Te repito, mamá, ¿para qué me llamaste? Dímelo directamente o corto la llamada y no volvemos a hablar.

—¡Ni te atrevas! Si lo haces, nos veremos obligados a ir hasta allí, y te aseguro que no es lo mejor para nadie. Lo que debemos hablar es un tema delicado y es preferible que estemos solos. Nos encontraremos en algún lugar lejos de ese… ese… rancho.

Un tsunami de emociones me inundó: preocupación, rabia, desilusión, tristeza, indignación y hasta dolor. Una combinación poderosa que provocó que mis manos comenzaran a temblar.

—No pienso ir a la ciudad, y menos por algo que no terminas de explicarme.

—Solo tienes que encender tu coche y conducir unos kilómetros. Nosotros estamos en este… «sitio» donde el único lugar de interés es la calle principal del pueblo. No entiendo como no te has vuelto loca.

—Yo soy la que no entiende que haces aquí si tanto te desagrada.

—Ya entenderás por qué nos vimos obligados a venir. Te esperamos en media hora en una cafetería que se llama «Mamá Gala», un nombre tan ridículo para una cafetería como los uniformes de las empleadas que la atienden.

¿Estaban en el pueblo? ¿Qué mierda hacían allí? Si habían hecho un viaje tan largo solo para verme es que realmente era importante lo que tenían para decirme, por lo menos, importante para ellos. No se me ocurría ninguna cosa, pero tenía claro que nada bueno podía salir de una reunión con ellos en el que tratarían un «asunto delicado».

—No puedo, estoy ocupada.

—No tendrías por qué estar ocupada, no necesitas trabajar. Eres una Daurelli, estás muy por encima de todo esto. —El dolor que sentía en mi pecho se expandió por todo mi cuerpo hasta casi dejarme sin respiración. Nunca me amarían. Nunca sería buena para ellos. De mis padres solo obtendría juicios negativos y desaprobación. Agradecí estar sentada porque sentí que iba a desmoronarme. Nala se colocó frente a mí y movió su cola de un lado a otro como si quisiera animarme.

—Adiós, mamá.

—Dillon, mira el mensaje que te acaba de enviar tu padre. Seguro que comprenderás los motivos que nos trajeron hasta aquí. Si no llegas en media hora, iremos hasta allí. Tú decides. —Y cortó la llamada.

Por unos segundos me quedé mirando el teléfono sin terminar de comprender lo que había dicho, pero enseguida mi teléfono sonó anunciando la llegada de un mensaje y eso logró sacarme de la confusión en la que había quedado sumida. Como bien me había dicho, en ese momento me llegó un mensaje de mi padre, pero no era un mensaje escrito, eran varias fotografías y probablemente tomadas de las cámaras de seguridad de un edificio. Al principio las miré sin comprender, luego fui identificando todo. Una era del *hall* de entrada del edificio de la empresa de mi padre,otra estaba tomada dentro de uno de los ascensores de allí y la última era de la sala de espera de su despacho. Y en todas ellas estaba Tobías.

Estaba claro que había estado en la empresa de mi padre.

Mi corazón se detuvo por una fracción de segundo.

¿Qué significaban esas fotografías?

¿Tobías conocía a mi padre?

¿Por qué no me lo había mencionado?

El cuerpo me comenzó a temblar.

Estaba bloqueada. En *shock*. No entendía nada.

Si quería respuestas...

—Tengo que ir —musité, para mí, me puse de pie y comencé a caminar sin saber hacia dónde me llevaría el camino que comenzaba a recorrer.

Había imaginado el encuentro con mis padres numerosas veces mientras ignoraba a la voz de mi conciencia que me decía que a ellos les importaba un bledo y que ese encuentro nunca sucedería. Lo que nunca había imaginado era que los volvería a ver en ese pequeño pueblo, sentados en la cafetería de la señora Gala, la más acogedora y familiar del lugar, pero en la que mis padres desentonaban como un barco en el desierto.

Apenas entré los divisé en la mesa más apartada del local. Me tomé unos segundos para observarlos.

Mi madre, una mujer de una gran belleza, con su exquisito traje de color beige, su pelo rubio como el mío en un elaborado peinado que seguramente había sido hecho en la peluquería, su maquillaje perfecto y, el bolso y los accesorios, que seguramente valían más que todo el negocio en el que se encontraban sentados. Tan perfecta e inmaculada como siempre.

Mi padre. Un hombre, guapo, alto y delgado, de pelo castaño ya canoso. Era indudable que era un hombre elegante, que vestía ropa hecha a medida y lujosa, como todas sus pertenencias. Todo él desprendía poder y autoridad.

En ese momento ambos miraban las pantallas de sus teléfonos y ni siquiera se dirigían la palabra. Tenían sobre la mesa dos pocillos de café, pero estaba segura de que no habían bebido ni una gota.

Suspiré y comencé a caminar hacia ellos con cierto nerviosismo. Me inquietaba volver a verlos después de tanto tiempo, pero, sobre todo, me inquietaba ese encuentro planeado con un objetivo que se me escapaba.

—Hola, doc. ¿Cómo has estado? —me saludó la señora Gala desde atrás del mostrador.

—Muy bien, Gala, gracias. ¿Y tú?

—Encantada de que hayas venido por aquí. ¿Cómo están todos los Lexington?

—Están muy bien, gracias.

—¿Será una mesa solo para ti?

—No, voy a sentarme con aquella pareja —respondí, señalando a mis padres que habían escuchado la conversación y me miraban con seriedad—. Y te pido un café para mí. Gracias, Gala.

—Ya le digo a Fanny que te lo lleve —respondió, y no pasé por alto el gesto de sorpresa cuando dije con quién me sentaría.

Seguí caminando hacia ellos muy consciente del escrutinio al que estaba siendo sometida y las caras de disgusto me demostraron que no estaban contentos con lo que veían. Ambos se irguieron, cuadrándose de hombros mientras me miraban con seriedad y desaprobación.

—Mamá, papá. ¿Cómo están tanto tiempo?

—Mejor que tú, eso es seguro —dijo, mi madre, y su crítica mirada me recorrió de arriba abajo. Directa y cruel, como era su estilo. No podía esperar otra cosa—. Te ves horrible. Necesitas ir a la peluquería. —Sus labios, carnosos tan parecidos a los míos, se apretaron en una fina línea.

Evité poner los ojos en blanco, pero deseé encontrarme en cualquier lugar del mundo, excepto allí. Dejé escapar un pequeño suspiro y me senté en la silla que estaba entre ellos.

—Ya era hora de que llegaras. —Fue el saludo de mi padre.

—Llegué en el plazo que me dieron, aunque no tengo idea de por qué estoy aquí. ¿Qué es lo

que necesitan hablar conmigo? ¿Qué pretenden enviándome esas fotografías?

En ese momento llegó Fanny con mi café y lo dejó sobre la mesa, aunque no dejaba de observar a mis padres como si existiera la posibilidad de que fueran seres extraterrestres que habían invadido el pueblo.

—Gracias, Fanny —dije, para que se retirara y nos diera privacidad. Ella pareció entender la indirecta, asintió con la cabeza y se fue.

—¿Eres amiga de los empleados? —preguntó, mi madre, horrorizada al escuchar que me dirigía a la chica por su nombre y con familiaridad.

—Te recuerdo que yo también soy empleada en un rancho de este pueblo —respondí, y mi madre negó con la cabeza y sus ojos reflejaron el rechazo que sentía.

—¿Observaste las fotografías que te envié? —preguntó, mi padre.

—Sí, lo hice.

—Imagino que reconociste en ellas a ese ranchero… Lexington.

—Mi novio —afirmé, y pude notar que mi padre apretó la mandíbula, a mi madre ni la miré porque si el hecho de que llamara a Fanny por su nombre le parecía un horror, lo que acababa de decir le iba a producir un desmayo y nuestros planes de boda un paro cardíaco fulminante—. Sí, lo reconocí. ¿Qué pretenden viniendo hasta aquí y enviándomelas?

—Hace un tiempo, Lexington quiso hacer negocios conmigo. Más precisamente, venderme un par de sementales pura sangre. ¿Lo sabías?

—No lo sabía —confesé, no iba a mentir cuando no tenía idea de nada de lo que había sucedido entre ellos—, pero no me asombra porque es parte de su negocio y tú también tienes un rancho.

—Un tipo frío, calculador, sin miedo a nada y codicioso para los negocios. En otras circunstancias le hubiera ofrecido un puesto en mi empresa porque me gusta la gente como él, pero lo que no me gusta es el chantaje. —Todos mis sentidos se pusieron en alerta mientras mi pulso se aceleró, y sentí un desagradable hormigueo en la piel al oírle hablar de Tobías en términos tan despectivos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Conoces bien sus intenciones? ¿Tienes claro los motivos por los que te contrató y… te sedujo? —Y esa fue mi madre que no pudo evitar hacer un comentario irónico y sonreír como quien sabe algo que los demás no, y mi corazón comenzó a bombear sangre con más fuerza.

—No sé qué pretenden, pero…

—Pretendemos abrirte los ojos. Te lo has pasado bien durante unos cuantos meses, pero ya es hora de que termines con esta ridiculez. Podíamos tolerar el hecho de que quisieras tener una aventura con ese… ranchero, después de todo hasta te podría venir bien para ayudarte a recapacitar y darte cuenta de todo lo que perdiste al separarte de Jairo, pero tal parece que él sabe que tu apellido y posición social le pueden abrir muchas puertas y… ha decidido ir por más. —Fue cómo si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago.

—¿De qué estás hablando, papá?

—Como te dije, con Lexington tuvimos trato hace un tiempo cuando tenía la intención de comprarle uno o dos sementales para llevar a nuestro rancho. La primera vez que lo cité en la empresa no concretamos nada, a decir verdad, ese día ni siquiera lo recibí porque tenía asuntos más transcendentales —dijo, como si su tiempo fuera el único importante—. Pero ¿sabes que descubrí cuando decidí investigar el lugar al que te habías ido a vivir? —preguntó, pero siguió hablando sin esperar respuesta—: Descubrí que aquél ranchero al que había despachado sin

miramientos de mi empresa, era el mismo que te había contratado como veterinaria. ¿Casualidad? No lo creo.

»Así que, hace unas semanas mi secretaria lo llamó para coordinar otra reunión diciéndole que yo volvía a tener interés en sus caballos. —Hizo una pausa, se rascó la barbilla y endureció aún más el gesto—. El hombre tuvo el descaro de negarse, ¿puedes creerlo? Se negó porque yo no lo había recibido la primera vez y dijo que no pensaba seguir perdiendo el tiempo.

—¿A dónde quieres llegar, papá?

—Como habrás podido ver en las fotografías, aunque al principio se negó, la reunión se terminó concretando, pero no fue para cerrar el trato de la compra de caballos, sino para chantajearme.

Esa información empeoró la terrible sensación de angustia que tenía en el estómago. El corazón me latía cada vez con más fuerza y estaba más confundida que nunca. Mi mente trabajaba a toda máquina intentando sopesar si debía irme de allí o seguir escuchando esa historia que me resultaba imposible. Tobías no era ningún chantajista, era un buen hombre, de esas personas capaces de parar el mundo por su familia.

—Explícate —exigí.

—Lexington me pidió dinero. Si no se lo doy, pretende casarse contigo. —Al principio me sentí estúpida y utilizada por Tobías y algo dentro de mi pecho se rompió causándome un dolor como nunca había sentido, pero cuando miré a mis padres, comprendí que era en ellos en los que NO debía confiar.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—¡¿Qué es lo que no entiendes?! —exclamó, mi madre—. ¿No te das cuenta de que solo te está utilizando para sacarle dinero a tu padre? Si no se lo damos, se casará contigo para aprovecharse de tu apellido, de los contactos que tiene tu padre y para escalar en posición social —dijo, mi madre, con desdén.

—¡Eso es mentira! —Me puse de pie con tanto ímpetu que la silla cayó ruidosamente hacia atrás. Inmediatamente vino Fanny y la acomodó, aunque esa vez se fue raudamente, supuse que al ver la tensión que había entre los tres.

—Siéntate —ordenó, mi padre, que tenía los labios apretados y la mandíbula tensa.

—¿No puedo creer que hayas pensado que ese ranchero vulgar se había enamorado de ti? —se burló, mi madre. Yo respiré hondo antes de volverme hacia ella, sintiendo deseos de replicarle, de decirle que ella no tenía derecho alguno a hablar así de él, no lo conocía ni sabía nada de nuestra relación, pero ¿para qué? No necesitaba aclararle nada —. No solo es vulgar, es un don nadie —siguió escupiendo con veneno.

Juro que hice un esfuerzo por mantenerme tranquila, pero esas palabras…

¡Mandaron mi tranquilidad a la mierda!

Con lentitud aproximé mi rostro a esa mujer que me había dado la vida, pero cuyo comportamiento distaba mucho del de una madre, y a solo unos escasos centímetros de su rostro la miré amenazante. Con regocijo pude comprobar que no tenía tanto coraje como pretendía hacerme creer, porque sus ojos pasaron de mirarme con altivez a agrandarse por el miedo. Me miraba como si nunca me hubiera visto de esa manera.

—Límpiate la boca antes de hablar de Tobías, Antonella —exigí, llamándola por su nombre de pila—. Tobías no es un don nadie, tiene mucho más valor que tú que el único valor que tienes

en tu cuerpo son esas patéticas joyas que usas. Tobías tiene lo que tú nunca tendrás, tiene corazón.

—Vamos a calmarnos —intervino mi padre, con diplomacia—. Y, Antonella, deja que yo me encargue de aclararle todo a Dillon.

Volteé el rostro y lo miré, sin demostrar el temblor en todo mi cuerpo debido a la indignación que sentía.

—No hay nada que aclarar. Perdieron su tiempo al venir hasta aquí a tratar de alejarme de Tobías. Yo creo en él. Me ha dado motivos para contar con mi voto de confianza. De ustedes no puedo decir lo mismo.

—No seas estúpida y necia, Dillon. Nos vas a hundir, su padre intentó…

—¡Cállate, Antonella! —ordenó, mi padre, y ella lo hizo al instante.

¿Había dicho «su padre»? ¿Se refería al padre de Tobías? En ese momento lo único que me vino a la mente fue que mi padre, con todo su poder y sus contactos, había averiguado sobre la familia de Tobías y se había enterado de que el padre era un problemático apostador. Obviamente que para ellos eso era UN HORROR que podía llegar a arruinar su estatus social pudiendo llegar a ser duramente criticados. A mí me daba igual que me aplaudieran o me menospreciaran. NO me importaba NADA de esa cruel, egoísta, desalmada e impune sociedad ni de su censura.

Miré a mi madre con mis ojos brillando furiosos, pero la voz de mi padre me hizo volver a mirarlo.

—No tienes ni idea de a lo que te enfrentas, hija. Lo mejor es que vuelvas con nosotros.

¿Hija? Rechiné los dientes. No recordaba si alguna vez me había llamado así. Probablemente no lo había hecho nunca.

¿Volver con ellos? Ni muerta.

Demasiado bien sabía hasta qué punto ese hombre era un astuto manipulador, pero no permitiría que estropearan lo mejor que me había pasado en la vida. No pensaba fiarme de él. Y aunque sentí cómo la sangre me hervía en las venas, me contuve. No era el lugar adecuado para decir TODO lo que pensaba de ellos.

—Escúchenme con atención, porque lo voy a decir solo una vez, mi vida podrá parecerles pequeña e insignificante, pero es mi vida. ¡DEJEN DE METERSE EN ELLA!

—Dillon… —Comenzó a decir mi padre.

—¡No me interrumpas! —Sabía que mis padres eran adversarios admirables, pero no pensaba volver a amilanarme ante ellos ni ante nadie. ¡Nunca más!—. Vuelvan a sus perfectas vidas y déjenme ser feliz.

—No puedes estar hablando en serio —dijo, mi madre con el ceño fruncido, recorriéndome de arriba abajo con la mirada—. ¿Te volviste completamente loca? No sabes lo que haces.

—Estoy más lúcida que nunca y tengo claro lo que quiero. No pierdan más su «valioso» tiempo en un «pueblucho» como este. Márhense ahora mismo porque seguramente tendrán «asuntos más transcendentales» que atender —ironicé.

—Vamos, hija, no puedes estar hablando en serio —repitió, mi padre, con tono más condescendiente.

—Es mejor que se marchen —afirmé, con un tono de voz que no admitía réplica.

—Toda una vida de sacrificio para que fueras alguien excepcional, y ahora… esto… —Mi madre se llevó la mano a la frente como si toda la situación la superara.

—¿Sacrificio? Es broma ¿verdad? A la única que han sacrificado toda la vida ha sido a mí y siempre en pos de su beneficio. ¡No sean cínicos!

Mi padre se puso de pie y mi madre lo imitó.

—Cometes un grave error. Si decides seguir adelante con esto, ten en cuenta que nos olvidaremos de que tenemos una hija… en todo sentido.

Sabía a lo que se refería.

DINERO.

Lo único que movía su mundo.

—¡El dinero me importa una mierda! Siguen sin entenderlo —dije, negando con la cabeza—. Para mí, nunca se trató de dinero…, lo único que quería era un poco de su atención y… amor, sobre todo, amor, pero nunca me lo brindaron. Desconocen esa palabra o, para ustedes, solo simboliza dinero, lujos, éxito, poder y prestigio. Solo anhelan eso. —Suspiré—. Sus corazones están huecos y nunca van a ser felices porque, aunque tengan todo lo que se pueda tener en este mundo, nunca encuentran satisfacción. Yo SÍ la encontré. Logré saber lo que es sentirse amada, valorada, respetada, y lo hice en este lugar que ustedes consideran un pueblucho, pero que les aseguro que es el mejor lugar del mundo y en el que no me falta el amor. Aquí tengo todo lo que necesito, todo lo que siempre deseé... aunque no creo que lo entiendan. No tengo nada más para decirles. —Volteé y comencé a caminar hacia la salida de la cafetería sin mirar a nadie, pero no había llegado a dar ni dos pasos cuando volví a escuchar la voz de mi madre.

—Te vas a arrepentir. Quisiera ver qué tal se te da pertenecer a… a la gentuza —amenazó, con severidad.

—Ya pertenecí a la gentuza, lo hice hasta que me separé de Jairo, y les aseguro que por nada del mundo volvería. NUNCA más. Ahora pertenezco a este lugar, y les aseguro que la gente de aquí es… es maravillosa. Aquí, la calidez humana y el apoyo mutuo son los que realmente definen a la gente. Es el mejor lugar del mundo.

Me di la vuelta y abandoné la cafetería sin mirar atrás.

Capítulo 29

«La felicidad es interior, no exterior, por lo tanto, no depende de lo que tenemos, sino de lo que somos.»
—Pablo Neruda

Dillon

Cuando salí de la cafetería la decepción y desilusión por la conducta de mis padres me abandonaron y el pánico se apoderó de mí. Si bien quería creer en Tobías, necesitaba explicaciones porque lo cierto es que había visitado la empresa de mi padre y me la había ocultado, así como también era cierto que Tobías me había pedido que me casara con él.

Con el estómago encogido y el pulso acelerado, me dirigí hacia mi coche. Me desplomé en el asiento del conductor y, por unos minutos, me exprimí el cerebro tratando de encontrar una explicación lógica.

Nada.

Absolutamente nada.

Apenas podía seguir el ritmo de los confusos pensamientos que corrían a toda velocidad por mi cerebro.

Tenía que hablar con Tobías, tenía que volver al rancho.

No quería llevarme por la impulsividad.

Yo confiaba en él.

Cuando al fin encontré las fuerzas necesarias para salir de allí, encendí el motor y, presa del abatimiento que se había apoderado de mí, me dirigí hacia el rancho «El Camino», aunque por primera vez, mi corazón estaba dividido entre querer llegar o no volver nunca para no enfrentarme a algo que podía llegar a romperlo para siempre.

Era increíble cómo podían cambiar las cosas en tan poco tiempo.

Un rato antes habíamos estado juntos declarándonos nuestro amor y en ese momento no sabía qué pensar de nuestra relación.

¿Había sido todo una completa y cruel mentira?

Me negaba a creerlo.

Lo que habíamos compartido no podía ser parte de una mentira. Su forma de hacerme el amor, de complacerme, de mimarme, cuidarme y entenderme.

¡No podía ser actuación!

Por fin entendía eso que decían de que la vida era una montaña rusa de emociones, un lugar en el que a veces nos sentíamos en la cima del mundo, llenos de alegría y esperanza, mientras que en otras ocasiones nos sumergíamos en el abatimiento y la desesperación. Antes de llegar al rancho, generalmente vivía en la parte de abajo de la montaña rusa, pero la vida en el rancho me había hecho conocer la cima y tenía miedo de caer en picada.

Al aparcar el coche vi que Tobías me estaba esperando en el *porche* de la casa. Su semblante era mortalmente serio, pero también reflejaba preocupación. Recién en ese momento me di cuenta de que había salido del rancho con tanta prisa que no le avisado a nadie y tampoco había prestado atención a mi teléfono que había quedado en el coche. No había dudas de que estaba preocupado, y cuando supiera lo que me habían dicho mis padres, lo estaría mucho más. Me quedé sentada en el coche durante varios segundos antes de reunir la energía suficiente para enfrentarme a él. Tobías descendió los escalones del porche bajando cada peldaño con lentitud y sin dejar de mirarme. Era evidente que sospechaba que algo no andaba bien.

Abrí la puerta del coche y, como siempre, Otto y Nala corrieron hacia mí con sus ladridos frenéticos y moviendo sus colas. Ellos también se habían ganado mi corazón con su lealtad. Cuando salí me acuclillé para acariciarlos y rascarles la cabeza como les gustaba, pero enseguida vi sus botas cuando se detuvo junto a mí.

Me incorporé y lo miré.

Me miraba con seriedad.

—¿Se puede saber dónde estabas? Todos estábamos preocupados por ti. Te llamé infinidades de veces, te envié varios mensajes, pero no tuve una miserable respuesta —reprochó.

—Discúlpame, tuve que salir con prisa y no pude avisarle a nadie. Lo del teléfono fue porque lo dejé olvidado en el coche.

—¿Salir con prisa? ¿Qué sucedió? —preguntó, y si bien se veía enojado, noté que mis palabras también le produjeron inquietud.

—Me llamaron mis padres. Estaban en el pueblo y querían hablar conmigo… sobre ti.

Tobías palideció y eso hizo que un gran nudo se instalara en mi garganta porque no lo tomé como buena señal.

—¿Qué te dijeron? —preguntó nervioso, y mi corazón comenzó a desquebrajarse un poco.

—¿No lo sabes?

—¿Qué te dijeron, Dillon? —repitió, más nervioso aún, mientras me tomaba de los hombros.

—¿Qué piensas que me dijeron? —pregunté, con la voz temblorosa porque mi garganta se cerraba cada vez más.

—¿Te obligaron a alejarte de mí? ¿Es eso?

—¿Te reuniste con mi padre, Tobías?

Soltó mis hombros, retrocedió un paso y agachó la cabeza. Quedé paralizada intentando asimilar lo que veía. El mal presentimiento creció exponencialmente y la grieta de mi corazón se abrió un poco más.

—No sé lo que te dijeron, pero te juro que si no te lo comenté fue porque… —El arrepentimiento estaba grabado en su rostro.

—No puede ser… —Esa vez fui yo la que retrocedí unos pasos hasta que mi espalda chocó con mi coche. Tobías levantó la mirada y la posó en mí. La angustia que mostraban sus ojos se clavó en mi corazón como un maldito puñal. ¡Dios mío! No, no, no. ¡No!

—Dime lo que te dijeron. Te aseguro que puedo explicártelo. Si golpeé a tu padre fue porque…

Me paralicé al oír esas palabras.

—¿Cómo? ¿Lo golpeaste? —pregunté, aterrada y confundida por igual.

—¡Maldición, Dillon! ¡Solo quería protegerte! —gritó, acercándose y mirándome suplicante.

—¿Protegerme? ¡¿De qué?! —Negué levemente con la cabeza—. ¿Por qué me pediste que me casara contigo, Tobías?

—¿Qué? —preguntó, desconcertado.

—Solo dime la verdad… te lo pido por favor —supliqué, y él volvió a acercarse y a tomar mis manos.

—¿Qué te dijo tu padre, Dillon? ¿Qué estás insinuando?

—¿Por qué no me dijiste que conocías a mi padre y te habías reunido con él?

Negó con la cabeza mostrando enfado y preocupación por igual. Podía sentir cómo el peso de la situación lo aplastaba. Sus manos temblaban levemente, y por un momento, el silencio entre nosotros fue tan denso que se podía cortar con un cuchillo.

—Dímelo, Tobías —exigí, y sus ojos reflejaron una mezcla de frustración y miedo.

—Si bien tuve una reunión con él, fui a su empresa con la intención de venderle caballos y sin saber que él era el dueño de *«AD Corporation»*, pero apenas me dijo su nombre comprendí que tu padre no me había citado para hacer negocios, sino para hablarme de ti. —Se apretó los párpados—. Te aseguro que tuve motivos para no decírtelo, sobre todo, para evitarte un gran dolor. Ahora que lo conozco, imagino lo que debes haber pasado viviendo junto a ese hombre y… quise evitarte más sufrimiento.

—¿Qué sucedió con él? —pregunté, e intenté contenerme, pero las lágrimas corrieron por mis mejillas y no me molesté en evitarlas. Le creía, pero necesitaba una explicación más detallada porque todo era muy confuso.

—Vamos a la casa y hablemos tranquilos, mi amor.

—¡Dímelo, Tobías! Necesito una explicación para entender todo esto.

—Dillon, escúchame. Vamos a la casa y te explico todo.

Lo miré y asentí con la cabeza porque éramos el centro de las miradas de muchos de los trabajadores. Comencé a caminar hacia la casa en la que vivía. No pude evitarlo y me alejé unos pasos de él, Tobías me siguió en silencio. Creo que comprendió que en ese momento necesitaba algo de espacio. Lo único que quería era una mejor explicación porque, si bien confiaba en él, no entendía por qué me había ocultado la reunión y, sobre todo, me había pedido que me casara con él justo después de reunirse con mi padre.

Cuando entramos me desplomé sobre el sillón y me tomé la cabeza con ambas manos.

Había llegado el momento de enfrentarme a la verdad.

Capítulo 30

«Tu alma gemela no es alguien que entra en tu vida en paz, es alguien que viene a poner en duda las cosas, cambia tu realidad, marca un antes y un después.»
—Mario Benedetti

Tobías



Verla así y oír ese dolor en su voz, me rompió un poco más.

NO debí haberle ocultado lo sucedido con su padre.

Pero no pude explicárselo. No supe cómo hacerlo.

NO tuve corazón para decirle lo que me había planteado y las barbaridades que había dicho sobre ella.

Dillon quería olvidar los recuerdos de su amargo pasado y no quise traérselo al presente.

Pero me había equivocado.

No se trataba de olvidar, se trataba de convertir nuestro pasado en algo que nos ayudara a ser mejores, a reflexionar, a sanar y a evitar que volviera a suceder.

Y ocultándoselo había hecho lo contrario porque estaba sucediendo. Su familia volvía a hacerle daño y yo… había entrado en su juego y también se lo había hecho. Armando Daurelli era un hombre desalmado y lo que me había planteado era tan cruel que a Dillon la hubiera devastado emocionalmente. Yo sabía lo que era ser traicionado por tu propio padre y dolía… ¡joder que dolía!

Armando Daurelli se reducía a una simple descripción de una sola frase: «Ese hombre NO merecía llamarse padre». No bastaba engendrar para ser padre, hacía falta, además, merecer ese nombre. Y sin duda yo sabía de ese tema porque tampoco había contado con el amor del mío.

Pero comprendí que yo debía haber ido más allá de sus ofensas impidiendo que le siguiera haciendo daño a su hija, y eso lo hubiera logrado siendo sincero con Dillon. Había cometido un gran error al ocultárselo.

Cuando la vi llegar en su coche estaba frustrado, preocupado y enojado porque hacía horas que no sabía nada de ella, pero apenas comprobé que tenía los ojos brillantes y el rostro entristecido, supe que algo no iba bien. Y lo confirmé cuando escuché la decepción en su voz.

El astuto Armando Daurelli había recurrido a otra artimaña adelantándose y tergiversando todo lo sucedido, pero había llegado el momento de sacarle la careta y contar la verdad. Si bien estaba preocupado por lo que podía haberle llegado a decir, confiaba en que Dillon me creyera y no sentía absolutamente ningún arrepentimiento por mi forma de actuar en esa oficina. Volvería a partirle la cara mil veces si la ofendía o lastimaba.

Me senté a su lado.

Jadeó cuando mis manos cubrieron sus mejillas para obligarla a mirarme. Levantó la cabeza y clavó su mirada color cielo en mí. Pude ver la angustia reflejada del modo más desconsolador

en sus ojos. Cargados de ruegos y preguntas, sus ojos parecían pedir ayuda.

Y temí lo peor.

Y en ese momento me prometí que, si Dillon me perdonaba, dedicaría cada día de mi vida a hacerla feliz. La adoraría como ningún hombre jamás ha adorado a una mujer y como ella merecía.

—Antes que nada, debo pedirte disculpas por no haberte contado de la reunión que mantuve con tu padre. A la vista está que fue un error, pero lo hice para evitarte todo ese dolor y sufrimiento. Lo siento, joder. Lo siento.

Un suspiro tembloroso salió de su boca.

—Olvídate del dolor y sufrimiento. Soy fuerte, Tobías. Conozco a mis padres y sé de lo que son capaces, por eso mismo y porque confío en ti, es que estoy aquí sentada a tu lado queriendo escuchar tu versión, sino estaría en mi coche rumbo a la ciudad.

Su mirada angustiada se quedó fija en la mía. Su labio inferior empezó a temblar y estuve a punto de abrazarla fuerte para no soltarla más, pero entendí que en ese momento Dillon necesitaba una sola cosa: escuchar mi versión y aclarar la situación.

—Está bien, tienes todo el derecho a saber la verdad —dije, y retiré mis manos de su rostro y me preparé para algo que sería incómodo y angustiante.

—Quiero saber TODO lo que ocurrió, y después será mi turno de contarte lo que mis padres me dijeron. No te guardes nada. Vas a decírmelo todo.

Y comencé.

Dillon no dijo una palabra mientras le contaba TODO lo que había pasado entre su padre y yo.

Y no me guardé nada.

Confesé hasta las amenazas y agravios de su padre de forma textual y hasta el golpe que le propiné cuando le faltó el respeto.

Por último, y con el corazón en la mano, le rogué que entendiera que lo hice porque la amaba, porque no quería que sufriera un solo día de su vida, porque ella solo se merecía ser feliz.

—Dillon, sé lo que se siente ser traicionado por tu propio padre. No quería que también lo vivieras. Fui un estúpido al creer que todo quedaría así. —Negué con la cabeza—. Ni siquiera sé lo que te dijo tu padre, pero está visto que lo subestimé. Y tengo miedo… de perderte. Cuando te conocí, tuve miedo de enamorarme de ti. Pero desde el mismo momento que te vi fue demasiado tarde para mí. Te amé desde que tus hermosos ojos se posaron en los míos, Gin. Y ahora… ahora estoy aterrorizado ante la idea de perderte.

Y a pesar de todo, Dillon no decía nada. Ni siquiera parpadeaba. Sus hermosos ojos claros brillaban y estaban fijos en los míos. No lograba descifrar si estaba enfadada, decepcionada o triste. Todas esas emociones eran lógicas teniendo en cuenta lo que acababa de escuchar, y aunque siempre podía leer en su rostro su estado de ánimo, en ese momento me ocultaba muy bien sus pensamientos, sentimientos y emociones.

Y me estaba volviendo loco.

—¿Podrías, por favor, decir algo? —balbuceé y, aun así, no dijo una palabra.

Pero… sonrió tímidamente.

Mi corazón se aceleró y mi mundo se detuvo por un segundo, porque todo lo que importaba era esa sonrisa.

Porque no era una sonrisa triste.

Dillon sonreía desde el alma.

El amor y la alegría fusionados en esa imagen perfecta.

Una oleada de calidez me recorrió todo el cuerpo disipando todas mis preocupaciones y sentí una inmensa gratitud a la vida por ese regalo. Por tenerla conmigo. Por ser honrado con su amor. Por ser perdonado. Porque ese ser maravilloso… me había perdonado.

La emoción que sentí se convirtió en un torrente interno difícil controlar y mis ojos se nublaron, desdibujándome la imagen de Dillon.

No quería perderme esa imagen.

Pestañeé para volver a verla con claridad y, para mi sorpresa, la humedad de mis ojos se desbordó en unas copiosas lágrimas que corrieron por mi rostro dejándome totalmente sorprendido.

¡Mierda!

No recordaba cuando había sido la última vez que las había derramado, quizás en el funeral de mi madre, aunque ni siquiera recordaba si ese día había podido llorar.

Dillon acercó sus manos y las limpió con delicadeza.

—Te creo, mi amor. —Se aferró a mí, hundiendo la cabeza en mi cuello. Su pecho se apretó contra el mío y sentí que volvía a vivir. Hundí la cabeza en su pelo aspirando su aroma y dejando que penetrara cada fibra de mi ser. Solo necesitaba eso, sentirla contra mí, dejar que su corazón acunara el mío.

—Lo siento. Lo siento mucho, Dillon. Por todo. Perdóname por no habértelo dicho antes.

—Aún estoy un poco enfadada por eso, pero entiendo por qué no lo hiciste. Callaste todas esas barbaridades para cuidarme, para protegerme de la maldad de mis padres. ¿Sabes? —dijo, y apoyó su frente en la mía—, es la primera vez que alguien me defiende de esa forma, y estoy segura de que Armando Daurelli no se lo esperaba. Para él nada es más importante que el dinero, así que me hubiera gustado verle la cara de sorpresa cuando despreciaste su dinero por mí.

—Dillon, yo… —comencé a decir con un gran nudo en la garganta, pero apoyó un dedo en mis labios y no me dejó continuar.

—Yo también te debo una disculpa porque fui injusta al desconfiar de ti. Te pido me perdones.

—No se te ocurra pedirme disculpas. No hay nada por lo que debas pedirlas. Imagino que lo que te dijeron debe haber sido muy convincente y… duro también.

Me miró y soltó un suspiro.

—No importa lo que dijeron, ya no importa. No merecen la pena ni nuestro tiempo. Siendo felices es como les ganamos y como conseguiremos superar toda la mierda que nos han hecho vivir. Nuevamente actuaron desde el egoísmo, pero no los necesito ni quiero en mi vida. Acá… tengo todo lo que necesito para ser feliz… tengo mi hogar... te tengo a ti. —Un destello de triunfo apareció en sus ojos.

—Dímelo.

—Te amo.

—No dejes nunca de repetírmelo, por favor

—Nunca lo haré —prometió.

Sí, juntos le habíamos ganado a la maldad y egoísmo de nuestros padres.

Nuestro amor había triunfado.

Además, había encontrado el amor en esa mujer que tenía frente a mí y que me había enseñado a olvidar el pasado y a volver a sentir, a reanimar mi corazón. Una mujer valiente a la que amaba por encima de todo.

Y Dillon había encontrado la felicidad que por tantos años le había sido esquiva, y lo había hecho en mis brazos.

Nuestras almas habían encontrado la paz y la felicidad.

El rencor ya no formaba parte de nuestras vidas.

Solo el AMOR.

—No me gusta verte llorar. Si lo haces, que sea solo de felicidad —dije, y le pasé el pulgar bajo los ojos para secar sus lágrimas y rozar sus labios con delicadeza.

—Lloro de felicidad, *cowboy*.

—Aaah ya sé, es la emoción porque sabes que los polvos de reconciliación son maravillosos —bromeé, para hacerla reír.

—¡Exacto! ¿Qué sentido tiene perder más tiempo cuando podemos ir directamente a lo bueno?

—Tú lo has dicho y ni siquiera me pienso mover de aquí, el sillón está bien para mí. —Con un movimiento rápido la dejé tumbada sobre su espalda y me ubiqué encima. Dillón jadeó—. Ahora sí que quiero ver esas lágrimas, pero van a ser del placer que vas a sentir. —Y a continuación mi boca cubrió la suya en un beso necesitado, hambriento, ardiente, mientras acomodaba mis caderas entre sus muslos y comenzaba a moverme—. Dime que quieres.

—A ti, te quiero a ti.

Enseguida sentí sus brazos envolviéndome y apretándome fuerte contra su cuerpo y el solo hecho de pensar que pude haberla perdido hizo que me escocieran los ojos. No sé en qué momento lo notó, pero sus labios se curvaron en una hermosa sonrisa.

—*Cowboy*, pensé que dijiste que era yo la que iba a derramar lágrimas de placer —bromeó, dándome un dulce beso.

—Te amo, Dillon. Quiero que nos casemos lo antes posible. Quiero comenzar una vida a tu lado —dije, y mi voz se rompió en la última palabra.

—Ya comenzamos una vida juntos. Nada ni nadie nos va a separar, te lo aseguro.

El amor que sentía por ella se desbordó por completo.

Dillon sonrió.

Sonrió en grande.

Y sentí que esa poderosa sonrisa curaba todo lo malo.

—¿Dónde está mi duro *cowboy*? —preguntó, riendo y mirándome con socarronería, y esa vez fui yo el que decidió jugarle una broma y tomé su mano y la llevé a mi miembro erecto y duro.

—Ahí mismo. ¿Lo sientes? —La carcajada hizo que su cuerpo temblara e hiciera temblar el mío.

Escuchar esa natural risa fue maravilloso.
YO era el hombre que la hacía reír.
Y todo cobró sentido.
Y el caos desapareció.
Y el mundo volvió a estar en su lugar.

Capítulo 31

«Entonces, te das cuenta de que de eso se trata el amor, de lecciones, de libertad, de aprender y enseñar. De eso se trata, de coincidir con gente que te haga ver cosas que tú no ves, que te enseñe a mirar con otros ojos.»
—Mario Benedetti

Tobías



Ocho meses después…

¿Dónde estás, Dillon? ¿Por qué no respondes a mis llamadas?

Salí del último establo que me quedaba por buscar, pero sin éxito. Me había recorrido todo el rancho, y no había ni rastros de Dillon. Su coche estaba allí y nuestras camionetas también, salvo la que habían utilizado mis abuelos para ir hasta el pueblo. A ellos también los había llamado, pero me habían asegurado de que no estaba con ellos y que no sabían de su paradero ni planes. Suponía entonces que no había salido del rancho, por lo menos en un vehículo nuestro, y al no encontrarla me estaba empezando a inquietar.

Mi preocupación se debía a que no la veía ni sabía de ella desde el desayuno, y seguía temiendo que su familia tramara otra cosa para separarla de mí.

Unas semanas después del enfrentamiento que habíamos tenido con sus padres, se habían vuelto a contactar con ella para exigirle que volviera a la ciudad y, por supuesto, para que desistiera de la idea de casarse conmigo. El motivo esa vez había sido mi familia, más precisamente, mi padre. El desgraciado de Giuliano había sido quien les había informado que Dillon estaba en el rancho y que era mi novia. Seguro que mi padre había oído hablar de Armando Daurelli y de su riqueza y poder, y al conocer a Dillon y enterarse de su apellido, no había perdido oportunidad para sacar una tajada. Eso era lo típico de mi padre. Seguramente, también había intuido o averiguado que esa gente, la flor y nata de la alta sociedad, nunca me aceptaría como pareja de su hija, por lo que no le había sido muy difícil intentar «ayudarlos» a separarnos. Obviamente que mi padre le había pedido dinero a cambio de la información, y Armando Daurelli había utilizado el comportamiento vergonzoso de mi padre para exigirle a su hija que no se «uniera» a una familia de estafadores, deshonestos y corruptos que mancillaríamos su noble apellido. No estaba equivocado respecto a mi padre, pero no permitiría que desprestigiara y difamara al resto de mi familia porque entonces conocería al verdadero Tobías Lexington, y cuando decía «resto de mi familia» por supuesto que incluía a Dillon. Si volvía a hacerle daño más le valía empezar a rezar e incluso ofrecer un par de sacrificios para salvar su pellejo.

Y aunque tenía claro que a Dillon no le importaba la opinión de su familia ni había tenido

más contacto con ellos, igual siempre me preocupaba el que volvieran a intentar separarnos con alguna mentira. No me fiaba de esa gente.

Tampoco me fiaba de mi padre y de Bárbara, así que, como ya hacía unos años que a mi padre le habíamos dado su parte del rancho, le hicimos firmar unos documentos en los que se comprometía a no pedir un puto peso más, por supuesto que a cambio de saldar una de sus grandes deudas de juego. Pero eso iba a ser lo último que recibiría de nosotros. Ya no formaba parte de nuestra vida y prefería no saber absolutamente nada más de él.

Por otro lado, Graham había averiguado que Bárbara no estaba embarazada o había perdido el bebé, eso no había quedado claro, pero sí teníamos claro que lo habían usado para sacarnos dinero, pero al no obtenerlo, habían decidido probar suerte con la familia de Dillon.

Después de vivir toda esa locura tan dolorosa y desagradable, por fin habíamos encontrado la paz y disfrutábamos de nuestra pareja, la familia y el rancho.

Con Dillon éramos felices.

Y si bien yo me quería casar cuanto antes, me sentía un tanto inquieto porque la respuesta de Dillon seguía siendo la misma: que no nos precipitáramos y que fuéramos con calma.

La entendía, ella era divorciada y con una dura experiencia. Era lógico que quisiera ir con pies de plomo, pero la realidad era que, me estaba costando ir a su ritmo.

También tenía claro que me amaba, ella me lo demostraba día a día, y por eso mismo quería ir con cautela. Aun así, no terminaba de dar el paso que yo tanto esperaba.

Me dirigí hacia la casa principal y, cuando estaba subiendo los escalones del *porche*, Graham abrió la puerta.

—¿Has visto a Dillon? No la he podido localizar en todo el día.

—Uy, se me olvidó decirte que hoy me crucé con mi cuñadita y me pidió que te avisara que tenía que ir a comprar algunas cosas al pueblo e iba a demorar —respondió, pero no pasé por alto que parecía un poco inquieto.

—¿Cómo? ¿Y por qué no me avisó? —pregunté, entrecerrando los ojos.

—Bueno, no sé… probablemente porque estarías ocupado o porque aprovechó a que se cruzó conmigo.

—¿Estás seguro de qué está todo bien? Hay algo de esta situación que no me cierra —dije, mirando seriamente a mi hermano.

—Todo bien, hermano. No seas paranoico.

—¿Paranoico dices? Sabes muy bien que su jodida familia es capaz de cualquier cosa para separarnos y me preocupa que se hayan contactado con ella y…

—Tranquilo, Tobías —dijo, palmeándome la espalda—. Dillon está bien.

—¿Y cómo lo sabes? Me está por dar un puto infarto, Graham —señalé, y mi hermano largó una carcajada.

—Ya te dije que me crucé con ella y estaba lo más bien, solo salió de compras… —Se quedó mirándome con un amago de sonrisa—, no debería decir esto, pero creo que tiene en mente darte una sorpresa.

Sentí una oleada de alivio recorrerme las venas.

—¿Estás seguro?

—No; solo mera intuición —respondió, haciéndome gruñir—. Pero hablando de sorpresas, ¿por qué no aprovechas que ella no está en el rancho y se le preparas tú?

—¿Qué?

—Prepárale una cena romántica, ponte más… presentable y… ¿ya le entregaste el anillo?

—Sabes muy bien que no se lo he dado porque, si bien aceptó mi propuesta, aún no quiere que nos casemos.

—Eso no tiene nada que ver, puedes entregarle el anillo de boda sin tener que fijar una fecha.

—No quiero presionarla.

—Tienes claro que con Dillon nos llevamos muy bien y solemos conversar mucho y… ¿sabes lo que creo? —dijo, y se quedó pensativo.

—¡Habla de una maldita vez, Graham! —exclamé, haciendo que volviera a reír.

—Creo que ella está esperándolo. Sospecho que la sorpresa de hoy es para que lo hagas. Entrégale el anillo de una maldita vez.

—¿Estás seguro?

—No; solo mera intuición —respondió, repitiendo las mismas jodidas palabras de minutos antes y haciéndome gruñir nuevamente.

Si lo pensaba bien, su sugerencia no era mala.

Tenía el anillo. Mi abuela me había dado el anillo que pertenecía a mi madre y que tanto significado tenía para mí, y ese anillo le pertenecía a Dillon.

Siempre le había pertenecido a ella.

Porque lo extraño era que a Bárbara le había comprado uno, nunca se me había ocurrido entregarle el de mi madre. Ahora comprendía que con Bárbara había sido solo un simple enamoramiento juvenil y solo Dillon se había adueñado totalmente de mi corazón.

Era ELLA.

Dillon era la horma de mi zapato.

No era mi complemento, ella era mi vida entera.

Éramos la unión perfecta de dos personas que no estaban preparadas para enamorarse y que, sin embargo, se amaban de una forma que sobrepasaba los límites.

—¿Quieres que te ayude con eso? —preguntó, sacándome de mis reflexiones.

—No es necesario.

—Déjame ayudarte. No soy buen cocinero, pero puedo darte una mano con la parte romántica. En eso, seguro que tengo mucha más experiencia que tú.

Lo pensé. Después de todo…

—Deja de hacerte el duro y acepta la ayuda que te ofrezco antes de que me arrepienta.

—Si con eso logro que te calles…, acepto —afirmé, sabiendo que mi hermano era bastante bueno en eso de sorprender a las mujeres y su ayuda para convencer a Dillon de que se casara conmigo lo antes posible, podía llegar a ser valiosa.



—¿Me estás tomando el pelo? —exclamé, al ver que su sugerencia de vestimenta era traje negro y camisa blanca, encima con un pañuelo en el bolsillo de la chaqueta—. No —me negué, tajante.

—Confía en mí. Si quieres romanticismo tienes que esmerarte hasta en la vestimenta. A Dillon le hará mucha ilusión y te aseguro que la próxima semana serán marido y mujer. Los anillos se merecen este traje… y Dillon también.

—Y si después de esto me dice que no… ¿qué hago?

—Relájate. Te aseguro que será un «SÍ» grande como este rancho —respondió, Graham, con entusiasmo, pero lo miré de mala gana.

—¿Estás seguro de esto?

—No; solo mera intuición —dijo, por enésima vez, y gruñí, fulminándolo con la mirada—. Relájate, hermanito, Dillon te ama y te aseguro que esta sorpresa la va a fascinar. No va a poder resistirse a tu… *encanto.*

—Si te sigues burlando de mí…

—Deja de protestar y ve por unas flores para ella. Yo me voy a encargar de otras *cositas*.

—¿Qué cositas?

—Todo tiene que ser mágico, así que voy a ir a decorar un lugar especial.

—No, quiero que sea en…

—El lago… lo sé. Tengo claro que ese es «tu lugar». Déjalo todo en mis manos.

—Graham, te advierto que…

La puerta del dormitorio se cerró dejándome con la palabra en la boca.

—¿Quién me manda a pedirle ayuda? —murmuré.



Eran las siete y media de la tarde cuando con el metiche de Graham nos encaminamos por el sendero que nos llevaba hacia el lago, lugar en el que él había preparado todo para mi atardecer romántico con Dillon. Me había querido deshacer de él, pero insistió en que quería acompañarme para ver si me gustaba todo lo que había hecho.

—Detente —exigió, unos metros antes de llegar.

—¿Qué sucede? —pregunté, extrañado.

—Te voy a vendar los ojos —respondió, sacando un pañuelo del bolsillo de su pantalón.

—¿Qué cojones te pasa? ¿Te volviste loco? A mí no me vas a…

—¡No seas un cabrón aguafiestas! —dijo, exasperado—. Escúchame bien, Dillon te está esperando y es una sorpresa para ambos. ¡Así que véndate los ojos así me puedo largar de aquí y los dejo solos!

—¿Dillon me está esperando?

—Yo no dije nada —comentó, haciendo el gesto de cerrar su boca con una cremallera imaginaria—. ¡Ustedes dos me van a volver loco! Ponte esto de una vez que me quiero largar de aquí —ordenó, estirando su mano para que tomara el pañuelo.

No estaba de acuerdo con eso, pero si era lo que Dillon quería, lo haría.

Ya sin ver nada, Graham me ayudó a seguir caminando. Nos detuvimos uno metros después.

—Ya puedes sacarte el pañuelo de los ojos y mirar, hermanito.

Lo hice.

Y lo primero que vi fue el rostro de mi hermano con una gran sonrisa y, cuando se apartó…

La vi.

A ella.

A la mujer que amaba con todo mi corazón.

Estaba de pie a unos metros de nosotros bajo un arco de flores, y estaba… vestida de novia.

Y entonces…, entonces comprendí qué significaba, y por poco me eché a llorar.

¡Nos íbamos a casar!

¡Era nuestra boda!

La miré y quedé deslumbrado.

Mi corazón estaba a punto de abandonar mi pecho.

No podría describir cómo me sentí en ese momento.

Esa imagen me iba a acompañar toda mi vida.

El sol vespertino arrancaba reflejos a su pelo rubio que llevaba arreglado con una diadema de pequeñas flores blancas. El hermoso vestido blanco realzaba su hermoso cuerpo y parecía… un ángel.

Graham tuvo que darme un codazo para que cerrara la boca.

Dillon me sonrió emocionada y en ese momento mi hermano me tomó del brazo porque quise correr a abrazarla y besarla para no soltarla más.

—Paciencia, hermanito. Es el día de tu boda y tienes que tomar las cosas con calma. En el bolsillo del saco acabo de ponerte la cajita con las alianzas —dijo, parándose a mi lado sonriente.

Se me secó la boca. No era capaz de reunir palabras para expresar lo que sentía. Era una mezcla entre nerviosismo y emoción.

De repente, mis abuelos, «Jodertrudis», amigos y los empleados del rancho aparecieron en mi campo de visión, agrupándose y encerrándonos en un círculo. Hasta Nala y Otto estaba allí.

Y comencé a reír de felicidad.

Sentí que me invadía una sensación de plenitud.

Una sensación de seguridad, de anticipación, de pura y sencilla felicidad.

No podía haber soñado con una boda más maravillosa.

En nuestro lugar favorito, al atardecer, sencillo y con nuestros afectos.

Comencé a escuchar la canción «How Long Will I Love You» por Ellie Goulding.

Carraspeé para bajar el nudo que sentía en la garganta y la vista se me nubló de la emoción. Mi abuela se acercó, me sonrió y me tomó del brazo.

—Vamos, cariño. Tu futura esposa te espera. No la hagamos esperar más.

—No sé si pueda caminar, abuela. Estoy… muy emocionado.

—¿Y para qué estoy acá? Apóyate en mí, mi amor, y avancemos. La felicidad y el amor te están esperando. Caminemos hacia tu destino.

—Abuela, creo que debería ser Dillon quien caminara hacia el altar —murmuré, emocionado y sonriente porque nosotros siempre hacíamos todo al revés.

—¿Quién lo dice? El camino lo van a elegir siempre ustedes. Hace un tiempo, Dillon eligió «El Rancho el Camino» para comenzar una nueva vida y ese camino la llevó hacia ti, cariño, y henos aquí. A partir de hoy, el camino lo transitan juntos. Para siempre.

—Tienes razón, abuela. Para siempre.

Me limpié las lágrimas y miré a Dillon que hacía lo mismo que yo sin importarle su maquillaje.

Mi abuelo se situó a su lado, la tomó de la mano y me guiñó un ojo.

Y a partir de ese momento miré los ojos de Dillon y ya no aparté mis ojos de los de ella.

Y avancé hacia la mujer que amaba.

La mujer de mi vida.

Tantos años queriendo sentirme vivo y completo, y resultó que solo tenía que encontrarla a

ella.

Cuando llegué a su lado ya no pude más y nos abrazamos fuerte sin importarnos el protocolo a seguir. Nuestros corazones latían al unísono. Las ganas de besarla me superaban, pero me controlé al ver que Dillon también se reprimía. Ella solo levantó la mano y acarició mi rostro son dulzura.

—Mi vida… ¿estoy soñando? Aún no me creo que esté sucediendo —susurré, emocionado, y me miró con una sonrisa deslumbrante.

—Está sucediendo y es el momento perfecto, mi amor. Es nuestro sueño.

—Te amo, Dillon.

—Te amo, mi *cowboy*.

Sonreímos, nos tomamos de la mano y miramos al juez que nos casaría para que comenzara con la ceremonia, sabiendo que nos esperaba toda una vida juntos, de la mano, unidos, amándonos.



La ceremonia fue corta y sencilla, aunque no por ello menos emotiva. Todo estuvo… sencillamente perfecto. Al atardecer en nuestro lugar favorito, con el trino de los pájaros como música de fondo y con nuestros afectos.

Y nos declararon:

—Marido y mujer. —Y… —Puedes besar a la novia.

Y la besé sin reparo ninguno.

Entregándonos y sellando esa promesa de amor.

Silbidos, aplausos, vítores, risas, llantos… emoción.

Felicidad.

Amor.

Sonreí silenciosamente contra sus labios y nuestros corazones hablaron por nosotros.

Nos volvimos a besar apasionadamente y la alcé del suelo haciéndola girar mientras reíamos felices.

—Te amo, Dillon Lexington, mi esposa.

—Te amo, mi *cowboy* —repuso.

—Después de esto no vas a poder deshacerte nunca más de mí.

—Sin la boda tampoco, creo —bromeó, haciéndome reír—. No tengo intención de separarme de ti.

—Y no la tendrás nunca. Te hago una promesa de amor eterno.

Sonrió de felicidad, mirándome con sus hermosos ojos celestes llenos de cálido amor.

Entonces, su boca se volvió a posar sobre la mía y ya no nos separamos más.

Comenzaba nuestra historia como matrimonio.

Mi historia favorita en el mundo entero.

La historia que me llenaba de vida.

Porque, a fin de cuentas, toda esta historia era solo sobre Dillon, sobre mí, sobre nosotros.

Dos partes de un todo, destinadas a formar una sola e indivisible pieza.

Epílogo

«La felicidad es una mariposa que, cuando la persigues, siempre está fuera de tu alcance, pero si te sientas tranquilamente, puede posarse sobre ti.»
—Nathaniel Hawthorne

Dillon y Tobías



Tres años después…

Apoyado en el vallado observé como Aedus trotaba seguro y decidido, levantando polvo con los cascos. Con los años se había convertido en un gran semental y un referente entre los ranchos de equinos. Pero, sobre todo, se había convertido en el caballo mimado de mi esposa.

Volteé y apoyé mi espalda en el vallado mientras la miraba a ella con veneración.

Dillon se balanceaba lentamente en la hamaca que le había confeccionado bajo uno de los árboles. Hacía girar un mechón de su largo y dorado pelo alrededor de su delicado dedo mientras, concentrada, leía un libro que apoyaba en su abultado vientre de siete meses de embarazo. Nala y Otto dormían cerca de ella cuidándola como siempre lo hacían porque se habían convertido en sus escoltas protectores.

Sonreí mientras la observaba con el corazón henchido de felicidad y un enorme orgullo masculino me inundaba todo mi ser.

Entonces, alzó la cabeza, me miró y rio.

Y el mundo se detuvo por unos segundos y todo el ruido reinante fue engullido por el hermoso sonido de su risa.

Caminé lentamente hacia ella y, en el camino, arranqué una flor silvestre. Cuando llegué a su lado se la coloqué en su hermoso cabello.

—Señora Lexington, ¿tiene un momento para su marido? —Y me regaló una radiante sonrisa.

—Siempre, mi *cowboy*.

—¿Cómo se encuentran mis amores, hoy? —pregunté, me incliné y la besé mientras acariciaba su vientre.

—Yo estoy perfectamente y tu hijo muuuy movedizo. Seguro que va a ser un torbellino —dijo, sonriendo cálidamente y apoyando su mano sobre la mía que estaba en su vientre.

—Bueno… en el rancho tendrá mucho espacio para descargar su energía, además de abuelos y un tío para cuidarlo mientras sus padres… buscan su hermanito —señalé, mientras le tomaba la mano y tiraba de ella para que aterrizara en mis brazos.

Dillon rio, me pasó las manos por el cuello y me miró a los ojos, que seguramente desprendían la misma felicidad que los suyos.

—¿Hermanito? ¿Ya estás pensando en darle un hermanito?

—Varios —respondí, sonriente.

—Varios —repitió.

—¿Y sabes lo que me encanta? —pregunté, y ella me miró entrecerrando los ojos—. Me encantan los intentos. Todos esos intentos en varias posiciones y lugares y…

—No sigas porque vas a tener que llevarme dentro de la casa. Sabes que cuando me dices esas cosas me pones a mil. El embarazo me ha revolucionado las hormonas.

—¡Bendito embarazo! —exclamé, levanté las cejas, me incliné más cerca y bajé la voz—. ¿Y qué estamos esperando? Estoy aquí para cumplir todos tus deseos, mi amor —dije, y Dillon sonrió y me acarició una mejilla con dulzura.

—Todos mis deseos ya se han hecho realidad… gracias a ti.

—Y tu cumpliste los míos, Dillon «Gin» Lexington.

La volví a besar, enamorándome de ella cada vez más, igual que me sucedía cada día.

Me despertó el movimiento del bebé en mi vientre. A esas alturas del embarazo mi sueño se había vuelto muy ligero. Sus pequeños movimientos eran como susurros de amor, una dulce conexión entre nosotros antes de su llegada.

Cerré los ojos y sonreí, imaginando el día en que pudiéramos tenerlo en nuestros brazos. Siempre que imaginaba su carita, deseaba que heredara no solo la belleza de su padre, sino también su noble corazón. Cada patadita en mi vientre era un recordatorio de que el amor que compartíamos había creado una vida nueva, un pedacito de ambos que pronto iluminaría nuestras vidas.

Miré a Tobías que dormía profundamente y me rodeaba con su brazo. En su abrazo había encontrado mi hogar, el hogar que siempre había anhelado, pero que había resultado mejor que en mis mejores sueños.

Al final Ger siempre tuvo razón y yo estaba destinada a encontrar a mi mitad perfecta. Tobías era la pieza que encajaba perfectamente en mi alma. El destino había tejido nuestros caminos hasta unirnos y no nos separaríamos más.

Acaricié suavemente su mejilla apartando algunos mechones de su rebelde pelo de la frente.

—Te amo —susurré.

—Esssttteee…aaamuuu. —Deduje que me estaba diciendo que me amaba y una sonrisa se elevó en la comisura de mis labios sin que pudiese evitarlo.

—Vuelve a dormir, mi amor. —Sus párpados aletearon, como si luchara por abrirlos, pero un segundo después noté que volvía a estar profundamente dormido.

Le di un delicado beso en la punta de su nariz y, con mucha delicadeza, abandoné la cama. Me dirigí hacia el ventanal de nuestro dormitorio y dejé que la brisa fresca de la noche me acariciara el rostro. Alcé la vista hacia el estrellado firmamento, dejándome envolver por su inmensidad y sintiendo que cada estrella guardaba muchos de mis sueños más profundos. Y volví a hablar con ellas, como lo hacía cuando era niña, cuando les pedía que me cumplieran el deseo de quedarme en el rancho de mis padres. Al final, me habían cumplido el sueño de vivir en

un rancho y era mucho mejor a como lo había soñado.

Sonreí.

—Gracias —susurré.

—¿A quién le agradeces, amor mío? —Sus brazos envolvieron mi cintura desde atrás pegando mi espalda a su pecho y, como siempre hacía, apoyó el mentón en mi hombro.

—A las estrellas por cumplirme el sueño.

—¿Puedo saber cuál? —Giré entre sus brazos y le envolví el cuello con los míos.

—El de vivir aquí, ser amada y ser feliz. —Sonrió, y también dirigió su mirada hacia el cielo.

—Gracias por eso, estrellitas. Por traerla al «Rancho el Camino», por ponerla en mi camino y hacerme tan feliz.

Y me besó, y luego me pasó un brazo por debajo de las rodillas y otro por la espalda y me alzó en volandas. Tomó asiento en la cama conmigo en su regazo. Me acurruqué en sus brazos y enterré la cara en su cuello.

—El bebé no te deja dormir —afirmó.

—Es un poco movedizo, pero me deja descansar… bastante —dije, Tobías me miró y hundió la nariz en mi pelo, aspirando profundamente.

—Hueles delicioso, amor. Hueles a felicidad. A hogar. A todo lo que mi corazón desea.

—Qué romántico que resultaste, *cowboy*.

—Solo contigo, y no lo comentes porque en el rancho quiero seguir siendo un *cowboy* duro y exigente —afirmó, haciéndome reír.

—Nadie piensa que seas así.

—¿En serio? Debo estar perdiendo mi toque —dijo, negando con la cabeza.

—Puedo asegurarte de que no has perdido tu toque, en absoluto —dije, con tono seductor y le di un beso en el cuello.

—Mmm, ¿eso significa lo que estoy pensando? —preguntó, y pude sentir si erección debajo de mi trasero.

—Yo creo que sí.

—¿Estás segura? —consultó.

—Muuuy segura —respondí, y se levantó conmigo en brazos y me depositó delicadamente en la cama.

—Espérame aquí que voy a poner música.

Lo vi alejarse y luego comencé a escuchar la canción «Thread» de la banda Keane, una preciosa y romántica canción.

Volvió sonriente y se acostó a mi lado.

—Te amo tanto que siento que mi corazón se desborda. Estoy seguro de que mi corazón fue hecho para amarte.

¡Mi Diooos!

No pude evitar emocionarme. Acaricié su rostro y lo besé con todo el amor que sentía por ese maravilloso hombre. Un hombre en el que en sus ojos había descubierto un hogar, en su abrazo había entendido el significado de la eternidad, y en su amor, sin duda alguna, había encontrado la felicidad.

—Te amo, Tobías. Eres mi sueño, pero lo más importante… eres mi realidad.

Y nos besamos.

Y nos amamos.

Como nos amábamos todos los días de nuestra vida.

Allí, en el «Rancho el Camino».

Allí donde comenzaron a forjarse los cimientos de nuestra historia.

Y si bien habíamos tenido obstáculos y el camino no había sido fácil, nuestro amor había vencido porque era más fuerte que todo.

Tiempo atrás había llegado al «Rancho El Camino» buscando dejar atrás una vida que solo me había deparado infelicidad y dolor, pero nunca había imaginado que allí iba a encontrar el amor de mi vida y la felicidad más absoluta.

Allí, en ese rincón del mundo, había encontrado no solo a la persona que amaba, sino a aquella que me completaba en todo sentido.

Ya no importaban los miedos del pasado o las incertidumbres del futuro.

Porque al final del día, cuando todo se desvanecía, lo único que realmente importaba era él, era yo, éramos nosotros.

Porque, a fin de cuentas, toda esta historia era sobre Tobías, sobre mí, sobre nosotros, sobre nuestra familia.

Sobre nuestro AMOR.

FIN

Otras obras de D.D. Gianni:

Déjame amarte



SINOPSIS:

Dayanna Degreen es una joven de 25 años, bella, exitosa y millonaria, pero con una vida marcada por la tragedia familiar. Si bien disfruta de su trabajo, su vida es ordenada y solitaria. Vive en un lujoso hotel ubicado en la ciudad de Madrid del cual es propietaria. Se refugia en el trabajo para acallar su soledad, se conforma con su vida tranquila y piensa que no necesita nada más para ser feliz. Le huye al amor, la aterra volver a necesitar a alguien, a perder a esa persona que se convierta en importante en su vida. Ella piensa que, si no lo tiene, no lo pierde, pero lo que no sabe es que, del amor no se puede huir.

Kyle Adams es un actor de fama mundial, ídolo de todas las generaciones tras cosechar grandes éxitos en su carrera y tener gran carisma con la gente. Es atractivo y sexy a rabiar, pero a sus 31 años sigue sin querer ningún compromiso sentimental y vive la vida sin ataduras de ningún tipo. Las mujeres deliran por él, lo consideran un hombre irresistible, lo que hace que tenga una larga lista de conquistas amorosas.

Sus caminos se cruzan en un país distinto al que viven. Para ella, un país con recuerdos de su infancia. Para él, un país que no conocía, pero no olvidará jamás. Una noche que invita al romanticismo y una amiga que insiste en que Dayanna olvide su ordenado mundo y, por una vez, solo disfrute y se deje llevar. Si él es el candidato imposible y ella la chica que no está preparada para dejarse amar, seguro que será solo sexo, ¿no?

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/1LFERBbleVxYsACmX7z1yP?si=eec10a7a930d411f
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Déjame sanar tu corazón



SINOPSIS:

Dafne Davidsson es una brillante y bella joven de 26 años, con una carrera profesional exitosa y con una idea clara sobre el amor: No existe. Por eso ha decidido disfrutar de la vida y no comprometerse con nadie. Su corazón está blindado y nadie tiene la llave para abrirlo. Es la CEO de una cadena hotelera y su vida transcurre entre el trabajo, sus amigas y relaciones esporádicas.

Alvar Hills es contratado como gerente general por la empresa en la que trabaja Dafne. Es un hombre atractivo y sexy, que inmediatamente se integra a la empresa y congenia bien con todos, aunque Dafne lo trate de evitar a toda costa porque le hace sentir emociones que nunca había experimentado.

Unas miradas intensas, un viaje de negocios que los hace compartir más tiempo del que tenían planeado, atracción y pasión arrolladoras imposibles de negar, y todo lo planeado se olvida en una noche que los cambiará para siempre.

Pero ¿serán esos sentimientos tan poderosos que logren que Dafne baje sus barreras? Y Alvar ¿podrá confiar en Dafne luego de que los celos de otro hombre la obliguen a mentirle para evitar que su hermano se vea perjudicado?

Descúbrelo en esta apasionante historia de amor, pasión y sanación.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/6CBJDKE9h74NVaftycvFV9?si=b38517408e374e01

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Mi ángel



SINOPSIS:

Darcy Davis desde que tiene uso de razón, estuvo enamorada de **Helio Clay,** el mejor amigo de su hermano. Siempre lo admiró desde lejos y tuvo que ver la larga fila de conquistas amorosas que desfilaban por su vida. Ella está convencida de que, aunque ya

sea una hermosa mujer, Helio la sigue mirando como a la hermana pequeña de su mejor amigo. Lo que ella no sabe es que, para Helio ella es inalcanzable, y que ella fue quien le cambió la vida y lo salvó. Ella fue su ángel. Descubre esta historia de amor apasionada y amistad verdadera, en la que te emocionarás, reirás y te enamorarás de todos sus personajes. ¡No te la pierdas! Cerrarás el libro con una sonrisa y también te garantizo alguna lágrima de emoción.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/1LRBQHbbRZpBL3jJLJAfZT?si=2329985174fb4b3e
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Hasta que llegaste tú

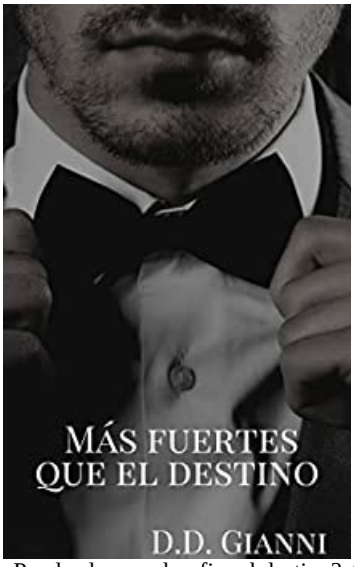
SINOPSIS:



Delfina Darner es una joven de 25 años, bella y con una carrera profesional exitosa. Si bien nunca se ha enamorado y disfruta de su soltería junto a sus amigos, no está cerrada al amor. Está convencida de que se enamorará cuando el destino lo decida.
Hermes Darwich a sus 38 años es un hombre poderoso y sumamente atractivo, pero que ha sido traicionado y ha dejado que esa experiencia marcara su vida convirtiéndose en un hombre amargado, desconfiado y negándose a amar, negándose a abrir su corazón y negándose a ser feliz. Juzga y mide a todas las mujeres con la misma vara que mide a la mujer que lo traicionó engañándolo con su mejor amigo.
Ellos se conocen por accidente cuando Delfina vuelca una bebida en su camisa y reconocen en esa mirada a la persona que, sin saberlo, estaban buscando. A partir de allí, sus caminos se comienzan a entrelazar. La atracción entre ellos es inmediata y ninguno podrá luchar contra la pasión que corre por sus cuerpos cuando están cerca del otro. Sin darse cuenta, Hermes irá abandonando todas sus reglas y verá como Delfina pondrá sus propósitos y su vida de cabeza, llevando luz a su oscuro corazón. Delfina se rendirá ante la pasión y el amor que siente por ese complicado y sexy hombre y aceptará sus reglas, hasta que su desconfianza la hiera profundamente.
Pero cuando todo parece encaminarse, una persona llegará a sus vidas para poner su relación a prueba.
¿El amor que sienten pasará esta prueba de fuego? Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión y enseñanzas de vida.
Personajes entrañables que los acompañarán en esta aventura y que te harán emocionar y reír.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/4Vsn5QrxqWsPHSaKnmg9cr?si=00176b9501d048a2
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Más fuertes que el destino

SINOPSIS:



¿Puede el amor desafiar al destino? Averígualo en esta romántica y apasionada historia de amor.

Cuando una noche en el bar de su hotel, la joven, bella e inexperta en el amor, **Dalina Dukart** conoce al poderoso, atractivo, autoritario e independiente **Henry Woollardy**, no se imagina que la historia de ellos acaba de comenzar y que ese hombre pondrá su mundo al revés, tanto como ella lo hará cambiar todas sus creencias sobre el amor. La atracción entre ellos será inmediata y ninguno podrá luchar contra la pasión que se desata en sus cuerpos cuando están cerca del otro.

Aunque se resistan, el destino, porfiado e implacable, se empeñará en cruzar sus caminos y los embarcará en un romance excitante, sensual, pero repleto de inseguridades y desconfianza. En ese camino y, como si de un juego de montaña rusa se tratara, su relación subirá y bajará emocionalmente y deberán enfrentarse a la traición de una persona cercana y a la desconfianza que los rodea, pero donde su pasión nunca decaerá.

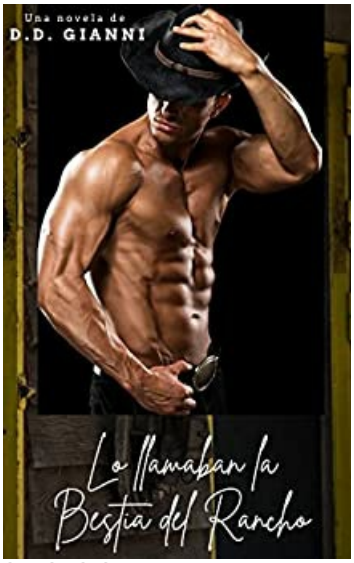
¿Podrán ser más fuertes que el destino?

Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión y enseñanzas de vida, con personajes entrañables que los acompañarán en esta aventura y que te harán emocionar y reír, embarcándose, tanto ellos como los personajes principales en sucesos hilarantes.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/3xTp2lp5x3nykIr1SjEy2R?si=b3bee82c5782493b

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Lo llamaban La Bestia del Rancho



SINOPSIS:

Dallas Delmont es una hermosa joven de 25 años que ha dedicado su tiempo al estudio y acaba de recibirse de doctora. Su vida es demasiado tranquila, así que, su amiga Kate, que se acaba de recibir con ella, le propone pasar las vacaciones en su rancho para descansar y salir de juerga con sus amigos antes de comenzar a trabajar en la clínica médica. Lo que Dallas ignora es que el hermano de Kate, que vive en el rancho, pondrá su mundo patas arriba y lo que prometían ser unas divertidas y tranquilas vacaciones con su amiga, se convierten en un viaje que transformará completamente su vida.

Johan Scott a sus 36 años es un hombre amargado, taciturno y con un carácter tan endemoniado que se ha ganado el mote de La Bestia del Rancho. La gente le teme y lo compadece por igual. Su vida cambió unos años atrás cuando en un accidente de tránsito perdió a su mejor amigo y el quedó lisiado de una pierna de por vida. La culpa y los remordimientos lo transformaron en el ser huraño y amargado del presente, un hombre que cree que no merece ser feliz y vive encerrado en sus demonios negándose a ser amado.

Ellos se conocen en el rancho y la atracción es inmediata. Dallas reconoce que al malhumorado, altanero y grosero hermano de su amiga todos lo podrán apodar La Bestia del Rancho, pero tiene el rostro de un ángel y el cuerpo de un sexy guerrero y que, por más que se lo niegue, le aborrece y le atrae a partes iguales. Por su parte, Johan se siente confundido y aterrorizado porque cada vez que se cruza con la hermosa Dallas, siente que, después de muchos años, alguien lo mira y no ve a una Bestia, sino que ve a Johan, al hombre deprimido, solitario y con un atormentado corazón, pero también siente que él no merece que nadie lo vea de esa forma porque él no merece ser feliz. Además, está convencido que una mujer tan bella como Dallas jamás se fijaría en un hombre lisiado física y emocionalmente.

Pero nada se puede hacer cuando el amor y la pasión te golpean con fuerza. Ninguno podrá luchar contra la pasión arrolladora que les despierta el otro, mientras otro sentimiento más poderoso crece en su corazón.

¿Su amor podrá superar todas las barreras autoimpuestas y las que la propia vida les presente? Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance, momentos divertidos y enseñanzas de vida.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/5mIndWgxh8b26VZCFOGFxP?si=dc6583bf1bc9475a
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Mi destino eres tú



SINOPSIS:

Después de muchos años, **Denise De la Corte**, una hermosa joven de 26 años, vuelve a su país de nacimiento, Uruguay, con el único objetivo de concurrir al velatorio de su padre, Feliciano De la Corte, quien la separó de su vida cuando era una niña, enviándola a un internado en España y condenándola al sufrimiento y la soledad. Su madre había fallecido en el parto y él, un importante hombre de negocios prefirió dedicar todo su tiempo a su empresa olvidándose de su hija. Pero lo que Denise pensó que sería una despedida para dejar atrás los rencores, aliviar el dolor y otorgar el perdón, se transforma en un viaje que cambiará su vida para siempre. Para poder cumplir una promesa se ve obligada a acatar las exigencias establecidas por Feliciano De la Corte, que incluyen trabajar codo a codo en su empresa junto a su joven socio. Esto, y las cartas que le deja en las que le abre su corazón y le confiesa detalles de su vida y de la de otros personajes de la historia, la llevan a un destino muy distinto al que había imaginado para ella.

Aitor Sarrasqueta, es el socio minoritario de la empresa De la Corte Corp, y tampoco ha tenido una vida fácil. Hasta el momento del fallecimiento de su socio no conoce a Denise, pero está convencido de que su hija no es más que una mocosa superficial y malcriada que lo único que quiere es el dinero de Feliciano, por eso no duda en que la chica le entregará el control total de la empresa vendiéndole sus acciones. Con eso él podrá cumplir su sueño, y de paso se podrá deshacer de ella para no volver a verla nunca más.

Antes de conocerlo, Denise está convencida de que el socio de la empresa debe ser un señor de la edad de su padre, que al igual que este, su único objetivo en la vida debe ser aumentar su poder y riqueza. Hombres que ella odia y que quiere tener muy lejos de su vida. Por su parte, Aitor cree que Denise es una chica superficial que solo aspira a satisfacer sus caprichos, sin importarle el trabajo ni el esfuerzo que requiera ganar el dinero que ella solicita. Mujeres que el aborrece y en las que jamás se fijaría.

Nada los prepara para la sorpresa que se llevan al conocerse, dejándolos totalmente desconcertados y sintiendo una atracción y un deseo por el otro que les es difícil de manejar.

Pero cuando se rinden a esas emociones, la vida no les da tregua, volviéndolos a sorprender con hechos que pueden alterar su vida para siempre. Las cartas de Feliciano De la Corte les revelan información tan crucial que los puede unir o separarlos para siempre. Sin saberlo, sus caminos estaban entrelazados desde el nacimiento mismo, pero esos caminos ¿los llevarán al mismo destino? ¿Estarán destinados a estar juntos?

Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance, momentos divertidos y enseñanzas de vida.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: https://open.spotify.com/playlist/5wPwKNXiCgOAl8X1zFynqY?si=f6cb73242b1a412f

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Y de repente tú



SINOPSIS:
Historia de amor narrada desde el punto de vista de ambos protagonistas. Si bien la historia comienza siendo narrada por la protagonista femenina, a partir de que la pareja se conoce, la historia es contada por ambos.
Dakota Durban está lista para comenzar sus vacaciones en Alicante, España. Allí pasará unas semanas con su gran amiga Nicole, quien le aseguró que la va a hacer olvidar de su perfecto mundo, de todas sus responsabilidades y sus prejuicios, y la obligará a divertirse como nunca lo ha hecho. Dakota es una hermosa chica de 27 años con una cargada agenda de trabajo, y su forma de ser es recatada, seria y educada, prefiriendo la vida tranquila a las agitadas noches de Alicante que le describe su amiga, pero en sus vacaciones está dispuesta a seguirle la corriente y disfrutar, aunque sea en esas semanas libres.
Almar Suescún es uno de los propietarios del bar «Naked Heart», un lugar en el que aprovecha su irresistible atractivo y sensualidad para estar todas las noches con una mujer distinta, o con varias.
Él es el tipo de hombre atrevido, descarado y sensual, del cual una chica como Dakota prefiere mantenerse alejada a toda costa. Ella es la chica hermosa y sumamente sexy que Almar jamás permitiría que saliera del «Naked Heart» sin lograr lo que él siempre busca en una mujer, solo placer.
Y de repente se conocen y cada uno rompe los esquemas del otro y el control de sus vidas. Se atraen tanto que solo vislumbran problemas. Y los problemas surgen porque la atracción es poderosa y la seducción inevitable.
Pero… no solo son completamente distintos y quieren cosas distintas, también viven en continentes distintos.
Pero… el destino siempre hace de las suyas.
Conoce esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance y momentos divertidos con personajes entrañables.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:
https://open.spotify.com/playlist/73O9VO4e6wzsNzJjjFC3Ml?si=030135417e174631
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Doctora de mi corazón



SINOPSIS:
Devon Dulcet es una joven pediatra que ve como su vida se desmorona cuando le determinan incapacidad para lograr un embarazo y, ante el diagnostico irrevocable, su esposo la abandona sin miramientos, culpándola de arruinar su vida al privarlo de tener hijos. Al sentirse sola a todos los niveles y embargada por un profundo dolor, busca refugio en su amada profesión y en sus amigos, logrando con el tiempo salir adelante. Pero Devon tiene claro que no va a volver a pasar por ese dolor y, para eso, también se hace una promesa, cerrar su corazón al amor y a cualquier emoción parecida porque, ¿quién amaría a una persona que no puede formar una familia con hijos? Ella cree que no merece ser amada, pero se equivoca. Nada la prepara para la sacudida que se produce en su vida cuando se cruza con una pequeña paciente ávida de atención, y con su autoritario, pero atractivo padre.
William Cavaller es viudo, abogado e importante empresario, pero, sobre todo, padre amoroso de Aurora, una niña de 3 años. Su primer matrimonio fue una farsa y juró que nunca más pasaría por ese calvario. Además, ahora que su hija es parte de su vida, no permitirá, por nada del mundo, que una mujer juegue con los sentimientos de la pequeña. Pero ¿qué sucedería si un hermoso ángel se cruza en su vida para cambiar el rumbo que él había marcado?
Sí; sus vidas se cruzan y, aunque ambos hacen todo lo posible para evitarse, es difícil escapar de la pasión y el deseo irrefrenable que se despierta en ellos cuando se enfrentan y, aunque sus planes sean huir de esas nuevas y desconcertantes emociones, parece que el destino tiene otros planes distintos, y la pequeña Aurora también.
Pero cuando ambos se dejan llevar por esa emoción nueva que crece a pasos agigantados y los deja totalmente vulnerables, el pasado regresa con intenciones de estropearlo todo.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:
https://open.spotify.com/playlist/6QBgdK08VmfO7fEbPt9ElW?si=168337f36db84010

Siempre fuiste tú



SINOPSIS

Fascinación, eso era lo que sentía **Dareen Dayet** por **Alex Kastillén**, el atractivo y sexy hermano mayor de los mellizos Amanda y Elir, sus mejores amigos y, también, el mejor amigo de su hermano. Dareen siempre lo había observado con anhelo, pero sabiendo que él la miraba, pero no la veía, o eso creía ella. A sus 24 años aún no había conocido el amor, salvo el amor platónico que sentía por Alex. Pero una noche y gracias al club secreto «Los Elegidos», puede ocultarse tras una máscara y dejar a Dareen para convertirse en Lady Red, una mujer sensual y atrevida que, no solo despierta la curiosidad de Alex, o Lord Dark, como es llamado en ese club, sino también una pasión arrolladora y un deseo irrefrenable como nunca él había sentido. En la piel de Lady Red, ella ve la posibilidad de cumplir su sueño de besarlo y estar con él, y Alex ve la misma posibilidad en una mujer que le recuerda mucho a la que ha deseado desde siempre en secreto, pero que nunca podrá ser suya.

El problema surge cuando después de esa noche maravillosa, apasionada e inolvidable, cada vez que se ven, sus cuerpos parecen reconocerse y la atracción flota entre ellos y les es imposible dominarla, sobre todo cuando se ven forzados a compartir tiempo en un crucero con sus hermanos para festejar el cumpleaños de los mellizos.

Alex sabía que lo que Dareen le hacía sentir debía enterrarlo en el fondo de su corazón, pero cada vez le resultaba más difícil de reprimir; y Dareen tenía claro que los daños colaterales de ese encuentro íntimo y clandestino serían difíciles de superar, pero no pudo evitarlo.

Y cuando ese sentimiento silencioso y agazapado en sus corazones ya no puede ser ocultado, la vida no les dará tregua, les pondrá obstáculos y les deparará sorpresas que los obligarán a reprimirlo. Pero… el amor es más fuerte y siempre triunfa ¿verdad?

Descúbrelo en esta hermosa historia de profundo amor, colmada de pasión arrolladora, romance y momentos divertidos con personajes entrañables.

La música siempre es una compañera de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/3wPBYzbkvEOTlQV2cU4KpB?si=1ac6017bcdd34da6

Una reina para King



SINOPSIS:
Carter King, un hombre tan atractivo como egocéntrico y soberbio, ve como el testamento de su padre pone su vida patas arriba al enfrentarlo a la difícil decisión de casarse o perder la empresa familiar. Con todo a su disposición, el pasar por el altar no estaba en sus planes, y la única solución que se le ocurre es hacer un «trato» con alguien y seguir con su vida de soltero con «discreción», eso sí, para hacerlo necesitaría a una mujer que no lo complicara en lo relacionado a temas de enamoramiento, celos, reproches y toda esa «mierda del amor». Ni se le ocurriría planteárselo a alguna de las mujeres con las que salía porque correría el riesgo de que terminaran reclamándole lo que él no estaba dispuesto a dar.
A no ser que la arpía de…
Della Davenport conoce a los King desde que era pequeña, son parte de su familia, salvo el hijo mayor, Carter, con el que nunca se entendió y al que considera el imbécil más pedante y creído que había conocido en su vida. Adora a sus hermanos y a su madre, incluso había querido mucho al señor Lucas King y su muerte le había causado un profundo dolor, pero a Carter no había manera de que pudiera tolerarlo y prefería tenerlo lejos de ella.
Una propuesta inesperada les cambiará la vida y, lo que parecía que sólo los afectaría en… casi nada, termina cambiando su vida por completo.
Acompaña a Della y Carter en esta aventura romántica, apasionada y divertida, donde disfrutarás de una gran historia de amor y en la que, como siempre, no faltará el drama y los personajes despiadados.
Conócelos y descubrirás que, ni él es tan pedante ni ella tan indiferente.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:
https://open.spotify.com/playlist/2uGrGM5vxPBl2ePOQ9GKBZ?si=02fc107b69434a00

Corazón de Fuego



SINOPSIS:
Dixie Daudet es considerada una princesa… pero de hielo. Bella, implacable en los negocios, distante y experta demostrando indiferencia. Pocos saben que eso es solo una fachada, una forma de no mostrar sus sentimientos y vulnerabilidades, y muchos menos conocen la presión a la que se ve sometida en su vida y la soledad que la rodea. Su padre, empresario reconocido, millonario y padre manipulador, dedicó su vida a su empresa, mientras Dixie lidiaba con el desprecio y el maltrato de su madrastra y la hija de esta. Su padre solo le exigió y le enseñó a manejar la empresa con carácter y temple, convirtiéndola en una persona inflexible, y ella, por conseguir algo de su atención, lo obedeció en todo y se guio por sus preceptos, incluso en las

relaciones románticas, porque solo salía con ejecutivos, hombres de traje y corbata, respetuosos y educados. Hombres pulidos y correctos que la gran mayoría de las veces la hacían esconder un bostezo.
«Harley» Chevalier es todo lo contrario a Dixie y huye del mundo en el que ella se mueve. Vive a su modo sin importarle lo que piensen de él ni lo que se espera que haga. Es increíblemente atractivo y sexy, y las mujeres mueren por su atención.
Dixie se mueve en coches de lujo y viste ropa de diseñador.
Harley conduce una moto y jamás usaría traje y corbata.
Y aunque se mueven en mundos distintos, el destino los enfrenta, o mejor dicho los sienta juntos, y sus mundos comienzan a girar diferente a como lo hacían hasta ese momento. Ninguno de los dos está acostumbrado a tratar con personas tan diferentes a ellos, y aun así, no pueden ignorar lo que el otro les provoca.
Dixie y Harley, dos corazones solitarios que, por esas cosas del destino, se encontraron y se atrevieron a arder juntos rompiendo todo convencionalismo.
Pero el mundo que los rodea nos les pondrá las cosas fáciles. Se verán rodeados de mentiras y traidores que harán cualquier argucia por separarlos. ¿Lo lograrán? Averígualo acompañándolos en esta aventura romántica y apasionada, aderezada con una buena dosis de humor. Te garantizo que disfrutarás de una preciosa, ardiente y emocionante historia de amor.
La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en la siguiente playlist:
https://open.spotify.com/playlist/2aB248bsHExNSNXXBmf9YB?si=9f8f0e25469f4283

Contrato de Amor



SINOPSIS:

Después de residir varios años en España, país al que había viajado para realizar una especialización de su carrera profesional, **Diana Devereux** volvió a su país natal decidida a encontrar un buen empleo y disfrutar con sus amigos todos esos encuentros que tanto había añorado. A sus 26 años y con un currículo brillante, esperaba sacarles provecho a tantos años de estudio y encontrar el trabajo de sus sueños. Con lo que no contaba era con que el hermano mayor de sus mejores amigas la quisiera reclutar para su empresa y saboteara sus entrevistas para que no tuviera oportunidad de rechazarle.

La vida había hecho que **Alistair Kenna** fuera un hombre exitoso, serio, excesivamente responsable y desconfiado como el demonio. A muy temprana edad se había hecho cargo de sus tres hermanos, pero eso no había evitado que se consolidara como un empresario prestigioso y reconocido. A esa altura de su vida, su empresa era lo más importante y tenía muy claro que jamás se involucraría con una mujer que trabajara para él, como tampoco se involucraría sentimentalmente con una, y en ese último caso sin importar donde trabajara. En su vida no entraba el romance ni los compromisos que no fueran laborales. Acostumbraba a liberar las tensiones del trabajo saliendo con «amigas» que eran sólo el rollo de una noche.

Pero…

Años antes, cuando había visto a Diana, la amiga de sus hermanos, se había sentido tan desconcertado y maravillado que había decidido evitarla a como diera lugar, hacer como si no existiera o ignorar su presencia.

Pero

Años después, la vida o el destino, más porfiados que él, volvieron a ponerla en su camino y, esa vez, vistiendo solo… ropa interior. Fue entonces cuando ni aunque cerrase los ojos o huyera voluntariamente despavorido, podía sacarse aquella imagen y ese recuerdo de su cabeza. Así que… en contra de sus reglas, hizo todo lo posible por tenerla cerca.

Y firmaron un primer contrato: de trabajo.

Pero…

Sin poder evitarlo y sin voluntad para resistirse, el trato se terminó ampliando e incluyó… sexo. Las reglas eran sexo sin ataduras, sin compromiso.

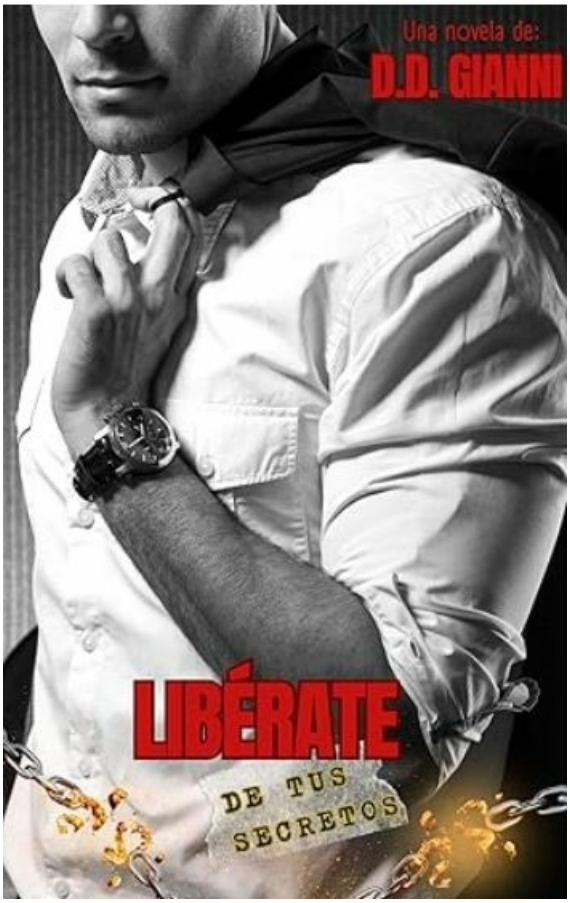
Pero…

Las reglas están para romperse y las de ese segundo trato comenzaron a desvanecerse hasta que las rompieron como profesionales, convirtiendo ese trato en algo muy distinto.

Acompáñalos en esta aventura apasionada y romántica, y disfrutarás de una preciosa historia de amor y amistad. No faltará el drama y los personajes inescrupulosos que harán cualquier cosa por separarlos.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en la siguiente playlist:
https://open.spotify.com/playlist/6QGsmRFFEDl5UzsqyUuD3n?si=8db51b2656334438

Libérate de tus secretos



Sinopsis:

Ella no tenía intención de forjar lazos sólidos con nadie. Su trágico pasado la había hecho tomar esa determinación, así como estudiar medicina para ser cirujana y poder salvar vidas, ser capaz de salvar la vida del ser querido de alguien.

Se conocieron una noche que Clemente había bebido de más para poder huir de su realidad y Damaris, convencida de que quería experimentar con su sexualidad, había decidido volverse un poco impulsiva.

Y pasó… lo que tenía que pasar.

Pero…, él lo olvidó o, mejor dicho, creyó que había sido un sueño, uno que lo ayudó a seguir adelante.

Ella guardó el secreto.

Siete años más tarde el destino volvió a cruzar sus caminos.

Para Clemente fue como un *déjà vu* que lo confundía, desconcertaba e impedía que se alejara de esa mujer que le recordaba a… la ninfa de su sueño.

Para Damaris también fue desconcertante porque no solo sintió el nerviosismo de alguien que oculta algo, sintió algo más, algo que la consumía como el recuerdo de aquella noche que, muy a su pesar, nunca había olvidado.

Sus vidas no eran sencillas y ambos guardaban grandes secretos.

¿Se podrán liberar de ellos y apostar por el amor?

Averígualo en esta preciosa, romántica y apasionada historia de amor y amistad.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando ese momento musical. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en la siguiente playlist:

https://open.spotify.com/playlist/6N2F6wwaqMzidSweMKKOWH?si=VSjro4nGTH-dTsfWY1dLjA

Sobre la autora:



D.D. Gianni es el seudónimo que uso para escribir. Mi nombre es Daniela. Soy contadora y vivo en Montevideo, Uruguay.
Leer es uno de mis pasatiempos favoritos y, a partir de allí, fue que desarrollé la pasión por escribir. Realicé el curso «Escritura de una Novela paso a paso» dictado por la escritora novelista Cristina López Barrio (dejo el certificado en mi perfil: https://www.amazon.com/author/ddgianni)
¿Por qué deberían leer mis historias? Creo que todos los escritoras/es hemos sido, en mayor o menor medida, unos apasionados lectores y nos hemos sumergidos en muchísimas historias. Leer es adentrarse en otro mundo, y que ustedes se sumerjan en el mundo que he creado y que pueda trasmitirles todas las emociones que siento cuando escribo la historia, es maravilloso y significa todo para mí. Que se emocionen, entristezcan un poquito (nunca mucho), rían y hasta se enfurezcan, es todo un logro y mi mayor recompensa. Mis historias son todas románticas, con muchos momentos apasionados, con un poquito de drama, risas y, en ocasiones, también alguna lágrima. Además del amor romántico, también te vas a encontrar con fuertes lazos de amistad, ese lazo peculiar que tanto necesitamos para ayudarnos a sobrellevar los malos momentos y sacarnos sonrisas cuando creemos que ya no vamos a poder reír. Mis personajes son ficticios, pero te aseguro que representan a cualquier ser humano con sus virtudes y defectos. Te adentrarás en un mundo que te hará sentir todo eso, un mundo que te hará volar la imaginación y experimentar sensaciones tan maravillosas como el amor, la pasión arrolladora, la amistad verdadera e incluso la esperanza. Desde el fondo de mi corazón, gracias por ser parte de este viaje literario, gracias por leer mis historias. No duden en ponerse en contacto conmigo, siempre es un verdadero placer saber de mis lectores. Con todo mi cariño, ❤️
D.D. Gianni
Espero disfruten mis historias.

Sígueme en redes sociales para enterarte de mis próximos libros y de todas mis promociones. Y no dudes en ponerte en contacto conmigo para cualquier consulta, siempre es un verdadero placer saber de mis lectores.

Instagram : @ddgianni_books

amazon.com: https://www.amazon.com/author/ddgianni

- : ddgiannibooks@gmail.com

---

[1] Los sombreros de cowboy Stetson, son mundialmente famosos, y no solo por su calidad, diseño y precio elevado. Son sombreros con historia. John B. Stetson, el fundador de la marca no tardó en alcanzar el éxito con una creación ya mítica: el «sombrero 10 galones», curioso nombre que hacía referencia a que podía transportarse 10 galones de agua en dicho sombrero. Esto se debía a su fabricación, a base de un fieltro resistente al agua que en aquella época y en los agrestes parajes de Far West, convertía a este sombrero vaquero en "multiusos". Servía tanto para proteger al cowboy de la intemperie durante la noche y del sol inclemente o la lluvia durante el día, como para transportar agua desde una fuente.

[2] Los boxes para partos deben ser más grandes de lo habitual y diseñados de tal forma que la yegua pueda ser observada, sin molestarla, además de contar con buena luz natural y artificial, secas, bien ventiladas y, en lo posible, aisladas.